

1814

EL SITIO DE RANCAGUA

Cristián Guerrero Lira

ISBN: XXX

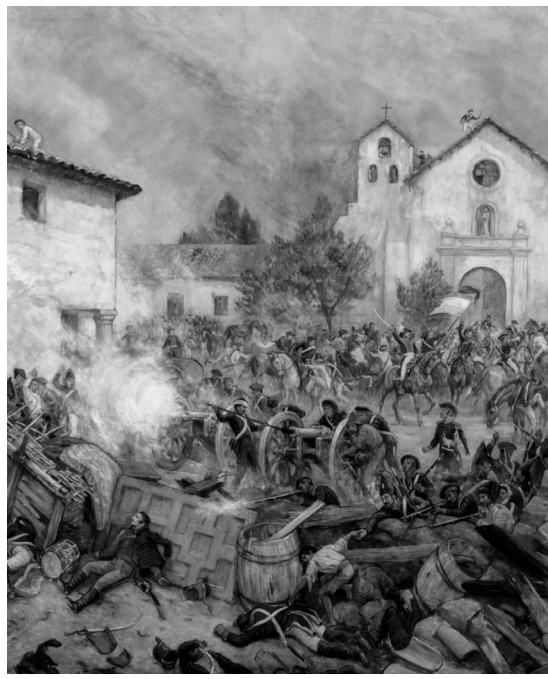
Diseño y producción:

Gráfica Metropolitana

www.graficametropolitana.cl

Impreso en Chile

2022



1814



El Sitio de Rancagua

CRISTIÁN GUERRERO LIRA

UOH Universidad
de O'Higgins

EDICIONES UNIVERSIDAD DE O'HIGGINS

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Introducción	13

ESTUDIOS

I. UNA HISTORIA Y VARIAS INTERPRETACIONES	23
II. EL IMPACTO DE UNA DERROTA Y LAS EXPRESIONES DE UNA DISPUTA	35
III. ¿DESASTRE, BATALLA O SITIO?	75
<i>Precisiones conceptuales</i>	75
<i>El arte de la guerra</i>	87
IV. LOS EJÉRCITOS COMBATIENTES.....	101
<i>Breve recuento de una guerra civil</i>	101
<i>El ejército restaurador y el ejército del rey</i>	108
V. DEFENSA DE LA ZONA CACHAPOAL – RANCAGUA	137
<i>Opiniones encontradas</i>	138
<i>Un mal cálculo que influyó en la derrota</i>	143
<i>Carrera y O’Higgins. Rancagua, un punto inexpugnable</i>	148
<i>Cronología paralela. 26 de agosto–30 de septiembre de 1814</i>	166
VI. LA DISPUTA EN TORNO A ANGOSTURA Y LA ACTUACIÓN DE LA TERCERA DIVISIÓN.....	173
<i>Un repliegue condicionado</i>	173
<i>La ilusión de una defensa en Angostura</i>	178
<i>La actuación de la tercera división</i>	186

Palabras finales 199

DOCUMENTOS

JOSÉ MIGUEL CARRERA

1. Diario militar (Selección).....212

2. Estado general de las divisiones que formaron el
ejército en Rancagua y de las distribuidas en los
diferentes puntos de defensa..... 221

3. Oficio de Bernardo O’Higgins al coronel Benavente.
30 de septiembre de 1814 226

4. Oficio reservado. José Miguel Carrera a la Junta
Gubernativa, relativo a la situación del ejército.
2 de octubre de 1814 227

Relación de José Samaniego.....227

6. Relación de Eugenio Cabrera..... 229

7. Relación de Nicolás Maruri 230

BERNARDO O’HIGGINS

8. Puntos para el oficio al Gobierno de Buenos Aires 232

9. John Thomas. Relación basada en relatos
de O’Higgins.....237

MARIANO OSORIO

10. Parte del triunfo en Rancagua.....271

JOSÉ MIGUEL CARRERA – BERNARDO O’HIGGINS.

COMUNICACIONES

11. Bernardo O’Higgins a Junta de Gobierno.
Maipo, 8 de septiembre de 1814.....275

12.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Maipo, 14 de septiembre de 1814.....	277
13.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 19 de septiembre de 1814.....	278
14.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 20 de septiembre de 1814.....	279
15.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 20 de septiembre de 1814	280
16.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 21 de septiembre de 1814.....	280
17.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 21 de septiembre de 1814.....	281
18.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 22 de septiembre de 1814.....	282
19.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 22 de septiembre de 1814	283
20.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 23 de septiembre de 1814	283
21.	Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera. Rancagua, 24 de septiembre de 1814	284
22.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 24 de septiembre de 1814.....	285
23.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 27 de septiembre de 1814.....	286
24.	José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins. Santiago, 28 de septiembre de 1814.....	286

BERNARDO O'HIGGINS

CORRESPONDENCIA ENVIADA Y RECIBIDA

25.	Juan Manuel de Echaurren y Herrera a Bernardo O'Higgins. San Fernando, 31 de agosto de 1814.....	287
26.	Bernardo de las Cuevas a Bernardo O'Higgins. Rancagua, 13 de septiembre de 1814.....	288

JOSÉ MIGUEL CARRERA

CORRESPONDENCIA ENVIADA Y RECIBIDA

27. José Miguel Carrera a Javiera Carrera.
Santiago, 5 de septiembre de 1814..... 289
28. Bernardo de las Cuevas a José Miguel Carrera.
Rancagua, 12 de septiembre de 1814..... 289
29. Francisco Calderón a José Miguel Carrera.
Maipo, 16 de septiembre de 1814..... 290
30. Padre García a José Miguel Carrera.
18 de septiembre de 1814..... 291
31. José María Portus a José Miguel Carrera.
Mostazal, 21 de septiembre de 1814..... 292
32. Juan José Carrera a José Miguel Carrera.
Angostura, 24 de septiembre de 1814..... 293
33. José Miguel Carrera a José María Portus.
Santiago, 24 de septiembre de 1814..... 293
34. José Miguel Carrera a Juan José Carrera.
Santiago, 24 de septiembre de 1814..... 294
35. Juan José Carrera a José Miguel Carrera.
Graneros, 25 de septiembre de 1814 294
36. Juan José Carrera a José Miguel Carrera.
Graneros, 26 de septiembre de 1814 295
37. José Miguel Carrera a Juan José Carrera.
Santiago, 27 de septiembre de 1814..... 296
38. José Miguel Carrera a Juan José Carrera.
Santiago, 28 de septiembre de 1814..... 296

OTROS

39. Francisco Calderón. Declaración tomada al
prisionero realista Tomás Barros y González.
Rancagua, 23 de septiembre de 1814297

Prólogo

LA UNIVERSIDAD DE O'HIGGINS tiene la misión de procurar la formación integral de sus estudiantes, recayendo también en ella el deber de contribuir al desarrollo cultural, material y social de la región en la que se asienta y de sus habitantes, quienes poseen las características propias de aquellos que se sienten integrantes de la comunidad a la que denominamos nación chilena, y que también participan de una forma de ser determinada que hacia su interior genera y profundiza lazos de identidad local.

Parte importante de esa identidad regional propia, está marcada por la realidad presente y por lo que sus habitantes han vivido históricamente. En este sentido es innegable que la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins puede ser entendida considerando tres elementos distintos. Uno de ellos es su carácter agrícola y ganadero. Basta con recorrer los caminos interiores que conectan distintos poblados para advertirlo. En segundo término debe considerarse a la actividad minera que ha generado una marca indeleble, con sus desventuras —como la *Tragedia del Humo* de 1945—, y también sus beneficios, siendo un pilar importante en nuestro desarrollo local.

Un tercer elemento caracterizador de la sociedad regional es su propia historia. Esto ocurre también en otras regiones, pero *nuestra historia* es propia y tenemos nuestros hombres y mujeres del pasado y nuestros propios episodios y procesos históricos. Oscar Castro fue un reconocido escritor de la primera mitad del siglo xx, y lo fue en todo el país. Sin embargo, solo en nuestra región se guarda especialmente su recuerdo, estableciéndose una

vinculación privativa con su obra. Lo mismo ocurre con José Victorino Lastarria, uno de los más brillantes intelectuales del siglo XIX, con el cardenal José María Caro y con Ernestina de las Mercedes Zúñiga Verdugo, más conocida como Isolda Pradel.

También la región ha sido escenario de acontecimientos históricos de gran importancia nacional, como el discurso del presidente Allende en la Plaza de los Héroes de Rancagua el 11 de julio de 1971, día en que se aprobó en el Congreso Nacional la reforma que permitió la nacionalización del cobre.

Esa misma plaza fue testigo de uno de los más ardorosos y grandes encuentros bélicos de la guerra de la independencia. Los días 1 y 2 de octubre de 1814 se convirtió en el escenario de una encarnizada resistencia ante el avance de las fuerzas militares realistas. Fueron hombres comunes, en su gran mayoría campesinos de las zonas central y sur del país, los que bajo las órdenes de Juan José Carrera y de Bernardo O'Higgins buscaron con ahínco impedir el avance enemigo. Fueron dos días de sitio y siete intentos de los realistas por vencer la resistencia que se les hacía. Muchos murieron en defensa de una causa que quizás no comprendían cabalmente, pero a cuya defensa se entregaron del todo, mostrando un compromiso que se hizo paradigmático en la memoria nacional: si bien se trató de una derrota, no existió rendición.

El resultado fue altamente negativo para la causa revolucionaria. Los sobrevivientes y la mayoría de los líderes políticos debieron emigrar a territorio actualmente argentino y en el país se inició la restauración de la monarquía.

Por ello es que el sitio de Rancagua es un hito en la historia nacional. También lo es porque tras él se agudizó una disputa política entre carrerinos y o'higginistas que, con los años, se transformó en una divergencia historiográfica que ha impedido a las generaciones siguientes, en distintos grados, poder comprender el pasado. Existen hechos precisos, pero las explicaciones son disímiles entre un autor y otro. Esto, que es algo que puede ocurrir con todos los hechos históricos e incluso con nuestra propia actualidad, es el punto central de esta obra que presentamos.

Su autor ha querido relevar la razón de estas diferencias considerándolas como esfuerzos por lograr una comprensión del pasado redactadas por personas que, desde su particular punto de vista y desde sus propias características culturales, han tratado de explicar lo ocurrido hace algo más de 200 años atrás y que, ya con menos fuerza, es una discrepancia que aún mantiene su actualidad.

Para la Universidad de O'Higgins —que debe procurar el desarrollo de la cultura de la región y entregar a sus habitantes los elementos que le permitan ampliar su conocimiento general y su entendimiento particular de la historia—, este esfuerzo editorial es un paso que esperamos sea el primero en un camino que seguiremos recorriendo en el futuro.

RAFAEL CORREA FONTECILLA
Rector

Introducción

ES IMPROBABLE QUE ante un hecho del pasado exista una única interpretación. Ello se debe principalmente a que, si bien ese tipo de acontecimiento es único e irrepetible, tanto las acciones que podemos ejecutar para comprenderlo (análisis, categorización, comparación, descripción, etc.), así como el relato que de él se haga, nunca excluirán, legítimamente, otras visiones y habrá tantas interpretaciones como intérpretes.

Algo similar ocurre con las explicaciones que los seres humanos desarrollamos sobre nuestra realidad actual. Si bien algunos podrán considerar un hecho específico como de gravedad extrema, para otros solo tendrá una importancia relativa, si es que no menor, y esa diferencia surge en el momento de valorarlo y tratar de explicar la razón o motivo que le ha dado origen, pues en ambas operaciones una persona podría utilizar parámetros de una índole diametralmente opuesta a los que usará otra, traducándose ello, finalmente, en una valoración diferente.

En concreto, cualquier aspecto de la realidad puede ser explicado desde muchos ángulos distintos, y esto también es aplicable a nuestro pasado. Mal que mal, lo que acostumbramos a denominar *Historia*, lo que consideramos o valoramos como *histórico*, no es más que una realidad ocurrida en el pasado, individual o colectivo, a la que asignamos una importancia determinada.

Nuestro tema central es uno de aquellos que han tenido explicaciones y valoraciones muy distintas. Así, en términos simples y esenciales, en la ciudad de Rancagua tuvo lugar uno de los hechos de armas más significativos de la guerra de independencia. El relato de la acción militar puede reducirse a que durante los días 1

y 2 de octubre de 1814 dos divisiones del entonces denominado Ejército Restaurador resistieron en la plaza de esa ciudad el embate del Ejército del rey, escudándose en las precarias construcciones levantadas en las calles que dan acceso a la misma y en las casas aledañas.

Sin contar con los elementos requeridos para mantener esa resistencia por más tiempo, y tras contener siete embestidas de sus enemigos, tanto el comandante accidental de esa fuerza, Bernardo O'Higgins, como su plana mayor —entre quienes se contaba el brigadier Juan José Carrera—, decidieron salir atropelladamente pasando por encima de las improvisadas barricadas armadas por los enemigos, salvando así la mayor cantidad de soldados que se pudiera.

Política e historiográficamente hablando, las proyecciones fueron significativas.

En lo primero, el resultado militar de las acciones puso fin a lo que posteriormente sería identificado como la primera etapa del proceso de independencia, la *Patria Vieja*. Mientras unos iniciaron la restauración de la monarquía, a otros solo quedó la posibilidad de emprender el camino de la emigración hacia las Provincias Unidas del Río de la Plata, cordillera de los Andes de por medio.

Desde el momento mismo de los hechos se generó una dilatada y persistente polémica. Como la derrota sufrida fue dramática se hizo casi inevitablemente necesario tener un responsable. Existiendo dos líderes que recién se habían batido en una limitada guerra interna, y en medio de los apuros que implicó la evacuación de parte de las tropas sobrevivientes hacia Mendoza y la adopción de una serie de medidas más, durante los días siguientes resultó fácil repasar los hechos y encontrar un culpable. Para unos la responsabilidad recaía en José Miguel Carrera, quien no habría auxiliado a sus sitiados camaradas de armas. Para otros, era el ya mencionado O'Higgins, quien habría cometido el error inexplicable de guarecerse en la plaza de la ciudad desobedeciendo órdenes expresas. Así, en medio de este afán inculpatório, y también exculpatório, muchos protagonistas encontraron la explicación de la derrota, y no lo hicieron, precisamente, en su causa más concreta y patente:

el accionar más eficaz de las tropas realistas. Los vencedores no fueron espectadores relativamente pasivos a quienes la victoria benefició por azar; profesional y lealmente supieron sacar partido de las circunstancias que imperaban en el campo enemigo quedándose con el triunfo.

Las acusaciones de traición, desidia, abandono, cobardía y varias más campearon en las páginas de los relatos que escribieron los sobrevivientes. En ellos esto resulta comprensible, mas no así en los estudios que posteriormente se han referido al tema, en muchos de los cuales, sin el más mínimo disimulo, algunos autores abiertamente han tomado partido bajo la suposición de que el historiador es una suerte de juez que da a cada uno lo que corresponde, o que es un ser que puede establecer una supuesta verdad indiscutible.

Comprensiblemente, O'Higgins y Carrera se culparon mutuamente; después de todo eran actores directos y habían tenido una responsabilidad mayor en la conducción de las tropas derrotadas. Cada uno defendió por escrito su posición y su opinión. Sus seguidores se encargaron, con el tiempo, de mantener viva una querella que a pesar de haber transcurrido ya más de doscientos años, recién se ha empezado a morigerar un tanto, aunque ocasionalmente vuelve a hacerse presente.

La búsqueda de responsabilidades cubrió los hechos como una densa neblina que restó nitidez a la interpretación de los testimonios que se han conservado, e influyó en los análisis consecuentes que, más que erigirse en explicaciones se convirtieron en verdades absolutas que al presente parecen ser inmutables, cual dogma de fe religiosa. En todo caso hay que reconocer que, voluntaria o involuntariamente, ha existido una cuota importante de admiración por uno u otro héroe y que ello ha distorsionado, en grados variables, la exégesis documental. También se han olvidado, o minusvalorado determinadas situaciones e incluso se han introducido modificaciones en los documentos utilizados, asunto que expondremos en su momento.

Así, una acción en que se enfrentaron dos ejércitos también ha derivado en el enfrentamiento de dos actores principales, de un

mismo bando y de generaciones de seguidores y admiradores de cada uno de ellos.

Evidentemente, éste no ha sido el único episodio de la historia de Chile que ha generado una controversia de magnitud. A fines del siglo XIX, en 1891, encontramos otro. ¿Se trató de una revolución o de una guerra civil? ¿El presidente Balmaceda fue una víctima o un propiciador? Avanzando en el siglo XX existe otro que al solo mencionarse la fecha en que ocurrió ya se marca la idea de diferencia y polémica: septiembre de 1973.

Considerando lo anterior, más de alguien que no forme parte de un grupo de especialistas, podría incluso formular cuestionamientos que proyecten sombras de duda respecto del carácter científico de la disciplina historiográfica: ¿Por qué hay visiones tan disímiles y opuestas si los hechos históricos son únicos?

La epistemología nos explicará que el sujeto que conoce tiene mucho que ver en cómo se adquiere el conocimiento, y en los estudios históricos eso también es aplicable. Respecto del pasado, de lo que *ya fue*, solo nos es posible *saber* por los rastros que de él han quedado. El investigador, premunido de las armas que le proporcionan su cultura, sus estudios y la práctica de su oficio, los analiza en busca de explicaciones que darán forma a un texto que, con todo lo humano que tiene en su origen contendrá, como toda evaluación de la realidad, una alta dosis de subjetividad.

Entonces, si buscamos entender cómo fue un proceso determinado encontraremos dos, tres o cuatro explicaciones que han sido generadas por autores que probablemente han utilizado metodologías similares y tal vez hasta los mismos documentos, pero arribando a conclusiones distintas.

No está en nuestro ánimo la pretensión de resolver la polémica sobre el sitio de Rancagua. Ella ya es insoluble por lo irreductible de las posiciones. Sólo pretendemos entregar elementos de juicio respecto de algunas situaciones de él que nos ha parecido necesario puntualizar bajo la forma de estudios independientes pero relacionados entre sí. Por ello no desarrollaremos un relato lineal de los hechos. Junto a esos apartados hemos estimado pertinente colocar a disposición del lector un conjunto de 39 textos documentales

para que pueda, luego de analizarlos e interpretarlos, cuestionar, rechazar o concordar con las ideas que expresamos y también con las propias, utilizándolos como una base sólida que vaya más allá de las suposiciones y los decires populares de imprecisos orígenes.

La organización del libro es simple. Partimos con *Una historia y varias interpretaciones*, estudio en el que pretendemos explicar, en términos básicos, algunos puntos fundamentales de las formas de conocimiento del pasado y del trabajo historiográfico para que el lector no profesional de la materia pueda comprender por qué existen distintas versiones para un mismo hecho histórico.

Probablemente alguien pueda considerar que incluir esos tópicos no corresponde por ser temas tratados por varios autores en sendas obras de carácter teórico específico por lo que estaría de más referirlas aquí. Honestamente consideramos que un planteamiento de ese estilo solo sería demostrativo de una errónea, pretenciosa y autosuficiente posición intelectual por cuanto este libro, como todos, no está dedicado a un tipo de lector específico que posea determinados conocimientos, sino que a quien pueda posar sus ojos en sus páginas. Quien maneje esos aspectos bien podrá prescindir de leer la sección en cuestión.

El segundo lleva por título *El impacto de una derrota y las expresiones de una disputa*, y lo hemos destinado a exponer los principales lineamientos de las interpretaciones representativas del litigio historiográfico entre carrerinos y o'higginistas refiriendo, también, las críticas que es posible efectuar a ellas pues muchas veces sus autores han entregado a las letras de molde algunos pensamientos que contienen más pasión que rigor intelectual. No pretendemos criticarlos en sus creencias profundas pues presumimos que genuinamente se han formado una convicción respecto de los hechos, sino que solo mostrar cómo a través de la introducción de elementos distorsionadores, de la obliteración o del silencio en el análisis de los antecedentes documentales se puede crear una visión intencionada de la historia.

En el tercer estudio, *Desastre, batalla o sitio*, pretendemos precisar la categoría militar correspondiente a los hechos en cuestión, es decir determinar a qué tipo de acción de armas corresponden y

aclarar la arbitrariedad implícita en la denominación que corrientemente se le atribuye de *Desastre* pues esta corresponde a una valoración subjetiva que se ubica exclusivamente en el campo de los vencidos. Claramente para los integrantes del ejército del rey no se trató de tal. En este apartado proponemos que se utilice la denominación de Sitio de Rancagua por estimarla más compatible con los hechos considerando la forma física en que se combatió, sin desplazamientos ni movimientos tácticos de importancia por parte de los combatientes, agregando algunas consideraciones básicas acerca de la forma en que se desarrollaban en esos años las acciones bélicas, cuestiones que incorporamos a título de información general para una mejor comprensión de los hechos.

Un cuarto apartado lo hemos dedicado a *Los ejércitos combatientes*. Siendo los soldados —en un sentido amplio que incluye desde generales hasta el más simple fusilero— una parte fundamental en el desarrollo y resultado de un encuentro bélico, es necesario e ineludible referir las características esenciales de los cuerpos militares participantes y su estado operativo. Respecto del ejército revolucionario no deja de llamar la atención, a diferencia del contrario, la profunda fractura que existía en el cuadro de oficiales en el que ya se perfilaban las diferencias entre o'higginistas y carrerinos que marcaron las visiones inmediatas al encuentro y las que posteriormente redactaron sus protagonistas.

Al quinto lo denominamos *Defensa de la zona Cachapoal-Rancagua*. Tras la revisión de diferentes piezas documentales e historiográficas se plantea que la opción estratégica que en los hechos se dio, tuvo por característica central la planificación de la resistencia al avance de las tropas realistas en el área comprendida entre el río Cachapoal y la ciudad de Rancagua, y no en el cauce del mismo puesto que debido a su escaso caudal no representaba un obstáculo para el avance de las fuerzas de Osorio, ni tampoco un punto donde el ejército restaurador pudiese hacerse fuerte. En cambio, la zona alledaña permitía los movimientos de las tropas y de hecho al 1 de octubre se estaban guarneciendo dos de los tres lugares por donde se pensaba que los enemigos podrían acercarse a la ciudad, mismos que coincidían con los vados del río, sendas

por las cuáles la circulación de las tropas presentaba menos dificultades. El terreno en cuestión y la defensa de la ciudad eran un punto reiterado en los documentos, incluso en los signados por José Miguel Carrera, planteándose la idea de conformar una línea de defensa en él. Los distintos movimientos de las tropas en los días previos al sitio de Rancagua también nos remiten a la misma idea.

La disputa en torno a Angostura y la actuación de la tercera división, es el nombre de la sexta sección, que hemos destinado a analizar los antecedentes documentales relativos a los puntos que resultan ser los más discutidos en las obras historiográficas dedicadas al tema. ¿Existió una desobediencia de O'Higgins al no replegarse hacia Angostura? ¿Se había preparado allí una resistencia al avance realista? ¿Era ese el punto más adecuado para ello? Esas y otras preguntas más son las que tratamos de responder basándonos en la documentación anterior a los hechos. Si O'Higgins desobedeció al no replegarse a Angostura debe existir la orden que disponía el movimiento en cuestión, o al menos un testimonio de ella; si en Angostura se planeaba detener al enemigo en la eventualidad de que éste lograra sobrepasar las primeras defensas en la zona del río Cachapoal, deben existir los documentos que destinen tropas, municiones, cañones y pertrechos a ese lugar. Allí, en esos testimonios, es donde estas respuestas deben buscarse y no en la opinión de los historiadores de uno u otro bando pues estas siempre introducirán un elemento distorsionador. En segundo término, nos referiremos al otro punto álgido de la disputa entre o'higinistas y carrerinos. ¿Abandonó Carrera a los sitiados? ¿Atacó o no a los realistas por el lado norte de Rancagua? Si fue así, ¿con que ímpetu lo hizo? Los seguidores de O'Higgins son categóricos al negar ese ataque o, cuando menos, lo reducen a un mero amago. Los partidarios de Carrera señalan que sí se atacó, pero arguyen que las fuerzas disponibles eran reducidas y poco experimentadas agregando que, para más, debieron enfrentar a enemigos superiores en número sin que sus camaradas sitiados en la plaza actuaran sincronizadamente con ellos. Evidentemente se trata de un punto irreconciliable que fuerza a revisar los documentos y relatos de

los realistas, quienes se limitan a señalar que fueron atacados por la tercera división, pero que ese embate no fue lo suficientemente importante ni persistente para inquietarlos mayormente.

En los respectivos acápite exponemos nuestras conclusiones, nuestra visión de los acontecimientos que dan forma al sitio de Rancagua. Hemos llegado a ellas tras un largo y meditado análisis. Por honestidad intelectual creemos en las mismas, pero convenimos en que no constituyen una verdad revelada. Los lectores podrán, individualmente, coincidir o no. Precisamente para que cada uno pueda fundamentar su coincidencia o su disenso con lo que planteamos, o con lo que plantean otros autores en sus libros, es que incluimos un conjunto de documentos y relatos testimoniales de los protagonistas, tanto revolucionarios como realistas. Allí, en esos textos redactados por los propios protagonistas de los hechos, cada uno podrá fundar sólidamente su visión de los mismos hechos, podrá tener elementos para cuestionar, criticar e incluso plantear su propia hipótesis interpretativa. Así avanza la historiografía.

Debemos nuestra gratitud a los estudiantes de Licenciatura en Historia de la Universidad de Chile como asimismo a los del programa de Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la Academia de Guerra del Ejército, especialmente a Elías Navarrete y Camilo Osorio con quienes hemos estudiado estos tópicos. Una especial mención merecen también Antonio Yalcich Furche y Mario Barrientos Ossa, entusiastas divulgadores de la cultura en la región de O'Higgins. Asimismo a la Universidad de O'Higgins, representada por Marcello Visconti, vicerrector académico y por Rafael Correa Fontecilla, su rector, por haber respaldado entusiastamente este proyecto editorial. Por último, a Nancy Miño Thomas quien, como siempre, ha estado apoyando decididamente estas empresas.

ESTUDIOS



I

UNA HISTORIA Y VARIAS INTERPRETACIONES

En estricto rigor, las valoraciones que se pueden hacer respecto de la Historia son subjetivas y los hechos que ubicamos en la categoría de *históricos* no necesariamente deben ser de significativa trascendencia o de gran importancia. Se trata simplemente de hechos a los que, en nuestro presente, asignamos esa índole, condición o naturaleza, la que no siempre coincidirá con la que se les atribuyó en su momento. En esa sección temporal que llamamos *pasado* solo existen *hechos del pasado*. Nosotros los valoramos y los hacemos “mutar” en *históricos* y establecemos, también con una dosis de arbitrariedad, que para ser considerados como tales deben cumplir con ciertas características que variarán de un observador del pasado a otro.

La primera de éstas es que los acontecimientos a examinar no deben ser *hechos actuales*, sino que deben situarse en el pasado, es decir estar *ubicados en lo que ya ocurrió*, aunque exista un conjunto de realidades presentes que, si bien podrían ser sucesos parecidos a otros ya ocurridos, nunca serán idénticos porque, por último, uno tuvo lugar hace cien años y otro hace tres días. Ejemplifiquemos lo anterior: muchas aeronaves aterrizan y despegan de varios aeródromos en todo el país, pero el primer vuelo en Chile, hecho único e irrepetible, fue protagonizado por César Copetta en 1910. Por haber sido una acción precursora, la destacamos asignándole la calidad de *histórica*. En cambio, y desde esa misma perspectiva, el número de aviones que despegaron o aterrizaron hace tres años en un campo aéreo específico refleja un conjunto de hechos, también únicos e irrepetibles cada uno en sí, a los que asignamos menos trascendencia por ser ya comunes y representar un dato de

un pasado inmediato a nosotros. El número de los que lo hagan hoy es, por ahora, parte del presente.

Situación distinta es que cada hecho de la actualidad tenga una raíz histórica y que el conocimiento de ella nos permita comprenderlo de mejor forma, aunque no bastará solo esta disciplina para lograr ese objetivo. En su momento, los hechos que hoy consideramos *históricos* fueron *actuales* y formaron parte de una coyuntura que, temporalmente hablando, fue *presente*. En términos simples, el sábado 24 de mayo de 1879, día en que Benjamín Vicuña Mackenna dirigió un ardoroso discurso a una multitud reunida en la Alameda de Santiago llamando a sus auditores a unirse al esfuerzo bélico en que el país empezaba a ocuparse, el combate naval de Iquique ya era “noticia”, era un hecho recientemente ocurrido y conocido. No era algo que se situara en los libros de historia de Chile.

En segundo término, quien analiza los hechos debe integrarlos en un esfuerzo por comprender el pasado o un aspecto específico de él.

Así, si pretendemos conocer las características fundamentales del desarrollo cultural chileno del siglo XIX, la creación de instituciones como la Sociedad Literaria de Santiago, la Academia de Pintura, la Universidad de Chile o la Escuela de Artes y Oficios serán situaciones puntuales que obligadamente tendremos que considerar respondiendo a cuestiones como las finalidades y funciones que se les asignó a cada una al momento de su establecimiento, los recursos económicos que se les entregaron para constituirse y funcionar, y también deberemos pasar revista a quiénes fueron las personas que les dieron vida y cómo lo hicieron. Por otra parte, si buscamos comprender el desarrollo de las relaciones internacionales del país en el mismo período, deberemos poner atención en otro tipo de hechos y ocuparnos probablemente de la acción de otros personajes; y si queremos valorar la importancia de la familia como institución social en una época específica, no nos detendremos a analizar tratados, acuerdos limítrofes, notas diplomáticas o documentos relativos al reconocimiento de gobiernos: nuestra atención se fijará en cuestiones tales como la legislación matrimonial, la relativa a filiación y herencias, y también en hechos como

el número de matrimonios efectuados en una localidad específica y otros afines.

Para analizar lo acontecido en el pasado, traemos esos hechos al presente y procedemos a levantar una explicación sobre ellos. Cabe entonces preguntarse ¿qué ocurre con aquellos hechos preteritos que no son insertados en un intento explicativo del pasado? La respuesta es, simplemente, nada. Ellos siguen estando ahí en el pasado, latentes, en una suerte de compás de espera.

En el fondo, al asignarle el carácter de *histórico* a un conjunto de hechos le adjudicamos un significado, una importancia, una trascendencia, y si consideramos que ello es realizado por una persona específica entenderemos, en consecuencia, el origen de la subjetividad de los estudios históricos. Lo que para un observador es sustantivo, puede no serlo para otro. Los investigadores observan un mismo hecho o un conjunto de hechos al que consideran importante; lo examinan, lo describen, lo descomponen en sus partes y lo conectan con otros coetáneos. No obstante, lo que de él se diga, cómo se le valore o cómo se le explique, pueden ser cuestiones muy distintas puesto que los factores que influyen en estas apreciaciones son muchos y dispares y, obviamente, se relacionan con el observador y no con la realidad del pasado que es observada.

Cuando se expresa por escrito y con ciertas formalidades metodológicas, la interpretación de la *Historia*, es decir la exégesis de los hechos y procesos del pasado, es lo que se acostumbra a denominar *Historiografía*. Ella, a pesar de que se insista en que el historiador debe ser imparcial, siempre estará condicionada, o cuando menos influida por posiciones políticas, creencias religiosas o filosóficas, por cuestiones relacionadas a la pertenencia a determinados grupos sociales o culturales, por la educación recibida por quien interpreta el pasado, o por otras más simples como sentimientos de simpatía o antipatía por determinado personaje histórico, o por la existencia de relaciones de parentesco.

En realidad, la afirmación de que un historiador debe ser imparcial es un decir que debe corregirse en dos aspectos. Primero, agregándose que esa actitud debe asumirla en cuanto le

sea humanamente posible, pues nunca podrá serlo en términos absolutos y, segundo, en el sentido de que ese requisito, y en la condición recién especificada, también debe ser una norma por cumplir en la etapa investigativa, en la que se deben considerar todos los testimonios o documentos del pasado que estudiamos y no seleccionarlos de acuerdo con nuestros planteamientos previos o hipótesis de trabajo.

Para entender mejor lo antedicho, baste con señalar dos casos concretos relacionados con del sitio de Rancagua en 1814. Pensemos, por ejemplo, en un libro al que específicamente nos referiremos más adelante, y cuyo autor fue Ambrosio Valdés Carrera, nieto del general José Miguel Carrera Verdugo.¹ Por ahora bástenos con preguntar si este escritor podía ser absolutamente imparcial al tratar el sitio de Rancagua, acción en la que su antepasado jugó un rol que a un mismo tiempo ha sido cuestionado y alabado. Ante esta interrogante podría barruntarse que quizás desde su infancia escuchó referencias, secretos, tradiciones y recuerdos familiares que deben haber ido forjando en él una visión, una interpretación específica de esos hechos ante la cual, humanamente, no podía ser imparcial. En el campo contrario encontramos, también a modo de ejemplo, a Luis Valencia Avaria, quien por opción, no por relaciones de parentesco, llegó a demostrar una admiración exultante por O'Higgins, convirtiéndose en uno de los o'higginistas más destacados que ha existido y que, sin disimulo, expresa su admiración por el héroe oriundo de Chillán y por su obra, al mismo tiempo en que devela una actitud crítica, e incluso irónica, respecto de José Miguel Carrera, cuestiones que en nuestro tema específico (y quizás en otros), también le restan imparcialidad.

Otra condicionante en la interpretación que podamos hacer del pasado histórico es la mayor o menor disposición de material informativo. Como se trata de una actividad a la que se le atribuye un carácter científico, o cuando menos el de investigación

1 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena y campañas de la independencia*. Imprenta de la Unión, Santiago, 1888.

metodologizada, el estudio del pasado debe basarse en fuentes de información confiables y de libre disposición. Ellas deben ser el fundamento, el soporte de las opiniones del historiador, quien no puede basarse en sospechas o algunos decires o tradiciones populares que resultan improbables, a no ser que éstos sean su objeto de estudio. Si procede de tal modo es recomendable que sus escritos tengan un destacado tono condicional, al igual que si no tiene plena seguridad en sus fuentes y conclusiones. Tampoco el investigador puede basarse en documentos cuya existencia es conocida solo referencialmente y que no han sido exhibidos públicamente. De no cumplirse estos puntos se podría dar vida a interpretaciones y conclusiones descabelladas, o parciales y también a verdaderas invenciones. Asimismo, tiene el deber de consultar la mayor cantidad posible de fuentes pues no basta que un único documento afirme una situación o explique algo; su uso es válido, pero es mejor y más científico contar con otros que confirmen su contenido. Lo mismo vale para las interpretaciones de otros autores que, no por originarse en personas de prestigio son exactas, como se verá más adelante.

Usemos como ejemplo de lo anterior un documento que figura en un expediente promovido por el agente de Demetrio O'Higgins en Chile para obtener alguna compensación económica basada en los servicios realizados por su padre en pro de la independencia nacional, y que se conserva en el Archivo Histórico de la Cámara de Diputados. Allí figura un texto redactado y firmado en 1842 que se inicia con las siguientes palabras: "Digo yo Bernardo O'Higgins, Capitán General de la República de Chile, Brigadier en la de Buenos Aires y Gran Mariscal en la del Perú, y que en 1º de enero de 1818, como órgano de la voluntad nacional declaré solemnemente la independencia de Chile en la ciudad de Concepción".²

En ese documento se fija la ocurrencia de un hecho específico en una data (tiempo y lugar) determinada y la inferencia es clara: Bernardo O'Higgins declaró en esa fecha y lugar la independencia.

2 <http://archivohistorico.camara.cl/varios/testamento%20ohiggins%20final.pdf>

Sin embargo, el mismo O'Higgins redactó el 12 de febrero de 1823 una carta que desde Valparaíso dirigió a su exministro Miguel Zañartu. En la parte final de la misma se lee: "Sea V. más feliz que el que dio la libertad a Chile en este día en Chacabuco y en otro igual selló la carta de su independencia en Concepción".³ En este texto, la fecha es distinta y debemos considerar que a la indicada O'Higgins se hallaba en Talca y que ese día se realizó el acto declaratorio.

Siendo imposible que una persona pueda estar en dos lugares distintos a un mismo tiempo realizando la misma labor, es evidente que hay un error. ¿Cuál de los dos documentos está expresando una equivocación o una confusión? ¿Cuál es el elemento que está erróneamente indicado en ellos, la localidad, la data o ambos?

Es más, en 1820 O'Higgins firmó una invitación al Senado para que asistiera a la conmemoración correspondiente al 12 de febrero: "Mañana 12 del corriente es el cumpleaños de la gran jornada de Chacabuco, mediante la cual se dio libertad a Chile; y también de nuestra gloriosa declaración de independencia,"⁴ y el 5 de febrero de 1821 puso su firma en un decreto que decía haber visto "el acuerdo que se me ha pasado con fecha primero del corriente sobre el modo y forma con que debe solemnizarse el día del aniversario de la declaración de la independencia, y el glorioso recuerdo de los momentos en que sacudiendo Chile el ignominioso yugo de la esclavitud recuperó sus derechos de libertad".⁵ Obviamente al usar la expresión "con que debe solemnizarse" en sentido de futuro, se estaba refiriendo a algo que sucedería con posterioridad a la fecha del documento que estaba redactando.

Podrá argumentarse que el Libertador se equivocó, pero habría que determinar en cuál de los dos documentos cometió ese error. Si no buscamos más fuentes concordantes y nos basásemos solo en uno de los dos textos tendríamos que la independencia de Chile se habría declarado, según el mismo O'Higgins, en Concepción

3 *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo XXXI, p. 55.

4 *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo III, p. 577.

5 Publicado en *Gaceta ministerial de Chile*, 17 de febrero de 1821.

en dos fechas distintas, 1 de enero y 12 de febrero, cuestión que es absurda considerando que a la segunda aquella ciudad estaba dominada absolutamente por las fuerzas realistas, y más aún, cuando en la misma él se hallaba, comprobadamente, en Talca.⁶

Si bien respecto de la gran mayoría de los hechos y procesos que forman parte de la Historia existe una masa documental que ha permitido analizarlos y describirlos, puede ocurrir que con el tiempo se descubran otros legajos, otras piezas documentales. Entonces se deberán considerar nuevos elementos y factores que incluso podrían llegar a alterar, en forma significativa, las conclusiones a que llegaron las reconstrucciones historiográficas anteriores. En concreto, el conocimiento de la Historia también es histórico. Un hecho como el que nos ocupa en estas páginas —el sitio de Rancagua—, no solo es parte de la Historia, sino que la historiografía sobre él ha tenido su propia evolución, lo que incluso se advierte en cada una de las dos corrientes interpretativas principales que existen sobre el tema.

A pesar de que las interpretaciones historiográficas sean subjetivas, puede ocurrir que exista acuerdo respecto de lo que efectivamente es inferible de un documento determinado. La existencia de ese consenso no implica que necesariamente se genere otro respecto del motivo por el cual su autor utilizó tal o cual expresión, o asignó en su escrito tal o cual importancia o significado a determinados dichos, acciones, planteamientos, etc.

La exégesis documental, el ejercicio de interpretación, no es libre y ha de realizarse bajo determinados parámetros debiendo ser coherente con el texto que se analiza. Este debe ser estudiado considerándose la situación en que fue redactado y el uso de algunas de sus partes como datos específicos debe tener en cuenta el

6 Incluso más, se podría discutir la consideración de sí mismo como “órgano representativo de la voluntad nacional” especificada en el primer texto aludido pues él mismo, en 1818, manifestó su oposición al mecanismo propuesto para sancionar el reglamento constitucional de ese año “porque ninguna corporación, ni tribunal, ni jefe de Estado ha recibido hasta ahora del pueblo el derecho de representarle”, cuestión muy distinta a considerarse, como jefe de estado, un “órgano de la voluntad nacional”. El texto completo en *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo II, pp. 7–9.

contexto general del mismo, sin forzar intencionalmente la acción en cuestión para que el documento *diga* más de lo que efectivamente expresa, teniéndose siempre como meta lograr identificar lo que el redactor quiso exponer en su momento.

El documento conocido como *Proclamación de la independencia de Chile*, respecto del que erróneamente se ha sostenido que fue destruido en el palacio de La Moneda el 11 de septiembre de 1973, cuando en realidad se trataba de una copia caligráfica del original que se conservaba y aún se conserva en el Congreso Nacional, será la pieza documental que nos servirá para ejemplificar lo que venimos diciendo, pues si bien no se conoce la fecha exacta en que ese texto fue finalmente redactado, es de conocimiento público que el 22 de enero de 1818, estando Bernardo O'Higgins en Talca rechazó un primer esbozo de él y dio una serie de sugerencias y orientaciones respecto de su contenido, indicando quienes debían tener parte en su redacción y ordenando que fuese datado en Concepción a 1 de enero del mismo año. Recibida su misiva en Santiago, los comisionados se dieron a su tarea y a fines del mismo mes le fue enviada una nueva propuesta que el gobernante aprobó el 2 de febrero siguiente. En consecuencia, sería erróneo sostener que este documento puede probar que la independencia se proclamó o declaró en la ciudad del Biobío el primer día de ese año pues su redacción es posterior y no contiene alguna alusión a que se haya efectuado tal acto en aquella ciudad.

Si consideramos que el resultado de toda investigación en el campo de la historia es historiografía, es decir una aproximación explicativa a la realidad del pasado, no podemos afirmar que exista *una verdad histórica* que esté escrita. En los libros de historia, sean estos de simple difusión o estudios más profundos, encontraremos lo que un autor nos relata y explica respecto de una parte de la Historia, conformada por hechos comprobables a los que sí se puede atribuir un grado de veracidad. Es *su interpretación* de ella. Si se quiere, es *su visión del pasado, su verdad respecto de un punto específico de la Historia* y podrá ser más o menos verosímil, pero nunca será *la verdad histórica*.

Algo similar ocurre con el concepto *Historia oficial*, que es usado para hacer referencia a un gran relato nacional que tiene como propósito unificar las miradas respecto de los acontecimientos pasados de manera de conseguir cohesión social y fortalecer la identidad nacional.

Siendo lo oficial aquello que emana de la autoridad del Estado, cabe plantear algunas interrogantes: ¿Existe, en rigor, una Historia oficial? ¿Puede la Historia, es decir el conjunto de sucesos de antaño respecto de los que nadie tiene control pues se ubican, precisamente, en el pasado, ser oficial? ¿Puede la Historia detentar una condición propia de algo que surge del Estado? ¿Es que el pasado emana del Estado?

Pudiese ser que existiese una *visión de la Historia*, es decir una interpretación historiográfica, que fuese preferida, enseñada, recomendada, potenciada, promovida, difundida (y cabrían varios verbos más aquí) por un Estado determinado que nos diga *así fueron los hechos que conforman nuestra historia*, estableciéndose ese control al que recién aludíamos. Sin embargo, independientemente de contar o no con el favor estatal, esas visiones tendrían que ser definidas en sus características esenciales y estructuradas por alguien que las expresase en textos que tendrían uno o más autores y, por lo tanto, solo serían *la* aproximación de ese sujeto (o esos sujetos) a los hechos del pasado, y ella sería compartida, por diversas razones, por otros que integran los organismos del Estado que la harían suya.

Eso podría ser una *historiografía oficial*, mas no una *Historia oficial*. No podemos confundir el sujeto de estudio con la actividad que lo estudia, así como la Teología no se confunde con Dios ni la Biología con la vida.

En el mismo sentido, una frase muy utilizada en el ámbito de la política afirma que con ciertas acciones se estaría *reescribiendo la historia*. Si bien esta expresión se emplea para indicar que se está produciendo un giro en una situación dada, lo ya ocurrido, es decir aquello de lo que se ocupa la historiografía, no va a cambiar; lo que ocurra a futuro sí, porque se alteraría el curso que hasta ese momento han llevado los hechos. Más exacto sería, entonces,

plantear que se está viviendo un proceso de alteración de la realidad presente y que en el futuro la historiografía dará cuenta de ello.

Con todo, para que una interpretación historiográfica fuese realmente oficial se requeriría de una oficialización, es decir, de un acto del Estado que le asignara tal carácter, lo que efectivamente ocurre con otras manifestaciones culturales y objetos como las lenguas oficiales y los símbolos patrios. Lo que ocurre con la historiografía también sucede con aquellas *creencias* históricas que son compartidas por la generalidad de una sociedad. Serán algo en común, pero no algo oficializado mientras no exista una determinación estatal que las consagre como tales.

Solo han existido indicios de una incipiente oficialización de una interpretación del pasado que puede verse, por ejemplo, en los cuerpos legales que autorizaron el traslado de los restos mortales de héroes fallecidos fuera del país (tal como ocurrió en 1828 con los de los hermanos Carrera y en 1868 con los de O'Higgins), y también en los que han autorizado la erección de monumentos de todo tipo y la celebración de ciertos acontecimientos, pero no se ha llegado aún a establecer, afortunadamente, una verdad histórica oficial o una visión historiográfica oficial.

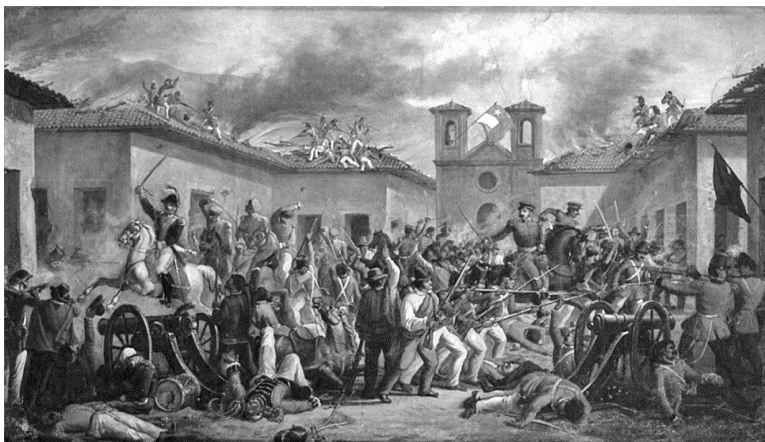
Considerando las situaciones que hemos descrito es posible entender que un mismo hecho pueda tener, a pesar de su individualidad, una multiplicidad de interpretaciones. Esto es lo que ocurre con lo acaecido en Rancagua el 1 y 2 de octubre de 1814. Un mismo conjunto de sucesos tiene, cuando menos, tres interpretaciones. Una de ellas, quizás la más desconocida de todas, es la de los vencedores en el combate, las fuerzas del ejército del rey; las otras dos corresponden a cada una de las facciones existentes entre los derrotados (carrerinos y o'higginistas), que explican los hechos salvaguardando el papel desempeñado por el héroe predilecto y, al mismo tiempo, imputando la responsabilidad por la derrota al otro usando arbitrariamente algunos documentos, silenciando algunas situaciones, exagerando otras y redactando sus textos en formas que en nada se corresponden con lo que realmente es el desempeño del rol del investigador que no busca justificar, ensalzar o destruir sino que explicar.

A ello se suma un cúmulo de decires tradicionales de origen imprecisable que muchas veces manifiestan o destacan cuestiones que difícilmente pudiesen tener algún asidero real. A modo de ejemplo, se dice que O'Higgins salió prácticamente ciego de Rancagua; que José Miguel Carrera abandonó a O'Higgins y no acudió en su ayuda para deshacerse de un contradictor político de importancia, lo que habría implicado la decisión de sacrificar a su hermano Juan José, quien también se hallaba al interior de la plaza sitiada; que lo anterior, incluso lo habría planteado con la expresión "Rancagua es la trampa perfecta para deshacernos del huacho"; que, además, la defensa se habría preparado en Angostura de Paine; que algunos oficiales realistas, coterráneos de O'Higgins, le habrían facilitado la salida desde Rancagua, etc., etc., etc.

Todas esas cuestiones resultan difíciles de comprobar en un estudio historiográfico, aunque quizás podrían tener cabida en una novela histórica donde los autores son libres de crear situaciones en base a hechos pretéritos, licencia que no es aplicable al oficio del historiador.

En consecuencia, abordar este tema histórico siempre resultará complejo. Más bien dicho, siempre —desde 1814— lo ha sido. Sin embargo, y suponiendo que los autores y lectores proceden con buena fe y con buenas artes, esto mismo es un factor que impulsa la investigación historiográfica y que promueve la búsqueda de nuevos antecedentes y la elaboración de nuevas interpretaciones.

Muchos autores exponen resultados disímiles entre sí y los lectores podrán optar por tal o cual interpretación; quizás no se satisfagan con ninguna y prefieran construir una propia en base a sus lecturas y estudios, o simplemente recogiendo trozos de las ya existentes levanten una visión más ecléctica. Lo que importa, a fin de otorgarle validez, es que esa construcción sea metodológicamente correcta, que se respete la pureza del documento o fuente informativa, que no se le adule en forma alguna y que prime la lógica en el análisis, el pensamiento racional y la claridad en la exposición de las conclusiones.



Giulio Nanetti
La batalla de Rancagua, 1920
(Nótese el error de la bandera, creada en 1817)



Templo de la Merced. Fotografía: C. Guerrero L.



II

EL IMPACTO DE UNA DERROTA Y LAS EXPRESIONES DE UNA DISPUTA

Desde el 1 y 2 de octubre de 1814 el hecho de armas que tuvo lugar en la plaza de Rancagua ha sido objeto de una ardua y enrevesada disputa que buscó, y aún busca, establecer la responsabilidad de una derrota militar en la que intervinieron dos de los protagonistas centrales de la independencia, mismos que en esa época se inculparon mutuamente por el desenlace: José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins.

A lo largo de los siglos XIX y XX, los respaldaron una pléyade de seguidores. Muchos de ellos eran militares, otros historiadores reconocidos y numerosos estudiosos de la historia que con mayor o menor soporte documental y acierto en la utilización de procedimientos metodológicos contribuyeron no solo a perpetuar la controversia en cuestión, sino que también a hacerla crecientemente compleja y hasta cierto punto bizantina.

A nuestro entender esto ha sido así por la conjugación de dos factores principales. En primer lugar, la trascendencia propia de ese encuentro bélico que implicó el violento fin de la primera etapa del proceso independentista. Para los seguidores de la causa revolucionaria, la pérdida o el término de la Patria Vieja se transformó en una verdadera tragedia. Por ello se hizo común hablar del *Desastre de Rancagua*. Por cuestiones propias de la naturaleza humana, también se tornó necesario y urgente encontrar al responsable que había causado semejante desgracia. Había dos candidatos en la primera línea, los ya mencionados Carrera y O'Higgins. A uno de ellos se debía endilgar la culpabilidad y, curiosamente, desde entonces no se ha justipreciado la acción del bando realista que aprovechando las circunstancias imperantes pudo alzarse con el

triunfo. Optimistamente, desde 1814 se ha creído que la derrota no se debió a que el ejército del rey hubiese tenido un mejor desempeño o dispuesto de mejor forma sus medios y armas, sino que se ha afirmado que aquella se debió a actos ocurridos al interior del bando revolucionario, los que son considerados como ineptitudes o como actuaciones que merecen ser calificadas de traición.

Relacionado con lo anterior y explicando la persistencia de esta disputa, encontramos un segundo factor en la admiración casi desmedida que, por razones familiares, ideológicas o simplemente de simpatía, han demostrado o'higginistas y carrerinos por el héroe de sus preferencias. Esto no solo ha implicado ensalzar al predilecto, cuestión que no merecería reproche alguno si no fuese porque casi necesariamente ha conllevado asociada la denostación o, cuando menos, la crítica mordaz e irónica hacia el contrario.

Así, con gran fuerza se plantean posiciones absolutamente irreconciliables que, a la par de ser comprensibles en los mismos Carrera y O'Higgins en su época, resultan anacrónicas y exageradas en autores de la segunda mitad del siglo XIX o del siguiente.

La hipérbole campea abiertamente en muchas obras e incluso, en algunos casos, se expresan juicios que no se avalan ni demuestran. Se dan por verídicas ciertas explicaciones que no son más que meras presunciones o anhelos de lo que para el autor que las expone debió haber ocurrido.

También han existido escritores que con la finalidad de fortalecer sus planteamientos, abiertamente y sin disimulo han modificado documentos históricos engarzando en ellos curiosas adendas provenientes de su imaginación, que después de un tiempo se transforman en verdades a fuerza de su repetición insistente.

En algunas ocasiones, la crítica destemplada e incluso la ironía han hecho que la imparcialidad que se espera encontrar en los escritos de un estudioso de la historia, siempre en cuanto le sea honestamente posible, se pierda fácilmente haciendo del autor un militante más de una causa determinada.

Solo a título de ejemplo, veamos algunas de estas situaciones en ambos bandos.

Un autor sanguíneamente cercano a José Miguel Carrera fue Ambrosio Valdés Carrera, quien a fines del siglo XIX publicó un libro titulado *Carrera. Revolución chilena y campañas de la independencia* en el que, naturalmente, defendió el rol que le cupo a su abuelo en los hechos que nos ocupan.

Uno de los puntos en que es visible la interferencia de sus vínculos sanguíneos en el análisis de los hechos que estudia es el relativo a las diferencias entre los supuestos planes de O'Higgins y Carrera para enfrentar al enemigo realista. Si bien Valdés los especifica por igual, al referirse al de O'Higgins solo encuentra deficiencias y únicamente bondades en el de Carrera. Así nos dice:

“El plan propuesto por O'Higgins fue el siguiente: encerrarse en Rancagua y fortificar las únicas cuatro calles que dan acceso a la plaza, por lo que consideraba ese punto inexpugnable [...]. Carrera como presidente y general en jefe formó su plan de defensa, consistente este, en acordar con parte de sus fuerzas el caudaloso río Cachapoal y en caso de ser forzado el paso del río, replegarse a la Angostura de Paine con cuyo objeto la hizo fortificar”.¹

La crítica de Valdés al primero de los “planes” destaca que la plaza no era muy espaciosa para contener al total de efectivos que en ella encontraron refugio, quienes podrían verse afectados por la suspensión del suministro de agua y también por los incendios provocados por los enemigos, situaciones que como veremos efectivamente se produjeron. Habiéndose refugiado en ella tanto la división de O'Higgins como la de Juan José Carrera cabría preguntarse si este último estaba en conocimiento del “plan” del primero y las razones por las que adhirió, con su conducta, a él y no al de su hermano José Miguel.

1 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena...*, p. 113.

La más atendible de todas las críticas de Valdés es la que señala que resistir en Rancagua no habría tenido lógica pues las fuerzas del rey podrían haberse dividido y una fracción menor ser destinada a mantener el asedio sobre la plaza en cuestión, mientras que el resto hubiese podido dirigirse hacia Santiago, es decir, *hacerla caer por posición*, utilizando la jerga técnica.

Valdés le asigna gran importancia defensiva a Angostura de Paine, alternativa que habría sido la preferida por José Miguel Carrera:

“En esa fuerte posición, en que los cerros están a tiro de pistola uno de otro, cruzado su fondo por un estero caudaloso sobre todo en invierno, cubiertos de monte (que hoy el hacha del leñatero concluyó con él) ofrecía a los soldados un parapeto en cada árbol, desde los que podían ofender sin ser ofendidos, cuya posición era la que más convenía a nuestros bisoños soldados”.²

Al mismo tiempo, rechaza rápidamente los cuestionamientos que se han hecho a esta alternativa, atribuyendo falta de conocimiento geográfico a quienes —partiendo por el mismo O’Higgins, Barros Arana y otros— han sostenido que la existencia de caminos alternativos por Aculeo y Chada podría haber generado el mismo efecto que él advierte respecto de la alternativa de fortificarse en Rancagua, es decir, la posición en cuestión pudiese haber sido burlada al usarse esas vías. De hecho, sostiene que el camino de Aculeo se ubica más al norte de Angostura, lo que es efectivo, y que la única forma de transitarlo habría implicado para las tropas realistas atravesar algunos cerros, cuestión que sería casi imposible para la artillería. A su vez, el de Melipilla implicaba un trayecto más largo y difícil. Finalmente sostiene que la cuesta de Chada era casi intransitable.

2 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena...*, p. 113.

Desde el lado o'higginista se podría retrucar que esto último no es efectivo puesto que O'Higgins volvió a Santiago utilizando ese camino, pudiendo agregarse que el 1 de octubre de 1814 el mismo José Miguel Carrera despachó tropas hacia esa cuesta ante la noticia, que resultó falsa, de que los realistas se dirigían hacia ella. Esto, de no ser practicable esa ruta no habría tenido sentido alguno pues los realistas tampoco podrían transitar por ella.

También en contra de los dichos de Valdés se podría argumentar que los ejércitos no siempre se desplazaban por los caminos y que, en realidad, un trayecto con cierto grado de complejidad, como el camino de Melipilla o el trayecto que habría que realizar antes de llegar a Angostura para entroncar con el camino de Aculeo, cortando por las laderas de algunos cerros, no eran un obstáculo mayor para un ejército en campaña que venía desplazándose desde Talcahuano. Específicamente en el caso del camino de Aculeo, si bien la artillería no cruzaría fácilmente por las colinas antes de llegar a él, la infantería lo haría más expeditamente y los cañones, al menos los más livianos, podían transportarse desarmados a lomo de mula, cuestiones todas que los ejércitos de esa época hacían. Basta con recordar el cruce de los Andes en 1817. De hecho, existe un testimonio del oficial realista Luis Urrejola quien en agosto de 1814 dirigió un oficio a Gabino Gaínza sugiriéndole una serie de cursos de acción a seguir en los días cercanos al ataque a Juan Mackenna en Membrillar. En él señalaba que en ese último lugar “nos íbamos a alejar de la plaza de Chillán, atravesando por quebraduras, cerros y barrancos dejando a Mackenna a la espalda”,³ indicando claramente que los ejércitos no se desplazaban, exclusivamente, por los caminos existentes.

Lamentablemente, siendo el punto de la estrategia uno de los centrales en la disputa entre o'higginistas y carrerinos, Valdés no utilizó documento alguno al momento referirse a esa materia. En todo caso, valga para él la disculpa de haberse dejado guiar por

3 *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo xv. Imprenta Cervantes, Santiago, 1909, p. 117.

el peso del argumento de autoridad y, en consecuencia, no haber examinado los dichos de los prestigiados autores que consultó.

En efecto, las fuentes bibliográficas a las que recurrió al momento de referir la materia en cuestión, y que lógicamente influyeron en sus dichos, son obras de historiadores prestigiosos como los hermanos Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna quienes, a su vez, no refieren las suyas en forma específica.

Por ejemplo, los Amunátegui señalan que el 3 de septiembre, tras el acuerdo conciliatorio entre Carrera y O'Higgins, este último "inmediatamente partió con su división a posesionarse de la villa de Rancagua",⁴ en circunstancias de que solo tomó ese rumbo el día 18. Al momento de referir los planes militares lo hacen en términos simples y directos, pero indirectamente asumen la posibilidad de una derrota en Angostura de Paine, de seguirse el presunto plan carrerino:

"Disputarían a los realistas el paso del Cachapoal; y en caso de ser rechazados, se replegarían a la Angostura de Paine, que, a causa de la naturaleza del terreno, si Osorio cometía la imprudencia de atacarla, sería las Termópilas de Chile. Quedaba un pasaje para Santiago por la cuesta de Chada; pero de difícil tránsito en razón de su aspereza, embromaría al enemigo mucho tiempo, y le impediría conducir artillería gruesa. Si eran obligados a abandonar estas posiciones, podía aun hacerse en el río Maipo un último esfuerzo para contenerlo, y dar la batalla en el llano del mismo nombre".⁵

A raíz de estas palabras y al considerar el valor militar de Angostura de Paine, debe recordarse que, dejando de lado su heroica resistencia, los espartanos y sus aliados fueron derrotados en las Termópilas.

4 Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. *La reconquista española*. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1912, p. 157.

5 Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. *La reconquista española*, pp. 158–159.

Respecto de las ideas de O'Higgins, los Amunátegui comentan que estas habrían sido aceptadas por Carrera debido a las circunstancias existentes:

“Pintaba [O'Higgins], si se seguía su dictamen, tan seguro el triunfo, que por no chocar a los pocos días de su reconciliación, accedió Carrera en apariencia; mas siempre firme en su anterior proyecto, comisionó al cura don Isidro Pineda, para que fortificase la Angostura.”⁶

No deja de ser interesante la influencia que estas palabras, escritas en 1850, parecen tener en el escrito de Diego José Benavente que analizaremos más adelante y que fue redactado en 1856, especialmente al momento de referir una posible resistencia a orillas del río Maipo y también la *aparente* aceptación de Carrera respecto de los planes de O'Higgins.

Realizar una afirmación como la anterior, que implica que en esta materia el general Carrera tuvo una posición pública y otra privada, y hacerlo sin mencionar o transcribir algún documento o testimonio oral demostrativo es altamente cuestionable e incluso presenta una gran deficiencia procedimental pues genera un desplazamiento en la cronología de hechos que es posible establecer según la documentación.

En efecto, sólo a partir del 14 de septiembre de 1814, O'Higgins insistió en la importancia de la zona de Rancagua para la defensa. Lo hizo al transmitir a su comandante la opinión que al respecto tenía Bernardo de Cuevas.⁷ Si damos por cierto lo aseverado por los Amunátegui tendríamos que, en fecha posterior a la recién indicada, Carrera habría aceptado aquellos planteamientos. Sin embargo, es posible establecer que el mismo general Carrera el día 5 de septiembre, como veremos más adelante, confidenció a su hermana Javiera que O'Higgins partiría a tal destino y se conoce

6 Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. *La reconquista española*, p. 159.

7 Véase documento 12.

el antecedente de que antes del 6 del mismo mes, ya había comisionado a Pineda para inspeccionar Angostura de Paine, tal como se desprende de la comunicación que O'Higgins le remitió ese día informándole del paso del sacerdote por su campamento en la localidad de Hospital.⁸

En sí, el planteamiento de la existencia de una doble intención en el general Carrera resulta absurdo e ilógico. Si en apariencia, como nos dicen estos historiadores, este comandante militar aceptó el planteamiento de su subalterno O'Higgins, es decir, si hizo propia la idea de proceder a guarecerse en la ciudad de Rancagua en el caso de que los realistas superasen la defensa en la zona cercana al río Cachapoal, ello necesariamente implicaría que tendría que haberle comunicado su decisión. En tal caso, ¿sería justo, después de haber actuado en tal sentido, endilgarle al subalterno la acusación de desobediencia por no haberse replegado a otro lugar?

Es más, de ser cierto que en apariencia se aceptó su planteamiento, deberíamos suponer que a algunos oficiales superiores se les comunicaron órdenes concordantes con aquella decisión y a otros unas muy distintas que contendrían los verdaderos planes del general en jefe que, suponemos, no dejaría la resolución de un encuentro militar de envergadura al albur de lo figurado. ¿Es posible pensar que una fuerza militar, manejada con un doble criterio pudiese operar acertadamente en una situación en que el avance enemigo parecía incontenible? A nuestro entender no. Lo único que se produciría sería desorganización y, más que probablemente, la derrota.

Por último, ¿a quién se habrían comunicado los planes “verdaderos”? Juzgando por los relatos del sitio de Rancagua solo se podría aseverar que, de ser efectiva la situación que comentamos, no le fueron informados a Juan José Carrera ni a O'Higgins, que eran los comandantes de las principales divisiones del ejército, por no decir su columna vertebral. Adicionalmente, de ser todo esto

8 Véase carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, 6 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 348-349

efectivo, habría sido esperable que alguna disposición u obra real de fortificación o de simple defensa se hubiese implementado en Angostura de Paine, punto geográfico que sería trascendental en la “verdadera” planificación del general Carrera. Sin embargo, como veremos más adelante, nada se hizo.

Benjamín Vicuña Mackenna, otro de los autores consultados por Valdés Carrera, también se refiere a los planes militares y en sus dichos se advierte una seria y casi inexcusable inexactitud que desdice mucho de su fama como historiador:

“Carrera había designado como el punto en que debía darse la batalla el desfiladero de Paine, pero O’Higgins insistía que debía defenderse la dilatada línea del Cachapoal. Fundaba su opinión en un plan teórico trabajado en 1811 por el ingeniero Mackenna para la defensa del reino, que reconocía aquella como la línea más importante que debía sostenerse después de la del Maule, cuando una invasión amagase por el sur a la capital”.⁹

Respecto de estas afirmaciones cabe advertir, en primer lugar, que el *Plan de Defensa* del que Mackenna no es autor único, no fue elaborado en 1811 sino que a fines de 1810. Esto podrá excusarse como un error menor, pero lo mismo no puede hacerse respecto del resto de la afirmación pues en el texto de dicho plan no se menciona a Rancagua en ninguna parte. Tampoco aparecen nombrados los ríos Cachapoal y Maule ni otras localidades o puntos geográficos de la zona como Colchagua, Pelequén, Requínoa, Angostura de Paine, etc.

El mismo Vicuña Mackenna también exhibe un cuestionable manejo de las fuentes de información. En su obra *El ostracismo del general don Bernardo O’Higgins*, bajo el número XII de su capítulo

9 Benjamín Vicuña Mackenna. *El ostracismo del general don Bernardo O’Higgins*. Imprenta y Librería de El Mercurio de Santos Tornerio, Valparaíso, 1860, p. 211.

octavo, insertó la relación del sitio de Rancagua que John Thomas redactó basándose en los antecedentes proporcionados por O'Higgins, según algunos, o bajo su dictado, según otros. El texto es transcrito, entre comillas, a lo largo de quince páginas precedido de una extraña explicación que señala que se le reproduce, pero alterado, sin señalarse en el cuerpo principal del documento en cuestión cuáles son las partes originales y cuáles las modificadas. Esta operación se justifica argumentando una necesidad de estilo:

“Por fortuna, y si bien no de una manera tan cabal cual quisiéramos, vamos a esforzarnos por colmar esta laguna de nuestros anales, haciendo uso de un documento que, aunque imperfecto, puede considerarse en cierta manera como el boletín oficial escrito por el mismo general O'Higgins.

Consiste esta curiosa pieza histórica en un borrador escrito en inglés por don Juan Thomas, que de continuo tenía la pluma bajo el dictado de O'Higgins, y en esta vez parece evidente que sólo se ocupó en verter noticias transmitidas minuciosamente por aquel. Vamos, pues, a reproducir este en la forma de diario que tiene en el confuso e inconexo original, dando sólo alguna más unidad y rapidez al estilo, y añadiendo en notas aquellas circunstancias que no constando de esta relación, nos parezcan útiles a la historia, sea porque las tomemos del parte oficial de Osorio que en Chile es apenas conocido, y que ahora tenemos a la vista, o sea porque las derivemos de otros documentos inéditos.”¹⁰

Sin embargo, la extensión del texto que publica es sustancial y notoriamente menor al original que se conserva en el Archivo Nacional y el relato se presenta evidentemente resumido y cercenado en varias partes, especialmente en aquellas en que se describe,

10 Benjamín Vicuña Mackenna. *El ostracismo del general don Bernardo O'Higgins*, pp. 213–214.

cuestiona o refieren las actuaciones de los hermanos Carrera. En la segunda parte de este libro hemos insertado la versión original.

Autores como Valdés Carrera o Eulogio Rojas Mery, a quien nos referiremos casi de inmediato, y quizás cuantos más, solo vieron el prestigio de Vicuña y repitieron el error confiando en la fama alcanzada por él.

Lo que no es disculpable es la manipulación y adulteración de documentos, materia en que Valdés llega incluso a cambiar la fecha de un original. Así ocurre cuando comenta la actuación de O'Higgins durante la noche del 30 de septiembre y madrugada del día siguiente diciendo:

“¿Qué significaba esta conducta de O'Higgins? Es un caos del que nadie podrá darse cuenta, con mayor razón desde que esa misma noche había recibido oficio del general en jefe en que le decía: “V. E. no debe exponer una acción decisiva, sino bien asegurado del triunfo que ciertamente lo afianzará la reunión del total de las fuerzas. No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha de la 3ª división”.¹¹

Lo primero que se debe notar es la inversión del orden del texto del general Carrera transcrito por el autor, y la eliminación de pequeñas partes. Según la versión publicada en el *Archivo del general José Miguel Carrera* este dice:

“No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha, se ponen en movimiento todos los resortes. V. S. no debe exponer una acción decisiva si no está bien asegurado del triunfo que ciertamente nos dará la reunión total de las fuerzas”.¹²

11 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena...*, pp. 116–117.

12 *Archivo del general José Miguel Carrera*, tomo XII, p. 304.

Lo segundo es que la fecha del documento de marras corresponde al 20 de septiembre, y no al 29 o al 30 del mismo mes, como debiese ser si es que O'Higgins, como dice el autor, lo recibió la noche de ese último día. De no ser así, el texto habría estado extraviado durante más de una semana, cuestión que resulta inconcebible especialmente cuando, como veremos, recibió respuesta de O'Higgins el día 21 de septiembre.

Agréguese que en nota al pie Valdés refiere como fuentes al *Diario* de Carrera, la relación de Samaniego y el *Araucano* N° 181. Sin embargo, en ninguna de las tres aparece el texto en cuestión.

Por último, la misma redacción del texto apoya la idea de que la data correcta es 20 de septiembre pues el día 30 habría carecido de sentido afirmar que las providencias no podían ser más activas, al igual que informar respecto de la marcha de la tercera división (que como vemos en el original no es mencionada), en circunstancias de estar ella ya en la zona.

Un último comentario respecto de la obra de Valdés Carrera, y que es inexcusable. Resulta en extremo sensible que no hubiese tenido una perspectiva más crítica y ecuánime al momento de ponderar los hechos, siendo notorio que no logró sobreponerse a su vínculo familiar y que indisimuladamente en su escrito defiende a Carrera y ataca a O'Higgins. Sirvan de muestras, sin reflexiones por nuestra parte, tres comentarios vertidos por él. El primero dice: “pese, pues, sobre él [O'Higgins], las consecuencias [sic] de su insubordinación y no hagamos responsable al superior que no fue obedecido, y que por las circunstancias no pudo hacerse respetar”; el segundo: “la conducta del general O'Higgins como militar no tiene disculpa, como talento y táctica, revela mucha ignorancia” y, finalmente, el tercero

“se ve claramente el empecinamiento de O'Higgins en encerrarse en la plaza de Rancagua contra las órdenes terminantes de su general, y para lograrlo, dio paso franco en el río al enemigo, para de este modo, precipitar los sucesos y llevarse él solo la gloria de un triunfo que contaba seguro,

pero que según toda presunción militar debía perderse, y esto, por su solo capricho.

Caiga, pues, sobre O'Higgins el peso de la responsabilidad que quiere hacerse con injusticia pesar sobre el general Carrera".¹³

Otro defensor de la posición carrerina fue Eulogio Rojas Mery, un autor que también sorprende con sus afirmaciones. En su obra *El general Carrera en Chile*, sostiene:

"Estimo como una redundancia entrar en los pormenores de la reconciliación de los caudillos, pues es sobradamente conocido que O'Higgins se allanó a reconocer a Carrera como Jefe del Gobierno y general en jefe del Ejército, pidiendo sólo para sí el mando de la vanguardia. Igualmente no hay discrepancia en el hecho de que Carrera era de opinión de establecer la defensa en la Angostura, mientras que O'Higgins, siguiendo lo indicado por Mackenna en el plan de defensa que había presentado al Gobierno en 1811, sostenía que esa defensa se debía hacer en Rancagua".¹⁴

Como vemos, es la misma explicación dada por Valdés Carrera. Quizás esté fundada en ese texto o en el de Vicuña Mackenna. Fuese así o no, las observaciones relativas a la falta de rigor y de comprobación que señalábamos para ellos también resultan aplicables en este caso.

Rojas Mery destaca en sus páginas algunos hechos que, según su particular punto de vista, demostrarían la inconsistencia y las contradicciones existentes en las críticas de O'Higgins respecto de los planes. En efecto indica que, según el relato redactado por John Thomas, al pasar por Angostura de Paine el general habría comentado acerca de la inutilidad de las obras que allí se planeaba

13 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena...*, pp. 114, 115 y 117, respectivamente.

14 Eulogio Rojas Mery. *El general Carrera en Chile*. Tipografía Chilena, Santiago, 1951, p. 97

emprender pues la existencia de caminos alternativos hacia Santiago permitiría que ese punto, fortificado o no, fuese ignorado por los realistas.

Según Rojas lo anterior, expresado por O'Higgins a su secretario varios años después de los hechos, estaría en abierta contradicción con lo manifestado por el mismo general en algunos documentos suscritos en días anteriores o posteriores a su paso por esa localidad, tales como el oficio que el 6 de septiembre de 1814 remitió a Carrera informándole que el cura Pineda ya estaba reconociendo el lugar y el del día 8 siguiente, en que le comunicaba al mismo destinatario que se esperaba el arribo de los trabajadores que realizarían las obras necesarias.

Como el lector advertirá, esos textos solo contienen antecedentes respecto de ciertos hechos concretos que se informaban al general en jefe —el paso del cura Pineda y el arribo de los trabajadores—, y no una opinión técnica respecto de la utilidad o inutilidad de las obras en cuestión, asunto que es totalmente distinto, por lo que no habría contradicción pues tratándose de cuestiones que versan sobre materias muy distintas no se produce antagonismo o incompatibilidad entre ellas.

A lo anterior Rojas agrega una nota enviada por O'Higgins a Carrera el 20 de septiembre en la que el primero señalaba la conveniencia de destacar un contingente de 100 hombres y una pieza de artillería en Angostura de Paine ante la eventualidad de que los realistas cruzasen el río Cachapoal por el vado de Cortés y, desplazándose hacia el norte, pudiesen interrumpir la comunicación entre ambos.¹⁵ Respecto de ese texto, el autor nuevamente entra en confusión pues una cosa es plantear una defensa formal en un punto específico, reuniendo un número considerable de tropas y medios, o todo el ejército como él plantea, y otra muy distinta es resguardar un lugar específico ante una eventualidad que, como todas las de su género, solo era una posibilidad de la que había

15 Véase documento 15.

que precaverse.¹⁶ Más adelante volveremos sobre este documento y examinaremos una curiosa interpretación que José Miguel Carrera hizo del mismo.

Otros errores sensibles dicen relación con suponer, sin base alguna, que las ideas operativas expresadas se llevaron efectivamente a cabo. Así ocurre cuando critica la decisión de O'Higgins de encerrarse en la plaza rancagüina —sin mencionar, dicho sea de paso, que la misma también había sido adoptada por Juan José Carrera—, “sin tomar en cuenta que, para aumentar el caudal del Cachapoal, se habían cerrado las compuertas de los diferentes canales, lo que hacía peligrar la vida de sus tropas”, debido a la escasez de agua que enfrentarían.¹⁷

El punto central de esto es que, si bien esta última orden existió, no consta que se haya ejecutado. En efecto, Diego José Benavente, también carrerino y protagonista de los hechos, señala que el 1 de octubre, iniciándose el combate “desde el principio había el enemigo cortado las acequias que daban agua a las manzanas de la plaza, desbordándolas por las calles de afuera para anegarlas”.¹⁸ En otras palabras, el abastecimiento fue interrumpido por los realistas el día en que se inició el combate y obviamente, no como consecuencia de la orden de José Miguel Carrera. El raciocinio de Rojas implicaría que desde el 29 de septiembre la población civil y las tropas del ejército restaurador, al menos las situadas en la ciudad, habrían estado privadas de ese recurso.

Mayor gravedad tienen sus dichos al momento de referir la respuesta de José Miguel Carrera al mensaje que O'Higgins le envió con un soldado de dragones la noche del 1 al 2 de octubre. El autor que comentamos dice:

16 Eulogio Rojas Mery. *El general Carrera...*, pp. 98–99.

17 Eulogio Rojas Mery. *El general Carrera...*, p. 100.

18 Diego José Benavente. *Memoria histórica sobre las primeras campañas en la guerra de la independencia de Chile*. Imprenta Chilena, Santiago, 1856, p. 185.

“Carrera contestó por escrito: “Municiones no pueden ir, sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división. Chile, para salvarse, necesita un momento de resolución”, y, verbalmente, ordenó al soldado que les dijera a O’Higgins y Juan José que se replegaran a la Angostura”.¹⁹

Sin embargo, respecto de esto último, José Miguel Carrera dice algo distinto:

“a las nueve o diez de la noche llegó a mi campo un Dragón disfrazado, conduciendo un papelito a nombre de O’Higgins; su contenido era el siguiente: “Si vienen municiones, y carga la tercera división, todo es hecho”. El Dragón salió saltando tapias y era muy posible que a su vuelta lo tomase el enemigo porque tenía circunvalada la plaza, por eso no quise contestar por escrito sino lo muy preciso. Premié al soldado con veinte onzas y le repetí muchas veces dijese a O’Higgins y a Juan José que no quedaba otro arbitrio para salvarse y salvar al Estado que hacer una salida a viva fuerza para unirse a la tercera división, que los sostendría a toda costa. Por escrito le hablé así: “municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento de resolución”. Después del recado dado al Dragón, que era bastante advertido, ¿podía decir más claro que saliesen y que los protegeríamos? El Dragón volvió y cumplió felizmente su arriesgada comisión, poniendo mi papel en manos de O’Higgins y dando mi recado con exactitud”.²⁰

19 Eulogio Rojas Mery. *El general Carrera...*, pp. 104–105. El mismo texto lo repite en otra de sus obras, *Los tres grandes de la emancipación de Sudamérica Hispana*. Editorial Neupert, Santiago, 1967, p. 129.

20 José Miguel Carrera. *Diario militar*. Academia de Historia Militar, Santiago, 1986, tomo I, p. 101.

Como se aprecia, existe una insistencia en valorar militarmente la Angostura de Paine, llegándose incluso a extraer una conclusión que mañosamente sostiene que la tercera división se encontraba en ese lugar. ¿En qué parte de su texto Carrera asevera, como dice Rojas, haber dado una orden en el sentido de que los sitiados se replegaran a Angostura de Paine? Si bien en él habla de una salida desde la plaza, no indica el lugar específico al que deberían dirigirse los soldados sitiados, excepción hecha de la posición indeterminada que ocuparía, en ese momento específico, la división bajo su mando, misma que los sostendría en el intento en cuestión y que no se hallaba en Angostura de Paine, a 34 kilómetros de distancia, sino que en la zona inmediatamente al norte de la ciudad de Rancagua, incluso ocupando algunas posiciones en las cercanías de la cañada de la misma.

También Rojas Mery utiliza documentos de autoría conocidamente dudosa y, sin mayor cuestionamiento ni comprobación particular, los atribuye a O'Higgins. Respecto de la misma orden anterior señala:

“Tenemos una prueba irredargüible de la verdad de todo lo anterior, en la propia “Memoria” de O'Higgins, pág. 199, en que éste dice, que, la respuesta del general en jefe, también fue comunicada a don Juan José, y que éste propuso a Freire para organizar una salida; pero que O'Higgins se opuso, amenazando a Freire con las penas de ordenanza. ¡Decididamente, O'Higgins no quiso obedecer la orden de Carrera!”²¹

Respecto de estas palabras, que como vemos insisten en la idea de la desobediencia de O'Higgins, asunto siempre presente en los autores carrerinos, valga la pena señalar que la mentada “Memoria

21 Eulogio Rojas Mery. *El general Carrera...*, p. 105. También en *Los tres grandes de la emancipación...*, p. 129.

de O'Higgins", no es otra cosa que un curioso texto que lleva por título *Memorias sobre los principales sucesos de la revolución de Chile desde 1810 hasta 1814*, y que fue publicado a inicios del siglo xx en el tomo segundo de la *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*.

Diego Barros Arana dice que el manuscrito en cuestión fue traído desde Lima por Ramón González Concha,²² quien en 1846 se desempeñaba como oficial de la legación chilena en dicha ciudad, y que le habría sido obsequiado por Rosa Rodríguez, quien ignoraba el nombre del autor. Agrega Barros que algunas personas creyeron ver en esas páginas la caligrafía del general O'Higgins, mientras que otros la de su hermana. Dice el historiador que:

“Estas conjeturas, absolutamente arbitrarias, parecían fortificarse con la lectura, por superficial que fuese, de aquella obra, a causa de la pasión que respira en cada página a favor de O'Higgins. Violenta contra los españoles, esa relación lo es todavía más contra los hermanos Carreras y sus parciales. Esta parcialidad evidente e incontenible, no es, sin embargo, más que uno de los defectos de ese libro. Hay allí, al lado de algunas noticias apreciables, errores de toda clase, nacidos, no solo de la pasión, sino de infidelidad en los recuerdos, y de desconocimiento de las condiciones y necesidades de la historia, que hace que el autor o autores omitan del todo o recuerden apenas, algunos hechos de verdadera trascendencia que no es posible conocer regularmente en esas páginas”.²³

22 Ramón González Concha fue elegido Diputado suplente por La Serena, para el período 1855-1858, incorporándose en agosto de 1855 en reemplazo del titular, Manuel Antonio Tocornal, quien como al mismo tiempo había sido electo diputado propietario por Victoria, optó por este último cargo dejando la otra plaza vacante. Luego entre 1858 y 1861, González ocupó el mismo cargo por Illapel.

23 Diego Barros Arana. *Historia general de Chile*, tomo ix, Rafael Jover, editor, Santiago, 1888, p. 646.

Guillermo Feliú Cruz plantea que el autor de este texto debió ser alguno de los exiliados que visitaron la hacienda de O'Higgins en Montalván por 1826 y 1827, entre ellos Rodríguez Aldea, Zenteno, Zañartu, Argomedo o Fontecilla.²⁴

La atribución de la autoría se basa en tres hechos. Primero, la opinión de quienes examinaron el documento y atribuyeron el tipo de letra a O'Higgins; segundo, el que esos pliegos hayan formado parte del vasto conjunto de documentos que en fecha cercana a 1846 estaba en poder de Rosa Rodríguez y que integraban el archivo personal de su hermano y, tercero, la pasión antiespañola y anti carrerina que es posible comprobar en el escrito. Si bien esto no da pie para descartar su contenido informativo, el empleo de tal fuente de información debiese ser en extremo cuidadoso y, por lo menos, hacerse con la correspondiente aclaración relativa a la autoría. ¿Puede entonces ser utilizado como si fuese una suerte de confesión de parte en un proceso judicial como lo hace Rojas Mery?

Otro destacado carrerino fue Julio Alemparte, autor de *Orígenes de la república de Chile y notas sobre la batalla de Rancagua*, libro en el que sin disimular u ocultar su posición efectuó una serie de comentarios respecto de un texto de Luis Valencia Avaria cuyo título es *Campaña y batalla de Rancagua*.²⁵ Ellos nos servirán para evidenciar la honda controversia existente entre esos círculos, la que a nuestro juicio es expresada por Alemparte utilizando palabras encendidas y desmedidas. Por ejemplo, respecto de la existencia de las planificaciones estratégicas nos dice lo siguiente:

“Hay cosas que repugnan y sólo merecen desprecio. Mas, como la ignorancia acerca de muchos acontecimientos de nuestra historia y, en especial de los relativos a la

24 Guillermo Feliú Cruz. *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile del coronel Jorge Beauchef*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1964, p. LXIV.

25 Luis Valencia Avaria. *Campaña y batalla de Rancagua*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1964.

independencia, afecta a millares de chilenos, porque, desde el colegio, son sistemáticamente engañados, nos creemos en el deber, no obstante nuestra repugnancia, de examinar las odiosas y absurdas acusaciones del señor Valencia.

Ya dijimos que en su opúsculo se destruye a sí mismo, y hemos dado hasta ahora una prueba. ¡Tantas son sus contradicciones; tan ingenuos y vanos sus argumentos! Lamentable es tener que reproducirlos, pero no hay otro medio.

Como al señor Valencia no se le oculta el grave error del encierro en Rancagua y, todavía más, en la plaza de la villa, comienza por afirmar —páginas 29 y siguientes— que hubo completo acuerdo entre Carrera y O'Higgins para dar la batalla en dicha localidad.

Pero, lo cierto es que tal acuerdo fue limitado y sujeto a la condición de abandonar la villa y replegarse a la Angostura de Paine, si O'Higgins veía difícil la defensa. Esto se halla suficientemente probado en varios documentos y en el valioso estudio del general Carmona Yáñez sobre "Carrera y la Patria Vieja"; y así se explica que Carrera, al atacar en Rancagua y ver que los sitiados no aprovechaban su auxilio para abandonar la plaza, ordenara a los suyos replegarse a la Angostura, pensando que aquellos habrían capitulado, o urdido alguna traición en su contra. Por lo demás, el propio señor Valencia —maestro en contradicciones— reproduce en su librito, página 46, una respuesta de O'Higgins a Carrera, que no deja la menor duda acerca de cuál fue el plan acordado. Decía así: "Si llega el caso que toda la fuerza de éste (Osorio) avance sobre esta villa y yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V. E. me indica en carta de hoy (recibida hoy), aunque el verificarlo con orden es lo más difícil para nuestras tropas por su impericia militar".

(Orden y compromiso que O'Higgins no cumplió, como tampoco cumplió las instrucciones de Carrera para obstaculizar el paso del Cachapoal a las tropas de Osorio).²⁶

26 Julio Alemparte. *Orígenes de la república de Chile y notas sobre la batalla de Rancagua*. Editorial Orbe, Santiago, 1965, pp. 60–62.

Hay que poner especial atención a los términos que se utilizan en este texto. Se habla de repugnancia, desprecio, engaño, traición, contradicción. También de ideas odiosas y absurdas, de argumentos ingenuos y vanos, todo esto sin considerar que el libro en cuestión es calificado como “opúsculo”, es decir, en estricto rigor “obra científica o literaria de poca extensión” y de “librito”, término este último que evidentemente no se utiliza para hacer referencia al tamaño reducido del libro, sino que para restarle valor intelectual.

Es necesario y también justo, plantear algunas observaciones a los autores del otro bando.

Tomemos como ejemplo a Julio Bañados Espinoza, quien fuera un destacado hombre público a fines del siglo XIX, llegando a ser ministro de interior en la administración Balmaceda.

Si bien en su libro *La batalla de Rancagua. Sus antecedentes y sus consecuencias* señala no ser carrerino ni o'higginista, no deja de escribir como un ácido y nada disimulado crítico del general en jefe y al formular una serie de interrogantes respecto de su actuación en el sitio de Rancagua señala:

“Dice [Carrera] en su *Diario* que apenas supo que Osorio había cruzado el Cachapoal, había enviado a escape a su edecán Rafael de la Sota para ordenar a O'Higgins y a Juan José que se replegasen a la Angostura de Paine, aun a costa de perder artillería y municiones.

De la Sota corrió a comunicar la orden terminante; pero tuvo que volverse sin llenar su cometido por serle imposible entrar al pueblo circunvalado ya por los realistas.

Salvo esta orden y un avance de las caballerías de la 3ª división que no fue notada por el enemigo y que no tuvo más objeto práctico que recoger los restos de las milicias de Portus de que hemos hablado, José Miguel Carrera no hizo, lo repetimos, nada, absolutamente nada.

¿Pudo hacer algo?

Si pudo hacer ¿por qué no lo llevó a cabo?

Y de haber podido emprender cualquier ataque, ¿habría habido probabilidades de victoria?

Para resolver estos enigmas con imparcialidad y pleno conocimiento de causa, es preciso recordar la situación del ejército realista. Basta echar una ojeada a los desastres experimentados en el día y basta saber el efecto que ellos produjeron en el ánimo de Osorio, para comprender el estado de los sitiadores.

José Miguel Carrera pudo, a contar desde las diez del día, hora en que comenzó el combate, hasta las once de la noche, hora en que recibió el aviso de O'Higgins, emprender dos clases de operaciones militares diversas en su naturaleza, en sus resultados y en sus probabilidades de éxito.

O se decidía por un ataque por retaguardia en pleno día, exponiéndose con ello a los percances y veleidades de una verdadera batalla campal, y pudiendo contar para la cumplida realización de su propósito con un ataque combinado de las tropas disponibles de la plaza; o bien, esperaba las altas horas de la noche para dar una sorpresa a los realistas en su propio campo, en lo cual sería ayudado por salidas simultáneas de los sitiados.

Si el primer proyecto no le daba todas las seguridades, el segundo a nuestro modo de entender habría sido coronado con los lauros de un éxito brillante.

¿En qué se ocupó Carrera durante el 1º de octubre?

Según él en movimientos encaminados a evitar ataques del enemigo que sólo existieron en la fantasía de unos cuantos ilusos que creían encontrar un cuerpo de tropas realistas en las agrupaciones de rocas de las montañas vecinas, en unas cuantas partidas de caballería de los mismos patriotas y en otros espejismos propios de imaginaciones acongojadas por los fantasmas de un temor exagerado.

¿En qué se ocupó durante la noche?

En desear el día para proteger las divisiones encerradas en la ciudad, es decir, en aspiraciones puramente platónicas.²⁷

Desde el punto de vista carrerino podría preguntarse a este autor si en pleno desarrollo de las acciones y habiendo existido

27 Julio Bañados Espinoza. *La batalla de Rancagua. Sus antecedentes y sus consecuencias*. Rafael Jover, editor, Santiago, 1884, pp. 202-206.

una nula comunicación entre los sitiados y Carrera, la que solo se redujo al despacho del soldado de dragones ya mencionado, ¿existiría la posibilidad de planificar un ataque nocturno, sincronizado y combinado de ambas fuerzas?

Obviamente la respuesta es negativa. Ello resultaba imposible puesto que esa misma noche José Miguel Carrera no podía saber si el mensajero había logrado cumplir su misión, y tampoco sería factible presumir nada respecto de esta materia, como podría ser el empleo de algún tipo de señal luminosa o sonora, cuestión que, además, metodológicamente sería improcedente por no constar en ningún testimonio.

De acuerdo con las *verdades carrerinas*, también podría decirse que el ataque diurno que plantea Bañados Espinoza fue realizado el 2 de octubre y que, al no haber respuesta o apoyo desde la plaza, se ordenó la retirada.

Este último hecho también es criticado por el autor que comentamos. En efecto, Bañados señala que en definitiva la fuerza carrerina se retiró de Rancagua al escuchar repiques de campanas y no oír más las detonaciones de las armas de fuego, surgiendo así la sospecha de que las divisiones sitiadas se habían rendido. Acto seguido Bañados dice:

“¿Qué hechos confirmaron tal sospecha?

Ninguno.

Los realistas permanecieron en sus puestos, ninguna de sus divisiones marchó en persecución de las tropas de José Miguel Carrera, ningún movimiento ofensivo anunció con su realización la existencia de una victoria por parte de ellos.

Además, si el general patriota abrigaba esa sospecha ¿por qué no envió partidas de reconocimiento para cerciorarse de la verdad de lo acaecido?

¿Por qué no esperó que los acontecimientos por sí solos le revelasen la causa de ese silencio y de los repiques de campana?

La táctica militar, la lógica y el buen sentido no pueden aceptar una contramarcha y un repliegue al frente del

enemigo, tan sólo porque se presume o se malicia que la plaza a que se iba a socorrer se ha rendido”.²⁸

Más adelante cuestiona irónicamente los dichos de Carrera en su *Diario* al afirmar que cuando se encontraba ejecutando su repliegue hacia el norte tuvo aviso, a la altura del cerro Pan de Azúcar, de la reanudación del combate en la plaza rancagüina y que habiendo meditado la idea de retornar hacia el sur, finalmente no lo hizo por haber recibido otra noticia que afirmaba que los realistas se habían apoderado de la Angostura de Paine, por lo que decidió continuar su camino y atacarlos.

El texto de Carrera dice:

“La retirada se verificó con orden y muy despacio; en el cerro Pan de Azúcar, hicimos alto y los centinelas de la altura, avisaron que volvía a hacer fuego la plaza. Mandé un propio para que apresurasen la marcha de 116 fusileros, que mandaba el capitán don José Antonio Bustamante, y mayor fuerza el teniente coronel Serrano, con el fin de volver en auxilio de la plaza. En estas circunstancias se me avisó que el enemigo estaba posesionado de la Angostura y marchamos a atacarlo; se falsificó la noticia y los fuegos de la plaza volvieron a cesar. Determiné pasar la noche en la Angostura, recibir allí el refuerzo y obrar al día siguiente en vista de las circunstancias”.²⁹

Al respecto Bañados pregunta:

“¡Ah! ¿con que esa garganta, “las Termópilas de Chile”, que era más inexpugnable que Rancagua y que, si se hubiese colocado allí el ejército patriota, habría sido la tumba de los realistas que contaban con cinco mil hombres

28 Julio Bañados Espinoza. *La Batalla de Rancagua...*, p. 222.

29 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 102.

disciplinados, iba ahora a ser atacada por 966 soldados bisoños con esperanzas de éxito?

¿Con que este proyecto absurdo, que no puede justificarse jamás por la estrategia y la previsión militar, es disculpa bastante para entregar a su suerte a Rancagua que hacía ya cerca de treinta horas que resistía heroicamente?

¿Con qué más valía para los intereses de la patria lanzarse con un puñado de reclutas a tomarse a viva fuerza la Angostura de Paine en poder del enemigo, que salvar las divisiones que sucumbían dentro de la ciudad?

En todo esto hay contradicción y falta de buen sentido.”³⁰

Debe considerarse que el mismo Carrera, antes de narrar este episodio, califica a las tropas de la tercera división como débiles diciendo: “no podía hacer más nuestra débil división, rechazó por todas partes al enemigo, contra quien se mantuvo por cuatro horas a la defensiva”.³¹

Para Bañados, ninguna de las razones esgrimidas por Carrera resulta valedera y tampoco resisten “el más ligero examen”. A su juicio, esto ha provocado que los enemigos del general en cuestión “se hayan atrevido a sostener que fue un traidor, que lo que se propuso fue dejar morir a O’Higgins y que si no atacó fue por cobardía”. Si bien tras el párrafo anterior Bañados anota “nada creemos y todo lo rechazamos con indignación”, la misma fuerza de su relato permite plantear una duda respecto de su más íntima posición frente a los hechos que narra. De hecho, a lo anterior agrega:

“lo que es innegable, lo que flota sobre el mar de opiniones encontradas, lo que nadie podrá conmover jamás por jamás, es un hecho que fluye de por sí, y es que José Miguel Carrera no tuvo la audacia suficiente para lanzarse con su división en auxilio de Rancagua y estrellarse con las bayonetas de Osorio. No fue un cobarde; pero no quiso ser

30 Julio Bañados Espinoza. *La batalla de Rancagua...*, p. 227.

31 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 102.

un héroe. No fue un traidor ni desleal, pero le faltó en ese momento la llama de inspiración que tantas veces después, en el curso de su agitada existencia y hasta en el patíbulo, ardió en su corazón e iluminó su mente. Pudiendo haber decidido la victoria, aun a costa de su vida, como Desaix, prefirió desempeñar el modesto papel de Gruchy [sic] que por cuestiones de ordenanza y de táctica, sin quererlo, dejó que ingleses y prusianos destrozasen en Waterloo la corona de Napoleón el Grande.

Pero lo que sucumbió en Rancagua, Waterloo de Chile, no fue un imperio deleznable: fue todo un país.

Rancagua fue la tumba de la patria vieja. Allí cayó envuelta en sus banderas y salpicada con la sangre de sus mejores hijos. Luego, muy luego, como Lázaro volverá a la vida al sentir sobre su corazón yerto el calor de nuevo heroísmo y de nuevas luchas”.³²

Otro texto interesante en el que también es factible encontrar afirmaciones infundadas, especialmente en lo relativo a los grandes temas enfrentados en esta polémica, es el de C. Galván Moreno intitulado *El Libertador de Chile O'Higgins. Un gran amigo de San Martín*. Este autor, por ejemplo, cuando se refiere al lugar en que se habría planificado detener al ejército del rey, dice que el día 29 de septiembre O'Higgins y Carrera lograron un acuerdo en orden a “defender la línea del río Cachapoal que se consideraba fácil; con la reserva de reconcentrarse en el pueblo de Rancagua en el caso que esa línea fuera rebasada por los realistas”. En una nota de pie de página agrega que algunos autores carrerinos han acusado:

“a O'Higgins de haber desacatado las órdenes del general en jefe que tenía otro plan y haber adoptado, por su cuenta, la decisión de encaminarse a Rancagua. Esa versión es,

32 Julio Bañados Espinoza. *La batalla de Rancagua...*, p. 230. El mencionado general Louis Charles Antoine Desaix fue quien al cargar contra las tropas austriacas logró convertir la potencial derrota francesa en Marengo en un triunfo, aunque perdió la vida en ello. Emmanuel de Grouchy también militó en los ejércitos napoleónicos y tuvo una cuestionada participación en la batalla de Waterloo.

sin embargo, sólo un argumento de circunstancia para procurar disminuir la terrible culpa de Carrera.”³³

Respecto de esa afirmación hay que realizar algunas observaciones. La primera es que el plan referido no ha sido exhibido documentalmente y por tanto es inverificable la existencia de la reserva indicada. De existir el texto en cuestión, toda la polémica generada sería estéril pues estaría resuelta. La segunda es más bien menor y de carácter literario pues el texto induce a confusión por no señalar con cuál de los tres hermanos Carrera se habría convenido el plan en cuestión, debiéndose entender que se refiere a Juan José Carrera, quien estaba en la zona. La tercera es no indicar cuál es su fuente de información, la que pareciera ser el relato de John Thomas, mismo que expresa una vertiente o'higginiana de interpretación de los hechos.

Refiriéndose al impacto de la derrota dice Galván:

“El desastre de Rancagua marca el punto de partida de una imborrable escisión en la familia chilena: el odio implacable entre sus dos más grandes caudillos: O'Higgins y Carrera. En medio de las angustias del desastre, se dijo (hasta hacerse voz corriente en todo Chile y traspasarse, después, de generación en generación), que Carrera no había auxiliado a los defensores de Rancagua como debió hacerlo, para librarse de un odiado rival, cuya fama, por su coraje ya legendario y su proverbial desprendimiento, trocábalo en un temible enemigo.”³⁴

Como se ve, sin demostrar un comprometimiento evidente con una posición determinada, al no advertir la existencia de otra

33 C. Galván Moreno. *El libertador de Chile O'Higgins. Un gran amigo de San Martín*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1943, pp. 123-124.

34 C. Galván Moreno. *El libertador de Chile O'Higgins...*, p. 129.

interpretación ni utilizar formas verbales condicionales, en el fondo está expresando una.

La observación relativa a la falta de referencias a las fuentes de información usadas también es aplicable a Luis Palma Zúñiga, autor de *O'Higgins ciudadano de América*, cuando por ejemplo refiere que “el 29 de septiembre, O'Higgins acuerda con don José Miguel Carrera el plan de defensa, retirando el 30 las patrullas que vigilan el sur del río. El vado de Cortés queda indefenso con 20 milicianos que esperan la llegada de la tercera división”.³⁵

Dada la trascendencia del punto en cuestión, la ausencia que señalamos es altamente sensible, máxime cuando erróneamente se indica que se convino un plan con José Miguel Carrera, en circunstancias de que, según el recién referido Thomas, habría sido con Juan José Carrera, quien se hallaba en la zona.

El ya mencionado Luis Valencia tampoco queda al margen de la disputa, ni mantiene una distancia prudente al momento de describir y evaluar los puntos que han desatado esta controversia.

En su obra *Campaña y batalla de Rancagua*, Valencia comenta lo siguiente respecto de lo que califica como inacción de José Miguel Carrera el día 2 de octubre:

“¿Traición? ¿Cobardía? ¿Error? ¿Qué sucedió pasado el mediodía de ese 2 de octubre?

Desentendámonos del *Diario militar* y de los argumentos de un hombre que pretende explicar su proceder con raciocinios que no convencen, de orden puramente intelectual y que no descubren el problema humano que debió afrontar. Ignoremos, también, la apasionada acusación de Thomas, la mal hilvanada defensa de Benavente, las sospechas de Ballesteros y de Quintanilla y toda la gama de cargos y descargos que ha brotado en 150 años y penetremos en el propio José Miguel Carrera.

35 Luis Palma Zúñiga. *O'Higgins ciudadano de América*. Editorial Universitaria, Santiago, 1956, p. 113.

En su *Diario militar*, el general en jefe del ejército chileno recuerda que faltando un cuarto de hora para las 6 de la mañana del 2 de octubre, dirigió a la Junta de Gobierno en Santiago el siguiente parte: “Si los esfuerzos de esta III división no facilitan la comunicación con las dos que el enemigo tiene encerradas en Rancagua, hoy parece el ejército restaurador o se salva si nos protege la Providencia. ¡Que males trae la ignorancia! Toda la noche ha habido fuego vivísimo, y en este momento marchamos a atacar. La Angostura debía guardarla Bustamante para proteger nuestra retirada, si es que podemos verificarla... P. D. Vengan municiones de todas clases. Venga Serrano y cuanto fusilero se pueda, etc.”.

Hay en esta nota algunos puntos que debemos analizar con detenimiento para representarnos el estado de ánimo de Carrera en el momento en que envió a su división a la batalla, algo que no nos enseñan los autores ni los documentos posteriores.

“Hoy parece el ejército restaurador o se salva si nos protege la Providencia... ¡Que males trae la ignorancia!... Proteger nuestra retirada, si es que podemos verificarla... Vengan municiones de todas clases, venga Serrano y cuanto fusilero se pueda...”.

El general en jefe por entre estos párrafos, descubre la verdad que negara durante todo el mes y que ocultó después en su *Diario Militar*. A las 5 y tres cuartos de la mañana del 2 de octubre, don José Miguel Carrera se sabía derrotado”.³⁶

También emite expresiones que no tienen fundamento. Al referir la existencia del plan de defensa del mismo río Cachapoal, que hemos visto recién, sostiene que fue una creación de la imaginación de O’Higgins en 1833 en un momento de iracunda reacción ante los ataques que en su contra dirigió Carlos Rodríguez, quien lo acusó de traicionar a la patria. Dice Valencia:

36 Luis Valencia Avaria. *Campaña y batalla de Rancagua*, pp. 85–86.

“Olvidado ya de muchos detalles de la campaña que le llevó a Rancagua —que habrían sido su mejor respuesta—, y acaso convencido ahora que ese plan de defensa en la ciudad que había acunado y sostenido —y al que todos se plegaron—, no era ni fue el mejor, “inventó” otro plan y pretendió engañar a la historia”.³⁷

Evidentemente, en este texto existen afirmaciones cuestionables. ¿Cómo supo Valencia cuáles eran los episodios que O’Higgins recordaba? ¿En qué se basa para barruntar que en 1833 habría estado convencido de que, probablemente, lo hecho en 1814 no había sido “tan correcto”? ¿Cómo sabe que pretendía “engañar a la historia”?

Más adelante agrega que en el texto que redactó para información del gobierno de Buenos Aires el mismo O’Higgins habría negado la existencia del plan en cuestión. Dice Valencia:

“Lo niega, también su propio “inventor”. Leamos lo que O’Higgins refirió pocos meses después de la batalla en unos apuntes titulados “Puntos para el oficio al Gobierno de Buenos Aires”: “el día 1 de octubre en la noche”³⁸ supe que el enemigo intentaba al día siguiente forzar los pasos del río Cachapoal con todo su ejército. Avisé de ello al general en jefe y al del centro y yo me dispuse a disputarle el pasaje. Antes de amanecer me situé en las márgenes del río, con cinco piezas de artillería. A este tiempo el enemigo había ya pasado una guerrilla de cien hombres de caballería por el vado de Cortés, distante dos leguas del punto al frente de la villa de Rancagua”. Y luego sigue: “dividió Osorio su ejército en tres divisiones. El río era pasable por todas partes. La primera me entretenía a mi frente, batiéndome con su artillería desde el otro lado; la segunda pasaba en el vado de Los Robles, una legua más abajo, y la tercera, sin oposición, en el vado de Cortés”.

37 Luis Valencia Avaria. *Campaña y batalla de Rancagua*, p. 56.

38 Debe leerse *madrugada*.

De todas las versiones de O'Higgins que relatan los acontecimientos anteriores a la batalla, esta es la más fresca, la más genuina y verídica. Pasados los años imaginó otros accidentes y un plan que no existieron jamás”.³⁹

En estricto rigor no se vislumbra en qué parte del texto O'Higgins se refiere, directa o indirectamente, a la existencia o inexistencia de un plan, pues exclusivamente se reseñan las acciones emprendidas por ambos bandos.

También resulta extraño afirmar que en un documento redactado en 1814 niegue una idea surgida en 1833 pues solo podría *decir* algo distinto. Si bien Valencia está en lo cierto al decir que esa versión de los hechos es la más inmediata y la más fresca, olvida que eso no necesariamente la hace la más completa pues es notorio que en ella se omiten una multiplicidad de situaciones. Podrá argumentarse, y esa parece ser la idea de Valencia, que al no mencionarse la existencia del plan, éste no existió. Sin embargo, esa ausencia no revela más que eso, es decir, que no es mencionado. Cuestión distinta es si existió o no.

De otra de las obras más modernas de Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins. El buen genio de América*, podemos extractar algunas expresiones cuestionables que muestran la visión que tenía de Carrera y de sus seguidores. La primera es relativa a los hechos acaecidos a partir de la reconciliación entre O'Higgins y Carrera, momentos en que se preparaba la defensa:

“Don José Miguel, en Santiago, pudo entregarse ahora a los afanes que amaba: dar rienda a sus ensoñaciones napoleónicas en un marco de actividad desbordante y turbulenta, aunque desvinculado de la tremenda autenticidad de ese momento”.

39 Luis Valencia Avaria. *Campaña y batalla de Rancagua*, p. 57.

La segunda a la explicación de la derrota:

“La cuestión se convirtió en trascendente para la posteridad y la historia porque Carrera, en su *Diario Militar*, pretendió después que fue un error la defensa de Rancagua. La liviandad de algunos autores, enseguida señaló a O’Higgins como al único culpable de tal resolución y elevó a la Angostura de Paine a la condición de un baluarte natural desdeñado por el general de la primera división, pese a que Carrera lo habría fijado como el sitio preferente para la acción. Pero la verdad es que éste no lo planteó así.”⁴⁰

Como se habrá advertido, en líneas generales todos los textos que hemos comentado son representativos de las visiones de dos bandos en disputa a raíz de unos mismos hechos y personajes. Fueron concebidos para explicar lo ocurrido, y lo hacen desde la desavenencia misma, justificando lo actuado por el héroe predilecto. Por ello la descalificación y la ironía, la acusación, la defensa a ultranza y la existencia de posiciones irreductiblemente constantes a lo largo de más de doscientos años.

Así, por la parte carrerina se sostiene que una vez que el enemigo hubo sobrepasado el río Cachapoal, O’Higgins cometió el grueso error de refugiarse en la plaza de Rancagua ante una fuerza contraria que sobrepasaba con creces a sus exiguas tropas, con el agravante de hacerlo desobedeciendo una orden de su general en jefe en el sentido de tener que replegarse a Angostura de Paine, que era el punto elegido para la defensa secundaria.

Esa insubordinación, sumada a la falta de acción desde el interior de la plaza sitiada en el momento en que la 3ª división atacaba a las fuerzas realistas ubicadas en la Cañada de Rancagua el 2 de octubre, habría sido la génesis de la tragedia.

40 Luis Valencia Avaria. *Bernardo O’Higgins. El buen genio de América*. Editorial Universitaria, Santiago, 1980, pp. 169 y 170–171, respectivamente.

Por la otra parte, la o'higinista, se señala que Rancagua era el punto que había que defender si los enemigos vadeaban el río Cachapoal antes de que se reuniese la totalidad del ejército restaurador. El 1 de octubre, al ser sobrepasado aquel cauce fluvial por los realistas y, en circunstancias de estar la tercera división en las cercanías de la ciudad por su lado norte, y habiéndose ya refugiado en la plaza la segunda división al mando de Juan José Carrera, parecía lógico que las tropas comandadas por O'Higgins hiciesen lo mismo. Allí se podría resistir el embate contrario mientras el resto del ejército se preparaba y atacaba al enemigo por la retaguardia, colocándolo entre dos fuegos.

Si bien esta prometida arremetida empezó a ejecutarse, casi al momento se detuvo y los atacantes revolucionarios se replegaron. Así, los sitiados quedaron abandonados a su suerte. Algunos agregarían que el general Carrera no manifestó el valor requerido por la situación y por su oficio, o que actuó de ese modo para deshacerse de su contradictor político.

Valga la pena destacar aquí que el rol del general en jefe era, indelegablemente, el de planificador de la estrategia a aplicar y el de conductor de las tropas en el campo de batalla. Todo ello era de su absoluta responsabilidad.

Lo cuestionable de esta situación no es que los distintos autores defiendan posturas o interpretaciones específicas, lo que es plenamente legítimo e incluso saludable para el desarrollo de la disciplina historiográfica, sino que —ya sea en forma consciente o inconsciente, obviamente siendo más reprochable el primer caso—, algunos de ellos hayan escrito sobre el tema cometiendo gruesas faltas y verdaderas arbitrariedades metodológicas, las que a juzgar por sus textos surgen del ardor que han puesto en sus procesos de análisis bibliográfico y documental y también en la ulterior redacción de sus ideas, terminando así por engendrar visiones parceladas y basadas en interpretaciones antojadizas de fuentes manuscritas, y en algunos casos al menos dudosas, a lo que también se suma la abierta manipulación de las mismas, creándose entonces una ficción histórica que ha trascendido y oscurecido el estudio

de una realidad específica del pasado y también ha contribuido a la creación de mitos e imágenes falsas o, al menos, adulteradas.

En este sentido, valga citar dos párrafos que evidencian el concepto que algunos de estos autores tenían de la historia y del rol del historiador a quien conciben como un verdadero juez que debe condenar y salvar (y no como un investigador riguroso y metódico que busca explicar), y la meta que ambos se propusieron al escribir. El primero corresponde a Diego José Benavente y dice:

“mas el general O’Higgins se obstinó en preferir a Rancagua, y como esta elección fue la que decidió el destino y fin de aquella guerra, y de la que se ha pretendido hacer responsable a Carrera, para cumplir con el primer deber del historiador y dar a cada uno lo que corresponde, se me permitirá copiar los documentos siguientes”.⁴¹

El segundo es de Valdés Carrera:

“la misión del historiador es decir la verdad, y dar a cada uno lo que le corresponde en las glorias adquiridas, como también en las faltas o debilidades [en] que incurrieron, sobre todo cuando se las niega para hacer pesar la culpabilidad en el que es inocente”.⁴²

Como los hechos que nos ocupan se dieron inmediatamente después de una guerra interna entre las mismas facciones, tanto en esa época como en los años siguientes, el relato fue condimentado con acusaciones de traición, inoperancia, bajeza e incapacidad, entre otras, las que manifestadas con enorme fuerza declamativa resultan comprensibles en los protagonistas que estuvieron en el

41 Diego José Benavente. *Memoria sobre las primeras...*, pp. 177–178.

42 Ambrosio Valdés Carrera. *Carrera. Revolución chilena...*, p. 108.

campo de batalla o en sus cercanías, pero no así entre quienes escribieron a varios años de distancia, a veces más de cien.

Curiosamente, muy curiosamente en realidad, y en forma casual o intencionada, no lo podremos saber nunca, muchos de los autores olvidan “algo” que pueda resultar “incómodo” para su héroe o su posición.

Rara vez se señala, por ejemplo, que la primera fuerza en buscar refugio en la plaza de Rancagua fue la comandada por Juan José Carrera; nadie, o muy pocos, refieren las irónicas palabras con que, en su *Diario*, José Miguel Carrera inicia el relato de la reunión que sostuvo con O’Higgins y su hermano Juan José el día 3 de octubre: “llegaron los brigadieres don Bernardo O’Higgins y don Juan José Carrera de vuelta de la brillante campaña”,⁴³ aunque solo dedica las líneas siguientes a criticar al primero; rara vez se menciona que, a pesar de sostenerse que la plaza presentaba una serie de ventajas para soportar un asedio, en realidad al 1 de octubre no se encontraba acondicionada para resistir más de lo que resistió; tampoco se especifica que en Angostura de Paine, si bien inicialmente se proyectaron algunas obras de fortificación, éstas no se habían llevado a cabo, refiriéndose únicamente la presencia de algunas trincheras; tampoco se explicita que la mayor parte de las tropas eran bisoñas; que se tenía un cálculo subestimado del volumen de la fuerza realista; que el equipamiento de las tres divisiones del ejército restaurador no se hallaba racionalmente equilibrado y ajustado a sus necesidades y que, en fin, se enfrentaban serios problemas de disciplina, entre otras situaciones.

Todo lo anterior es suficiente para entender y explicar que la probabilidad real de obtener un triunfo era bastante remota, especialmente cuando resultaba del todo evidente que la iniciativa de las operaciones militares estaba en el bando realista al que, como ya hemos planteado, la historiografía chilena ignora como si solo hubiese tenido una parte menor en la derrota, creándose así en el lector de los textos en que se explicitan las dos interpretaciones

43 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 103.

en disputa, una especie de “sensación historiográfica” de que la victoria era altamente posible, pero que lo hecho por O’Higgins, o por Carrera, dependiendo del punto de vista que adoptemos, solo condujo al fracaso.

Esto es lo que ha quedado expresado en varios libros y en otras instancias de análisis, incluso usándose modernos chilenismos para calificar, por ejemplo, la decisión de O’Higgins de hacerse fuerte en la plaza rancagüina.⁴⁴

Con manifestaciones más de alguna vez verdaderamente apasionadas, la disputa que ambos protagonistas de la independencia tuvieron en su momento se ha proyectado hasta el día de hoy, mezclándose con las opiniones de los respectivos seguidores y con el proceso de definición de una identidad nacional que en pleno siglo XIX empezaron a desarrollar el Estado y los intelectuales chilenos.

Una de las características más destacadas de este último, y de la consecuente manifestación de un sentimiento de nacionalismo, fue la fijación de un verdadero panteón de hombres ilustres que empezaron a ser presentados a la sociedad como modelos dignos de imitación por haber encarnado un conjunto de valores trascendentes que se consideraban parte esencial de esa idiosincrasia que se definía, tales como el cumplimiento del deber y la valentía, entre otros.

Así, con los consiguientes homenajes, verdaderas liturgias dedicadas al recuerdo, honor y gloria de los homenajeados, fue surgiendo un grupo de héroes y prohombres que representaban la esencia de “lo chileno”, o que mostraban a los chilenos como debían ser y comportarse. En ellos la sociedad podía encontrar, a un mismo tiempo, un modelo y también una meta. José Miguel Carrera, Bernardo O’Higgins, Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Manuel Rodríguez y otros, empezaron a ser patrióticamente

44 Véase, por ejemplo, la obra de Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*. Debate, Santiago, 2007, p. 552, donde el político refirió la decisión de O’Higgins usando los siguientes términos: “En el caso de O’Higgins, por ejemplo... mira esa huevada de encerrarse en la plaza de Rancagua...”

“sacralizados” en la medida en que físicamente desaparecían de la vida, o en la que se podía contar con sus restos mortales.

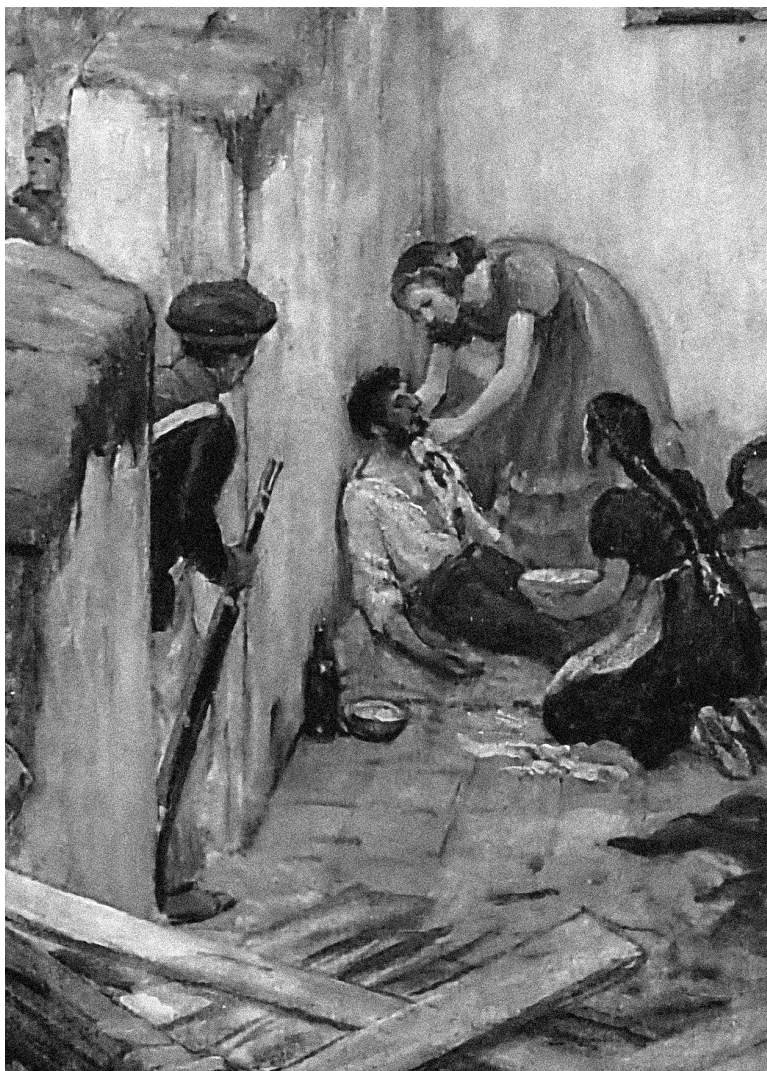
En esos sentidos sirvan de ejemplo, por un lado, el boato de las ceremonias de traslación de las cenizas e inhumación de los hermanos Carrera y de O’Higgins en 1828 y 1868–1869, respectivamente y, por otro las palabras pronunciadas por destacados oradores en esas ocasiones o las estampadas en la prensa.

Luego, a través de obras de arte pictórico o escultórico se fijaron las respectivas y necesarias imágenes físicas. No bastaba con tener una referencia histórica de lo obrado por un héroe. Era imprescindible tener también su imagen. Así la imagen “moral” del ser superior, dotado de grandes virtudes y capacidades, tenía también un sustento material. Una de ellas es la que está representada en el monumento a O’Higgins inaugurado en la Alameda de Santiago en 1872 y que tiene un símil en la plaza de Rancagua donde fue instalado en 1914 y que también sirvió de base para que fray Pedro Subercaseaux pintara su *Batalla de Rancagua* en 1907.

En tanto este culto al héroe ha sido hiperbolizado, ha contribuido a la fijación de las posiciones “historiográficas” exacerbadas que veíamos más atrás, muchas veces teñidas de tintes de fanatismo y de un destemplado patriotismo que han alterado constante y crecientemente la comprensión del pasado histórico nacional.



Pedro Subercaseaux
Batalla de Rancagua



Mujeres atendiendo a un herido
Pedro Subercaseaux. *Últimos momentos de Rancagua*. Detalle.



III

¿DESASTRE, BATALLA O SITIO?

PRECISIONES CONCEPTUALES

La expresión *Desastre de Rancagua* ya es parte de la cultura histórica de los chilenos e incluso, con cierta cuota de ironía se ha planteado que, junto al combate naval de Iquique (1879) y el de La Concepción (1882), la acción en cuestión es una más de las derrotas que en el país se acostumbra a celebrar, olvidándose que en forma obvia no se *celebra* la derrota, sino que se *conmemora* el sacrificio en aras de una causa específica y la concreción de una conducta que se ha considerado como propia de una forma de ser nacional y, por ende, digna de elogio y de imitación.

Considerando sus consecuencias, lo ocurrido en Rancagua puede efectivamente ser catalogado como un *desastre*, pues se trató de un suceso infeliz, una desgracia, algo lamentable. Sin embargo, como ya hemos expuesto, esta calificación al igual que cualquier otra que se haga en el ámbito historiográfico es altamente parcial y relativa. Siendo así, partamos por decir que si efectivamente fue un desastre, esto es válido solo para uno de los bandos en disputa pues para los integrantes del ejército del rey no lo fue en absoluto. Todo lo contrario. Para ellos fue una victoria aplastante y definitiva que se logró ardua y difícilmente y haber tomado parte en ella era prenda de orgullo. De hecho, Manuel Barañao, oficial realista que un tiempo después declaró en el proceso seguido a Gabino Gaínza señaló que lo hacía “hallándome ya restablecido, después

de cuatro meses de penosa curación del balazo que me dieron en el muslo, en la gloriosa acción de Rancagua”.¹

En cambio, para el ejército restaurador que comandaba José Miguel Carrera fue una derrota que, proyectada sobre las intenciones de mantener el control político sobre el territorio de Chile, resultó catastrófica puesto que tras ella no existió una posibilidad real de emprender alguna acción militar ofensiva que pudiese alterar la situación. Aunque se pensó en desplazar las escasas fuerzas restantes hacia la zona de Huasco y se impetró el auxilio de las fuerzas trasandinas que coadyubaban en el esfuerzo bélico en Chile desde el año anterior, mismo que días antes había sido voluntariamente ofrecido por sus oficiales y rechazado por el gobierno de Chile, la realidad se impuso inexorablemente. La derrota fue total y solo quedó buscar el asilo y el auxilio que podían ofrecer las Provincias Unidas del Río de la Plata, poniendo a la cordillera de los Andes de por medio.

En todo caso, debe destacarse que en las distintas clasificaciones que se han hecho de las acciones bélicas que pueden existir, el término *Desastre* no es empleado como categoría específica.

También suele hablarse de la *Batalla de Rancagua* y ocasionalmente se usa un término similar, *Combate*. Sólo el primero resulta aceptable, aunque a nuestro juicio parcialmente, para categorizar la refriega en cuestión.²

Si bien ambos refieren el desarrollo de un encuentro bélico entre partes opuestas —e incluso podrían ser utilizados como sinónimos si es que solo se considera como elemento esencial la lucha entablada por dos grupos militares enfrentados—, normalmente

1 *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo XV, p. 160.

2 En términos modernos se habla del enfrentamiento más básico, la *escaramuza*, como un choque de alcance menor entre dos unidades pequeñas, por ejemplo, dos patrullas. Un *combate* es un enfrentamiento en aire, mar o tierra, que implica unidades mayores, pero que no tiene consecuencias trascendentales en la conducción de la guerra. Por último, la *batalla* es cualquier acción de aire, mar o tierra entre grandes unidades (como divisiones o cuerpos de ejército en acciones ocurridas en tierra) y que tiene gran influencia en el desarrollo posterior de los acontecimientos, inclinando la balanza en favor de uno de los beligerantes.

entre ellos se hace una distinción que se basa en el volumen de las fuerzas en cuestión y en las proyecciones del resultado. Si la lucha se traba entre conglomerados de importancia, como ocurrió en la cuesta de Chacabuco en 1817, se habla de *Batalla*, y si el comprometimiento de tropas es menor, resulta preferible utilizar la expresión *Combate*, la que, por ejemplo, se usa para referir la acción sostenida en Curapalíhue, también en 1817, que fue la que permitió la posterior ocupación de Concepción por parte de las fuerzas del coronel Juan Gregorio de las Heras que formaban parte del Ejército de los Andes. Si bien este último fue un triunfo para las armas independentistas, no tuvo una trascendencia mayor en el conflicto bélico del que formó parte, lo que sí ocurrió, por ejemplo, con otros dos encuentros bélicos de dispares resultados para un mismo contingente: las acciones de Cancha Rayada y Maipú.

Ahora bien, en los combates y batallas se registran una serie de hechos que *dan vida* a la acción misma que se desarrolla sobre un terreno que recibe el nombre genérico de Campo de Batalla. Sobre él se distribuyen las distintas unidades de los ejércitos enfrentados y efectúan una serie de movimientos tendientes a lograr el dominio de la posición enemiga y así derrotar a ese contingente. Este escenario en el que se desarrolla el choque armado se inserta, a su vez, en una zona más amplia en la que se llevan a cabo las operaciones militares, sean estas de combate o no, que recibe el nombre de Teatro de Operaciones. Es en él donde se materializan la mayoría de las decisiones estratégicas para el logro de los objetivos que se buscan.

Como en líneas generales las batallas tienen mayor repercusión que los combates, y normalmente marcan el fin de una campaña e incluso de una guerra debido a su repercusión estratégica, lo ocurrido en Rancagua bien podría ser considerado como tal puesto que, a fin de cuentas, se enfrentaron dos ejércitos que realizaron ciertos movimientos sobre un terreno específico, en un primer momento en las cercanías del río Cachapoal y luego en un ámbito urbano. Sin embargo, esta categorización tiende a perder fuerza si consideramos que en el momento de enfrentarse directamente, es decir cuando se llegó al punto álgido de la lucha en la ciudad, la

capacidad de movimiento que tenían las fuerzas comprometidas en la acción era bastante reducida pues manteniéndose un fuego cruzado, haya sido este permanente o esporádico, los soldados realistas solo podían aspirar a asaltar directamente cada una de las cuatro posiciones enemigas y así terminar con la resistencia ofrecida y, por su parte, las fuerzas del ejército restaurador únicamente podían procurar mantenerse en ellas en espera de un auxilio externo y, eventualmente, realizar alguna pequeña incursión fuera de esos parapetos, como en los hechos ocurrió, pero sin comprometer a un volumen significativo de efectivos en ello.

Así, mientras unos se parapetaron en las cuatro calles que daban a la plaza de la ciudad, en los tejados y en las casas aledañas, los otros atacaron por las mismas arterias, o a través de las construcciones cercanas cuyos muros derribaban para poder desplazarse. En consecuencia, ambos bandos tenían negada la posibilidad de realizar movimientos significativos o alguna variación táctica específica.

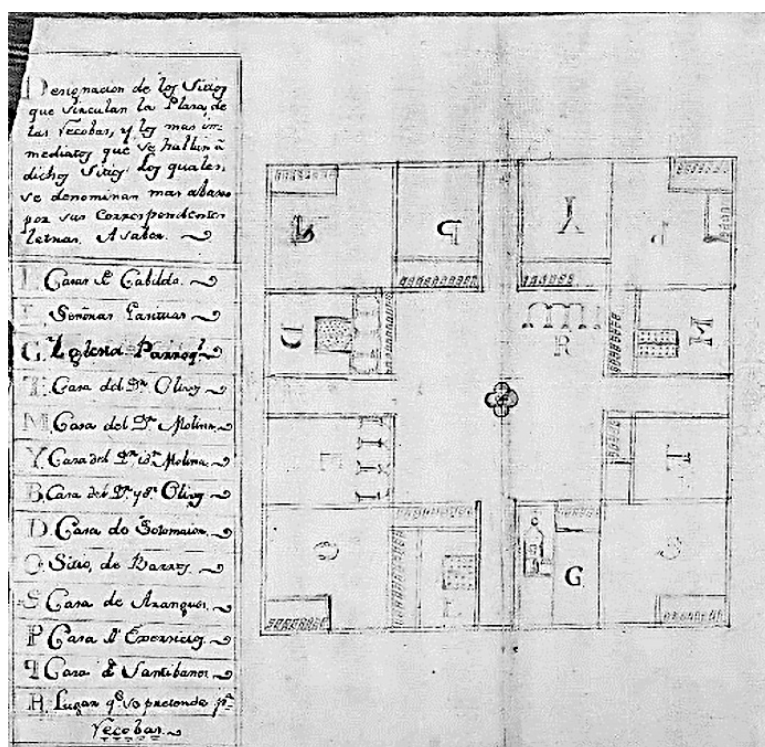
Márgenes de maniobra más considerables tenían la tercera división del ejército restaurador y las fuerzas de caballería realistas situadas en la Cañada de Rancagua, pero ambos conjuntos apenas entraron en contacto, si hemos de creer en uno de los bandos, o en un contacto algo más significativo, dando fe al otro.

La plaza de Rancagua es, entonces, el elemento esencial que debemos considerar para definir el carácter exacto de los hechos.

En términos efectivos, desde la llegada de O'Higgins a esa ciudad el 20 de septiembre, ese sitio había dejado de ser una plaza común, es decir un "lugar ancho y espacioso dentro del poblado, donde se venden los mantenimientos, y se tiene el trato común de los vecinos y comarcanos, y donde se celebran ferias, mercados y fiestas públicas", para ser transformado en una plaza de armas, es decir, "el sitio, o lugar en que se acampa y forma el ejército cuando está en campaña, o en el que las tropas que están de guarnición en las plazas, se forman y hacen el ejercicio".³

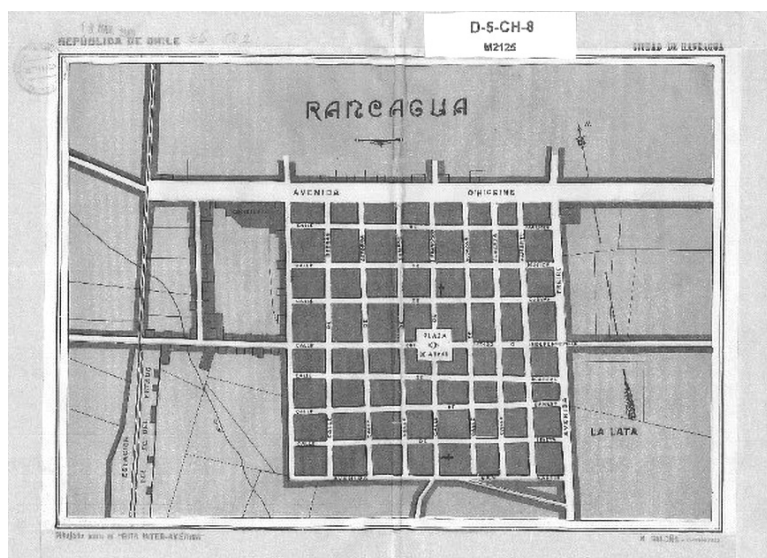
3 Ambas definiciones en Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana*. Viuda de don Joaquín Ibarra, impresora de la Real Academia, Madrid, 1803, p. 663.

Esta plaza de armas será el campo de batalla. Se trata de un cuadro de alrededor de cien metros por lado. Como al centro de cada uno de ellos llega una calle única, solo existe igual número de accesos a la misma y no los ocho que implica el tradicional trazado de damero.



Plaza de Rancagua en 1801

Fuente: Colección Archivo Nacional. Memoriachilena.cl



Rancagua. 1923

Fuente: Mapoteca. Planos urbanos guía interamericana
Biblioteca del Congreso

Reduciendo a lo esencial la secuencia de hechos de los días 1 y 2 de octubre de 1814 encontraremos que dos divisiones del ejército restaurador fueron sorprendidas por el ejército real que cruzó el río Cachapoal sin ser advertido. Ante esto, y sin entrar a juzgar motivos ni justificaciones, sino solo señalando los hechos, esas unidades se encerraron en la plaza de Rancagua tras unas improvisadas defensas construidas los días previos y allí resistieron el embate de sus enemigos. Una tercera división se hallaba en las proximidades de la ciudad, por su lado norte; según los oficiales superiores de la misma, el 2 de octubre entró en combate contra los sitiadores, cuestión que en general los sitiados niegan. Como fuese, lo concreto es que la acción principal, es decir, la que implicó un mayor comprometimiento de efectivos militares por ambas partes y que definió el resultado del encuentro, se dio en la plaza de la ciudad.

Todo esto nos lleva a sostener que —sin que el término *batalla* deje de ser un correcto— el más adecuado para referir estos hechos es el de *Sitio* o *Asalto*, dependiendo del punto de vista desde el que se miren los hechos. Las fuerzas comandadas por Bernardo O'Higgins y Juan José Carrera fueron sitiadas, es decir, rodeadas, circunvaladas y bloqueadas en su capacidad de movimiento y también en sus comunicaciones, sin que en la realidad su emplazamiento fuese un sitio fortificado y construido para tales efectos o, al menos, acondicionado o preparado para ello. Por su parte, el ejército realista asaltaba la plaza, es decir la acometía para lograr dominarla.

Según las consideraciones que plantea José Almirante en su *Diccionario Militar*,⁴ el término *sitio* es difícil de definir pues implica una amplia variedad de acciones asociadas que buscan cercar un lugar normalmente fortificado para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro desde fuera del mismo, bloqueando y anulando sus comunicaciones y abastecimientos, al mismo tiempo en que se deben realizar acciones de asalto, es decir, de combate contra esa fortificación para lograr su rendición o su derrota, para lo cual históricamente se han utilizado tácticas, maquinarias y artilugios diversos.

El *Diccionario de la lengua castellana* de 1791 definía el mismo término como “el cerco que se pone a alguna plaza, o fortaleza para combatirla y expugnarla, cerrando los parajes por donde pueda entrarle socorro”. Respecto de la acción correspondiente, es decir, *sitiar* o *poner sitio* decía: “cercar alguna plaza, o fortaleza, a fin de desposeer de ella a los que la defienden, tomando a este efecto los sitios”. *Asaltar* es “dar el asalto”, es decir, “el acometimiento impetuoso que se hace a los muros de una plaza, o fortaleza para entrarla por fuerza de armas”.⁵

4 José Almirante. *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico*. Imprenta y litografía del Depósito de Guerra, Madrid, 1869, pp. 1006–1009.

5 Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana*. Viuda de don Joaquín Ibarra, Impresora de la Real Academia, Madrid, 1791, p. 769 y 104, respectivamente.

Consideraciones mínimas nos dirán que, al ponerse sitio a una plaza además de las acciones propias de un asalto militar —tales como la ejecución de ataques constantes por uno o varios lugares y al mismo tiempo procurar la eliminación de los elementos de protección de los sitiados ya sea a través del uso de la artillería, o bien mediante el incendio—, los atacantes debían realizar otras acciones que contribuirían a lograr la rendición del enemigo, tales como incomunicarlo efectivamente respecto de otros contingentes que pudiesen situarse fuera del lugar de la acción —evitando así movimientos que los dejaren en una posición vulnerable entre dos conjuntos enemigos—, y privarlos de todo tipo de abastecimientos, incluyendo el de agua. El cerco debía ser prácticamente inquebrantable pues de lo contrario el sitiado podría, tal como ocurrió en 1813 en Chillán, abastecerse e incluso apoderarse de animales e implementos bélicos pertenecientes a la fuerza atacante de la plaza que eran sustraídos en el camino.

Por la otra parte, para resistir un sitio también debía, idealmente, cumplirse con algunos requisitos como contar con una suficiente cantidad de soldados que permitiera una rotación de efectivos cada ciertas horas en las posiciones defensivas; haber asegurado el abastecimiento preciso para cubrir las necesidades diarias de municiones, alimentos y agua —tanto para el consumo humano y animal, como para el enfriamiento de las piezas de artillería— y, por una cuestión de efecto moral en las tropas que resistían el asedio, debía disponerse de un servicio médico para la atención de heridos y de un grupo de soldados que procediera a retirar de las trincheras a los heridos o los cadáveres de los camaradas caídos en acción.

José Rodríguez Ballesteros, quien formó entre los sitiadores de la plaza de Rancagua señaló posteriormente que:

“una plaza se hace inexpugnable bajo principios militares cuando las defensas que proporciona son aseguradas con fortificaciones de parapetos, fosos, estacadas, puentes levadizos y otras obras que guarden el orden correspondiente

de fortificación. Los líos de charqui, los fuegos por los tejados de las casas, las troneras en las paredes, son fáciles de destruir por el incendio, por avances de fuego de cañón y fusilería, por forados abiertos por el interior de las casas a este efecto, resguardándose en las calles atravesadas, impidiendo el curso del agua y la entrada de víveres, y por maniobras ejecutadas con actividad y conocimiento, que frustran los planes del ejército atrincherado”.⁶

A todo ello debe agregarse que se debía disponer, en lo posible, de materiales de construcción, ingenieros y operarios para la refacción de las estructuras sólidas de defensa como muros y otros, cuestión que evidentemente no ocurrió en el caso que nos ocupa. Dicho sea de paso, pues no es este el lugar para desarrollar el tema en cuestión, este punto estuvo prácticamente ausente en las campañas de la independencia en la zona central de Chile y solo se inició la construcción de una obra mayor en el cerro Santa Lucía, en Santiago, durante la restauración de la monarquía. El hecho de no haberse concluido y habilitado las instalaciones, sumado a la decisión adoptada la noche del 12 de febrero de 1817 en el sentido de abandonar la plaza, hicieron de ella solo un proyecto. Sólo en la defensa de Talcahuano, a partir del mismo año, se encuentran obras de una significación algo mayor como empalizadas y fosos solo mencionándose otras menores en Membrillar, Talca y Chillán en 1814 en los días previos a la firma de los pactos de Lircay.⁷

En los hechos, el ejército realista cumplió con los primeros requisitos. La incomunicación de los sitiados en la plaza de Rancagua fue casi total y solo fue violada, que se sepa, por un soldado de dragones que en la noche del 1 al 2 de octubre se deslizó por entre las líneas enemigas y llevó una comunicación al general Carrera

6 José Rodríguez Ballesteros. *Revista de la Guerra de la independencia de Chile*. En *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo vi, pp. 207–208.

7 *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo xvi, pp. 135, 148, 188 y 193. De existir abastecimientos y obras adecuadas, la resistencia puede efectuarse por períodos prolongados. Piénsese, por ejemplo, en el segundo sitio al Real Felipe en el Callao entre el 5 de diciembre de 1824 y el 22 de enero de 1826.

retornando con su respuesta.⁸ La ubicación del grueso de la fuerza montada realista en la Cañada de la ciudad, por el lado norte, precisamente el punto por donde podía venir un embate enemigo externo también fue una decisión acertada. Los soldados del rey atacaron simultáneamente las cuatro trincheras; interrumpieron el abastecimiento de agua y lograron avanzar hacia la plaza en forma paralela a las calles, destruyendo los muros divisorios entre las casas allí construidas. Quizás el error de mayor significación fue, en los primeros ataques, el haberlos realizado frontalmente y sin ningún tipo de protección, lo que expuso a esas tropas a las descargas cerradas de la fusilería de los defensores y a la metralla de su artillería.

En el bando contrario, se destaca la construcción y utilización de parapetos en las cuatro calles que llevan a la plaza y que cumplieron su función, por burdos e improvisados que pudiesen haber sido. También se puede considerar apropiada la ubicación de soldados en los tejados de las casas colindantes a la plaza y en las partes bajas de esas mismas construcciones. Sin embargo, y juzgando por los hechos constatados en los documentos, la munición disponible no era suficiente para más tiempo que el que se soportó el sitio, es decir dos días, y tampoco se había previsto la adecuada acumulación de agua y alimentos. En otras palabras, la ciudad no estaba, aún, suficientemente preparada para resistir por más tiempo.

El relato más completo que existe de los hechos se debe a la pluma del ya mencionado John Thomas. De su narración, redactada teniendo como base las informaciones que le proporcionó el mismo O'Higgins, se puede inferir que efectivamente se trató de un sitio. Este autor señala que una vez que las fuerzas al mando de Juan José Carrera se refugiaron en la plaza de Rancagua, fueron seguidas por las de O'Higgins. Mientras ello ocurría, los efectivos realistas circunvalaban la ciudad y formaban cuatro columnas de

8 Todo esto a juzgar por la documentación existente. No sería extraño que más de algún soldado haya decidido desertar.

ataque que tomaron posición en las calles que daban acceso a la plaza. Simultáneamente, en ella se distribuían grupos de soldados revolucionarios en los tejados y demás construcciones cercanas de cierta altura, al tiempo en que tras los parapetos se instalaban piezas de artillería y fuerzas de fusileros.

El primer ataque se llevó a cabo a las 10 de la mañana y se habría extendido por cerca de una hora. Las fuerzas realistas que avanzaron decidida aunque no sincronizadamente por las cuatro calles, fueron violentamente rechazadas por el fuego de fusilería y el de los cañones cargados con metralla. Aun así, algunos soldados del regimiento de Talavera de la Reina, cuerpo que atacó por la del sur, actual calle Estado, alcanzaron a llegar a las estructuras defensivas y debieron ser repelidos en lucha cuerpo a cuerpo.

Considerando el pobre resultado obtenido y la gran cantidad de bajas sufridas, los realistas empezaron a desplazar hacia cada una de las calles una serie de elementos tales como líos de charqui y enseres que retiraban de las casas para formar sus propias defensas y tener emplazamientos enfrentados a los de los enemigos y, desde allí, accionar sus armas de fuego sin ofrecer tanto blanco como había ocurrido hasta ese momento.

El segundo ataque tuvo lugar a las 2 de la tarde. Por el lapso de dos horas las fuerzas del rey hicieron fuego de artillería y luego avanzaron su infantería, la que fue rechazada retirándose a las 4 de la tarde.

Tras este frustrado asalto, el fuego de artillería se habría mantenido, no sabemos con qué intensidad, hasta la puesta del sol. Ese fue el momento elegido para efectuar el tercer ataque, que también fue rechazado. Durante la noche solo se habrían oído algunos tiros aislados.

En estas circunstancias O'Higgins envió a un soldado de dragones portando un mensaje para el general Carrera: "Si vienen municiones y carga la tercera división, todo es hecho".⁹ Por escrito el

9 Esta es la versión que Carrera consigna en su *Diario militar*. Según Thomas, solo decía "Si carga esa división, todo es hecho".

general respondió: “Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento de resolución”.



Defensa de la trinchera.

Pedro Subercaseaux. *Últimos momentos de Rancagua*. Detalle

El cuarto ataque fue dispuesto por el mando realista para el amanecer del día 2 de octubre. Según Thomas, las posiciones defensivas estuvieron más amenazadas que en los intentos precedentes puesto que el avance de los soldados del rey también se realizó por el interior de las casas aledañas destruyéndose sus muros medianeros y apareciendo por las edificaciones más cercanas a las fuerzas contrarias. Sin embargo, nuevamente fueron rechazados.

Una quinta tentativa por rendir la plaza se llevó a cabo a las 10 de la mañana. La mortandad en ambos bandos ya era bastante alta y mostraba la resolución con que se había empeñado la lucha.

Indica Thomas que luego de este intento fue cuando desde la torre de la iglesia de la Merced, O'Higgins habría divisado los movimientos de la tercera división. Este dato, como veremos más adelante, resulta de importancia al momento de tratar de aclarar las acciones emprendidas por la división de José Miguel Carrera. Según la cronología que fija Thomas, después de las 10 de la mañana, y antes de las 11:30 horas, las fuerzas de esa división se habrían aproximado a la ciudad; entonces, O'Higgins habría ordenado

una incursión por la calle de san Francisco. Al mismo tiempo, las fuerzas comandadas por Luis Carrera se situaban en la Cañada, es decir la actual Alameda de Rancagua, arteria situada a solo cuatro cuadras de la plaza sitiada y a tres de la trinchera norte. Según Thomas, la hora tope señalada (11:30 horas), corresponde a la retirada de la tercera división.

Importante parece señalar que poco tiempo después de advertirse la carga de la tercera división, se notó también el inicio de un desplazamiento del estado mayor realista hacia el sur, lo que hizo presumir su retirada. Agrega Thomas que en cuanto los realistas advirtieron la retirada de la división de José Miguel Carrera, rápidamente detuvieron la suya y reanudaron sus esfuerzos en el ataque a la plaza.

A las 12:30 horas se habría intentado el sexto ataque. Las fuerzas realistas avanzaron por las cuatro calles, pero fueron rechazadas por última vez.

A una hora no precisada se habría efectuado el séptimo y último ataque. Con anterioridad, ya se habría ordenado a las fuerzas del ejército restaurador que en cuanto se iniciara el embate, debían replegarse desde los parapetos hacia la plaza. Como las trincheras se habían dispuesto a una cuadra de distancia de ella, se impedía que al replegarse los defensores, y avanzar simultáneamente los atacantes, estos tuviesen acceso inmediato a la misma.

Ya no quedaba más alternativa que hacer una atropelladora salida.

EL ARTE DE LA GUERRA

Permítase que ahora entreguemos algunas anotaciones referentes conceptos militares elementales, adicionales a los ya explicitados, y a las formas en que se empleaban las fuerzas en un combate o en una batalla, para que así el lector tenga una información más completa.

Lo que primero conviene diferenciar son los conceptos *Estrategia* y *Táctica*, términos que dada su complejidad trataremos de explicar en la forma más simple posible.

Ocupándose de estos asuntos, Rodolfo Ortega Prado ha reunido algunas definiciones que resultan de suma utilidad. La primera que referiremos es la del militar prusiano Dietrich von Bülow quien en 1799 señaló que el arte de la guerra tiene dos ramas: la *estrategia* y la *táctica*. La primera es la ciencia del movimiento de los ejércitos fuera del campo visual. Comprende todas las operaciones de la guerra; es la parte de la ciencia cuyas combinaciones se encadenan con las de la política y la administración: “el estrategista es el arquitecto; el táctico es el albañil. Táctica es la ciencia de los movimientos que tienen objetivo; estrategia es la ciencia de los movimientos que tienen al enemigo por objeto, pero no por punto objetivo. Cuando se viene a las manos es táctica; cuando uno no se bate es estrategia”. Al referirse al “campo visual”, Von Bülow se refiere a que en las consideraciones estratégicas el enemigo no es efectivamente visible pues estas no se realizan en el campo de batalla y, en consecuencia, no se ve al oponente. Por lo mismo, el estratega es comparado con el arquitecto que dibuja el plano de la construcción, señala los materiales a emplear y define su disposición. El “táctico”, el albañil del ejemplo, realiza la obra materialmente.

La segunda es de Antoine Jomini, quien sirviera bajo las órdenes de Napoleón Bonaparte y también de los zares Alejandro I y Nicolás I. Dice Ortega que si bien Jomini planteó la existencia de cinco áreas conformadoras del arte de la guerra —estrategia, táctica sublime, logística, táctica de las armas y arte del ingeniero—, “precisa sobre la primera diciendo que es el arte de hacer la guerra sobre el mapa o el de abrazar todo el teatro de ella; por el contrario, la táctica es el de combatir sobre el terreno donde se verifica el choque, de colocar en él las fuerzas según las localidades y de ponerlas en acción sobre diversos puntos del campo de batalla”.¹⁰

En términos simples, todo aquello que diga relación con temas tales como la determinación de objetivos, rutas y velocidades

10 Rodolfo Ortega Prado. *Ciencias militares. Ciencia. Arte. Método. Estado mayor*. Ejército de Chile, Academia de Guerra. Santiago, 2010, pp. 59–60.

de desplazamiento de las fuerzas combatientes, abastecimiento y apertrechamiento de estas antes de iniciarse las operaciones y varias más similares están en el campo de la *estrategia*, sumándose otras consideraciones políticas y económicas. Aquello que diga relación con la ubicación de las tropas en el mismo campo de batalla, sus desplazamientos, la combinación de las armas (uso de la artillería para *ablandar* al enemigo y luego atacarlo con la infantería y la caballería en posiciones específicas), la fijación del momento en que, si existen, deben actuar las tropas de reserva, etc., son situaciones que corresponden a la *táctica*.

Aplicando ambos términos a la situación bélica que nos ocupa, diremos que ejemplos de cuestiones que se encuadran en el concepto *estrategia* son la decisión de obstaculizar el avance del ejército realista en las inmediaciones del río Cachapoal y la consecuente distribución de las fuerzas en los tres vados que presenta dicho curso fluvial en esa zona, como también la determinación de construir parapetos en las calles que daban a la plaza de Rancagua y, desde el punto de vista opuesto, la decisión de las fuerzas del rey de pretender dominar la ciudad de Santiago (centro de decisión político del enemigo) y la de los revolucionarios, por lo mismo, de defenderlo.

En cambio, el desmontar fuerzas de caballería y utilizarlas como si fuesen de infantería dada la realidad en que se origina el combate, el avance de partidas realistas hacia la plaza usando el interior de las casas colindantes destruyendo sus muros divisorios, la ubicación de fusileros en los techos de las casas y lugares altos, la simultaneidad de las cargas realistas en las cuatro trincheras, etc., corresponden a la *táctica*.

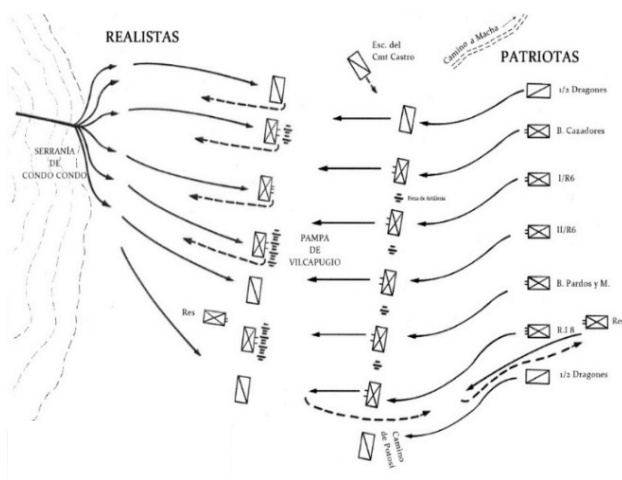
La distribución específica que un comandante podía hacer de las unidades que presentaría en combate —parte de la *táctica*—, era lo que se conocía y aún se conoce como *Orden de batalla*. Éste debe ser coherente con el terreno sobre el que se combate, con el número de hombres disponibles, la calidad y moral de ellos y también con las fuerzas y disposición del enemigo.

En términos generales, los órdenes de batalla podían ser de dos tipos. En primer lugar, encontramos el *paralelo*, que se producía

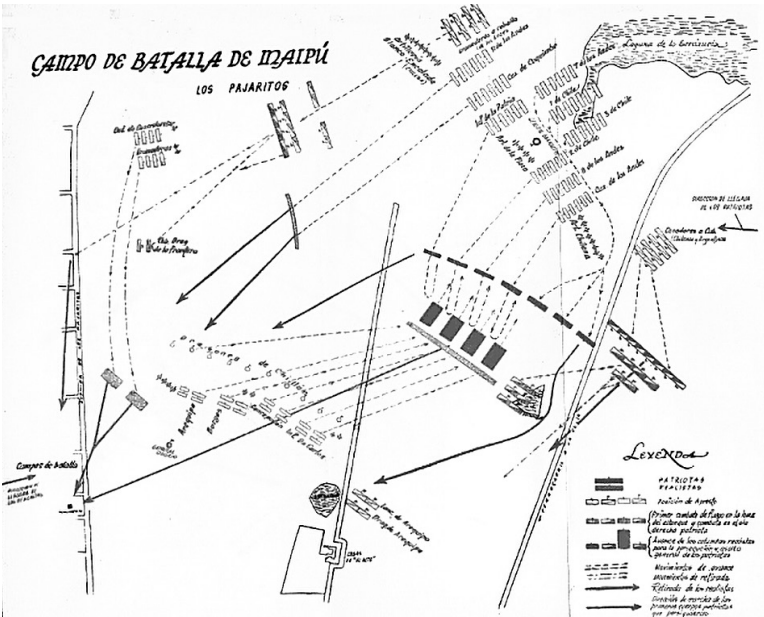
cuando las tropas propias se presentaban en forma paralela a la línea enemiga, siempre y cuando el terreno lo permitiera. El combate se empeñaba en toda la extensión de ella, buscándose romper la del enemigo, es decir atravesarla y así envolverlo por todos los costados.

El segundo era el *oblicuo*, que se daba cuando una de las fuerzas combatientes se enfrentaba solo por una parte de su frente. Este tipo se subdivide en *propiamente oblicuo*, que se genera al ubicarse las tropas de un bando en una posición realmente oblicua respecto del otro, ya sea porque el enemigo se había formado en ese sentido, o porque en su escalonamiento solo las unidades más adelantadas entrarían en contacto con el adversario; el segundo, *oblicuo impropio*, se genera cuando los ejércitos se colocan frente a frente y sólo una parte del dispositivo de combate, es decir, de las tropas, queda expuesta a la refriega o cuando esta sólo se concentra en una parte de la línea.

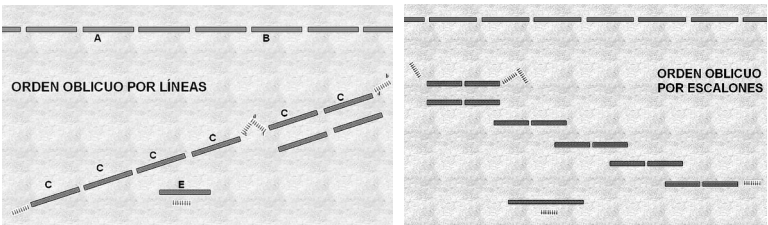
Obviamente en cada una de estas alternativas y movimientos se trataba —y el enemigo también lo hacía—, de no presentar “fisuras” o puntos débiles en la formación propia, lográndose un desplazamiento ordenado y sincronizado de toda una unidad.



Batalla de Vilcapugio, octubre de 1813. Orden de batalla paralelo
Editorial Universitaria Ejército Argentino



Batalla de Maipú, abril 1818.
Orden de batalla oblicuo
Francisco Javier Díaz. *La batalla de Maipú*



Variantes del orden oblicuo (líneas y escalones)
Fuente: <https://voluntariosdebailen.mforos.com>

Un factor imprescindible para la comprensión de estas materias es la consideración de que, si bien se podía planificar un ataque en todos sus detalles, siempre estas acciones involucraban un alto grado de incertidumbre puesto que las fuerzas enemigas también se desplazaban sobre el campo de batalla, forzándose así a una serie de modificaciones que debían adoptarse sobre lo que originalmente se había calculado. En consecuencia, las órdenes generales debían contemplar un grado variable de libertad de acción para los oficiales inferiores quienes, en el terreno, debían evaluar la situación y aplicarlas. Vencer a un enemigo estático en un mapa es algo relativamente fácil de hacer, mas no así en la realidad de la guerra.

Para enfrentar cualquier contratiempo era común la existencia de una “reserva”, es decir, una fuerza que, formando parte del dispositivo de combate, quedaba a disposición del general en jefe, normalmente posicionada en el centro de la línea de batalla y a retaguardia para ser desplazada donde fuese necesario para sorprender y arrollar al enemigo. Ella podía jugar un rol fundamental en el combate. Un buen ejemplo de su utilización lo encontramos en la batalla de Maipú (1818), cuando la actuación de este tipo de tropas resultó desequilibrante y posibilitó el triunfo sobre los realistas.

Las fuerzas militares se organizaban conforme al arma, en infantería, caballería y artillería.

En 1768 las ordenanzas de Carlos III habían dispuesto que las fuerzas de infantería se organizaran en regimientos que estarían integrados por dos o tres batallones. Cada uno de estos sería constituido por 9 compañías y en cada una de ellas figurarían entre 64 a 80 soldados, un capitán, un teniente, un subteniente, un sargento mayor de primera clase y otro de segunda clase, 2 tambores, cuatro cabos primeros y cuatro cabos segundos.

Además de la tropa consignada, el primer batallón debía contar con un coronel, un sargento mayor, un ayudante mayor, y un tambor mayor; el segundo batallón, por su parte, estaría al mando de un teniente coronel quien contaría con un ayudante mayor. En ambos debían también figurar dos subtenientes de bandera, un

capellán, un cirujano, un cabo, seis gastadores,¹¹ un maestro armero y dos pífanos.¹²

Esa estructura sufrió algunas modificaciones menores y tanto la práctica como el armamento disponible hicieron que durante la guerra de independencia de Chile fuese común la existencia de batallones que normalmente se componían de seis compañías: cuatro de fusileros, una de cazadores y otra de granaderos. Los primeros eran los soldados más inexpertos y combatían con fusil. Los cazadores, ya fuese que estuviesen incorporados a otras unidades o no, por lo general lo hacían dispersos en el campo de batalla, sin conformar un cuerpo homogéneo; los granaderos eran los más experimentados y se designaban así por ser, antiguamente, los que llevaban las granaderas, bolsas en que se transportaban las granadas que se arrojaban a las posiciones enemigas.

La forma empleada para el combate por las tropas de infantería se basaba en una formación de tres filas, separadas entre sí por aproximadamente 0,5 metros, la que debía mantenerse a toda costa hasta el momento de entrar en el combate cuerpo a cuerpo.

Los fusiles se usaban en un orden específico. Primero lo hacía la tercera fila, la situada más atrás, mientras las otras dos permanecían arrodilladas. Tras percutir sus armas, esos soldados daban tres pasos hacia atrás y procedían a recargarlas. Mientras tanto, la segunda fila se ponía de pie y hacía fuego y la primera permanecía arrodillada. Tras disparar, la segunda fila daba también un paso hacia atrás. Finalmente disparaba la primera fila, la que quedaba en su misma posición y recargaba sus armas.

Luego de las tres descargas, el grupo completo reajustaba las distancias entre las filas, volviéndose a la posición inicial. Se avanzaba entre 10 y 20 pasos y se volvía a disparar del modo ya especificado. Normalmente se percutaban de 1 a 3 tiros por minuto, con un

11 El *gastador* era un soldado que realizaba trabajos físicos abriendo trincheras y otros tendientes a facilitar las marchas al encontrarse derrumbes y otros similares en los caminos.

12 *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, y servicio de sus ejércitos*. Oficina de Pedro Marín, impresor de la Secretaría Universal del Despacho Universal de la Guerra, Madrid, 1768, tomo 1, pp. 2-3.

alcance efectivo de alrededor de 200 metros. Cabe señalar que en esa época, a pesar de conocerse las ventajas derivadas del estriado de los cañones de las armas de fuego, este no se había popularizado aún, por lo que los proyectiles normalmente salían disparados siguiendo trayectorias altamente imprecisas pues dentro del tubo del cañón chocaban con las paredes del mismo. Con el estriado del ánima se logra que la bala mantenga una trayectoria recta.

Se ha aseverado que el principal problema que podían presentar estas armas de fuego estribaba en que al accionarlas eventualmente podía quemarse solo la pólvora depositada en la parte externa del mecanismo de disparo, manteniéndose el correspondiente cartucho con su bala en el interior. Al ver el humo de la combustión, el soldado creía que el tiro había sido exitoso y rápidamente volvía a insertar un nuevo cartucho por el cañón, preparaba el arma y la disparaba con el consecuente riesgo de que explotaran los dos cartuchos a un mismo tiempo. En todo caso, esto implicaría que el fusilero no advirtiera la progresiva acumulación de esos elementos dentro del cañón, cuestión que debiese notar al utilizar la baqueta para presionarlos, y que tampoco sintiera el retroceso del arma en los disparos fallidos, cuestiones que eventualmente pudiesen ocurrir en el fragor del combate.

Las fuerzas de caballería, por su parte, se organizaban en escuadrones. Cada uno de ellos contaba con dos compañías de aproximadamente 70 hombres. Se distinguía entre *caballería ligera*, normalmente destinada a la exploración dada su alta movilidad y velocidad y *caballería pesada*, compuesta por jinetes fuertemente armados que privilegiaban más la protección que la velocidad. En combate normalmente se ubicaban en los flancos de la línea de batalla que se presentaba, protegiendo a la infantería y artillería de los ataques enemigos y porque desde esta ubicación se podía cargar sobre los infantes enemigos sin atropellar a la infantería propia, a la que se adelantaría por el flanco en el trayecto hacia el lugar ocupado por los contrarios. Las fuerzas de caballería podían combatir desmontadas, destacándose en ellas la presencia de los dragones, soldados “mixtos”, altamente preparados para el combate de a pie o montados. Las armas podían ser lanzas, sables,

pistolas y carabinas, de donde se derivaban denominaciones como lanceros y carabineros, que se unían a otras unidades específicas como los coraceros, húsares e incluso granaderos a caballo.

Por último, tenemos a la artillería, un arma de movilidad más reducida. Su efectividad era relativa, dependiendo de la distancia a que se encontrara el objetivo y también del tipo de munición que se disparara pues los proyectiles cargados con metralla eran eficaces hasta unos 800 metros. En este tipo de disparo se proyectaban varias piezas metálicas pequeñas, normalmente balas de fusil que, por la velocidad que alcanzaban, podían generar un alto nivel de destrucción en las tropas enemigas. Asimismo, se disparaba la típica bala de cañón, es decir una esfera de hierro sin carga explosiva, que también podía causar grandes daños en personas y estructuras.

En esta especialidad militar el requerimiento de hombres era menor que en la infantería y la caballería pues básicamente dependía del número de piezas con que se contara. En todo caso debe tenerse en cuenta que no todos los soldados asignados a ella las operaban pues había otros encargados de la custodia de la posición en que se instalaban y también del transporte de las mismas.

En un estudio sobre la batalla de Maipú, Luis Valentín Ferrada entrega la siguiente descripción del empleo simultáneo de todas estas tropas:

“Sobre el empleo conjunto de infantería, caballería y artillería se ha indicado que “los soldados [de infantería] permanecían firmes y formados mientras las balas de cañón devastaban las filas. Era una dura prueba de disciplina, tanto impuesta como personal. En el restringido frente de batalla... yacían montones de cadáveres entre las tropas que permanecían en sus puestos. Esta rígida táctica tenía una buena razón de ser, pues si la infantería llegaba a romper filas, las fuerzas de caballería que se desplazaban por el campo se lanzarían sobre ella y la harían trizas. La única defensa real de la infantería contra la caballería era el orden. A medida que caían los hombres, los sobrevivientes

cerraban filas, siempre presentando un muro de resistencia de hombro con hombro, pues tras el cañoneo y la fusilería venía el combate a la bayoneta.

Para enfrentar a la caballería, la infantería formaba en cuadro. Esta formación (en una suerte de paralelogramo) obedecía a una táctica antiquísima surgida del propio instinto de conservación y seguridad de la infantería, ya que un orden sólido y cerrado le permitía aguardar en mejor forma las embestidas de la caballería, oponiéndoseles por todos los costados”.¹³

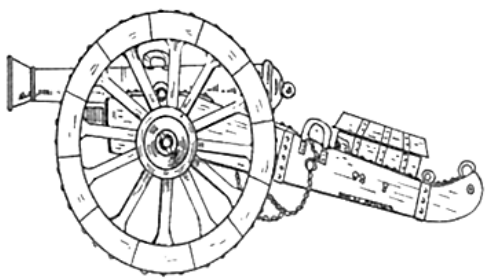
El recién mencionado *cuadro*, era la única posibilidad de resistir que tenía la infantería ante los decididos embates de la caballería enemiga. Al presentar las dos primeras filas sus fusiles con bayoneta calada y estar sus portadores cohesionados hombro con hombro, se convertían en un muro que provocaba una brusca detención del caballo del jinete enemigo. Además, las bayonetas podían usarse a modo de lanzas contra las cabalgaduras y la tercera fila de los infantes embestidos podía hacer fuego contra los jinetes.

Ya fuese que se combatiera de este modo, o se soportara el sitio impuesto por las fuerzas enemigas, la acción militar requería de un alto grado de disciplina, obediencia y ánimo por parte de las tropas, además de la sagacidad y conocimiento profesional de los oficiales, todo esto sin considerar una serie de aspectos materiales y logísticos que eran absolutamente imprescindibles. Sin estar estos satisfechos, de nada servía contar con los mejores soldados.

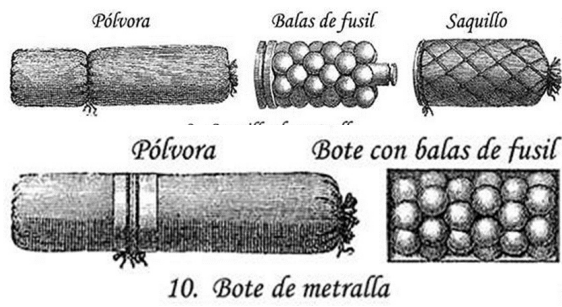
13 Luis Valentín Ferrada. *La batalla de Maipú*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2010, p. 201.



Elizabeth Thompson. Cuadro de Infantería inglesa en la batalla de Quatre Bras (1815)



Cañón de 6 libras (peso del proyectil)
Alcance máximo: 1.000 metros.
Alcance efectivo: 500 metros.



Cargas de metralla para cañones



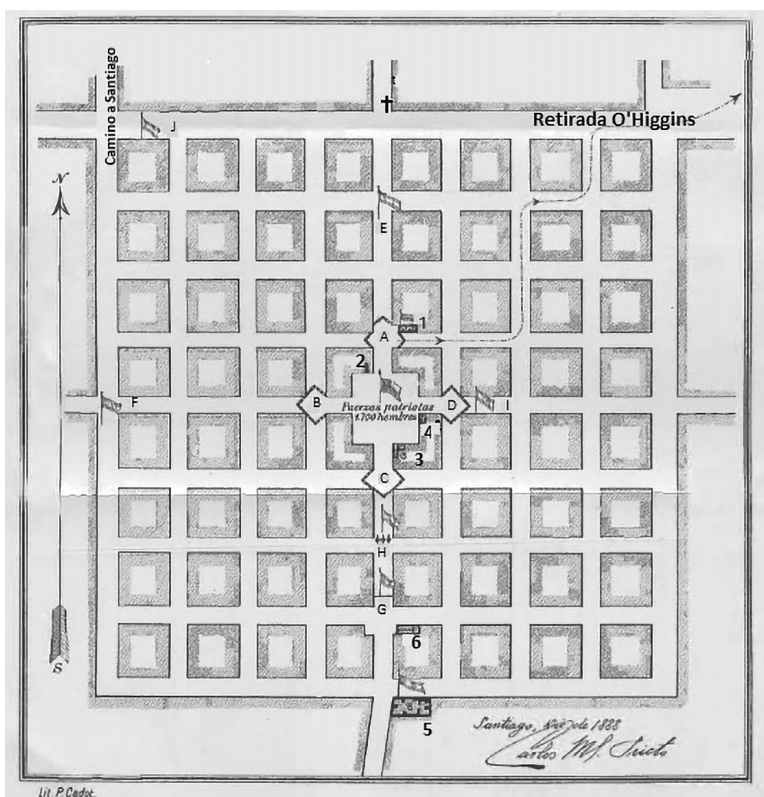
Mosquete Brown Bess

Se le denominaba fusil, pero por ser de avancarga es más bien un mosquete.

Fue uno de los modelos más usados en la guerra de independencia.

Fuente www.militaryheritage.com

Plano del Sitio de Rancagua *Adaptación del publicado por Diego Barros Arana*



- | | |
|--|---|
| <p>A Trinchera Norte. Santiago Sánchez. 100 infantes, 2 cañones.</p> <p>B Trinchera Oeste. Francisco Molina. 150 infantes, 2 cañones.</p> <p>C Trinchera Sur. Manuel Astorga y Antonio Millán. 200 infantes, 3 cañones.</p> <p>D Trinchera Este. Hilario Vial. 150 infantes, 2 cañones.</p> <p>E Ataque realista. Lantaño y Carvallo. 1.100 hombres, 4 cañones.</p> <p>F Ataque realista. Ballesteros. Batallones Concepción y Chiloé, 4 cañones.</p> <p>G Ataque realista. Maroto y Barañao. 1.100 hombres, 4 cañones</p> <p>H Batería realista. San Bruno.</p> <p>I Ataque realista. Montoya. 1.100 hombres, 5 cañones.</p> <p>J Caballería realista. Elorriaga y Quintanilla.</p> | <p>1. Templo de la Merced.</p> <p>2. Hospital ejército restaurador.</p> <p>3. Iglesia parroquial.</p> <p>4. Cuartel general ejército restaurador.</p> <p>5. Cuartel general ejército realista.</p> <p>6. Iglesia de San Francisco. Hospital ejército realista.</p> <p>† Cremación de los cuerpos.</p> |
|--|---|

Las cifras de defensores aquí consignadas por Barros Arana son, en su distribución por trincheras, diferentes a las que indica en la página 563 del tomo IX de la *Historia General de Chile* donde, a continuación del mapa señala que en la situada al Norte se ubicaron 150 infantes y en la del Este 100. Evidentemente esta alteración no cambia el total de defensores indicados en ambas partes.

IV

LOS EJÉRCITOS COMBATIENTES

BREVE RECUENTO DE UNA GUERRA CIVIL

A partir de 1810 en Chile se emprendieron tímidas modificaciones políticas ante las que el Virrey del Perú, Fernando de Abascal, no podía sino oponerse activamente. Sin embargo, sus opciones militares se veían fuertemente condicionadas al ser el Perú, en parte significativa, dependiente del abastecimiento de trigo chileno y al mismo tiempo ser Chile un receptor de varias exportaciones peruanas. Ello hacía imprudente arriesgar una larga campaña con un resultado incierto pues el comercio y el abastecimiento de la población civil se verían afectados. Por ello fue que básicamente desarrolló acciones de hostilidad comercial e incluso, tras la dictación por parte del gobierno de Santiago del decreto de libertad de comercio en 1811, otorgó varias patentes de corso para que los beneficiados con ellas entorpecieran y eliminaran el comercio que desde su punto de vista era absolutamente ilegal.

Esta situación cambió en 1812 cuando en Valdivia se conformó una Junta de Gobierno local que manifestó su apoyo a la causa del rey. Abascal contaba ahora con una base de operaciones y un contingente militar que le permitiría iniciar la guerra.

A fines de ese año zarpó desde el Callao una pequeña fuerza militar compuesta por solo 50 soldados y algunos oficiales, todos bajo el mando del brigadier Antonio Pareja. El 18 de enero siguiente arribaron a San Carlos de Ancud, Chiloé. Allí se sumaron alrededor de 1300 efectivos más. Todos ellos partieron rumbo a Valdivia, donde se agregó parte importante del batallón fijo de la plaza. Las fuerzas del rey ascendieron entonces a 2070 hombres que el 26 de marzo alcanzaron al puerto de San Vicente. Tras desembarcar en la playa de Lengua, se apoderaron de Talcahuano y prosiguieron

hacia Concepción, ciudad que fue ocupada sin resistencia ya que sus fuerzas militares se sumaron a las realistas y las autoridades locales decidieron no ofrecer resistencia.

Las fuerzas leales al rey siguieron rumbo al norte y el primer enfrentamiento de importancia con las tropas revolucionarias se produjo el 27 de abril de 1813 en Yervas Buenas, cuando una partida de estas últimas, al mando de Juan de Dios Puga, atacó de noche y sin saberlo al grueso del ejército realista. El desconcierto reinó en ambos bandos hasta que al aclarar y advertir su verdadera situación, Puga ordenó la retirada de sus combatientes.

Los realistas continuaron su lento avance hacia el norte, pero en un acto de abierta rebeldía las tropas chilotas se negaron a cruzar el río Maule. Pese a los esfuerzos que se hicieron por convencerlos, no quedó más alternativa que ordenar un repliegue hacia Chillán pues la llegada del invierno planteaba un cambio en las condiciones en que se operaba. En esa ciudad, gravemente enfermo, Pareja falleció después de traspasar el mando a Juan Francisco Sánchez.

Con la finalidad de evitar que su enemigo recibiese refuerzos, José Miguel Carrera decidió, acertadamente, recuperar las plazas de Concepción y Talcahuano, lo que logró a fines de mayo. Mientras tanto, las fuerzas realistas permanecían en Chillán, ciudad que finalmente fue débilmente sitiada a fines de julio. Los asaltos que intentaron los revolucionarios se transformaron en rotundos fracasos que, junto a las inclemencias del tiempo y la falta de elementos adecuados para enfrentar las condiciones atmosféricas imperantes, influyeron poderosamente en la desmoralización de las tropas, razón más que suficiente para que el 8 de agosto se pusiese fin al asedio.

Los realistas atacaron a sus enemigos en El Roble, a orillas del río Itata, el 17 de octubre de 1813, pero fueron finalmente derrotados. Fue esta batalla aquella que, mediante la actuación del coronel Bernardo O'Higgins se transformó de inminente derrota en importante victoria al ser los soldados revolucionarios impulsados por su ejemplo al tomar un fusil y arengarlos con la frase "O vivir con honor o morir con gloria... el que sea valiente que me siga" y cargar al enemigo.

Sin obtener triunfos de trascendencia, la conducción de las tropas por parte de Carrera empezó a ser cuestionada militar y políticamente y, a fin de cuentas, en noviembre de 1813 la Junta de Gobierno integrada por José Miguel Infante, Agustín de Eyzaguirre y José Ignacio Cienfuegos decidió relevarlo del mando militar, el que fue entregado a O'Higgins.

Una segunda expedición realista arribó al país en enero de 1814 al mando del brigadier Gabino Gaínza, quien desembarcó en Arauco. Dos meses después, en una audaz acción tras cruzar el río Maule, parte de las tropas del rey comandadas por uno de sus mejores oficiales, Ildefonso Elorriaga, atacaron la ciudad de Talca el 4 de marzo y lograron apoderarse de ella estableciendo una suerte de enclave en un territorio que no se controlaba del todo, existiendo fuerzas revolucionarias entre esa plaza y Chillán, donde se situaba el cuartel general realista, y también en Concepción.

La ocupación de Talca causó profunda conmoción en Santiago, pues el área en que se desarrollaban las hostilidades cada vez se hallaba más cercana a la capital. Por ello fue que en una asamblea se decidió entregar el mando político al gobernador de Valparaíso, Francisco de la Lastra, quien lo ejercería con el título de director supremo. Mientras se esperaba su arribo fue reemplazado por Antonio José de Irisarri quien rápidamente se dio a la tarea de reorganizar tropas y agenciar los elementos necesarios.

El 19 de marzo, la posición que mantenían los realistas en Quilo fue atacada por las fuerzas de O'Higgins que salían de Concepción. Estando el grueso del ejército del rey en las proximidades, el comandante atacado, Manuel Barañao, decidió replegarse abandonando el lugar sin ser perseguido por los revolucionarios. Al día siguiente las fuerzas del rey atacaron desordenadamente a las revolucionarias al mando de Juan Mackenna en Membrillar. Los hechos fueron mucho más confusos al oscurecer y producirse simultáneamente una intensa lluvia. Los soldados realistas terminaron por retirarse sin ser perseguidos por sus contrincantes que pudieron reorganizarse.

Un nuevo contingente fue puesto al mando de Manuel Blanco Encalada, un oficial naval que servía en el ejército y que luego

desarrollaría una destacada y dilatada carrera militar y política. La fuerza de Blanco atacó a los realistas en Cancha Rayada, en las cercanías de Talca, siendo completamente derrotada el 29 de marzo de 1814.

Reunidas las fuerzas de O'Higgins con las de Mackenna se inició una carrera paralela con las de Gaínza hacia la línea del río Maule, zona en la que un nuevo enfrentamiento se produjo en Quechereguas el 8 de abril, pero sin un resultado concluyente.

Finalmente, estos movimientos implicaron un gran avance para las fuerzas de Gaínza pues sin haber obtenido resonantes triunfos, se habían apoderado de toda la provincia de Concepción, que siempre resultó vital en las operaciones del ejército del rey, y las acciones bélicas ya se desarrollaban cada vez más cerca de su objetivo estratégico, es decir, la ciudad de Santiago.

La guerra parecía estancada y se prolongaba por más de un año. En esas circunstancias arribó a Chile el comodoro británico James Hillyard, quien ya había visitado Lima y ofrecido al virrey Abascal sus buenos oficios para lograr la pacificación. En Santiago, De la Lastra aceptó la propuesta y el 5 de mayo los generales Gainza, O'Higgins y Mackenna firmaron un pacto a orillas del río Lircay. En este acuerdo se estableció el cese inmediato de las hostilidades, comprometiéndose las autoridades chilenas a reconocer a Fernando VII. También se establecieron plazos perentorios para la evacuación del territorio por parte de las tropas realistas.

La suscripción de dicho pacto sirvió a ambos bandos para ganar tiempo y reorganizarse, sin cumplirse más cláusulas que las que imponían el retiro de las fuerzas del rey hacia el lado sur del río Maule. El Gobierno de Chile no anuló su alianza militar con su par de Buenos Aires, el que incluso había enviado tropas que combatían junto a las chilenas. Gainza realizó algunas observaciones a lo acordado y si bien evacuó Talca se mantuvo en la provincia de Concepción a la espera de la ratificación correspondiente por parte del virrey Abascal, quien al comprobar que se había aceptado el trato pero sin que su general quedara en el gobierno, tal como se le había instruido en la eventualidad de arribarse a algún acuerdo, procedió a desautorizarlo y decidió reiniciar las operaciones enviando un nuevo contingente al mando de Mariano Osorio, quien

tenía una importante experiencia militar en la guerra de independencia de España contra las fuerzas napoleónicas de ocupación.

En las instrucciones que se le entregaron, el virrey había especificado que una vez pacificado el territorio, Osorio debía rehabilitar la prisión de Juan Fernández para el confinamiento de los cabecillas de la revolución a quienes se sometería al proceso judicial correspondiente. También se le ordenaba disponer, en la oportunidad adecuada, que un contingente militar cruzase la cordillera de los Andes y atacara la provincia de Mendoza a fin de obligar a los rioplatenses a movilizar tropas desde el Alto Perú, facilitándose así el accionar realista en otros frentes de combate.

El pacto de Lircay también tuvo consecuencias políticas internas que fueron aprovechadas primero por Gaínza y luego por Osorio: José Miguel Carrera protagonizó su cuarto golpe de estado el 23 de julio y depuso a Francisco de la Lastra, instalando en su lugar una Junta integrada por él mismo, Julián Uribe y Manuel Muñoz. O'Higgins, al mando del ejército, desconoció al nuevo gobierno y el 26 de agosto se enfrentó con las fuerzas leales a Carrera en el combate de las Tres Acequias, donde fue rechazado, según algunos, o derrotado, según otros.

Mientras se había esperado la ratificación virreinal, Gaínza había recuperado la disciplina de su ejército y cuando Osorio desembarcó las tropas ya estaban en un buen pie para operar, por lo que éste último se dirigió sin mayor problema hacia Santiago. Al conocerse esta noticia, y considerando el peligro inminente que se corría, los generales O'Higgins y Carrera decidieron reunir sus fuerzas, quedando el segundo al mando. Sólo quedaba intentar detener ese avance y eso fue lo que se pretendió hacer en Rancagua.

Para comprender la importancia que en los hechos asociados al sitio de Rancagua tuvieron los días previos al mismo, es útil establecer los hitos fundamentales de esta división interna del grupo revolucionario, especialmente los registrados entre el 19 de julio de 1814, fecha del zarpe de Osorio desde Callao, y el 25 de agosto, víspera del combate de Tres Acequias. Ellos resultaron facilitadores del avance realista.

1814. DIVISIÓN INTERNA Y AVANCE REALISTA

Fecha	Conflicto interno	Avance realista
19 julio		Zarpa expedición de Osorio desde Callao
23 julio	Golpe de Estado de Carrera contra Francisco de la Lastra.	
28 julio	O'Higgins convoca a Junta de Guerra en la que se resuelve no reconocer al nuevo gobierno.	
30 julio	Cabildo abierto en Talca desconoce al nuevo gobierno. En nueva junta de guerra se decide que las tropas deben marchar a Santiago.	En Chillán, Gaínza recibe noticias del golpe de Estado de Carrera. Oficia a O'Higgins consultando por el pie en que quedan los acuerdos de Lircay.
1 agosto	Llegan a Santiago noticias de las resoluciones adoptadas en el sur.	
5 agosto		Gaínza oficia a Carrera informando que esperaba sus comunicaciones.
7 agosto	Se inicia la salida del ejército desde Talca.	
9 agosto		Se remiten órdenes a Osorio: en caso de no haberse logrado un triunfo, negocie con rebeldes y remita cuerpos de Talavera y otro de Chiloé a Arica.
12 agosto	O'Higgins sale de Talca.	
13 agosto		Osorio desembarca en Talcahuano.

Fecha	Conflicto interno	Avance realista
18 agosto	Vanguardia de O'Higgins entra en Rancagua, rumbo a Santiago.	Osorio asume el mando del ejército en Chillán. Se crea el escuadrón de Húsares de la Concordia.
19 agosto	A nombre del gobierno se presentan ante O'Higgins, en Rancagua, Antonio Hermida y Ambrosio Rodríguez para tratar de llegar a acuerdo de paz: Carrera seguiría en el gobierno, O'Higgins al mando de su división y el ejército en las de quien decidiera la Junta. Carrera oficia a Gaínza informándole que esperaba se respeten los pactos de Lircay.	
20 agosto		Oficio de Osorio <i>A los que mandan en Chile</i> : comunica desaprobación de pactos de Lircay y llama a deponer armas y reconocer al gobierno y constitución de 1812.
21 agosto	Destacamento de vanguardia de tropas bajo mando de Andrés del Alcázar sorprenden a fuerza que Carrera había destinado en Angostura.	Capitán Antonio Vites Pasquel sale como parlamentario de Osorio, hacia Santiago.
24 agosto	Arriba a Santiago la fuerza miliciana de Aconcagua (José M. Portus). O'Higgins decide avanzar más allá de Angostura con 400 hombres	Antonio Vites Pasquel es detenido en Talca por fuerzas revolucionarias. Teniente coronel Joaquín Prieto le permite continuar con su misión.
25 agosto		Pasquel parte de Talca hacia Santiago.

EL EJÉRCITO RESTAURADOR Y EL EJÉRCITO DEL REY

¿Cuál era la situación de las fuerzas combatientes?

Partamos por dar una mirada al ejército restaurador, comúnmente designado independentista.

La imagen aguerrida y hasta casi romántica que suele presentarse en las obras pictóricas y audiovisuales que han representado diversos episodios de la guerra de independencia es bastante lejana de la realidad que es perceptible a través de la documentación de la época.

Lo primero que se debe destacar es que el ejército que trató de detener el avance de los realistas contaba con un cuadro de oficiales profundamente escindido por las mismas razones políticas que habían llevado a la breve pero intensa guerra intestina entre los seguidores de José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins.

A pesar de haberse alcanzado un acuerdo entre ambos caudillos, la división intra revolucionaria subsistió. Esto se tradujo en recelos mutuos e incluso se ha denunciado que habrían existido proyectos para eliminar físicamente a ambos líderes. Así lo da a conocer Miguel Luis Amunátegui respecto de la persona de José Miguel Carrera. En su obra *La Dictadura de O'Higgins* refiere que en los mismos momentos del sitio de Rancagua, "cuando estuvo empeñada la pelea con los españoles, algunos de los oficiales de O'Higgins se repetían por lo bajo en medio de las balas, que, después de vencer a las tropas de Osorio, tenían que precipitarse sobre los partidarios de Carrera para destrozarlos".¹

En su *Diario*, el mismo Carrera señala al menos dos situaciones específicas que serían demostrativas de ese clima interno de alta tensión. De la primera deja constancia en su anotación correspondiente al día 17 de septiembre y dice:

1 Miguel Luis Amunátegui. *La dictadura de O'Higgins*, imprenta, litografía y encuadernación Barcelona, Santiago, 1914, p. 113.

“Seguía en la primera división la insubordinación y el desorden. Carta de ayer, del señor Francisco Calderón, me avisa que de sobremesa, en casa de O’Higgins y a su presencia, se mantuvo una conversación insolente contra el Gobierno por el capitán don Manuel Astorga, quien se producía con la mordacidad que le es característica, y era apoyado por los Lucos. El capellán García, del N° 3, me dice lo mismo en dos cartas que me escribió con este objeto. O’Higgins, después de tantos juramentos de amistad y unión, encerraba más veneno en su negra alma que sangre en su cuerpo”.²

En estricto rigor, en el párrafo anterior se da a entender que O’Higgins habría permitido determinadas expresiones verbales, cuyo contenido no se especifica, las mismas que Carrera estimó como merecedoras del calificativo de “insolentes”. Si bien lo señalado por este último coincide con lo que Calderón le habría informado, es decir, la existencia de una conversación y una disputa, el comentario que Carrera hace al final de su párrafo da pábulo a especulaciones que implican a O’Higgins.

Con todo, la lectura del texto de la misiva de Calderón permite establecer una realidad distinta pues en concreto señala haber tenido una disputa con los personajes identificados y que ella no pasó a mayores gracias a la presencia de O’Higgins. Dice en la parte pertinente:

“Llegué ayer al campamento justamente a tiempo que acababan de comer y estaban con una conversación poco decorosa al gobierno. Ya a V. E. instruiré Samaniego lo que era y a quienes hice yo la proposición que el que hablase del gobierno era un criminal y debía ser castigado, porque el capitán don Manuel Astorga se producía con la mordacidad que le es característica y los señores luquitos, Astorga

2 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 97. Véase la carta de García, documento 30.

siguió y procuré contenerlo pero era peor, tal que me decía lo castigaré; lo que hubiera hecho si el general no hubiese estado presente”.³

La segunda referencia a este tipo de situaciones fue anotada por Carrera con fecha 18 de septiembre, mencionando una comunicación que le había remitido O’Higgins insistiendo en que si se contaba con una fuerza adecuada, Rancagua sería un punto inexpugnable, opinión que como veremos más adelante Carrera también compartía. En vista de aquello, el general de la primera división le solicitaba refuerzos, mismos que según el general en jefe estarían destinados a otro fin:

“Él quería esa fuerza para oprimir a los que le desairaron en Maipo. Su obstinación y su deseo de venganza, igualaban a su ambición. Descaradamente publican sus oficiales que habían acordado sorprendernos y fusilarnos (hablo de los Carreras y sus amigos) en la primera ocasión favorable que se les presentase después de unidas las fuerzas. ¡Pobres! No lo habían pensado bien todavía, cuando fui enterado de todo. Vivía prevenido y trabajaban contra ellos mismos”.⁴

Según consta en el relato redactado por John Thomas, O’Higgins también recibió noticias de posibles acciones en su contra. En la anotación para el día 28 de septiembre de 1814 se afirma que “en la mañana de este día el general O’Higgins recibe una carta anónima en que le anuncian que si logra vencer a Osorio, será en el acto inmolado por un asesino que los Carrera tienen en su campo”.⁵

Estos dichos, en cuanto refieren sendas conjuras para ejecutar los asesinatos señalados, examinados con detención no resultan

3 Véase documento 29.

4 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 97. El “desaire” corresponde al combate de Tres Acequias.

5 Relación de John Thomas. Véase documento 9.

comprobables y además no son reafirmados por otras fuentes. Con todo, el tenor de las palabras de Carrera es sintomático del ambiente que se vivía o, cuando menos, de su opinión posterior respecto de O'Higgins,⁶ cuestión que no afirmamos por las calificaciones que empleaba para referirse a él, sino porque lo suponía cómplice de esas acciones que critica y señala, respectivamente, pero sin algún argumento que siquiera las avale, lo que también es evidente en el caso de lo anotado por Thomas.

Si bien esas amenazas podrían ser catalogadas como carentes de base, historiográficamente hablando han sido consideradas como reales. Incluso podría pensarse, por cierto bastante arriesgadamente, y no extrañaría que alguien ya lo hubiese planteado en medio de las ardorosas polémicas que se han suscitado desde 1814, que el hecho de que Carrera hubiese referido que había sido “enterado de todo”, es decir, avisado de su potencial fusilamiento, sería una corroboración parcial de lo que se señala en el relato de Thomas, en cuanto a que él tenía al menos un informante —o un asesino si se quisiera dar total crédito al relato—, en el campo de O'Higgins.

Como fuese, resulta lógico presumir que estos aires de polarización y división interna hubiesen trascendido a la tropa, al soldado común y corriente que podría haber escuchado alguna conversación de sus oficiales, como la señalada en los párrafos transcritos, y que esto fuese uno más de aquellos elementos que contribuían a la disminución del espíritu de cuerpo que, potencialmente, podrían incrementar la manifestación de otras conductas muy poco deseadas en las agrupaciones militares en épocas de guerra, como la desertión y la falta de celo en el cumplimiento de deberes, que no estaban ausentes. Por ejemplo, el 12 de septiembre O'Higgins informó a Carrera haber recibido del teniente coronel Vicente Garretón el refuerzo de una partida compuesta por 58 dragones, y no por el número que debía ser, esto es 74. En el margen de ese oficio Carrera anotó: “Garretón ha cumplido muy mal su comisión. El

6 Recuérdese que el texto fue redactado en 1815.

comandante Benavente me presentó estado de 74 dragones que estaban en formación para marchar. Tomó 80 caballos y sale presentando 58 soldados sin haber dado parte de desertión alguna”.⁷ En su *Diario militar*, el general en jefe también consignó el hecho: “Garretón, ni a O’Higgins ni a mí, dio parte de la causa que motivó la baja de 16 hombres en un día y nueve leguas de marcha. Siempre ha sido y será maula el señor Garretón”.⁸ Si bien el teniente coronel cuestionado debía informar respecto de las causas de la merma en cuestión, no se conoce testimonio de que lo haya hecho, y ninguno de sus superiores entregó algún indicio que nos permita si quiera intuir que se haya adoptado alguna medida de castigo o reprensión.

Según informó O’Higgins el 21 de septiembre, en la marcha entre los llanos de Maipo y Rancagua, su división sufrió la desertión de 17 hombres (1 sargento, 4 cabos y 12 soldados).⁹

Los jefes militares también eran fuente de problemas. Producto de un confuso incidente en que se vieron involucrados varios oficiales subalternos —que con “algunas voces poco decorosas” se habrían insultado mutuamente, llegando incluso a “darse de empujones”— y, probablemente habiendo echado mano de su sable, el subteniente José Tomás Mujica terminó acusando a sus camaradas ante su oficial comandante (O’Higgins) y, finalmente, desertó de las filas.¹⁰

La situación de la tropa, al menos en septiembre de 1814, distaría mucho de ser como lo señala Carrera en la anotación estampada en su *Diario* para el último día de ese mes:

“Toda ella se vistió completamente y se pagó conforme a reglamento, abonándoles gratificaciones y aún sueldos atrasados. En campaña no carecían de lo más mínimo;

7 Véase carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 12 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 359.

8 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 96.

9 *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, p. 391.

10 *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, pp. 412 y 415–416.

todo era abundancia y comodidad. La buena administración se dictó por reglamentos provisionales y órdenes repetidas, para lo que únicamente había tiempo”.¹¹

Existen testimonios que describen una situación distinta. En un oficio que redactó pocos días antes de marchar hacia Rancagua, O’Higgins informó a su superior respecto del estado de sus tropas e implementos: municiones en buen estado; animales en estado regular. Los artilleros iban descontentos: “los motivos son la desnudez, no haber tenido licencia para pasar a Chile,¹² y no habérseles pagado sus ajustes”; “todos los soldados están descalzos, no se acomodan a la ojota, porque les lastima los pies que el andar sin ellas; es de necesidad se provean de zapatos y haya siempre un repuesto de ellos para que los compren con sus sueldos”; los fusiles estropeados ya se habían compuesto y se requerían media docena de carretas, barriles para el agua al momento de acampar, cántaros de madera, 70 u 80 cargas de charqui tanto para confeccionar fajinas como para alimentación; también se necesitaba tabaco y aguardiente, un cirujano, cajas de medicinas con sus “correspondientes herramientas, hilas, vendas, y los practicantes”; faltaban palos para doce carpas, cohetes de señales y también oficiales puesto que “los más que han ido con licencia no han vuelto”, cuestión que técnicamente implicaba una desertión.

Casi patética resultaba la afirmación, en ese mismo informe, de que “en todo este ejército no hay una sola olla de fierro ni paila para cocinar”. La desnudez de la tropa “es grande”, decía O’Higgins, y agregaba un punto que marcaba notoriamente la diferencia entre las representaciones artísticas posteriores del estado de esas fuerzas y la realidad que vivían: “hay cantidad de reclutas fogueados que nunca han tomado vestuario, y no tienen otro que un cotón,

11 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 100.

12 Esta expresión se usaba para denominar a la provincia de Santiago.

calzoncillos de bayeta, y muchos hechos pedazos; muchos artilleros andan con una jerga amarrada a la cintura”.¹³

Los apuros económicos del Estado deben haber sido de consideración para que se plantearan determinaciones que eventualmente reducían la paga de los soldados, asunto que de aplicarse en época de guerra incrementaría el riesgo de desertión. La adopción de una medida que pudiese generar ese efecto, como indicó O’Higgins a su superior el 26 de septiembre, podía tener complejas proyecciones: “tiemblo al contemplar el fatal resultado”, decía, agregando que los soldados no recibirían bien alguna modificación negativa en sus prests: “estamos al frente del enemigo; cualquiera cosa que suene a descuento de su prest le infundirá el mayor desagrado. Nada querría decir el que se suspendiera por un mes si fuese posible. Sin embargo, yo haré ejecutar lo que ordena V. E. en llegando el caso”.¹⁴

Para poder comprender la generalidad de la situación del ejército restaurador se hace necesario realizar algunos raciocinios y tratar de dimensionar el tamaño de la fuerza que lo conformaba.

En esta materia será de gran utilidad el documento titulado *Estado general de las divisiones que formaron el ejército en Rancagua, y de las distribuidas en los diferentes puntos de defensa*, que el mismo general Carrera mencionó en su *Diario militar* y que ha sido añadido en los documentos anexos al mismo.¹⁵ Aunque se trata de un texto que carece de fecha, cuestión que influye en la valoración de su contenido pues ignoramos qué tan cercano a las fechas del sitio de Rancagua pueda ser, igualmente permite realizar algunos cálculos estimativos que deben combinarse con otras fuentes de información para tener una visión más amplia.

Según los datos registrados en el *Estado* en comento, puede afirmarse que la fuerza comprometida en la acción de Rancagua ascendía a 4112 hombres. El desglose por divisiones es el siguiente:

13 Véase carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 16 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 373–374.

14 *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, pp. 406–407.

15 Véase documento 2.

EJÉRCITO RESTAURADOR SITIO DE RANCAGUA DIVISIONES COMPROMETIDAS			
División	Efectivos ¹⁶	Milicianos	Total
Primera	1055	100	1155
Segunda	791	1200	1991
Tercera	502	464	966
Total	2348	1764	4112

Estas cifras indican que el 57,1 % de los efectivos eran de línea y el 48,9 % restante milicianos. En esto se debe tener en cuenta, en todo caso, que de los primeros no todos eran soldados “veteranos”, es decir, experimentados en combate.

Diego José Benavente, personaje bastante cercano a José Miguel Carrera y también uno de los protagonistas de los hechos de Rancagua, entrega cifras mínimamente distintas. A la primera división le asigna 1155 hombres, 1861 a la segunda y 915 a la tercera, lo que nos da un total de 3931, es decir una diferencia de 181 hombres en la cuenta total.¹⁷

De las cifras del *Estado*, salta a la vista que existe una evidente desproporcionalidad en cuanto al número de efectivos de las tres divisiones, especialmente en la tercera, que es la menos numerosa en comparación con las restantes, sobre todo si se le compara con la segunda. Ello obedece a la inclusión en la última mencionada de 1200 milicianos de Aconcagua que bajo el mando de José María Portus no jugaron ningún rol en el sitio de Rancagua pues, según su propio comandante, les fue imposible entrar en la ciudad detrás de la división de O’Higgins y, sencillamente, se dispersaron en desorden. En otras palabras, en los momentos del sitio, esa división tenía un faltante equivalente al 60,27 % de su fuerza.

¹⁶ Se incluye a todos los oficiales.

¹⁷ Diego José Benavente. *Memoria sobre las primeras...*, p. 181.

En consecuencia, según los datos contenidos en este documento, y haciéndose la rectificación recién señalada, el número de hombres sitiados podría haber ascendido a 1946 efectivos.

También son útiles los antecedentes que proporcionan Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui en su obra *La reconquista española*.¹⁸ En ella reunieron varias fuentes informativas que entregan un detalle por división, mismos que transcribiremos parcialmente en las siguientes tablas. Lo hacemos de ese modo pues solo consideraremos las cifras consignadas en piezas documentales o en obras de autoría de protagonistas de los hechos, como es el caso de Benavente, excluyendo los guarismos proporcionados en el manuscrito que se atribuye a O'Higgins, *Memoria sobre los principales sucesos de la revolución de Chile desde 1810 hasta 1814*, pues su autoría es desconocida, y los consignados en las obras de José Javier de Guzmán, *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*, redactada años después y también los que aparecen en la del coronel realista José Rodríguez Ballesteros, *Revista de la guerra de independencia*, quien si bien fue protagonista de los hechos, por haber estado en el campo contrario solo entrega cifras estimativas.

Así, por divisiones, tendríamos la siguiente situación:

18 Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. *La reconquista española*, pp. 160–162.

PRIMERA DIVISIÓN			
Autor	Fuente	Detalle	
Carrera	Manifiesto de 1818	Artilleros	84
Benavente	Memoria Histórica	Número 2	177
		Número 3	470
		Dragones	280
		Milicias caballería	144
Sub Total			1155
O'Higgins	Estado del regimiento de Rancagua. 16 de septiembre. Estado general. 24 de septiembre de 1814	Número 2	121
		Número 3	441
		Dragones	264
		Regimiento de Rancagua ¹⁹	135
Sub Total			961

En el caso de la primera división tenemos dos cifras, los 1155 hombres consignados por Carrera y Benavente y los 961 que anotaba O'Higgins. La coincidencia evidenciada entre los primeros no es extraña pues es ampliamente sabido que al redactar su obra Benavente recurrió al *Diario militar* y a los demás documentos de Carrera. La cifra entregada por O'Higgins es la más cercana a los hechos y proviene del recuento de tropas realizado en Rancagua a pocos días del sitio, por lo que parece ser la más confiable.

Aunque sea difícil de aceptar, hasta en esta materia que implica números, es decir algo más objetivo que pareceres respecto de distintas materias, las diferencias entre Carrera y O'Higgins son fácilmente observables. El primero anotó en su *Diario* que el 6 de septiembre el segundo había remitido a la Junta de Gobierno un "Estado de las fuerzas del ejército restaurador" y que éste se hallaba "reducido a 300 granaderos, 125 auxiliares, 120 infantes de

¹⁹ Este cuerpo podría corresponder a los 100 milicianos que anota Carrera en el Estado ya visto.

Concepción, 125 dragones, 100 nacionales, 40 artilleros y 47 infantes de la patria. Total 857 hombres. Fusiles tiene 697, de los que no hay más de 200 a 300 corrientes y los demás descompuestos”, a lo que siguen algunas críticas a O’Higgins y sus manejos militares.²⁰

Lamentablemente el texto de dicho documento no figura entre los que se anexaron al *Diario* en cuestión, ni tampoco en los incluidos en el *Archivo de don Bernardo O’Higgins*. Sin embargo, en este último es posible encontrar el oficio conductor del mismo, en el que se lee: “Acompaño a V. S. el estado general de la fuerza efectiva que tiene hoy día el ejército de mi mando, con expresión de la falta de armamento y vestuario”.²¹

Expresamente debemos notar que si bien Carrera señala se le envió un documento que refería “las fuerzas del ejército restaurador”, O’Higgins señala que los datos corresponden al “ejército de mi mando”, lo que en otras palabras equivale a las fuerzas que él comandaba, no a la totalidad del ejército. Lógicamente las cifras relativas a “las fuerzas del ejército restaurador” deben considerar también a aquellas divisiones que estaban bajo el mando de los hermanos Carrera, de las cuales —y también de su armamento— difícilmente O’Higgins podía dar cuenta.

Si aceptamos que la cifra proporcionada por Carrera (857 hombres) corresponde en realidad a los que conformaban las tropas al mando de O’Higgins y no la totalidad del ejército y adicionalmente consideramos que entre el 9 y el 24 de septiembre de 1814, se extrajeron y agregaron varios efectivos que obviamente, según corresponda, se pueden sumar y restar de aquella cifra pues Carrera proporciona los datos en cuestión, se llega a un total de 821 hombres,²² la que resulta inferior a la que el general en jefe entregaba. Hasta en esto existe disparidad.

20 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 95.

21 *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, p. 347.

22 Según anota Carrera en su *Diario*, el día 10 de septiembre se desplazaron hacia Santiago un total de 447 hombres, p. 96, y hacia la división de O’Higgins lo hicieron doscientos (9 de septiembre), p. 95; setenta (10 de septiembre), p. 95; cincuenta y ocho (12 de septiembre), p. 96 y ochenta y tres (18 septiembre), p. 97.

Para la segunda división, comandada por Juan José Carrera, las cifras son:

SEGUNDA DIVISIÓN			
Autor	Fuente	Detalle	
Carrera	Manifiesto de 1818	Artilleros	84
		Granaderos (Número 1)	664
		Caballería miliciana	1253
Sub Total			2001
Benavente	<i>Memoria histórica</i>	Artilleros	84
		Granaderos	625
		Caballería miliciana	1153
Sub Total ²³			1862
Juan José Carrera	Estado general. 25 de septiembre de 1814	Artilleros	48
		Granaderos	625
Sub Total			673

En este caso, los guarismos entregados por José Miguel Carrera y Benavente difieren en 139 hombres, pero nuevamente consideraremos como cifra más confiable la entregada por el propio comandante de la división, Juan José Carrera, quien descontó a los milicianos aconcagüinos (1203 hombres menos, promediando entre los datos extremos) que no marchaban junto al resto de sus tropas al momento de redactar el documento. Debemos también considerar que esa tropa miliciana no tomó parte en el sitio de Rancagua.

Conforme a lo señalado hasta ahora, y de acuerdo a estas cifras que analizamos, en la plaza de Rancagua se habrían encerrado

23 La suma arroja una diferencia de 1 soldado al total consignado en el original.

alrededor de 1634 individuos, y no los 1946 que se pueden calcular utilizando el *Estado* ya analizado.

En lo que respecta a la tercera división tenemos la siguiente situación:

TERCERA DIVISIÓN			
Autor	Fuente	Detalle	
Carrera	Manifiesto 1818	Artilleros	84
		Infantes	195
		Húsares Nacionales	687
		Subtotal	966
Benavente	<i>Memoria histórica</i>	Artilleros	30
		Infantes	195
		Húsares Nacionales	690
		Subtotal	915

Esta división es, a todas luces, la más pequeña de todas, cuestión en que hay coincidencia con el *Estado* anterior, siendo notorio que la diferencia entre ambas fuentes radica en el número asignado a las tropas de artillería. Ninguna de las fuentes es lo suficientemente cercana a los hechos como para asignarle mayor verosimilitud como en los casos anteriores. El promedio entre ambas es de 940.

Veamos ahora lo relativo al material de guerra, es decir, a los medios asignados a cada una de las divisiones. La fuente de información es el mismo *Estado* que hemos visto arriba, razón por la que, tratándose de una unidad documental, los cálculos que entregaremos de inmediato se referirán a los datos de efectivos militares contenidos en el mismo:²⁴

24 El *Estado*... incluye en una sola pieza documental la información relativa a la conformación de las tropas y al material de guerra. En esta obra hemos optado, por razones editoriales, por presentar ambas partes como unidades individuales.

MATERIAL DE GUERRA				
	Cañones	Fusiles	Cartuchos de fusil	Piedras de chispa
1ª División	6	2000	30 000	4000
2ª División	5	1370	30 000	6000
3ª División	4	2000	60 000	9000
Total	15	5370	120 000	19 000

Es evidente una distribución más o menos equitativa de las 15 piezas de artillería con que se contaba (6 a la primera división, 5 a la segunda y 4 a la tercera), considerando que en la última predominaban las fuerzas de caballería.

Sin embargo, el número de artilleros que el mismo documento consigna para cada una de las divisiones es constante, 80 en cada una. Ello es evidentemente desproporcionado pues, en promedio, en la primera unidad cada pieza habría sido manejada por 13,3 hombres y en la tercera por 20. A este respecto debe considerarse que para 1817 Miller describe que a cada pieza de artillería del ejército de los Andes se asignaban un sargento y siete artilleros montados más cuatro conductores, en total 12 personas.²⁵

En segundo lugar, resulta extrañísima la asignación de fusiles. A la primera división, misma que según la cifra consignada en el *Estado* ya analizado contaba con 1155 hombres incluyendo a los jefes superiores, se habrían entregado 2000, es decir, un promedio de 1,73 fusiles por hombre; a la segunda, en la que según la misma fuente formaban 1991 soldados, se asignaron 1370, lo que equivale a 0,6 fusil por hombre. Finalmente a la tercera, con 966 efectivos, se habrían entregado dos mil, lo que resulta curioso pues estaba

25 John Miller. *Memorias del general Miller al servicio de la república del Perú*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1912, tomo I, p. 247.

conformada mayoritariamente por fuerzas de caballería, la proporción asciende a 2,07 fusiles por hombre.²⁶

Lamentablemente la fuente citada no especifica la calidad del armamento en cuestión, pudiendo referirse, o no, a armas reparadas, descompuestas o en reparación que teóricamente al menos se sumarían a las en uso, por lo que estas cifras podrían considerarse como estimativas.

Así tendríamos que, a la división con mayor número de hombres que necesitarían un fusil se asignó el mismo número que a la que menos los requeriría. Todo esto bajo el supuesto de que en el documento se consigna como *fusil* a ese tipo de arma larga y no otras que se hayan incluido bajo un mismo rótulo.

La distribución de municiones y de piedras de chispa para las armas de fuego también es llamativa. De las cifras consignadas en el documento aparece que a la primera división se habrían entregado 30000 cartuchos para 2000 fusiles, lo que implicaría solamente 15 por cada uno, agregándose la provisión de 2 piedras de chispa por fusil. En la segunda división las mismas cifras ascenderían a 21 y 4,3 respectivamente, mientras que en la tercera, serían 30 y 4,5, guarismos muy superiores a los de la primera división, que contaba con el mismo número de fusiles.²⁷

Respecto de la distribución de pólvora también se encuentran situaciones de profunda desproporción. Como hemos dicho recién, el prorrateo de cañones entre las divisiones fue más o menos equitativo (6, 5 y 4, respectivamente). Sin embargo, si consideramos que para su funcionamiento se requería de ingentes cantidades de pólvora, la situación se desbalancea notoriamente debiendo considerarse, en todo caso, que la asignación de este elemento no debió haber sido exclusiva para este tipo de arma.

26 Cabe la presunción de que se hubiese pensado en emplear esas tropas montadas como si fuesen de infantería.

27 Véase el detalle en el documento 2.

DISTRIBUCIÓN DE PÓLVORA POR DIVISIONES (CANTIDADES EN QUINTALES)			
División	Cañones	Pólvora Total	Pólvora por pieza
1	6	20	3,33
2	5	12	2,40
3	4	30	7,50

No se comprende la razón por la que a la tercera división, con un menor requerimiento dado el número de cañones que tenía asignados, se entregó la cantidad más elevada de pólvora equivalente a casi la mitad de la disponible que se consigna. Curiosamente, a la primera división, que contaba con igual número de fusiles asignados que la tercera división, y dos piezas de artillería más, se habrían entregado diez quintales menos de pólvora.

En concreto, la tercera división era la mejor provista en piedras de chispa, pólvora, fusiles, cartuchos de fusil y la menos provista de cañones y hombres, estando mayoritariamente conformada por fuerzas de caballería.

Ahora bien, si consideramos las cifras que hemos ponderado como más representativas del contingente que formaba en cada división y que cuentan con una data bastante cercana a los primeros días de octubre de 1814 y paralelamente mantenemos las consignadas en el Estado respecto del armamento y sus implementos la situación adquiere un carácter un tanto distinto, conservándose una notoria concentración de ellos en la tercera división.

PROMEDIOS DE DISTRIBUCIÓN DE MATERIAL POR EFECTIVO. BASE DE EFECTIVOS CORREGIDA				
División	Efectivos	Fusiles	Cartuchos	Piedras de chispa
1	961	2,08	31,21	4,16
2	673	2,03	44,57	8,91
3	940	2,12	63,82	9,57

Como se aprecia en la tabla anterior, la desigualdad en cuanto al número de fusiles por hombre tiende a desaparecer, manteniéndose una gran diferencia en el número de cartuchos y una notoria concentración en las segunda y tercera divisiones en lo que se refiere a la entrega de piedras de chispa, elemento esencial para el funcionamiento del artefacto. En términos absolutos, la tercera división es la mejor dotada en tres de los cuatro rubros, precisamente aquellos que se refieren a material de guerra.

Juzgando por los datos que proporciona el mismo José Miguel Carrera, solo se puede colegir que la distribución de armas e implementos necesarios para el funcionamiento del ejército habría sido arbitraria, y no se habría considerado como elemento dirimente la cantidad de hombres que requerirían cierto tipo de armamento. Una división esencialmente conformada por jinetes como la tercera, que contaba con algo más de 900 hombres y a la que se habrían destinado 2000 fusiles, 60 mil cartuchos y 9000 piedras de chispa parece ser un notorio despropósito.

Todos estos antecedentes se obtienen de un análisis simple del documento que el mismo José Miguel Carrera citó e insertó en su *Diario* como evidencia de la labor que se había realizado reorganizando las tropas.

Respecto del ejército del rey, los testimonios dejados por sus oficiales son bastante claros en lo que respecta a su número y composición.

En su obra *Revista de la guerra de la independencia de Chile*, José Rodríguez Ballesteros detalla la siguiente conformación:

Vanguardia. Conformada por 200 hombres de milicias comandados por Ildelfonso de Elorriaga; 150 del escuadrón de Carabineros de Abascal al mando de Antonio de Quintanilla; 502 del batallón de Valdivia al mando de José Carvallo y 600 del batallón de Chillán, comandados por Clemente Lantaño. Contaba además con 4 piezas de artillería. En total, 1452 efectivos, 350 de caballería y 1102 de infantería.

Primera división. Sumaba 1400 plazas y reunía al batallón de voluntarios de Castro, comandado por Rodríguez Ballesteros (800 hombres) y al de Concepción (600), y contaba con 4 cañones.

Segunda división. En ella militaban 1050 hombres en total, 500 del batallón de Chiloé y 550 del batallón auxiliar de Chiloé. Se deben agregar 4 piezas de artillería.

Tercera división. Integrada por 600 hombres del batallón de Talavera de la Reina; 200 del Real de Lima y 150 húsares de la concordia, totalizando 950 efectivos. Esta división contaba con 6 cañones.

Los artilleros que servían las 18 piezas eran 150 hombres, es decir un promedio de 8,3 por cada una de ellas.

En total, se trataba de 45002 hombres.²⁸

Parte de este contingente (los hombres de Talavera y las dos compañías del Real de Lima), había arribado a Talcahuano provenientes desde Perú el 13 de agosto junto a Osorio.

Esa parte de la fuerza, que podría recibir el apelativo de expedicionaria, se conformó tras la reprobación que Abascal hizo de los pactos de Lircay, determinación adoptada por cuanto no se habían cumplido las directrices que había entregado para tal caso y también porque lo allí acordado implicaba abandonar la provincia de Concepción y a los fieles vasallos del rey.

Dice el virrey en su *Memoria de gobierno* que desde que supo de esos acuerdos y los rechazó se consagró a trabajar para “restablecer y aumentar las tropas del ejército de Concepción, proveerlo de armas, de municiones, dinero, vestuario, y otros efectos para su subsistencia, y finalmente darle un jefe que los dirigiese con acierto”.²⁹ Coincidentemente, la llegada al Perú de un batallón del regimiento de Talavera de la Reina favoreció sus proyectos. Sin embargo, una expedición como la proyectada requeriría la inversión de recursos que no poseía. Por ello recurrió al Consulado de Lima, institución que le facilitó ingentes cantidades de dinero. Dice Abascal:

28 José Rodríguez Ballesteros. *Revista de la guerra...*, pp. 193-194. El regimiento peninsular de Talavera de la Reina combatió también en la batalla de Chacabuco. El Real de Lima, unidad, creada a mediados del siglo XVIII, recibió posteriormente la denominación regimiento Real infante don Carlos y como tal también combatió en la batalla de Maipú.

29 Fernando de Abascal. *Memoria de Gobierno*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Universidad de Sevilla. Sevilla, 1944, tomo I, p. 180.

“Facilitado el dinero en el modo dicho se embarcaron en el navío de Su Majestad *Asia* y corbeta *Sebastiana* 530 hombres del regimiento de Talavera [,] 45 artilleros con sus respectivos oficiales [,] 2 obuses de siete pulgadas, y las demás armas [,] municiones [,] víveres y dinero cuyo refuerzo se halló competente para terminar a la mayor brevedad la guerra del país”.³⁰

La expedición debía dirigirse a Talcahuano y una vez adoptadas las convenientes providencias defensivas en esa plaza y en Concepción, debía ponerse en marcha hacia Chillán. Allí su comandante, el coronel Mariano Osorio debía asumir el mando en jefe.

Transportada por el navío *Asia*, la corbeta *Sebastiana* y el bergantín *Potrillo*, la fuerza expedicionaria zarpó del Callao el 19 de julio de 1814 y desembarcó en Talcahuano el 13 de agosto siguiente.

La situación era propicia para las armas del rey. Se controlaba la extensa zona comprendida entre los ríos Maule y Biobío, estableciéndose el cuartel general en Chillán. Las tropas ya estaban descansadas y en pie operativo, aunque un tanto disminuidas, en un número difícil de precisar, dada la desertión que se produjo después de suscritos los acuerdos de Lircay. En ellos se había estipulado que los militares realistas debían salir del país hacia Perú. En consecuencia, siendo muchos de ellos naturales de Valdivia, Concepción, Chillán, Chiloé y otros puntos de esas comarcas, solo les quedó esa alternativa.

Osorio asumió el mando el 18 de agosto. Importante es recalcar que tanto a la fecha de su arribo a Talcahuano, como a la de su asunción del mando, la disputa entre Carrera y O'Higgins ya estaba desatada y el general realista evidentemente aprovechó las oportunidades que la coyuntura política del campo enemigo le ofrecía. El propio virrey Abascal destacó en su *Memoria de gobierno* este punto al señalar que los partes enviados por su general desde Chillán anunciaban “haber salido la vanguardia de su ejército

30 Fernando de Abascal. *Memoria de Gobierno*, tomo I, p. 182.

compuesto de 2000 bayonetas de Talca para la villa de Curicó en un modo hostil aprovechándose de la división que aún reina entre O'Higgins y Carrera".³¹

Bernardo de la Torre, oficial del ejército realista, escribió en sus "Apuntes sobre las últimas campañas de Chile 1814-1818":

"Osorio desembarcó en Talcahuano; reunió las diferentes partidas y cuerpos procedentes de Chiloé y de Valdivia que había en las provincias de Penco y pasó el Maule sostenido por los araucanos, que guardaban sus flancos y retaguardia, en el mes de julio del referido año.

Los enemigos estaban divididos a la sazón y las facciones de Carrera y O'Higgins, que se disputaban el mando a mano armada, se hallaban peleando en la provincia de Santiago, mientras que las tropas españolas se dirigían sobre la capital. Osorio conocía toda la importancia de este momento y, sin dejar de marchar, avanzó un parlamentario al gobierno de Santiago, que fue recibido por José Miguel Carrera en los campos de Maipo, donde se acababa de dar por éste una acción reñidísima en que había batido y desecho [a] las tropas de O'Higgins".³²

Existe en este orden una declaración que en el proceso seguido a Gaínza realizó Matías de la Fuente quien afirmó que ese general, "cuando se supo la nueva cuestión entre Carrera y O'Higgins, despertó todo y empezó a revivir el ejército, suspendió el dar licencias, llamó a los oficiales voluntarios que estaban en Concepción e hizo salir un batallón para San Carlos o el Parral".³³

Más claro aún fue el mismo Gaínza quien en una exposición relativa al origen y circunstancias de los pactos de Lircay señaló que

31 Fernando de Abascal. *Memoria de Gobierno*, tomo I, p. 186.

32 Bernardo de La Torre. "Apuntes sobre las últimas campañas de Chile". *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo XVII, pp. 285-286.

33 *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo XV, p. 61.

estando resuelto a no abandonar la provincia de Concepción hasta tener resolución virreinal al respecto, se compuso el armamento, se refaccionó el cureñaje y se practicó la instrucción y disciplina de la tropa y que produciéndose el quiebre entre O'Higgins y Carrera,

“Yo aprovechándome de tan bella coyuntura, como me ofrecía la falta de existencia del gobierno con quien traté, y lisonjeándome sacar algún partido de esa desunión, luego intimé a uno y a otro estar disueltos los tratados, y puse en marcha hacia el Maule el cuerpo de Valdivia entero, sesenta hombres de caballería y dos piezas de campaña con cien tiros cada una, seguidamente el veterano de Chiloé con otras cuatro; todo al mando del coronel Elorriaga como jefe de vanguardia, y expedí estrechar órdenes para la requisición de mulas y caballos que estaban en invernada, a fin de poner en marcha todo el ejército”.³⁴

En idéntico sentido encontramos, en el mismo proceso judicial, un informe de Luis Urrejola, en el que se advierte que Gaínza “mantenía la tropa en ejercicios doctrinales en cuanto lo permitía la estación de invierno, avivaba la compostura del armamento y tomaba otras providencias ordinarias para el mantenimiento del ejército”.³⁵

Estos factores contribuyeron al cumplimiento exitoso de las órdenes de Osorio, quien incluso pudo dar vida a dos nuevos cuerpos militares, el escuadrón de Húsares de la Concordia y el de Carabineros de Abascal. A este último se integraron varios marineros e incluso algunos ex soldados del ejército revolucionario, fenómeno que no debe extrañar tratándose de una guerra civil.

34 *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo xv, pp. 305–306.

35 *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo xv, p. 102.

Antonio de Quintanilla, comandante de ese cuerpo, comentó en su *Autobiografía*:

“yo no perdía entretanto tiempo de organizar mi escuadrón y di principio después de desenfardar los efectos, al alistamiento, fijando edictos en las esquinas y ofreciendo dos vestuarios a cada soldado, uno para cuartel y otro de gala. Mi alojamiento se llenó de pretendientes y casi todos habían servido en el ejército enemigo que no era obstáculo para dejar de recibirlos si su talla y robustez eran buenas, de modo que el cirujano reconociendo, el o los peluqueros cortándoles el pelo y los cabos lavándoles en una acequia, así como otros vistiéndolos y pasar al ejercicio de posición era obra de un momento y que no paraba. A los 4 días ya tenía la fuerza completa a la que se agregaron algunos soldados y marineros del navío *Asia* que, desertores, se me presentaban y yo recibí con reserva”.³⁶

No existía en el ejército del rey una fractura política como ocurría en el bando contrario, aunque si se había atravesado un intento de escisión originado en el rechazo a los pactos de Lircay manifestado por algunos de sus oficiales, llegándose incluso a conspirar contra el general Gáinza. Dice Rodríguez Ballesteros que

“Conocidos los tratados en la plaza de Chillán, y que el artículo 6° dejaba a los oficiales del ejército real de los cuerpos de infantería de Concepción y dragones en los mismos empleos y sueldos que gozaban antes de la guerra y que debían evacuar el reino de Chile dejándolo bajo el mismo orden de gobierno que tenía al principio la revolución, fermentó en Chillán y en el ejército real una oposición que estuvo muy cerca de reventar en amotinamiento general”.

36 Antonio de Quintanilla. *Autobiografía*. Ediciones de los *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, sin fecha, p. 67.

Los cabecillas de ese movimiento serían, según el mismo autor, el intendente del ejército Matías de la Fuente, el secretario de Gaínza, el padre José Almirall, el auditor José Antonio Rodríguez Aldea y “otros jefes y oficiales que ocultamente y con gran reserva estaban indignados y descontentos.”³⁷

La situación no pasó a mayores pues Gaínza supo concertar voluntades protestando rechazar los pactos, y “con gran actividad dispuso su ejército para abrir prontamente la campaña.”³⁸ En otras palabras, ya antes del arribo de Osorio las tropas estaban preparadas para reiniciar las hostilidades.

Según afirma Barros Arana, lo que si existía era una diferenciación en los sueldos que percibían los oficiales peninsulares y americanos, siendo más altos los de los primeros.³⁹

En general, se trataba de fuerzas veteranas. Los batallones de Chiloé, Valdivia y Concepción habían tomado parte en varias acciones y si en sus filas también formaban nuevos reclutas, estos se hallaban convenientemente instruidos. Los más fogueados de todos eran los hombres del regimiento de Talavera de la Reina, cuerpo con experiencia en las recientes guerras europeas. Respecto de ellos, tanto la historiografía chilena como el conocimiento popular han levantado una increíble leyenda que los caracteriza como poseedores de una maldad que resulta ser más propia de la propaganda de guerra y de la extrema minusvaloración moral del contrario que, por necesidad, debe ser caracterizado de un modo determinado.

¿Cuántos fueron los combatientes revolucionarios y realistas en el sitio de Rancagua?

Tal como hemos visto, al momento de tratar de precisar el número de efectivos del ejército restaurador que tomaron parte en el sitio de Rancagua es posible encontrar cifras muy disímiles. Muchas de ellas son estimativas y otras tienen, al menos, la apariencia de ser algo más exactas. Respecto del ejército del rey la situación es

37 José Rodríguez Ballesteros. *Revista de la guerra...*, pp. 178–180.

38 José Rodríguez Ballesteros. *Revista de la guerra...*, pp. 182.

39 Diego Barros Arana. *Historia general de Chile*, tomo IX, p. 536.

un tanto distinta pues la fuente principal de información que han utilizado los historiadores es José Rodríguez Ballesteros y ello ha generado cierta consistencia mayor, aunque también parecieran ser aproximadas.

Con todo, es posible tratar de responder a la pregunta recién formulada y para hacerlo tomaremos los datos entregados por Diego Barros Arana, quien indica que el total de efectivos del ejército restaurador ubicados en las trincheras ascendería a 600 hombres.⁴⁰ Aunque a simple vista las cifras de Barros parecen ser estimaciones, son consistentes con la conformación de las calles en que esas tropas se habrían situado, especialmente su ancho, existiendo además antecedentes que ubican a distintos grupos de soldados al interior de las casas contiguas y en los techos de estas. Aquí surge de inmediato un problema pues, si como hemos visto un poco más atrás, en la plaza se habrían refugiado alrededor de 1634 soldados, ¿qué ocurrió con los 1034 restantes?

Según consta en el relato de John Thomas existió una reserva de infantería que se ubicó en la plaza. Este dato permite barruntar que esos soldados faltantes bien pudiesen haberla conformado y que hayan tenido que desplazarse, según se requiriese, a una trinchera u otra de acuerdo a las necesidades que se experimentasen para cubrir las bajas que se producían (heridos y muertos). Resultaría inconcebible que no hubiesen tomado parte en las acciones.

Anotemos como dato anexo que en su parte al virrey Abascal, Osorio señaló que el número de enemigos capturados ascendía a cerca de 900 prisioneros (incluyendo 282 heridos) y que el enemigo había tenido 400 muertos. Esto implicaría que en Rancagua quedaron, tras la salida de O'Higgins, 1300 militares (prisioneros y muertos), lo que hace calcular que 334 participaron en esa última acción.⁴¹

40 Diego Barros Arana. *Historia general de Chile*, tomo IX, p. 563.

41 Con todo, debe recordarse que los partes de batalla suelen ser documentos en que las cifras que se indican no son del todo fiables. No es lo mismo haber sido derrotado por una fuerza muchas veces superior que por una más o menos similar, o menor, a la propia.

Un punto que no se ha destacado suficientemente en los textos históricos es que el grueso de los soldados que quedaron en Rancagua, que probablemente no dispusieron de cabalgaduras para integrarse al grupo liderado por O'Higgins y que en consecuencia fueron apresados, deben haber prestado cobertura a sus camaradas de armas y que ello debe haber influido en la dura conducta que los realistas tuvieron con algunos de ellos.

Gráficamente, la desproporción numérica entre los bandos enfrentados se aprecia en las siguientes tablas en que se combinan los datos entregados por Barros Arana con los de Rodríguez Ballesteros.

ATAQUE – DEFENSA SUR			
Posición y comandantes	Cuerpos	Efectivos	Artillería
ATAQUE Rafael Maroto Velasco Manuel Barañao	Talavera de la Reina	600	6
	Real de Lima	200	
	Húsares de la Concordia	150	
	Subtotal	950	
DEFENSA Manuel Astorga Antonio Millán		200	3
Total combatientes	1150		

ATAQUE – DEFENSA NORTE			
Posición y comandantes	Cuerpos	Efectivos	Artillería
ATAQUE Clemente Lantaño Juan Nepomuceno Carvallo	Batallón Chillán	600	4
	Batallón Valdivia	502	
	Subtotal	1102	
DEFENSA Santiago Sánchez		150	2
Total combatientes	1252		

ATAQUE – DEFENSA ESTE			
Posición y comandantes	Cuerpos	Efectivos	Artillería
ATAQUE Manuel Montoya	Batallón Chiloé	500	4
	Batallón auxiliar de Chiloé	550	
	Subtotal	1050	
DEFENSA Hilario Vial		100	2
Total combatientes	1150		

ATAQUE – DEFENSA OESTE			
Posición y comandantes	Cuerpos	Efectivos	Artillería
ATAQUE José Rodríguez Ballesteros	Batallón Concepción	600	4
	Batallón Castro	800	
	Subtotal	1400	
DEFENSA Francisco Javier Molina		150	2
Total combatientes	1550		

En total, en el sitio habrían tomado parte 6134 hombres en ambos bandos, apreciándose una notoria superioridad numérica en los atacantes. Se habría tenido, por ambos bandos, la posibilidad de emplear 27 piezas de artillería (18 por parte de los realistas y 9 por el ejército restaurador),⁴² dependiendo, evidentemente, del espacio físico disponible en las calles.

De acuerdo a esos guarismos, las acciones de ataque realista se concentraron en el sector oeste por donde habrían atacado 1400 hombres. Sin embargo, la defensa se habría concentrado en el sector sur donde se habría ubicado a 200 hombres. Valga notar que de las nueve piezas de artillería de que disponía el ejército restaurador, en esa misma trinchera se instalaron tres, mientras que en los otros tres sectores se asentaron 2 en cada uno. La distribución de la artillería realista igualmente muestra una concentración en este mismo punto, disponiéndose 6 cañones en él y 4 en cada uno de los restantes.

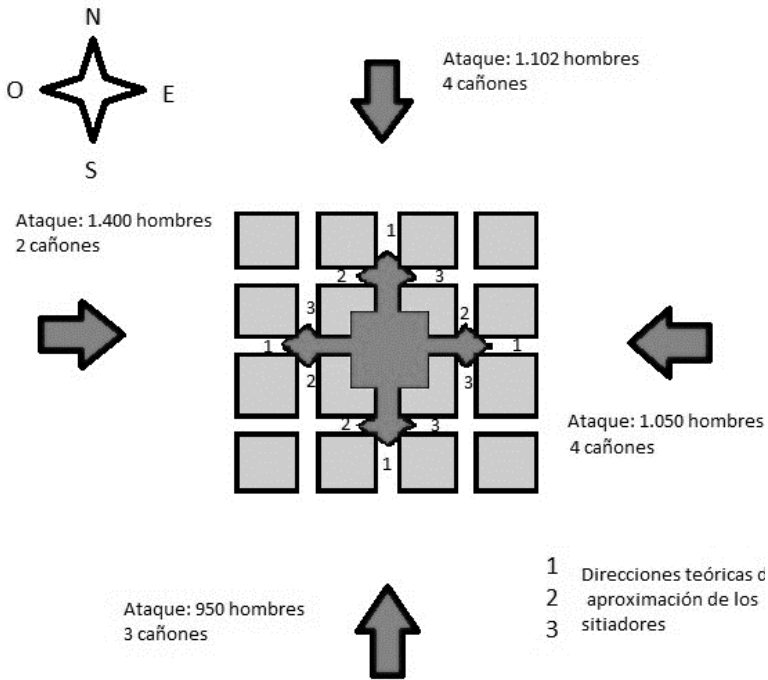
Según Antonio Yalcich esto plantearía una interesante cuestión respecto de la ubicación del centro de gravedad⁴³ del dispositivo enemigo pues, naturalmente se tendería a pensar que éste se hallaba en el sector Oeste de la plaza, es decir donde se concentraba el mayor número de tropas atacantes, comandadas por Rodríguez Ballesteros. Sin embargo, las que contaban con mayor preparación (Talavera y Real de Lima, y los más bisoños húsares de la concordia) asaltaban la trinchera sur, misma en la que O'Higgins había dispuesto un mayor número de efectivos y cañones.⁴⁴ A ello agrega otro punto de interés que es escasamente destacado: la existencia

42 Recuérdese que las dos divisiones sitiadas contaban con 11 piezas de artillería. Probablemente las faltantes, de disponerse de ellas, fueron ubicadas en la plaza.

43 Entiéndase el centro de gravedad como “el eje de todo poder y movimiento, del cual todo depende, o aquel punto contra el que todas las energías deben dirigirse”. Ejército de Chile. Comando de Educación y Doctrina. División Doctrina. *Manual. Diccionario militar*, Santiago, 2011, p. 52. Puede consultarse, además, el trabajo de Leopoldo Díaz Fadic, “Los conceptos de Centro de Gravedad y Centro de Esfuerzo y su empleo en la determinación de objetivos en la estrategia conjunta”, en Armada de Chile, *Revista de Marina*, N° 889, 2005, pp. 529–541 (<https://revistamarina.cl/revista/889>).

44 Entrevista de Mario Barrientos Ossa a Antonio Yalcich Furche —general de ejército (r)— en <https://youtu.be/Hud9mPP99c4>

de tres vías de ataque, o direcciones de aproximación del enemigo, en cada una de las zonas de asalto, según graficamos en el siguiente esquema:



La desproporción entre los combatientes resulta evidente al utilizarse las cifras de Barros. Por cada defensor habrían existido 4,75 atacantes en la trinchera sur, 7,34 en la norte, 10,5 en la del oeste y 9,33 en la del este y, en general, 2,75. Ahora bien, si consideramos a quienes habrían conformado la reserva de los sitiados, la proporción total cambia a 1,68.



Pedro Subercaseaux

Bernardo O'Higgins en el campanario de Rancagua (1918)



V

DEFENSA DE LA ZONA CACHAPOAL – RANCAGUA

Las cuestiones tocantes a la ubicación de las tropas que se empeñarían en detener el avance del ejército del rey, y no así las que dicen relación con otros temas de igual o mayor importancia, como por ejemplo la capacidad que pudiesen haber tenido para lograr esa meta, se han transformado en la discusión por excelencia entre historiadores y estudiosos del tema que nos ocupa.

Se ha sostenido que la planificación que finalmente se aplicó por parte del ejército restaurador para lograr tal objetivo en cuestión consistió en enfrentar a las tropas del rey en el río Cachapoal, planteándose que ante la eventualidad de que los realistas sobrepasaran dicha defensa debería llevarse a cabo un nuevo intento en la misma ciudad, como señalan algunos, o en la Angostura de Paine, posición elegida por el general Carrera, según otros.¹ Por esto último, dicen los detractores de O'Higgins, la resistencia opuesta en la ciudad de Rancagua habría sido un grueso error y también un acto de desobediencia.

En cualquiera de las alternativas no deja de extrañar que casi concordantemente la mayoría de los historiadores señale que el objetivo era la paralización de la progresión de la marcha enemiga, y no que se buscara concretar una meta más importante y lógica como la desarticulación de esa fuerza o, en su defecto, obligarla a replegarse hacia el sur.

1 Más aún, se ha llegado a plantear erróneamente, y esto ya es parte de la “cultura histórica” de los chilenos, que José Miguel Carrera estaba en dicho lugar mientras que O'Higgins se encerraba en Rancagua.

Adicionalmente, aumentando un poco más la confusión que existe en esta materia, unos pocos autores han identificado lugares alternativos a usar para los mismos efectos, tales como los llanos de Maipo y el río del mismo nombre, pero sin especificarse que esos puntos fueron considerados mientras se efectuaban los primeros reparativos generales, es decir, a inicios de septiembre de 1814.

Historiográficamente hablando, ha ocurrido que se ha elaborado un relato que no considera al enemigo como factor decisivo en el resultado final. En otras palabras, se ha dado vida a una interpretación unilateral de los hechos en la que se ha esbozado la idea de que era posible vencer al contrario, agregándose que si se sufrió una derrota fue porque no existió un ajuste exacto del accionar de las fuerzas a lo planeado, y no porque el enemigo fuese superior o hubiese empleado mejor sus medios aprovechando las circunstancias imperantes.

Como el plan aplicado no es conocido documentalmente, la tarea a emprender dice relación con identificar y caracterizar los distintos planteamientos operativos manifestados durante esos días sin basarse, como muchos autores han hecho, en especulaciones tácticas posteriores de lo que debería haberse hecho, mismas que surgiendo tras la derrota, siempre resultan bastante fáciles de realizar.

En este capítulo nos abocaremos a determinar en qué términos se planteó establecer una defensa en la zona comprendida entre Rancagua y el río Cachapoal. En el siguiente, por una cuestión de orden, nos abocaremos a tratar de establecer si efectivamente se proyectó en una defensa secundaria en Angostura de Paine o si esa idea es solo una especulación *ex post*.

Opiniones encontradas

Diego Barros Arana señala que tras la reconciliación entre Carrera y O'Higgins, esto es en septiembre de 1814, se pensó en resistir el avance de los realistas en los llanos del río Maipo y que ello fue prontamente desechado, surgiendo entonces la idea de fortificar

la Angostura de Paine, misma que no prosperó pues solo se inspeccionó el terreno y se envió a un grupo de obreros sin que, en definitiva, se avanzase en algún trabajo. Agrega Barros que O'Higgins defendía la alternativa de fortificar Rancagua y, en caso de que no fuese efectiva la línea del río Cachapoal antes de la reunión de todo el ejército restaurador en la zona, resistir allí hasta que el resto de las fuerzas atacase la espalda de los enemigos.² Sin embargo, esta idea específica no aparece en los oficios dirigidos por O'Higgins a Carrera en esos días.

Otro autor y también actor en los hechos, Diego José Benavente, sin realizar precisiones cronológicas o establecer etapas en que hubiesen prevalecido ciertos pensamientos, agrega que se especulaba en enfrentar al ejército del rey en el río Cachapoal, en Angostura de Paine, en el río Maipo y también en los llanos de este último. En concreto, en prácticamente todos los lugares ubicados en una amplia zona exceptuándose, curiosamente, la ciudad de Rancagua, que sería la opción de O'Higgins.

Ya en los capítulos iniciales hemos examinado otras opiniones así es que nos remitimos a ellos si el lector requiriese más ejemplos.

Una situación un tanto distinta es la que se aprecia en obras que tienen un carácter eminentemente didáctico y que, por lo mismo, resultan ser más influyentes en el conocimiento general de la historia del país. Normalmente en ellas, por cuestiones editoriales, los autores no se adentran en el tema y sanamente, sin atribuir responsabilidades ulteriores en el curso de los acontecimientos optan por la narración simple de los hechos, destacando solo algunas falencias en la conducción de las tropas revolucionarias que, aunque graves, son manifestadas tan de paso que pierden trascendencia y pasan casi inadvertidas. Así puede comprobarse, a modo de ejemplo, en uno de los libros utilizados desde hace más de 5 décadas en la enseñanza de la historia nacional, el *Manual de Historia de Chile* de Francisco Frías Valenzuela, en el que sólo se describen

2 Diego Barros Arana. *Historia general de Chile*, tomo IX, pp. 549-550.

las alternativas del suceso y se señala que las fuerzas de Carrera carecían de un plan a seguir:

“Osorio, al frente de 5.000 hombres, entre los cuales venía el famoso batallón español de Talavera, avanzó al norte y pasó el Cachapoal antes de que Carrera, reconocido como general en jefe, hubiese adoptado un plan serio. Por eso fue que las divisiones de O’Higgins y Juan José Carrera (1.700 hombres) se encerraron en Rancagua, donde aquel construyó trincheras de adobe en las cuatro calles que conducen a la plaza del pueblo”.

En el mismo texto, al referirse la actuación de José Miguel Carrera el día 2 de octubre se señala que sus fuerzas se acercaron a la plaza sitiada para luego retirarse en razón de ser tropas muy escasas y carentes de instrucción.³

Un relato similar es el que se encuentra en un manual un tanto más moderno que la Editorial Universitaria ha venido reeditando desde 1974 y que lleva por título *Historia de Chile* y que se debe a los autores Sergio Villalobos, Osvaldo Silva, Fernando Silva y Patricio Estellé. En él también se remarca la falta de planificación al afirmarse que “el ejército realista avanzó sin inconveniente hasta el río Cachapoal, mientras los patriotas se aprestaban a detenerlo, aunque sin un plan bien concebido”. A esa carencia de instrucciones precisas se atribuyen las acciones realizadas: “frente a la inminencia del ataque realista, O’Higgins acudió a encerrarse con su división en la plaza de Rancagua a donde ya se había dirigido Juan José Carrera con otra división”, mientras que la tercera permanecía al norte de la ciudad. Respecto de la actuación de estas tropas el día 2 de octubre se indica que “la división de Luis Carrera fue puesta en fuga en una escaramuza al intentar socorrer la

3 Francisco Frías Valenzuela. *Manual de Historia de Chile*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1986, p. 212–213.

plaza y desde ese momento la situación se hizo insostenible para los sitiados”.⁴

En un libro de texto de los autores Liliam Almeyda, Pedro Milos y Pablo Whipple, *Historia y Ciencias Sociales*, escrito para alumnos de segundo año medio, el sitio de Rancagua solo es mencionado como un hito cronológico más y respecto de él se indica que “las fuerzas realistas asentadas en la zona sur, integradas predominantemente por habitantes de Concepción, Talcahuano y Chiloé, más los militares provenientes de Perú, aprovecharon la coyuntura [política en el bando contrario] y lograron imponerse a sus rivales definitivamente”.⁵

Por último, en los libros más modernos de investigadores universitarios, el problema no es mencionado o se sigue la alternativa ya vista, es decir, no pronunciarse respecto de él. Solo a modo de ejemplo, referiremos que en el tomo I de la obra *Historia de la república de Chile*, denominado *El fin de la monarquía y los orígenes de la república. 1808-1826*, se señala que José Miguel Carrera: “aceptó la idea de O’Higgins de proteger la línea del Cachapoal y, en caso de ser rebasada, defender Rancagua con una parte del ejército, para emplear la otra en atacar a las tropas de Osorio por la espalda”.⁶ En otras palabras, se plantea que con anterioridad a los hechos se habría adoptado como solución estratégica lo que en realidad ocurrió después, faltando solo la última parte, según nos diría un o’higginista, o incluyéndola sin obtenerse respuesta desde la plaza, como nos diría un carrerino.

4 Sergio Villalobos, Osvaldo Silva, Fernando Silva y Patricio Estellé. *Historia de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1984, tomo III, pp. 375 y 377.

5 Liliam Almeyda, Pedro Milos y Pablo Whipple, *Historia y ciencias sociales*, Segundo año medio, p. 91. En un mapa explicativo ubicado en la página 179, los autores indican que las fuerzas revolucionarias llegaron al río Cachapoal el día 30 de septiembre, cuestión que es inexacta pues O’Higgins ya estaba en Rancagua el día 20 de septiembre y Juan José Carrera arribó el 27 siguiente.

6 Juan Eduardo Vargas. “La restauración absolutista”. En Fernando Silva Vargas y Juan Eduardo Vargas, editores, *Historia de la república de Chile*. Volumen 1. *El fin de la monarquía y los orígenes de la república. 1808-1826*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 2013, p. 342.

Como se aprecia, las explicaciones se centran en plantear una defensa en el río Cachapoal y luego vienen las variaciones. Según algunos se debía actuar en Rancagua. Según otros, ello debía hacerse en Angostura, planteándose incluso que Carrera había aceptado ambas propuestas. Adicionalmente, en todo esto se genera la sensación de una profunda improvisación pues se señala que no se había adoptado un plan serio o bien concebido por lo que no existían instrucciones precisas.

Tratándose de establecer hechos concretos, y no de especular respecto de lo que podría haberse hecho, adelantemos por ahora que las tropas del ejército restaurador no se ubicaron, no se fortificaron, ni establecieron un mínimo retén en la zona comprendida entre los llanos del río Maipo y la localidad de Mostazal, ambos puntos incluidos. El 1 de octubre la primera división, comandada por O'Higgins, se encontraba en Rancagua presta a defender la zona del vado de la ciudad sobre el río Cachapoal. La segunda, dirigida por Juan José Carrera, se hallaba a una legua al oriente de la ciudad protegiendo el área del cruce de los Robles, y la tercera se hallaba en Mostazal, en trayecto hacia Rancagua. Estas ubicaciones nos indican que efectivamente se pensó defender la estrecha zona comprendida entre el río Cachapoal y la ciudad de Rancagua.

¿Se planeó algún curso de acción a aplicar si el enemigo lograba sobrepasar una hipotética primera defensa en ese río y continuaba su avance? Al parecer no, y en esto radica la esencia del problema pues la documentación disponible no permite siquiera presumir que, sobre esa materia, se hubiese adoptado alguna decisión. Quizás en esto primó un factor que no ha sido debidamente considerado en los estudios sobre el tema: el optimismo que se tenía en la victoria, originado en una subvaloración de la fuerza enemiga en cuanto a su número y preparación. Finalmente, como el resultado no fue el esperado, tras la derrota y su impacto emocional se recordaron planes que habían sido abandonados y se les utilizó en la subsecuente disputa intrarrevolucionaria e incluso años después, los autores más comprometidos con las posiciones en pugna, interpretaron arbitrariamente algunos documentos y empezó a primar una exégesis carente del correspondiente estudio de la

situación en que se generaron las notas y oficios intercambiados entre los protagonistas de los hechos y, también, se manipularon algunos textos. El resultado de todo esto: confusión.

Un mal cálculo que influyó en la derrota

¿Cuáles eran los antecedentes que se tenían respecto del volumen de un más que potencial ataque enemigo?

La documentación entrega variados antecedentes al respecto y también de los raciocinios que subsecuentemente se hicieron teniéndolos como base para adoptar decisiones, mismos en los que en definitiva no importó tanto la efectividad de esos números, sino que el grado de verosimilitud que se les atribuyó.

De acuerdo con las informaciones que había recibido, el 8 de septiembre O'Higgins informó a Carrera que la expedición de Osorio estaba conformada por "quinientos gallegos" y que, en consecuencia, "no pasa de dos mil bayonetas toda su fuerza".⁷

El 21 de septiembre, estando ya en Rancagua, el mismo dio parte a su comandante de haber recibido información de que en San Fernando se situaba una división enemiga ascendente a 1700 hombres, con 14 piezas de artillería, agregando que la que dirigía Elorriaga se ubicaba en Pelequén, con 3 piezas, y que dos de sus guerrillas acampaban en las casas de Valdivieso, esperándose para ese día la llegada de Osorio a San Fernando con todo el ejército, compuesto éste por un total de más de 3000 hombres de fusil.⁸

José Miguel Carrera no dio crédito a estos números y aseveró, sin señalar ningún antecedente, que la fuerza enemiga debía estimarse solo en 2000 hombres. En efecto, el día 22 escribió a O'Higgins diciendo:

⁷ Véase documento 11.

⁸ Véase carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, Rancagua, 21 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 389.

“Cuando el mismo enemigo dentro de nuestro territorio proclama una fuerza de 3.000 hombres, cuando menos debemos rebajarle el tercio; mientras sin perder momentos se reúne nuestro ejército con 2.500 bayonetas que se aumentarán progresivamente con una caballería intrépida de que carecen los piratas y con todo el valor y energía que inspira el amor de la libertad”.

Para Carrera, decir que eran más que esa cantidad era exagerar, y así lo expresó elegantemente: “Ya V. S. se desengaña por otra parte de que el temor es un microscopio que engrandece los objetos pequeños; y casi podría señalar con el dedo al cobarde que engrosó la guerrilla hasta el grado de una fuerte división”.⁹ Aunque no lo decía en este documento, posteriormente en su *Diario* señaló claramente que quien dramatizaba el volumen del enemigo era Francisco Calderón: “A las dos de la tarde alarmó Calderón la división porque se aumentaron a sus ojos los objetos del sur del río”.¹⁰

El 23 de septiembre O’Higgins participó a Carrera que dos espías le habían entregado información respecto de los movimientos de una parte de las tropas de Osorio que ese día había llegado a las casas de Valdivieso estando conformadas por “seiscientos hombres de infantería con seis cañones”, ignorándose el número de caballos que traían. En ese mismo documento se encuentra la siguiente anotación al margen, atribuible a Carrera:

“Quedo enterado de las noticias que comunican los espías. Aún no puedo formar un cálculo verosímil de la fuerza de los piratas; pero me inclino a creer no pase, y quizá no alcance, a 2.000. Me parece que las nuestras son muy superiores y que si siguen atrevidos tendremos muy breve un día glorioso. Dios, etc.”.¹¹

9 Véase documento 18.

10 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 98.

11 Véase carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Rancagua, 23 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 395–396.

Si bien el general en jefe señalaba no tener aún un cálculo verosímil de la fuerza enemiga, no explicaba el motivo por el cual, ahora, rebajaba la cantidad anteriormente estimada por él, es decir 2000 hombres, a una cifra indeterminada pero que no podía, incluso, alcanzar a la recién señalada.

Ese mismo día, anotó en los documentos en que se le informó de la captura de dos prisioneros y de la información obtenida de uno de ellos:

“Queda en mi poder la declaración del prisionero chilote y ella demuestra bien claramente que el enemigo no trae ni dos mil hombres, en el hecho de contar la división de Elorriaga de 600 cuando reúne los chilotes, valdivianos y chillanejos; no es menos satisfactorio el estado de su disciplina y la falta de numerario. Dios, etc.”¹²

Inexplicablemente, por cuanto no queremos suponer intenciones, el mismo Carrera en su *Diario* anotó para el mismo 23 de septiembre lo siguiente:

“Dando crédito, como debemos, a los espías que han llegado repetidamente desde que salió de Talca el enemigo, y a las declaraciones de los prisioneros, que son conformes a las de los espías, resulta que el ejército de Osorio se componía de tres divisiones: la primera, a las órdenes de Elorriaga, constaba de 600 fusileros, de los que 100 eran montados y de 7 a 8 piezas de artillería; la segunda de 1.700 fusileros, y la tercera de 600, con 6 piezas de artillería. Total 2.900. Ya no puede O’Higgins que tenía un exacto conocimiento del poder militar de Osorio, y aun cuando dude algo, debe arreglar sus operaciones, no a lo que suponga o calcule, sino a lo más probable o cierto, que es lo dicho por espías,

12 Véanse documentos 20 y 39.

por avisos de patriotas y por los prisioneros, por estar todos ellos muy conformes”.¹³

Sin duda es extraño que la cifra total de enemigos consignada en este texto, de 1815, sea tan distinta a la que registró el mismo autor en 1814 y que las estime precisas, *ex post*, por cierto.

Con estos datos, más bien imprecisos y cuyas fuentes, especialmente en el último caso no podían ser del todo fiables, se adoptaron las decisiones que hemos comentado. Esto queda bastante claro al coordinar temporalmente la información: el día 20 Carrera ordenó no arriesgarse y ejecutar un repliegue si las fuerzas realistas fuesen superiores y aún no se hubiese reunido el ejército;¹⁴ al día siguiente, 21 de septiembre, en 3 documentos O’Higgins señaló que si se daban las condiciones previstas se replegaría y en otro texto informó que la fuerza enemiga ascendería a más de 3000 hombres;¹⁵ el 22 Carrera afirmó que los enemigos no llegaban a 2000 hombres¹⁶ y el 23 rebajó esta última cantidad a un impreciso “el enemigo no trae ni dos mil hombres”;¹⁷ el 24 O’Higgins le escribió a Carrera indicando la posibilidad de replegarse si el enemigo atacaba y aun no hubiese ocupado su posición la segunda división.¹⁸ Ante esta noticia, Carrera ordenó responderle que si aún estaba a tiempo, se uniese a ella y manifestó que en esas condiciones parecía “inexpugnable ese punto aunque el traidor Osorio avance con toda su fuerza”.¹⁹

En esta dinámica, basada en un cálculo de conformación de la fuerza enemiga hecho por el general Carrera que resultaba ser absolutamente aleatorio y sin base conocida, se tomaron decisiones y surgió un espíritu exultante de triunfo pues si el enemigo ni

13 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 99.

14 Véase documento 14.

15 Véanse documentos 16, 17 y 19. Además, carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Rancagua, 21 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 389.

16 Véase documento 18.

17 Véase documento 20.

18 Véase documento 21.

19 Ídem.

siquiera ascendía a 2000 hombres, y estando ya en movimiento la segunda división, conformada por un total de 1905 efectivos que se unirían a los 1084 de la primera,²⁰ se llegaría a un respetable total de 2989 soldados, el que ascendería a cerca de 3500 cuando estuviesen las tres divisiones reunidas. Esto explica el verdadero optimismo que manifestó Carrera en sus oficios a partir del día 25, en que escribió a O'Higgins:

“La caballería de Portus es excelente y acaso preferible al fusil en las circunstancias de tomar una posición capaz y ser bien dirigida. Con estos antecedentes y que las tropas no marchen sino que vuelen al punto de la defensa, me parece imposible que lo perdamos y con él ese noble entusiasmo que anima a nuestros soldados”.²¹

Al mismo destinatario le decía el 27: “ya me parece imposible que el pirata Osorio penetre nuestra línea y creo que el ataque a que V. S. se prepara [según me dice] en su oficio N° 48 nos dará un día de triunfo”.²² También ese día el general Carrera aprobaba la decisión de su hermano Juan José de ubicarse a una legua de la ciudad y decía “me parece muy bien la posición que V. S. ha tomado y que la reunión de nuestras fuerzas nos dará un día glorioso”;²³ y el 28 decía a O'Higgins: “creo indudable que la seguridad de nuestras glorias consiste en agarrarnos un mes para la organización del ejército que, aumentado en el número, disciplina y armamento, podrá entonces emprender decisivamente la expulsión de los piratas”.²⁴ Comunicó la misma idea a su hermano Juan José.²⁵

20 Utilizamos las cifras consignadas por Carrera en el *Estado...* que hemos analizado anteriormente.

21 Véase carta de José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins, Santiago, 25 de septiembre de 1814. *Archivo del general José Miguel Carrera*, tomo XII, 339.

22 Véase documento 23.

23 Véase documento 37.

24 Véase documento 24.

25 Véase documento 38.

Este último texto habla de la esperanza de que una vez reunido el ejército en los próximos días aún se tendría tiempo para mejorar su nivel operativo y emprender, incluso, la expulsión del enemigo. En términos reales, las fuerzas de Osorio estaban conformadas por cerca de 5000 soldados que no eran una expectativa, sino una verdad numéricamente muy superior.

¿Hasta qué punto esta subvaloración de la fuerza enemiga influyó en la toma de decisiones antes del 1 de octubre de 1814? No se puede responder con certeza, pero se advierte que en un grado importante porque de haberse tenido una información más certera, no se habría pensado siquiera en la posibilidad de poder postergar el enfrentamiento final por un mes más, el que sería aprovechado para reforzar al ejército restaurador.

Carrera y O'Higgins. Rancagua, un punto inexpugnable

A nuestro entender, afirmar que se pretendía en primera instancia la defensa del río Cachapoal es erróneo, o cuando menos parcialmente errado pues a excepción de Diego José Benavente y Ambrosio Valdés Carrera, prácticamente todos los autores y protagonistas afirman que por esos días su caudal era bastante escaso, siendo, en consecuencia, altamente vadeable. En esto también coincidía el mismo José Miguel Carrera. Por lo tanto, el río en cuestión no podía ser considerado como un obstáculo a la marcha enemiga, ni tampoco un elemento que sirviese mayormente para establecer en él una posición defensiva que facilitara la acción de la artillería del ejército restaurador mientras las tropas enemigas lo cruzaran, acción que lógicamente se hubiese desarrollado en circunstancias distintas.

No existiendo un plan documentado, nos ha parecido que una de las mejores formas de conocer las intenciones operativas del ejército comandado por Carrera es atender detalladamente a las anotaciones relativas a los movimientos de tropas que él mismo registró en su *Diario*, combinándolas con las que también incluyó respecto de los movimientos de la fuerza militar realista.

La consideración de estos antecedentes resulta absolutamente necesaria por varias razones. La primera es de carácter

metodológico general y deriva del objetivo y necesidad de comprender los hechos en estudio desde una perspectiva global. Una acción de armas se entiende cabalmente solo si consideramos a todas las partes intervinientes y su desempeño antes y durante el combate. La segunda es más específica y propia de la materia que nos ocupa pues resulta evidente que la iniciativa de las acciones estaba en el bando realista y que tanto Carrera como O'Higgins actuaban reactivamente en términos defensivos, como que en esos días no se proyectó una acción ofensiva tal como cruzar el Cachapoal hacia el sur e ir contra el enemigo. En tercer lugar, porque las órdenes que se hayan dado, en el sentido que fuere, respondían al menos a factores específicos y dinámicos como la posición y fuerza del enemigo y de las propias. Considerando a ambos bandos simultáneamente se comprenderá, correctamente a nuestro entender, la oportunidad, sentido y alcance de las disposiciones que se dictaron.

Así, según Carrera, tenemos la siguiente secuencia para el movimiento de ambos ejércitos en septiembre de 1814:

- * 7 DE SEPTIEMBRE: Salieron de Santiago a Rancagua una fuerza de 50 dragones (al mando de Ramón Freire), y otra de 150 milicianos (comandados por Bernardo de Cuevas). Se supo que las tropas del Rey se encontraban en Quechereguas.²⁶
- * 9 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins, en Maipo, recibió un refuerzo de 200 auxiliares.
- * 10 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins recibió otro refuerzo de 160 voluntarios de la Patria.
- * 12 DE SEPTIEMBRE: Se agregaron 58 dragones a la división de O'Higgins.
- * 13 DE SEPTIEMBRE: Se conoció que fuerzas realistas habían ocupado San Fernando y avanzado guerrillas hacia Pelequén.²⁷
- * 15 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins recibió 100 mulas, 10 000 cartuchos de fusil y 12 yuntas de bueyes.

26 La distancia entre Quechereguas y Rancagua es de 125 kilómetros, aproximadamente.

27 La distancia entre San Fernando y Rancagua es de 55 kilómetros y entre esta última ciudad y Pelequén median 41 kilómetros. Todas son cifras aproximadas.

- * 17 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins recibió 6000 cartuchos "para fogear la tropa".
- * 18 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins recibió 150 fusiles y el mismo número de fornituras. Luego partió hacia Rancagua. Desde Santiago se remitió hacia el sur una fuerza de artillería de 80 hombres y tres subalternos.
- * 19 DE SEPTIEMBRE: Guerrillas realistas se ubicaron en las inmediaciones del río Cachapoal, y una fuerte división de ellas se situó en las casas de Valdivieso (cuatro leguas de Rancagua).²⁸
- * 20 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins ocupó Rancagua. El coronel de milicias de Aconcagua, José María Portus, salió hacia aquella ciudad con 1200 hombres de caballería. Las fuerzas realistas ocuparon San Fernando y Pelequén.²⁹
- * 21 DE SEPTIEMBRE: El comandante de la 2ª división, Juan José Carrera, salió de Santiago al mando de 700 granaderos y 44 infantes de Concepción.
- * 22 DE SEPTIEMBRE: Según informó O'Higgins, las guerrillas realistas se habían replegado.
- * 23 DE SEPTIEMBRE: Las guerrillas realistas nuevamente se aproximaron al río Cachapoal y fueron hostilizadas por Portus en el lado sur del mismo.
- * 24 DE SEPTIEMBRE: O'Higgins recibió munición para artillería y para fusiles. Se inició el despliegue de 184 infantes de la Patria de la 2ª división desde Maipo, "donde debía reunirse toda para continuar sus marchas a Rancagua". Una columna de granaderos (2ª división) pasó la noche en la Angostura de Paine.
- * 25 DE SEPTIEMBRE: La columna de granaderos de la 2ª división "pasó el día en los graneros del Conde Toro". Se supo que Osorio había salido el día anterior desde San Fernando y que había llegado a la hacienda de Manuel Valdivieso.
- * 26 DE SEPTIEMBRE: Osorio avanzó hasta las casas de Francisco Valdivieso. Dice Carrera que "no quedaba duda quería atacar nuestra línea".

28 La distancia señalada, 4 leguas, equivale a 18,05 kilómetros.

29 Esta situación ya había sido anotada por Carrera el día 13 de septiembre.

- * 27 DE SEPTIEMBRE: La Guardia Nacional salió hacia Rancagua (cerca de 700 hombres, de los cuales 184 eran fusileros y los demás lanceros). La segunda división se situó en la chacra de Diego Valenzuela, “una legua de Rancagua sobre el río”. Avanzadas realistas se batieron con las de O’Higgins. La fuerza de Bernardo de Cuevas cruzó el río Cachapoal y se “tiroteó con los barbones hasta el amanecer”.³⁰
- * 28 DE SEPTIEMBRE: Carrera ofició a los comandantes de la 1ª y 2ª divisiones (O’Higgins y J. J. Carrera), para que “mandasen tapar las bocatomas del Cachapoal, para duplicar las aguas y hacer más difícil el ataque con que nos amenazaba Osorio”. La 3ª división pernoctó en la hacienda de Mardones.
- * 29 DE SEPTIEMBRE: La tercera división llegó a Mostazal. Benavente ofició a O’Higgins avisando esa ubicación, “para volar en su auxilio, si era preciso”. O’Higgins informó que el enemigo tenía a toda su fuerza sobre el río y que había colocado 5 cañones “en el vado de Baeza y dos al frente de la villa, para batir las fuerzas nuestras que los guardaban”.
- * 30 DE SEPTIEMBRE: Carrera salió de Santiago en la madrugada y a medio día ya estaba en Mostazal, donde permaneció el resto del día con la tercera división.³¹

Para que el lector tenga una visión general de todos estos movimientos nos ha parecido necesario integrarlos en una cronología en la que también se incluyen con más detalle que los anotados por Carrera, los movimientos del ejército del rey y que insertamos al final de este capítulo.

De acuerdo con el contenido de las anotaciones reseñadas, es posible establecer claramente dos etapas en la relación de estos hechos.

La primera corresponde al período comprendido entre el 7 y el 19 de septiembre, y se caracteriza por la permanencia de la primera división en los llanos del río Maipo —también denominado

30 Esta última información la entrega Carrera en la anotación correspondiente al día siguiente, pero hemos optado por ubicarla en este lugar para conservar la mayor fidelidad de la secuencia de hechos. José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 100.

31 Elaborada en base a las anotaciones registradas en José Miguel Carrera, *Diario militar*, pp. 95–100.

genéricamente *Maipú*—, y su aprovisionamiento de diversos elementos, constatándose a la vez que en Rancagua solo permanecía la fuerza de los 200 hombres enviados en la primera fecha señalada. Mientras tanto, la progresión del enemigo no había sido obstaculizada en lo más mínimo, pudiendo desplazarse desde la hacienda de Quechereguas, en las cercanías de Molina, hasta el mismo río Cachapoal donde se presentaron sus guerrillas el 19. La distancia desde esa hacienda hasta Rancagua es de unos 125 kilómetros, lo que implica que recorrieron 9,6 kilómetros diarios, en promedio.

La segunda etapa, que abarca los últimos 10 días de septiembre, se caracteriza por una tendencia a no adoptar determinaciones precisas para detener el avance enemigo que fuesen más allá de la preparación y remisión de tropas hacia Rancagua.

Los hitos más significativos de esta etapa los encontramos el 20 de septiembre, cuando O'Higgins ocupó la ciudad y simultáneamente, desde Santiago, se iniciaba el desplazamiento de la segunda división hacia la misma, el que culminaría el día 27.

Respecto de esa división, no deja de ser curioso el ritmo de marcha de su columna avanzada de granaderos, la que el día 24 de septiembre se hallaba en Graneros, habiendo recorrido en 4 días unos 66 kilómetros desde Santiago, lo que implica un promedio de 13,2 kilómetros diarios, imprimiendo a su desplazamiento un ritmo más rápido que el que hemos visto para el de las fuerzas realistas originado, más que probablemente, en la circunstancia de avanzar sobre territorio seguro.³² En todo caso debemos recordar que la que comandaba O'Higgins había salido el 18 de septiembre desde su campamento en los llanos del Maipo, más precisamente desde la localidad de Hospital, utilizando 3 días en recorrer 36,8 kilómetros (12,26 kilómetros por día). Comparando entre ambas columnas y otorgándole a la segunda división dos días de gracia

32 Para ponderar estas marchas puede resultar útil una comparación: en 1817 el brigadier Rafael Maroto salió de Santiago el 10 de febrero rumbo a Chacabuco, donde arribó a medianoche del día siguiente tras haber recorrido 52,6 kilómetros, lo que nos da un promedio de 26,3 kilómetros diarios.

por haber partido desde Santiago, encontraremos que ella cubrió en 5 días la misma distancia en que la primera solo tardó tres.

Lo llamativo es que al arribar las tropas de Juan José Carrera a Graneros, las guerrillas realistas ya estaban en las orillas del Cachapoal y, a pesar de ser evidente que el grueso del ejército real pronto se les uniría, la segunda división permaneció el día 25 en aquella localidad y solo dos días más tarde tomó posición en las proximidades de aquel río.

Hipotéticamente podría argumentarse —no sabemos si demostrarse—, que Juan José Carrera ignoraba la presencia de guerrillas realistas en el Cachapoal y que por ello no imprimió mayor velocidad a la marcha de sus tropas. Sin embargo, de haber sido ello así, tal actitud implicaría un grueso error en la conducción del ejército pues el dato en cuestión estaba en conocimiento del propio general en jefe, quien más tarde lo anotaría en su *Diario* con fecha 19 de septiembre, es decir, un día antes de la salida de los primeros hombres de la división en cuestión desde la capital.³³ Siendo costumbre que los comandantes divisionarios sean los últimos en salir, Juan José Carrera no inició su propia marcha ese día. Entonces, ¿su oficial superior no le informó de la situación imperante y por ello no apuró la marcha de sus hombres?

En ese mismo sentido encontramos las anotaciones de Carrera correspondientes a los días comprendidos entre el 25 y el 28 de septiembre, en las que manifiesta, claramente, que se tenía información bastante precisa respecto del desplazamiento de la fuerza de Osorio, sin agregarse que se hubiese adoptado —hasta el último día señalado cuando ordenó cerrar las bocatomas del Cachapoal para aumentar su caudal—, alguna determinación específica a cumplir por las tropas ya ubicadas en Rancagua.

Si bien en las observaciones siguientes, ya más cercanas al encuentro de los ejércitos, se define claramente una estrecha zona en la que se operaba, también se advierte esa suerte de proactividad

33 Lógicamente hay que considerar que Carrera redactó posteriormente su *Diario*. Sin embargo, la precisión de sus anotaciones deriva de los documentos que él mismo cita.

menor que venimos evidenciando. Carrera señala que el 29 de septiembre José María Benavente había informado a O'Higgins que se encontraba en Mostazal, y que estaba presto a movilizarse rápidamente hacia Rancagua si así se requería debido a un ataque enemigo. Sin embargo, a pesar de la convicción del general en jefe de que Osorio atacaría su línea, expresada el día 26 como hemos visto, no existen indicios de que las tropas al mando de Benavente se hayan adelantado algunos kilómetros más hacia el sur y, de hecho, al día siguiente permanecían en la misma posición,³⁴ donde las encontró José Miguel Carrera a mediodía.

Mientras esto ocurría, los soldados realistas ya se aprestaban notoriamente a cruzar el río Cachapoal. De hecho, Carrera anotó para el 29 de septiembre lo siguiente: "Me avisa O'Higgins que el enemigo tiene ya sobre el río toda su fuerza y que había colocado cinco cañones en el vado de Baeza".³⁵ Lamentablemente el general no explicitó alguna razón que nos sirviese para aclarar los motivos por los que la tercera división, o al menos parte de ella, no se movilizó ese mismo día hacia Rancagua, siendo ya tan evidente que el ataque realista empezaba a concretarse.

Analizando las observaciones consignadas tanto en el *Diario* de Carrera como en otros documentos, puede colegirse que se pensaba salvaguardar la zona de Rancagua y enfrentar al enemigo para detener su avance en la comprendida entre el río Cachapoal y la ciudad misma. Esta última aparece como punto central de las actividades defensivas y el río como una suerte de línea limítrofe o referencia geográfica no solo al detallarse las operaciones realizadas, sino que también al posicionarse en sus cercanías la 2ª división y al ordenar el general en jefe cerrar sus bocatomas a fin de aumentar su caudal y hacerlo así algo más difícil de vadear.

Las cifras relativas a hombres y pertrechos enviados al teatro de operaciones que Carrera consignó, también dan a entender que la zona en cuestión, y no otra, ni siquiera como alternativa

34 José Miguel Carrera. *Diario militar*, pp. 100–101.

35 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 100.

secundaria, era la elegida para intentar detener el avance realista. El 7 de septiembre se enviaron 200 hombres directamente a Rancagua; entre el 9 y el 19 de septiembre el general O'Higgins, en su campamento en Maipo, recibió en total 498 hombres, 100 mulas, 12 yuntas de bueyes, 16 000 cartuchos, 150 fusiles y 150 fornituras y luego, con todos estos elementos no se desplazó hacia Angostura de Paine, sino que hasta la plaza de Rancagua, donde acampó el 20 de septiembre.



| Esquema geográfico de la zona Linderos-Rancagua

Los movimientos de las otras dos divisiones, también anotados por Carrera, apuntan a lo mismo. El 20 de septiembre el coronel Portus partió hacia Rancagua con sus 1200 jinetes. Con idéntico destino, cuatro días después, lo hicieron 184 infantes de la patria. El 25 la segunda división, al mando de Juan José Carrera, se encontraba en Graneros para finalmente situarse el 27 a una legua del río Cachapoal en la chacra de Diego Valenzuela. Agreguemos que la

3ª división estaba el 29 en Mostazal, punto al que arribó el mismo José Miguel Carrera al día siguiente.

Existen dos documentos, previos a la salida de O'Higgins desde Maipo hacia Rancagua, que también permiten aseverar que el punto elegido para la defensa era la zona en cuestión.

El primero es una carta del 5 de septiembre en la que el general Carrera le relató a su hermana Javiera que concluida la guerra civil se volvería a combatir la guerra “más justa del universo” y agregó: “O'Higgins sale para Rancagua con una división y Lucho para Melipilla con otra”.³⁶ A la fecha de esta carta, las fuerzas de Osorio ya se encontraban en el río Maule. En otras palabras, el enemigo se encontraba a poco más de 250 kilómetros de distancia y el destino que en ese momento se presupuestaba para una de las divisiones del ejército era Rancagua.

El segundo es la misiva dirigida a Carrera por Francisco Calderón, fechada el 16 de septiembre en la que tras informarle que O'Higgins avanzaría sobre Rancagua agregó:

“Lo cierto es de que el enemigo avanza y que aquella situación es la mejor; así, pues, sería muy del caso que la fuerza venga para contenerlo, porque si es decir verdad franca, el enemigo tiene fuerza y si fuese derrotada la vanguardia, estábamos muy mal en el todo”.³⁷

Las comunicaciones entre O'Higgins y Carrera apuntan a destacar la importancia del territorio y, consecuentemente, la necesidad de operar en él para impedir el avance del ejército del rey. Así, el 8 de septiembre, informando de los movimientos de los realistas,

36 Véase documento 27. Nótese que el destino para la división comandada por Luis Carrera, “Lucho”, es Melipilla. Ello indicaría que aun persistía la idea del emplazamiento de tropas en el valle de Maipo, en este caso en su área norponiente. Sin embargo, no se perseveró en esta idea.

37 Véase documento 29. Recuérdese que la primera acepción de la palabra situación es “acción y efecto de situar o situarse”.

O'Higgins decía a Carrera que por lo rápido de las marchas enemigas parecía

“muy conveniente que salgan a la mayor brevedad de esa capital las tropas que han de caminar para arriba con las que están aquí, para proteger en tiempo (cuando no se pueda otra cosa) las provincias de Rancagua y San Fernando. Son éstas muy útiles al enemigo, y es necesario hacer el esfuerzo posible para que no sean por él subyugadas”.³⁸

Coincidentemente, ese mismo día le informaba que “Barnachea anda en la provincia de Colchagua recogiendo caballos, mulas y cuantos animales pueda”.³⁹ Al margen de este oficio Carrera anotó algunos puntos para la respuesta, entre ellos que se reclutara a la “gente fusilera probada en el Membrillar” que había en Rancagua.⁴⁰

El 14 de septiembre O'Higgins remitió dos oficios al general Carrera. En el primero de ellos se exployó respecto de la importancia estratégica de la zona en cuestión, tema que había consultado con Bernardo de Cuevas y que, según se desprende del texto, ya había sido manifestado anteriormente al general en jefe:

“Las reflexiones que hace el teniente coronel don Bernardo Cuevas en carta que a V. E. adjunto, sobre el interés que debe tomar el enemigo en posesionarse de la villa de Rancagua, son muy conformes a razón y a lo mismo que otra vez tenía insinuado a V. E. en este particular”.

38 Véase el texto completo en documento 11. Caminar “hacia arriba” implica seguir la progresión de los paralelos hacia el sur.

39 Véase Carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 8 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 355-356.

40 Véase carta de Bernardo O'Higgins a la Junta Gubernativa del Reino, Maipo, 8 de septiembre de 1814. *Archivo del general José Miguel Carrera*, tomo XII, 238-239.

Agregando que el punto era de suma importancia para el enemigo y también para los propios pues “no hay otro igual en todo el reino”, pudiendo hacerse en él “una vigorosa defensa sin exponer mucha tropa ni aventurar la acción, aun cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor”, pero para ello “se han de activar tanto las cosas, que antes de dos días pueda marchar el ejército hacia aquel destino”.⁴¹

La nota redactada por Bernardo de Cuevas, pariente del general Carrera,⁴² decía:

“Acabo de tener noticia que el día de hoy han entrado a la villa de San Fernando dos partidas de la tropa enemiga, compuestas ambas de 800 a 900 fusileros.

El pueblo todo clama por el auxilio de tropa para la defensa de esta provincia. En verdad que este es el principal punto que se debe resguardar. El enemigo se aproxima momentáneamente, y no hay remedio, porque precisamente nos ha de asaltar, por la falta de defensa. Ya verá V. E. que la poca fuerza que resguarda los puntos de esta cabecera hasta la fecha, no será capaz de resistir la entrada del enemigo con la mayor fuerza que se anuncia trae aquel ejército. Apoderado de la provincia, sería muy difícil botarlo, y soy de sentir que, tomado este punto, no aspirará a pasar a la capital, por haberse hecho dueño absoluto de lo más florido del reino. Así, es preciso que V. E., como tan amante al Estado, tome desde luego las más puntuales determinaciones para que las tropas de su mando caminen sin pérdida de un instante a fijar su residencia en esta dicha villa. De otro modo todo se perderá y la poca fuerza que aquí hay se verá en la indispensable necesidad de retirarse a buscar su reunión con el centro. Espero que V. E. me comunique sus órdenes sobre el particular para obrar por ellas cuanto se sirva prevenirme”.⁴³

41 Véase documento 12.

42 Cuevas era hijo de Bernardo de las Cuevas, primo materno de Ignacio de la Carrera, padre del general.

43 Véase documento 26.

El raciocinio contenido en el texto —que básicamente apunta a lograr la conservación de la región y sus recursos, garantizándolos para la causa—, no es extraño ni carente de lógica, especialmente debido a lo que apunta respecto de que si los realistas se posesionasen de ella, perfectamente podrían ignorar a Santiago.

En el segundo oficio, también de 14 de septiembre, O'Higgins insistió en la importancia de la conservación de la zona y su defensa. Argumentó que la Angostura de Paine no era adecuada para detener el avance enemigo debido a la existencia de rutas alternativas hacia Santiago e igualmente señaló que no aconsejaba esperar en los llanos del río Maipo pues ese territorio sería ventajoso para “los piratas, así por el mejor manejo de armas en las nuevas tropas invasoras, como porque las nuestras las corromperán en el mismo Santiago y se desertarán a sus casas”. Para O'Higgins, Rancagua era “el punto que debe decidir nuestra suerte”, y ello implicaba la concentración de todas las tropas en un solo punto para así oponerse con una fuerza suficiente: “ya es tiempo de reunir el grande ejército”.⁴⁴

Esta idea fue claramente acogida por José Miguel Carrera, quien el día 17 de septiembre le escribió a O'Higgins: “es importante que V. S. no pierda momentos en avanzar al punto *inexpugnable* de Rancagua, antes que se *anticipe el enemigo y perdamos una posición difícil de recuperarse*”.⁴⁵

El oficial que comandaba ese ejército no podía ser más claro. Su subalterno, O'Higgins, debía marchar lo antes posible hacia Rancagua, “punto inexpugnable”, y ocuparlo con su fuerza antes de que los realistas lo hicieran puesto que, de ser así, podría convertirse en una posición “difícil de recuperarse”. Entonces, solo se puede colegir que se le atribuía un valor estratégico significativo. Por eso es que la aseveración de Carrera resulta importante ya

44 Véase carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 14 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 368.

45 Véase Carta de José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins, Santiago, 17 de septiembre de 1814. *Archivo del general José Miguel Carrera*, tomo XII, 291–292. Las cursivas son nuestras.

que relativiza todas las opiniones que posteriormente él mismo haría en su *Diario* respecto del accionar de Juan José Carrera y de O'Higgins al optar por tratar de resistir en ese lugar.

Al día siguiente, O'Higgins informó que se había puesto en marcha hacia Rancagua, punto “inexpugnable si se custodia como corresponde”. Por esto último pedía más refuerzos y algunas armas (mil infantes, 300 soldados de caballería de fusil, igual número de lanceros, una culebrina de a 8 y un obús) agregando que si se defendía solo con la fuerza que tenía en ese momento, “mucho nos exponemos”. También informaba que, según se había sabido, Osorio y sus tropas marchaban decididamente hacia Rancagua y que, conforme a su fama, cuando ese general enemigo ejecutaba un movimiento como aquel era evidente que “trae ánimos, sin duda, de allanar cualquier obstáculo que se le presente”. Por ello decía, “puesto yo en Rancagua me veré en la necesidad de oponerme, y me será muy sensible no sea en unión de la demás fuerza del reino”.⁴⁶

Sin embargo, Diego José Benavente, bastante cercano al general Carrera, dijo unos años después:

“Era el plan del general Carrera, defender el paso del caudaloso Cachapoal, y en caso de ser forzado por el enemigo, replegarse sobre la Angostura de Paine; para lo que se mandó fortificar con dos baterías, que a toda prisa levantaban los peones del canal de Maipo, quedando siempre otro punto de defensa en este río, y en último caso el llano del mismo nombre, y sobre el que podíamos presentarnos más fuertes en caballería”

Agregando que O'Higgins “se obstinó en preferir a Rancagua”, para unas páginas más adelante señalar:

46 Véase carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 18 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 377–378.

“No pudo el general Carrera resistir a tanto empeño, u oponerse a tantas seguridades como daba O’Higgins, ya fuera por no disgustar a un jefe con quien acababa de reconciliarse. A pesar de sus convicciones y sin revocar por un momento las órdenes dadas, quedó fijado el punto de Rancagua para la defensa, y por consiguiente para nuestra ruina.”⁴⁷

Podrá creerse o no en las palabras de Benavente en orden a que Carrera aceptó a regañadientes un plan que no compartía. Sin embargo, la debilidad de ese argumento está en la ausencia de elementos, en el mismo escrito, que permitan su comprobación. Con ese proceder, es decir, expresar una idea y no afianzarla, podrían aseverarse miles de cosas más.

En todo caso, si aceptásemos lo expresado por ese autor, tendríamos que concluir que el general en jefe del ejército era influenciable en alto grado y que carecía del carácter necesario para hacer valer su criterio por medio de las órdenes que dictaba, lo que estaría en abierta contradicción con las decididas actuaciones que el mismo Carrera emprendió en cuestiones políticas de gravedad, las que incluso se manifestaron en cuatro golpes de Estado.

Es más, el *Diario* del mismo general en jefe no se encuentra anotación alguna que pudiese servir como base de los dichos de Benavente y que definan su *verdadero plan*. Tampoco se halla alguna que permita relativizar sus propios dichos en los oficios que hemos referido, las que de existir resultarían cuestionables por haber sido redactadas con posterioridad a los hechos. A modo de ejemplo considérese que para el 14 de septiembre anotó lo siguiente:

“Septiembre 14 de 1814. O’Higgins dice, en oficio de hoy, que le sorprende la impávida vileza del traidor Vega, que se atreve a dirigir sus escritos hacia él. Impávida es la ignorancia del señor don Bernardo, que a pesar de haber oído

47 Diego José Benavente. *Memoria sobre las primeras...*, pp. 177–178.

en Talca repetidas insinuaciones para que al menos quitase de su secretaría al tal Vega por sarraceno, se exaltaba en su defensa; ya es traidor, porque no le queda otro arbitrio que confesarlo. Recomienda mucho a don Miguel Zañartu, que no lo cree corruptible a las insinuaciones de Vega, por cuyo recelo fue llamado a la capital. Interpone todo su influjo para que se le paguen 1.000 pesos por las cantidades que se debían a su inicua familia. Otro oficio de O'Higgins es reducido a persuadirme que Rancagua debe defenderse a toda costa. Es tanta su decisión por este plan que se expresa así: "El punto de Rancagua es de suma importancia para el enemigo, y para nosotros no hay otro igual en todo el reino. Se puede hacer en él una vigorosa defensa sin exponer mucha tropa, ni aventurar la acción, aún cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor". Sin duda O'Higgins contaba con sus sobresalientes conocimientos en el ramo de fortificación, y, a la verdad, que pudo haberlos adquirido al lado de [Juan] Mackenna. La línea que debía guardar era de algunas leguas.

Don Domingo Pérez llevó a Santiago 12.000 pesos para los gastos de la primera división, de la que era Comisario de Guerra."⁴⁸

Como se aprecia, no desliza ni realiza alguna mención a sus propias intenciones, siendo estas palabras un lugar bastante propicio para ello.

En el texto de Benavente no dejan de llamar la atención otros puntos específicos que le restan credibilidad. En primer lugar, no transcribe las órdenes en cuestión y tampoco refiere cuándo habrían sido impartidas ni cuál sería su contenido. También resulta extraño que califique al Cachapoal como un río caudaloso, en circunstancias de que todos los otros protagonistas señalan que se encontraba altamente vadeable por varios puntos y que el mismo general Carrera, por esa razón, hubiese ordenado que se cerraran las bocatomas para aumentar su cantidad de agua. Un punto curioso es que, además, Benavente es el único autor que especifica un detalle, aunque mínimo, de lo que se habría estado haciendo en

48 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 96-97.

Angostura de Paine, es decir, la instalación de dos baterías, de las que ni siquiera el mismo Carrera hace mención. Sobre este asunto volveremos más adelante.

Con todo, y en sentido contrario de lo señalado por Benavente, no deja de llamar la atención el que en las comunicaciones posteriores habidas entre varios de los protagonistas, circuladas entre el 19 y el 28 de septiembre, se refieran a la misma opción defensiva en la zona Rancagua-Cachapoal, incluso en las intercambiadas entre los hermanos José Miguel y Juan José Carrera.

Así el día 19 José Miguel Carrera escribió a O'Higgins: "No parece posible que antes que se reúnan a V. S. estos auxilios pueda el enemigo llegar a Rancagua con fuerza capaz de atacar la suya en posición".⁴⁹ Esta idea fue reiterada al día siguiente cuando escribió al mismo destinatario:

"No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha, se ponen en movimiento todos los resortes. V. S. no debe exponer una acción decisiva si no está bien asegurado del triunfo que ciertamente nos dará la reunión total de las fuerzas. Si son iguales las enemigas y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de reunirnos, éste será el mejor punto para sostenernos".⁵⁰

El 21 de septiembre O'Higgins señaló a José Miguel Carrera que si llegaban a Rancagua los dos mil hombres que ya se le había anunciado estaban en marcha desde Santiago, "antes que el enemigo avance con todo el grueso de las suyas, parece defenderemos el punto con toda seguridad. Es ciertamente este el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventaja".⁵¹

Al día siguiente le decía que si el enemigo avanzaba con toda su tropa antes de dos días "podemos decir que nos haremos impenetrables en este punto", y al margen de ese documento se lee

49 Véase documento 13.

50 Véase documento 14.

51 Véase documento 17.

la siguiente anotación, especificada para la respuesta y, por ende, muy probablemente redactada por el mismo Carrera o dictada por él: “contestarle, asegurándole que desde que llegó a Rancagua la brillante división del sur, miro impenetrable aquel punto”.⁵² Esto último fue oficiado a O’Higgins el día 24 de septiembre.⁵³

La reiteración de la opción por implementar la defensa en estos puntos es constante. El 24 de septiembre O’Higgins insistió a Carrera en su convicción de que a los enemigos era “muy difícil contenerlos en el paso del río, sin embargo de las ventajas que ofrece su situación, por estar vadeable por todas partes. No obstante, si llega la división de granaderos antes que ellos acometan, podemos esperar un éxito feliz”. Este oficio, que contiene expresiones evidentemente opuestas al planteamiento que años después haría Benavente, era acompañado por la copia de otro que había enviado a Juan José Carrera con la misma fecha. En él señalaba que un ataque del enemigo parecía ser inminente y que esperaba que las divisiones actuaran en conjunto para no perder la ventajosa posición que se ocupaba agregando “por ello conviene que V. S. acelere sus marchas cuanto pueda para ponerse una legua de esta villa”.⁵⁴

José Miguel Carrera, en un oficio del día 24 dijo a O’Higgins:

“Aún no creo que el enemigo alcance a atacar ese punto con las guerrillas que V. S. se disponía a resistir según su oficio N° 34. La 2ª división duerme esta noche en los Linderos y mañana en Rancagua con la orden de situarse en la hacienda del conde Toro. La caballería de Aconcagua es perteneciente a esta división. Parte de la 3ª hace noche en la hacienda de Mardones, donde se reunirá toda la mañana para continuar velozmente a proteger las avanzadas”.⁵⁵

52 Véase carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Rancagua, 22 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 392-393

53 Véase documento 22.

54 Véase carta de Bernardo O’Higgins a José Miguel Carrera, Rancagua, 24 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo II, 398-400.

55 Véase carta de José Miguel Carrera a Bernardo O’Higgins, Santiago, 24 de septiembre de 1814. *Archivo del general José Miguel Carrera*, tomo XII, 336.

Como se ve, el punto central de la defensa es la zona Cachapoal-Rancagua, e incluso se hablaba de una defensa victoriosa: “Ya me parece imposible que el pirata Osorio penetre nuestra línea y creo que el ataque a que V. S. se prepara [a resistir según señala] en su oficio N° 48 nos dará un día de triunfo”, decía Carrera a O’Higgins el día 27 de septiembre.⁵⁶

Palabras como estas solo ponen en duda la veracidad de lo aseverado por Benavente en cuanto al desacuerdo entre ambos pues según se infiere de estos textos, Carrera no solo deja hacer a O’Higgins pues de sus decires hasta se podría colegir que lo impulsaba apoyando su propuesta defensiva. Ese mismo día el general en jefe escribió a su hermano Juan José aprobando la posición que había adoptado a una legua de la ciudad y decía “la reunión de nuestras fuerzas, pronto nos dará un día glorioso. Hoy salen los nacionales y yo muy breve me lisonjearé de correr nuestra fuerte línea”, palabras que demuestran, inequívocamente, su ánimo y disposición a establecer allí la defensa.⁵⁷

56 Véase documento 23.

57 Véase documento 39.

CRONOLOGÍA PARALELA
26 DE AGOSTO-30 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
26.AG.14	Tropas de O'Higgins cruzan río Maipo. Combate de Tres Acequias.				Pasquel sale de Curicó.
27.AG.14	O'Higgins despacha emisario para entablar conversaciones.				Pasquel se reúne con O'Higgins. Sigue a Santiago.
28.AG.14	Junta rechaza intimidación de Osorio.				Vanguardia sale de Chillán.
29.AG.14	Se ordena entrega de esclavos para enrolarlos en ejército.				Vanguardia (Elorriaga) en río Maule 1ª división sale de Chillán.
30.AG.14					Elorriaga se apodera de Talca. 2ª división sale de Chillán.
31.AG.14	O'Higgins. Propositiones para entendimiento con Carrera.				3ª división sale de Chillán.
02.SEP.14	Reuniones conciliatorias O'Higgins-Carrera (Calera de Tango).				

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
03.SEP.14	Reuniones conciliatorias O'Higgins-Carrera (Santiago).				
04.SEP.14	Proclama de reconciliación Carrera-O'Higgins.				Elorriaga avanza partidas exploradoras hasta Quechereguas.
05.SEP.14	Carrera comunica a su hermana destino de O'Higgins en Rancagua y de L. Carrera en Melipilla.	O'Higgins acampa al sur del río Maipo (Hospital).			Osorio en río Maule. Comunica reapertura de operaciones a las tropas.
07.SEP.14	Salen de Santiago a Rancagua 50 dragones y 150 milicianos.				
08.SEP.14	O'Higgins informa movimientos realistas; fuerza enemiga no supera los mil hombres. Insta reunión de tropas para proteger Rancagua y San Fernando.				
09.SEP.14					

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
10.SEP.14		Refuerzo: 160 voluntarios de la patria.			
11.SEP.14					Osorio en Talca.
12.SEP.14		Refuerzo: 58 dragones.			
13.SEP.14	Se inician trabajos en Angostura de Paine.				Avanzadas en San Fernando. Guerrillas en Pelequén.
14.SEP.14	O'Higgins apoya opiniones de Bernardo de Cuevas: importancia estratégica de Rancagua; manifiesta poca utilidad de defensa en Angostura.				
	Joaquín Prieto parte a Choapa a reclutar 200 hombres para guardia nacional.				
15.SEP.14	Carrera declara a Osorio como traidor al rey y a la patria; pone precio a su cabeza.	Se reciben 100 mulas, 10 000 car- tuchos de fusil y 12 yuntas de bueyes.			Osorio sale de Talca.

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
16.SEP.14	Francisco Calderón informa a J. M. Carrera que O'Higgins partirá a Rancagua; insta a reunión del ejército en esa plaza.	O'Higgins informa deficiencias de su división			
17.SEP.14	Carrera ordena a O'Higgins que marche hacia Rancagua, "punto inexpugnable".	Se reciben 6000 cartuchos			
18.SEP.14	Se remiten 80 artilleros hacia el sur.	Se reciben 150 fusiles y 150 fornituras. Se solicitan más hombres. División parte a Rancagua.			
19.SEP.14	Carrera a O'Higgins: parece imposible que enemigo pueda atacarlo antes de reunión de todas las fuerzas. Si lo hace y no es seguro el triunfo deberá replegarse (no indica lugar).				Guerrillas realistas en inmediaciones del río Cachapoal.

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
20.SEP.14	O'Higgins propone destacar fuerza en Angostura ante probable incursión y baipaseo por enemigos. Carrera a O'Higgins: replegarse si es atacado y calcular no poder detener al enemigo.	O'Higgins ocupa Rancagua.	Milicias de Aconcagua parten hacia Rancagua.		Grueso ejército en San Fernando y Pelequén.
21.SEP.14	O'Higgins a Carrera: si llegan refuerzos, la posición adoptada se conservará; de no ser seguro el triunfo se replegará hasta Angostura, donde espera encontrar refuerzos (2ª división); fuerza enemiga estaría compuesta por 3000 hombres de fusil.	O'Higgins informa deserción de 17 hombres	Comandante de División sale de Santiago (700 granaderos y 44 infantes de Concepción).		
22.SEP.14	O'Higgins reitera lo dicho respecto a actitud ante avance enemigo. Carrera manifiesta estimación de fuerza enemiga: 2000 hombres.				Guerrillas se repliegan al sur.

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
23.SEP.14	O'Higgins a Carrera: nuevos antecedentes respecto de fuerza enemiga. Éste anota que no deben ser más de dos mil.	Fuerzas de Portus se tirotean con guerrillas enemigas.			Guerrillas avanzan nuevamente hacia el río.
24.SEP.14	Carrera oficia a O'Higgins señalando que con refuerzos Rancagua es impenetrable. O'Higgins a Carrera: imposibilidad de contener al enemigo en el río Cachapoal por ser vadeable por muchos puntos. Si refuerzos llegan se tendrá éxito. Caso contrario se replegará.	O'Higgins recibe municiones para fusiles y artillería.	Se inicia el despliegue de 184 infantes de la Patria desde Maipú. Columna de granaderos pasa la noche en la Angostura de Paine.		Osorio en San Fernando.
25.SEP.14			Granaderos de la división en Graneros.	Según oficio del día anterior de Carrera a O'Higgins, la división debía reunirse entera en hacienda de Mardones.	Osorio recibe órdenes (fechadas 9 de agosto). Debe entablar negociaciones con rebeldes y reembarcar su fuerza a Perú. En junta de guerra se resuelve continuación de operaciones.

Fecha	Ejército Restaurador	1ª División	2ª División	3ª División	Ejército Realista
26.SEP.14					Osorio avanza hasta casas de Francisco Valdivieso.
27.SEP.14	Carrera a O'Higgins: considero imposible que Osorio "penetre nuestra línea".	Tiroteos con realistas al sur del río Cachapoal.	División adopta posición al este de Rancagua.	Guardia Nacional sale hacia Rancagua (700 hombres).	
28.SEP.14	Carrera ordena cerrar bocatomas del Cachapoal. Carrera a O'Higgins: lograr mejor organización del ejército en un mes para proceder a expulsar al enemigo.			División en hacienda de Mardones.	Se reincorpora coronel José Hurtado, que había estado, en Santiago, en calidad de rehén (garante) de pactos de Lircay.
29.SEP.14				División en Mostazal.	Desde Requinoa Osorio remite intimación de rendición.
30.SEP.14				División en Mostazal. Arriba J. M. Carrera.	Total de la fuerza en el río Cachapoal.

VI

LA DISPUTA EN TORNO A ANGOSTURA DE PAINE Y LA ACTUACIÓN DE LA TERCERA DIVISIÓN

Un repliegue condicionado

Un punto que aparece en muchas obras es el de un posible repliegue a Angostura de Paine.

Conforme a lo que se colige de la documentación existente, la posibilidad de un repliegue hacia el norte en caso de no lograrse la contención inicial del enemigo fue una materia efectivamente tratada por Carrera y O'Higgins, considerándose que un movimiento de este tipo, al que no se fijó un destino geográfico determinado, estaría condicionado por determinadas circunstancias que decían relación con la reunión de la totalidad de las tropas del ejército restaurador y la posible fuerza del ataque enemigo.

La idea fue expresada por primera vez en dos textos consecutivos que José Miguel Carrera remitió a O'Higgins los días 19 y 20 de septiembre de 1814. En el primero, que copiamos del *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, el general en jefe dice:

“No parece posible que antes que se reúnan a V. S. estos auxilios pueda el enemigo llegar a Rancagua con fuerza capaz de atacar la suya en posición. Pero, si sucediera (lo que deberá evitarse con el mayor empeño acelerando las marchas), V. S. deberá replegarse según dicte la prudencia y las circunstancias, hasta encontrar las fuerzas auxiliares. Esta campaña es necesario hacerla a todo trance, apurando la energía, la vigilancia y los arbitrios a proporción del

atrevimiento y sagacidad con que un invasor emprende una nueva agresión facilitada por nuestros infelices contrastes. Sea el comprometimiento la resolución de morir o vencer, o el deseo de la libertad”.¹

El segundo, datado el mismo día en que con su división O’Higgins arribaba a Rancagua, lo copiamos del *Archivo del general José Miguel Carrera*:

“V. S. no debe exponer una acción decisiva si no está bien asegurado del triunfo que ciertamente nos dará la reunión total de las fuerzas. Si son iguales las enemigas y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de reunirnos, éste será el mejor punto para sostenernos. *Si las fuerzas enemigas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse*, aunque sea doloroso perder una posición tan favorable, para no perderlo todo”.²

Considerando el marco de la coyuntura estratégica que se vivía, y también el que las órdenes militares no pueden tener un carácter absoluto e inmutable en el tiempo pues las condiciones en que inicialmente se dictan experimentan variaciones, ambos textos no pueden ser más claros en lo que por medio de ellos se disponía, resultando evidente que no se trataba de un repliegue que debiese efectuarse a todo evento, sino que mediando la concurrencia de ciertas circunstancias específicas. Según en ellos se expresa, para José Miguel Carrera el triunfo era alcanzable si se reunía la totalidad del ejército. Mientras este objetivo estuviese verificándose, O’Higgins no debía enfrentar al enemigo en una acción que fuese de una envergadura tal que decidiese todo, a no

1 Véase documento 13. Las cursivas son nuestras. Nótese la importancia que atribuye a la división recientemente experimentada y el beneficio consecuente para el enemigo.

2 Véase documento 14. Las cursivas son nuestras.

ser que estuviese “bien asegurado” de lograr la victoria. De lo contrario, debía replegarse.

Una eventual acción armada debía empeñarse conforme al volumen del ataque enemigo. No por nada Carrera señalaba expresamente que “si son iguales las [fuerzas] enemigas y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de reunirnos”, ese punto sería el mejor para sostenerse. En cambio, si las fuerzas enemigas fuesen mayores, cuestión que señala un tanto confusamente con la frase “si las fuerzas enemigas no se presentan con esta ventaja”, debiendo entenderse que “esta ventaja” no es para el enemigo, sino para el bando propio, la prudencia dictaba replegarse.

Importante es destacar que en ninguno de los dos documentos se precisa el lugar al que deberían ser trasladadas las tropas de ejecutarse el repliegue; únicamente se dice “hasta encontrar las fuerzas auxiliares”. Presumir algo más allá, como que esa expresión reemplazaba la mención de un lugar geográfico determinado, sería arbitrario.

Al día siguiente, 21 de septiembre, y en tres documentos, O’Higgins respondió a su general en jefe que obraría conforme a lo señalado. En el primero afirmó:

“Si llega el caso que toda la fuerza de éste [el enemigo] avance sobre esta villa y yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V. E. me indica en carta de hoy, aunque el verificarla con orden es lo más difícil para nuestras tropas, por su impericia militar”.³

En el segundo sostuvo que si los dos mil hombres que Carrera le había informado saldrían de Santiago con destino a Rancagua —es decir, la segunda división—, arribaban

3 Véase documento 16. Entiéndase *carta de hoy* como *carta recibida hoy*.

“antes que el enemigo avance con todo el grueso de las suyas, parece defenderemos el punto con toda seguridad. Es ciertamente éste el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventajas, y sería muy sensible perderlo, pero si las circunstancias así lo exigen y la prudencia lo dicta, me veré en la precisión de retirarme hasta encontrar el refuerzo”.⁴

Por último, en dos párrafos distintos de un tercer documento señaló que bajo las condiciones descritas se replegaría “hasta la Angostura”, en la primera alusión, y “hasta encontrar el refuerzo”, en la segunda.⁵

Como se aprecia en estos textos, no fue el general Carrera el que mencionó la posición de Angostura de Paine como probable destino del repliegue, sino que O’Higgins.

Por todo lo anterior no deja de llamar la atención que bajo la fecha 20 de septiembre Carrera anotara en su *Diario*, que ese día “el coronel Portus salió con mil hombres de caballería a auxiliar a O’Higgins para sostenerlo en su retirada a Paine en el caso de ser atacado”,⁶ palabras que, sin tener en cuenta que fueron escritas en 1815, esto es *ex post*, harían presumir que las condicionantes expresadas en los oficios no existieron y que ese repliegue debiese haberse efectuado indefectiblemente en caso de ataque enemigo. En términos simples, después de ocurrido el sitio de Rancagua y de generada la disputa que implicó su resultado, Carrera señaló que el movimiento en cuestión tendría a Angostura de Paine como destino.

El 24 de septiembre O’Higgins reiteró la posibilidad de un repliegue, si es que los granaderos de la segunda división no alcanzaran a llegar antes de un ataque enemigo que se consideraba en ciernes. Así lo informó a José Miguel y Juan José Carrera

4 Véase documento 17.

5 Véase documento 19.

6 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 98.

señalando que, de ser necesario, marcharía hasta la Angostura por presumir que allí se hallarían las tropas en cuestión.⁷

Destaquemos dos situaciones puntuales. La primera es que si se mencionaba nuevamente el punto en cuestión era en virtud de la presunción de que en él se encontrarían las tropas que se desplazaban hacia el sur. En segundo lugar, que en ninguna de estas comunicaciones se refiere que en Angostura se hubiese planeado ofrecer alguna resistencia al avance realista. Sólo se le considera como una referencia geográfica, es decir, un punto para una reagrupación o reunión con el resto de la fuerza.

La nota de marras, cuya data es de la semana anterior al sitio de Rancagua, es la última en que se refiere el tema en cuestión. Nos parece que la razón de que éste no figure más en las comunicaciones posteriores está en lo dicho por el propio general Carrera en su oficio del día 20 de septiembre en el sentido de que O'Higgins debía retirarse dependiendo del volumen de la fuerza enemiga que lo atacase y de la circunstancia de haberse reunido o no la totalidad del ejército. Estando este último proceso en plena realización, y habiéndose ubicado la segunda división en las inmediaciones de la ciudad el día 27, las condiciones habían cambiado. En otras palabras, con ese hecho, la determinación de Carrera de efectuar una eventual retirada a un lugar no determinado en caso de verificarse las circunstancias ya detalladas empezaba a alcanzar una fecha de vencimiento que no se había especificado o si se prefiere, empezaba a quedar obsoleta. El mismo hecho generaba un efecto similar respecto de las palabras de O'Higgins de los días 21 y 24, en que comprometía tal accionar.

Si hoy podemos razonar en este sentido, ¿no es entendible que Juan José Carrera y O'Higgins lo hicieran igualmente en 1814? ¿Se omitió establecer un plan alternativo en caso de que el enemigo sobrepasase a línea que se establecería para detenerlo? ¿Falló una nueva orden por parte del general en jefe, adecuada a las

7 Véase documento 21.

también nuevas circunstancias que empezaron a vivirse desde el 27 de septiembre?

Como fuere, lo concreto y real es que, en su *Diario Militar*, donde explicó todo su accionar, José Miguel Carrera no insertó párrafo alguno en que figurase alguna referencia, directa o indirecta, o alguna alusión que se refiriera a una orden o plan específico que implicase un repliegue hacia Angostura de Paine. ¿Cuál es la razón de esta ausencia?

La ilusión de una defensa en Angostura

Suponiendo ya establecido el punto de que la defensa se realizaría en la zona de Rancagua y del río Cachapoal veamos si, como alternativa, se planeó o no ubicar tropas en Angostura de Paine y sostener allí una acción defensiva en caso de que el enemigo no fuese detenido más al sur.

Partamos por formular algunas preguntas simples.

Si tal como señalan algunos de los partidarios e historiadores carrerinos el punto en que se debería haber implementado la defensa (fuese esta principal o secundaria) contra el avance de los realistas era Angostura de Paine, ¿qué hacían las tropas de la tercera división y el general en jefe en Mostazal, el 29 y 30 de septiembre, respectivamente? ¿Qué hacía el resto del ejército unos pocos kilómetros más al sur?

Si Angostura de Paine era el punto asignado para hacer una defensa alternativa, ¿por qué no había alguna tropa guarneciendo el lugar? ¿Por qué no se había tomado alguna providencia tendiente a fortificarlo, aunque fuese en un nivel básico?

Las informaciones que aporta el mismo general Carrera indican cuál era el destino del desplazamiento de la tercera división y del suyo en particular y, en este sentido, reafirman la idea de que el punto central de la defensa era la zona Rancagua-Cachapoal,

donde se encontraban, además, las otras dos divisiones.⁸ Es el mismo Carrera, en sus anotaciones correspondientes a los días 29 y 30 de septiembre quien se sitúa, y a la tercera división con él, en ese espacio geográfico. La primera dice: “la tercera división llegó al Mostazal, y el coronel don José María Benavente, que estaba interinamente encargado de ella, por haber quedado un poco atrás el coronel Carrera, ofició a O’Higgins avisándole estaba en aquel punto (5 leguas de Rancagua) para volar en su auxilio, si era preciso”. En la segunda señala: “Llegué al Mostazal a las doce del día y como no hubiese novedad en Rancagua, determiné descansase la tercera división en esta hacienda. Yo debía haber ido en la tarde a la villa, pero un fuerte golpe [que] me había dado en el camino me obligó a no verificarlo hasta el día siguiente”⁹.

¿Qué dice Carrera en su *Diario* respecto de una defensa en Angostura de Paine, ya sea como punto central o, a lo menos, secundario?

En las anotaciones que van desde el 24 de julio al 30 de septiembre, esto es incluyéndose los momentos de la disputa intrarrevolucionaria que culminó en el combate de Tres Acequias, el punto geográfico en cuestión es mencionado en contadas ocasiones.

La inicial, correspondiente al 24 de julio dice: “situé guardias en las angosturas de Paine y Chada, relevando las que había anteriormente”.¹⁰ La segunda, del 21 de agosto refiere el traspíe militar sufrido por una partida de granaderos y otra de infantes de Concepción, ambas al mando de un teniente de apellido Toledo, que habían sido destinadas allí para “observar al enemigo”, es decir a las fuerzas de O’Higgins. Dice Carrera que éste “mandó a los dragones a sorprenderlos, y lo logró por el abandono de Toledo”.¹¹

8 En la del 24 de septiembre dice: “la infantería de la tercera división, que se componía de 184 Infantes de la Patria, salió para Maipo, en donde debía reunirse toda para continuar sus marchas a Rancagua”. Para el 27 de septiembre anotó: “salió la Guardia Nacional para Rancagua”; el día 28: “la tercera división, a las órdenes de don Luis Carrera, durmió en la hacienda de Mardones”. Pueden verse en José Miguel Carrera, *Diario militar*, pp. 99–100.

9 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 100.

10 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 86.

11 José Miguel Carrera, *Diario militar*, p. 91.

Nótese que en la primera anotación Carrera señala que se guarneció la cuesta de Chada, misma vía que según Valdés Carrera, como vimos atrás, era un camino intransitable. ¿Qué sentido tendría destacar efectivos en ese punto en esas condiciones?

Como se ve, hasta ese momento la Angostura de Paine solo era considerada como una suerte de atalaya para obtener información respecto del movimiento de fuerzas contrarias y no como un emplazamiento desde el cual se pudiese detener un avance enemigo. Esta percepción se ve reforzada al considerar que solamente se refiere la presencia de “guardias” y de una “partida”, es decir grupos de hombres más bien menores y no un contingente de importancia.

Probablemente, tal consideración sea consecuencia de la falta de obras de defensa en el lugar, y por ello no es extraño que la siguiente mención que aparece en el *Diario* sea la correspondiente al 13 de septiembre: “se dio principio a la fortificación de la Angostura de Paine, mandando para esto a los trabajadores del canal de Maipo¹² y porción de herramientas”.¹³ Lamentablemente, ni en éste ni en otros documentos se especifica en que consistirían esas obras de defensa y si efectivamente se levantaron. Los únicos textos que aportan alguna información adicional son los de José Rodríguez Ballesteros, coronel realista en 1814, quien en su obra terminada de redactar en 1839 señaló que producto de esos trabajos, y a esa última fecha, aún era posible apreciar algunas cortaduras en los cerros. Otro es del ya referido Benavente, quien indicó que allí se instalarían dos baterías, es decir, algunas piezas de artillería. Por último, Antonio de Quintanilla en su autobiografía refirió que superado el escollo de la resistencia en Rancagua recibió orden del general Osorio “de seguir la persecución de los fugitivos hasta las angosturas de Paine donde habían o tenían una batería y se presumía se reuniesen en ella con las fuerzas de Carrera”.¹⁴ Así, el primero nos dice que tiempo después se veían huellas de las obras;

12 Canal del Maipo, o canal san Carlos.

13 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 96.

14 Antonio de Quintanilla. *Autobiografía*, p. 72. Esta información, evidentemente, debía corroborarse en el terreno.

el segundo, que se instalarían dos baterías y, finalmente el tercero, con un cierto tinte de condicionalidad, señala que sólo había una. Vale la pena recordar que el término *batería* implica la disposición de cuatro a seis piezas.

La siguiente mención hecha por Carrera corresponde al 20 de septiembre, es decir, el mismo día en que la primera división arribó a Rancagua. En ella señala que O'Higgins le pidió

“que tomase posesión de la Angostura, para evitar que el enemigo pasase por el vado de Cortés e impidiese su comunicación con la capital, y con la segunda y tercera división”.¹⁵

Estas palabras resultan ser bastante curiosas y hasta insólitas, puesto que de ellas se desprende que controlándose efectivamente la Angostura de Paine se podría impedir que los realistas cruzaran el río Cachapoal, específicamente por el vado de Cortés, mismo que se ubica a algo más de 34 kilómetros de distancia. Sin duda hay un mal recuerdo, o una deficiente lectura del documento respectivo por parte de Carrera pues el texto de O'Higgins señala algo bastante distinto:

“Es de suma necesidad que V. E. haga poner cien hombres con una pieza de artillería en las angosturas de Paine, sin pérdidas de instantes. Esta medida es muy oportuna para el caso que el enemigo intentare pasar por el vado de Cortés: puede conseguirlo, y en este caso nos cortará la comunicación tomando aquel punto”.¹⁶

Como se ve, lo que se sugiere es destacar tropas en el punto de marras pues si el enemigo lograba pasar por el vado de Cortés,

15 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 98.

16 Véase documento 15.

podría apoderarse de la Angostura y así cortar las comunicaciones entre O'Higgins (en Rancagua en ese momento) y Carrera (en Santiago), no existiendo ninguna referencia a la segunda o a la tercera división en el resto de esa misiva, contrariamente a lo que indica Carrera. Nótese que, al igual que cuando referíamos la posibilidad de un repliegue, fue O'Higgins quien sugirió aquel lugar, no Carrera.

Del mismo documento es posible conjeturar que cuando O'Higgins pasó por el sitio en cuestión en su trayecto hacia Rancagua dos días antes, es decir el 18 de septiembre, no había allí tropa alguna, cuestión que se comprueba en el relato de John Thomas, en el que solo señala la presencia del encargado de las labores, el cura Pineda, y de los obreros.

Las siguientes menciones corresponden a los días 21 y 24 de septiembre, tratándose de las referencias que hacía Carrera respecto de las notas, ya comentadas atrás, en que O'Higgins señalaba que de cumplirse determinadas condiciones optaría por replegarse hacia el norte, mencionando sólo una vez el punto en cuestión.¹⁷

La penúltima referencia corresponde al 1 de octubre. Se trata de la orden verbal que Carrera envió a su hermano Juan José y a O'Higgins, por intermedio de uno de sus ayudantes, el coronel Rafael Sotta, en el sentido de replegarse hacia Angostura, movimiento que dispuso se efectuara al momento en que se enteró del ataque efectivo del enemigo. Según el general anotó en su *Diario*, este mandato no pudo ser comunicado pues al acercarse el emisario a la ciudad, las fuerzas realistas le impedían el paso. En consecuencia, esto también involucra que no hubo desobediencia a este respecto.¹⁸

17 Curiosamente, en el caso de la correspondiente al día 21, Carrera transcribe el texto y en la parte pertinente se lee: "haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V.E. me manda en su carta de hoy". El mismo texto fue publicado en el *Archivo de don Bernardo O'Higgins* y allí se lee: "haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V. E. me indica en carta de hoy". Existe una gran diferencia entre *ordenar* e *indicar*.

18 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 101.

Finalmente, encontramos una referencia que puede aclarar bastante la discusión en torno a este punto. Para igual fecha que la anterior, es decir cuando ya se combatía en Rancagua, José Miguel Carrera anotó en sus recuerdos: “me vi en la necesidad de mandar la infantería y la artillería a que se posesionasen de la Angostura, para impedir que el enemigo lo hiciese, logrando impedirnos la retirada, interceptarnos las municiones y tropas y sorprenderlas hasta tomar la capital”.¹⁹ De este texto de Carrera solo es posible inferir que, hasta ese momento preciso, 1 de octubre de 1814, la Angostura de Paine estaba desguarnecida. No nos parece muy factible sostener, como posibilidad, que allí hubiese sido emplazada una fuerza menor porque, en ese caso se referiría la idea de reforzar el contingente situado en esa posición. Consideremos adicionalmente que la acción ordenada por Carrera sería la de tomar posesión del lugar en cuestión.

En otras palabras, dado el avance de las tropas del rey sobre la misma ciudad de Rancagua, se advirtió la necesidad de ocupar militarmente la Angostura y asegurar su dominio pues, de ser dominada ésta por los realistas después de pasar por alto a las tropas revolucionarias situadas en la ciudad, podrían interceptar el desplazamiento de partidas y pertrechos desde Santiago hacia el sur, e incluso apoderarse de la capital. Esto también indicaría que la idea de situar allí dos baterías había sido abandonada en una fecha imprecisa a partir del 19 de septiembre.²⁰ Este hecho, unido a la absoluta falta de mención en el *Diario militar* y en las comunicaciones intercambiadas entre O’Higgins y Carrera hace presumir, con bastante verosimilitud, que esos trabajos solo se iniciaron. Es más, Carrera ni siquiera menciona haber pasado por ese paraje al relatar su viaje hacia Rancagua.

Naturalmente, todo esto hace pensar, como quizás ocurrió en esa época, respecto de cuál era el lugar elegido para detener al enemigo: ¿el río Cachapoal? ¿Rancagua? ¿Angostura de Paine? ¿El

19 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 101.

20 Ésta última data corresponde a la última mención de los trabajos que allí se realizaban y corresponde a la relación de John Thomas

valle del Maipo? Como hemos visto, todo parece indicar que se pensó en una línea de defensa entre el río y la ciudad, asumiendo la primera y segunda división sendas responsabilidades respecto de dos de los tres vados existentes en las cercanías de ella. El restante sería cubierto, implícitamente, por la tercera división conformándose así la línea a que aludía José Miguel Carrera en sus comunicaciones. Este sería el plan que O'Higgins habría "inventado" en 1833, según los no documentados dichos de Valencia Avaria que ya revisamos.

La documentación no permite afirmar que en Angostura de Paine se hubiese concluido alguna obra de fortificación. Es más, el mismo Carrera nos proporciona antecedentes en este sentido pues en uno de los documentos anexos a su *Diario*, un oficio que el día 2 de octubre remitió al gobierno exponiendo la situación existente, dice: "la Angostura debe guardarla Bustamante para proteger nuestra retirada, si es que podemos verificarla".²¹ Si el punto debía ser protegido por las tropas que en el mismo documento disponía se trasladasen desde la retaguardia, era porque allí no permanecía nadie, resultando lógico pensar que no se habían depositado armas, municiones, víveres, ni instalado algunas piezas de artillería.

Al anterior puede agregarse otro antecedente más de la misma pluma y mano de Carrera quien anotó en su *Diario* que el 2 de octubre, desplazándose hacia Santiago, recibió lo que resultó ser la falsa noticia de que la Angostura había sido ocupada por los realistas y que, por ello decidió ir a atacarlos en ese lugar. Todo esto nos indica que, en términos reales, el punto no estaba protegido ni guarnecido, sino que abandonado,²² pues ni siquiera menciona que algún contingente de su cuerpo hubiese sido derrotado *in situ* u obligado a abandonar el punto.

Ahora bien, como plantea Pedro Charpín, no habría bastado con la particular conformación del terreno para una defensa en ese sitio. Este autor, para quien Carrera estaba empeñadísimo en

21 Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile, tomo XXIII, p. 471.

22 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 102.

defenderlo, a pesar de no aportar pruebas de ese aserto, hace una interesante reflexión de lo que debía haberse hecho para que allí se hubiese podido resistir de buena forma el embate realista, lo que, evidentemente, no se realizó:

“Carrera, a pesar de su fe en la defensa de la Angostura de Paine, de su voluntad manifiesta de probar fortuna ahí, fue re cual fuere el resultado de las defensas sucesivas del norte del Cachapoal, no hizo nada efectivo por consolidar dicha posición. Se iniciaron, es cierto, con pobres elementos, algunos trabajos que tuvieron escasa duración y ningún resultado práctico. Dentro del plan del general en jefe se imponía la organización de una obra parecida a las que ya había efectuado el Ejército en el Membrillar y en Quechereguas: reforzamiento del terreno, acumulación de víveres y municiones, formación de un campo de concentración para las fuerzas que poco a poco se iban despachando desde Santiago. Con ello se habría conseguido una posición capaz de compensar desde luego la inferioridad del Ejército patriota y se habría tenido muchas probabilidades de ver acrecentadas sus fuerzas en forma de poder tomar, a su turno, la iniciativa. Las tropas concentradas e instruidas sobre el mismo terreno y en las mismas posiciones en que se iban a emplear, con el abastecimiento de víveres y municiones asegurado, daban muchas más expectativas de éxito que su empleo inmediato en campo abierto, su encierro en Rancagua, o su continuo vagar de un punto a otro, como sucedió en los días que precedieron al sitio de la ciudad”.²³

Pocos años después, el general José de San Martín, quizás el más profesional de los grandes conductores de tropas que se vieron en las campañas de la independencia de Chile, no consideró

23 Pedro Charpín. “Juicio crítico sobre el sitio de Rancagua”. En Sociedad Chilena de Historia y Geografía, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 28, Santiago, 1917, pp. 240-241.

este punto en sus planes de acción tras la sorpresa de Cancha Rayada. Tampoco pensó en una defensa en algún río o en Rancagua.

Lo que se advierte meridianamente es que no se definió en forma precisa algún curso de acción a seguir en caso de que las tropas de Osorio superasen la resistencia ofrecida entre el río Cachapoal y Rancagua, tal como efectivamente ocurrió al no tenerse aún cubiertos todos los posibles pasos sobre el río.

La actuación de la tercera división

Antes de entrar a exponer y tratar de resolver el tercer gran punto de la discordia entre o'higinistas y carrerinos, hemos estimado conveniente emplear algunas líneas para tratar de entender las razones por las que Juan José Carrera y Bernardo O'Higgins se encerraron en la plaza de Rancagua junto a sus soldados.

Lamentablemente, los antecedentes documentales que se conocen no permiten establecer la razón por la cual la segunda división del ejército restaurador decidió refugiarse en la plaza rancagüina antes de que lo hiciera la primera, comandada por O'Higgins. Uno de los oficiales de Juan José Carrera, el capitán Eugenio Cabrera, autor de un relato que ha sido incluido entre los documentos del *Diario* de José Miguel Carrera dice en la parte pertinente:

“El 1º de octubre en la mañana me llamó mi comandante general don Juan José de Carrera, y me mandó preparar la artillería para marchar en auxilio del general O'Higgins porque el enemigo había pasado el río. Salió sin demora la 2ª división, marchó con todo orden, y no tardamos en llegar a la plaza, cuya posición cubrimos. Determinó después nuestro general salir a batir al enemigo y a proteger a O'Higgins. No habíamos marchado 5 cuadras cuando nos volvimos a la plaza. En estos conflictos le pregunté si sabía la posición que ocupaba O'Higgins, y me respondió mi general que no lo sabía. Me destinó con dos piezas de artillería y 50 granaderos a ocupar una boca calle a dos cuadras de la plaza. Cuando apenas llegaba al punto que

se me había designado, me atacó el enemigo por aquella parte, rompiendo sus fuegos con un obús”.²⁴

De este texto se colige que, desde su posición inicial al oeste de la ciudad, la segunda división se desplazó hacia esta con la intención de apoyar las acciones que emprendía O’Higgins y que, luego de arribar, partió con un rumbo que no es precisado y que suponemos fue hacia el sur, es decir hacia el río Cachapoal, pues esa era la ubicación de los enemigos a los que se saldría a batir. Repentinamente, el oficial al mando determinó un repliegue hacia la urbe, sin haberse enfrentado al enemigo, no siendo posible precisar si se avistó a este o a la primera división.

Breve tiempo después, estando ya en Mendoza, O’Higgins escribió un texto en el que relató con las siguientes palabras el mismo movimiento que narra el capitán Cabrera:

“Repetidas veces había insinuado al general del centro la necesidad de obrar de acuerdo y hacer la defensa en el río, pero nunca lo efectuó y se encerró dentro de la plaza de Rancagua, que estaba parapetada, pero sin víveres ni municiones suficientes para sufrir un sitio”.

En esa circunstancia, y sin querer arriesgar una acción directa contra el enemigo, y contando solo con su división, optó por partir también hacia la ciudad. Al respecto señala:

“Pude muy bien haberme retirado con mi división a la cuesta de Chada, lugar seguro para efectuar mi reunión con la tercera división del mando del general en jefe, quien lentamente marchaba a auxiliarnos; pero en este caso era

24 Véanse documentos 5, 6 y 7.

víctima la división del centro, que se había encerrado en la villa y ya la estaba atacando el ejército enemigo.

Bajo el concepto de que el general en jefe, como lo tenía prometido, en aquel día nos debía auxiliar, me incorporé en la plaza con la división de don Juan José de Carrera.²⁵

Esta es la única explicación que existe. Juan José Carrera se replegó a la ciudad y O'Higgins hizo lo mismo para ayudarlo por estar siendo atacado por los realistas y calculando que la tercera división atacaría al enemigo, el que quedaría entre dos fuegos.

La actuación de Juan José Carrera es duramente criticada en el relato redactado por John Thomas. Allí se le acusa de haber evitado arriesgarse en un reconocimiento hecho junto a O'Higgins al sur del Cachapoal en los días previos al sitio, agregándose que durante el desarrollo de éste entregó el mando al mismo, a pesar de tener un grado mayor, para luego permanecer en las casas del Cabildo de la ciudad sin asumir un rol activo en la defensa. Incluso habría acusado a su hermano José Miguel de no dudar en traicionarlo a él y dejarlo perecer con tal de deshacerse de O'Higgins.²⁶

Veamos ahora el punto controversial, es decir, las acciones de la tercera división del ejército restaurador los días 1 y 2 de octubre.

Según se lee en el *Diario* de Carrera, el 1 de octubre, habiendo sido informado de que “se oía fuego de artillería hacia el Cachapoal”, el general adoptó varias decisiones. Primero ordenó acelerar la marcha de las unidades de caballería hacia Rancagua. Luego dispuso la remisión de municiones a la misma —120 cartuchos que envió con el teniente José Tomás Urzúa—,²⁷ y simultáneamente el repliegue de la primera y segunda divisiones hacia la Angostura de Paine. Por último, avanzó guerrillas de la Guardia Nacional hacia

25 Véase documento 8. No nos parece dable que de la expresión “bajo el concepto de que el general en jefe, como lo tenía prometido, en aquel día nos debía auxiliar, me incorporé en la plaza” pueda inferirse que existía un acuerdo en el sentido de auxiliar a quienes se encerrasen en la plaza. Más bien parece referirse a la reunión de todas las tropas del ejército que se debía producir ese día.

26 Véase documento 9.

27 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 101.

la Cañada de la ciudad, tomándose “posesión de todos los potreros y fincas inmediatas” a ella, situándose él mismo a media legua de la plaza de Rancagua, es decir a unos 2 kilómetros y fracción.

Conforme esos datos, una avanzada de la tercera división se habría ubicado a una distancia aproximada de 3 o 4 cuabras de la plaza. Considerando que la Cañada se ubica a 2 cuabras y media de la iglesia de la Merced, por la actual calle Estado, esa posición era absolutamente visible desde la torre de esa edificación.

Acto seguido, tras ser informado de que una partida enemiga se dirigía por el camino de Machalí hacia la cuesta de Chada, Carrera remitió un escuadrón de húsares para comprobar esa noticia, misma que resultó ser errónea por cuanto se trataba de las milicias de caballería de Aconcagua al mando de José María Portus.

También señala que puso “guardias en la Angostura y pedí que avanzasen las fuerzas de retaguardia”, conformada ésta por 6 piezas de artillería que eran servidas por 170 artilleros, es decir 28 soldados por cada una, 116 infantes y 150 lanceros, fuerza “bastante para facilitarse la comunicación con las tropas encerradas y para obligar al enemigo a una retirada”.²⁸ Respecto de esto hay que precisar dos puntos. En primer lugar, que el texto en que Carrera ofició al gobierno refiriendo que estas medidas debían adoptarse, y que ha sido incluido entre los documentos anexos a su *Diario*, lleva por fecha 2 de octubre, lo que hace imposible que esas determinaciones hayan formado parte de las primeras reacciones al sitio de la ciudad. En segundo, es importante considerar que esa fuerza estaba precisamente a la retaguardia, es decir en algún lugar imprecisado entre Santiago y Angostura de Paine, por lo que no se podría disponer de ella en forma inmediata. Por consiguiente, considerar su utilización para efectuar una aproximación hacia la plaza de Rancagua resulta ser un tanto especulativo, a no ser que se creyese que el asedio se podía resistir por unos tres a cuatro días.

Dice Carrera que al terminar el día 1, la infantería y la artillería “volvieron sobre Rancagua” y que al anochecer “estábamos en las

28 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 101.

casas nuevas de Cuadra”, es decir aproximadamente a una legua al norte de la ciudad, lo que equivaldría a unos 4 kilómetros.

En resumen, ese día situó guerrillas en la Cañada, dispuso tropas de artillería e infantería en una posición relativamente cercana a la plaza, y habría ordenado guarnecer la Angostura de Paine.

El segundo día del sitio es el crucial en la controversia respecto de lo ocurrido, y la discusión existente puede expresarse en las siguientes preguntas: ¿atacó o no la tercera división? Si lo hizo, ¿con qué empuje?

Según el relato redactado por John Thomas, autor que lamentablemente no entrega datos respecto de la fuerza empeñada, el ataque ocurrió solo en parte:

“Luis Carrera llega ya a la Alameda del pueblo y va rompiendo la línea enemiga que circunda la plaza en esta dirección, mientras O’Higgins está en la plaza dando las órdenes, no ya de la defensa sino del ataque. A las once y media de la mañana del 2 de octubre Rancagua es una victoria.

Pero en ese instante (las doce del día) se oyen unos gritos sobre el tejado del Cabildo que dicen: ¡Ya corren! ¡Ya corren! O’Higgins vuelve y pregunta ¿Quién corre? ¡La tercera división! le contestan de arriba, y en efecto, subiendo a la torre, ve la división de los dos Carrera, compuesta casi exclusivamente de milicias de caballería, completamente desecha y en abierta fuga por toda la dilatada perspectiva.

Elorriaga con toda la caballería realista había cargado a Carrera derrotándolo en la primera arremetida.”²⁹

En el texto escrito en Mendoza, que hemos mencionado más atrás, el mismo O’Higgins señala lo siguiente:

29 Véase documento 9.

“En efecto, a las 30 horas que llevábamos de acción, se presentó por nuestra retaguardia la tercera división. Destacó el enemigo dos guerrillas como de 50 hombres cada una con dos piezas de artillería para entretenerlos. Entonces ordené una salida con la poca tropa que había disponible, pues muy cerca de la mitad se hallaba ya entre muertos y heridos. Se hizo por la calle del sur, con tan buen efecto que se les tomó una pieza de artillería y se les pasaron por las armas 60 soldados europeos de los de Talavera de la Reina. Otra salida se hizo al mismo tiempo por la calle del poniente, también con feliz suceso, rechazando al enemigo y destrozándole la fuerza que tenían en aquel punto, haciéndoles algunos prisioneros que se quedaban en los sitios.

En aquel momento me lisonjié [sic] de la victoria, porque vi retirarse al enemigo de todos los puntos que ocupaba hacia el río Cachapoal. Cesaron los fuegos de la plaza, respiramos por un momento, disponía los restos de mi tropa para concluir con el enemigo en su retirada y pasos del río, donde me lisonjeaba de quitarles su artillería, cuando sin saber el motivo se me avisa que la tercera división, donde se hallaba el general en jefe, precipitadamente se retiraba al mismo tiempo que el enemigo fugaba.

Observado por el enemigo movimiento tan extraño, con velocidad volvió a ocupar los puntos anteriores, atacando por todos ellos con desesperación, gritándonos: “*No hay esperanza, patriotas. Sus cobardes compañeros os abandonan. ¡Rendirse!*”. Eran ya las doce del segundo día de acción. No nos quedaba más que un cajón de municiones de fusil. Todos los oficiales y sargentos de artillería se hallaban muertos y heridos; no alcanzaba a contar con 20 artilleros. Algunos soldados de infantería servían los cañones. Ya los soldados desmayaban con la fuga vergonzosa de la tercera división.”³⁰

30 Véase documento 8. Nótese que O’Higgins indica que los realistas al imprecarlos los trataban de *patriotas*, lo que nos parece imposible. Probablemente se les trató de *traidores* o *rebeldes*.

Como el lector ya supondrá, es de Perogrullo sostener que José Miguel Carrera indica que el ataque sí se efectuó y en la medida de las posibilidades que tenía su división. Dice en su *Diario*: “determiné hacer lo único que se podía hacer con una fuerza de 368 fusileros”, incluso mientras “el enemigo hacía movimientos sobre nuestra retaguardia y nos presentaba fuerzas muy superiores”.

Señala Carrera que la tercera división “se puso en marcha” y “no paró hasta que tomó posesión de los puntos que ocupaba la Guardia Nacional”, es decir, la posición cercana a la Cañada. Acto seguido, desmontando a 250 Lanceros de la Gran Guardia los improvisó como soldados de infantería y fueron situados “a tres cuadras de la cañada”, junto a la Guardia Nacional, fuerzas que reunidas entraron en combate obligando al enemigo a replegarse:

“No podía hacer más nuestra débil división, rechazó por todas partes al enemigo, contra quien se mantuvo por cuatro horas a la defensiva. La Guardia Nacional no podía romper a lanza y pecho de caballo, los tapiales que abrigaban al enemigo y yo no podía permitir que 250 fusileros tomasen, a viva fuerza, un puesto atrincherado y sostenido por fuerzas muy superiores. Lo que únicamente se podía hacer fue lo que se hizo; llamar la atención del enemigo para que los sitiados pudiesen cumplir mis órdenes, incorporándose a la tercera división que distaba de ellos seis cuadras”.³¹

Suponemos que cuando Carrera señalaba que esperaba que los sitiados “pudiesen cumplir mis órdenes”, se estaba refiriendo

31 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 102. La versión de Carrera, y por ende de sus seguidores, insiste en que los sitiados no combatían al momento en que la tercera división atacó. Sin embargo, en el relato de Thomas consta que en esos mismos momentos, por la trinchera sur se efectuaba una salida encabezada por el capitán Ibáñez y el teniente Maruri y que también el ayudante Flores realizaba otras acciones combatiendo más allá de las trincheras en contra de los realistas. Barros Arana, *Historia general de Chile*, tomo IX, pp. 572–574 también señala que efectivamente se combatía desde la plaza.

al mensaje enviado con el soldado de dragones la noche anterior, mismo del que a esa altura de los acontecimientos era imposible que tuviese alguna certeza de haber sido efectivamente entregado. Diego José Benavente refiere que en la mañana del día 2 se habría ejecutado “el movimiento acordado”, afirmación que es cuestionable por la misma razón que la anterior, es decir, ese “acuerdo” es solo una presunción pues para haber existido algún entendimiento tendría que haberse dado una segunda instancia de comunicación entre los sitiados y su general en jefe, de la que no hay noticia.³² La única forma en que José Miguel Carrera pudo haberse enterado de que su mensaje fue efectivamente entregado, sería que su hermano Juan José le hubiese informado de ello, pero después de los hechos y no simultáneamente a los mismos.

En todo caso es necesario señalar la disparidad de posicionamientos que Carrera atribuye a la fuerza bajo su mando.

No refiriendo que se haya efectuado algún repliegue de sus tropas, señala que consecutivamente, el día 1 de octubre la Guardia Nacional se había situado en la Cañada, es decir a unas 3 o 4 cuadras de la plaza (“Avancé la Guardia Nacional para que incomodase al enemigo con guerrillas, y este cuerpo tomó posesión de todos los potreros y fincas inmediatas a la Cañada”).

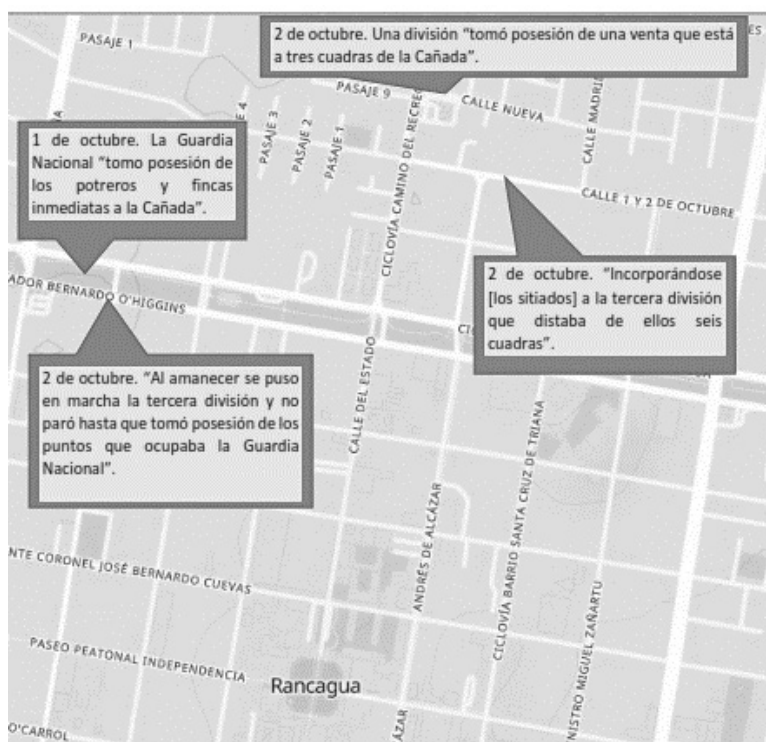
Luego, para el día 2 de octubre anota lo siguiente: “desmontando parte de los fusileros nacionales, se formó una división de 250 infantes, que tomó posesión [sic] en una venta que está a tres cuadras de la Cañada. La Guardia Nacional se formó en los potreros que están a la derecha de la venta”.

Por último, en el párrafo transcrito arriba especifica que la posición adoptada por la división no era la que ha venido indicando, sino que otra, situada más al norte aún, a 6 cuadras de la plaza (“incorporándose [los sitiados en la plaza] a la tercera división que distaba de ellos seis cuadras”).

32 Diego José Benavente, *Memoria sobre las primeras...*, p. 186. Su relato es bastante similar al de Carrera.

¿Desde cuál de esos dos puntos se emprendió el ataque? Solo se puede afirmar que las fuerzas de Carrera se ubicaron a una distancia de 4 a 6 cuadras de la plaza de Rancagua.

¿Dónde, entonces, se habrían desarrollado estas acciones? Señala Carrera que la distancia hasta la ubicación de las fuerzas sitiadas era de seis cuadras. Teniendo como base la equivalencia de una cuadra con 125,385917 metros, se puede calcular que seis cuadras lineales corresponderían a 752,315 metros que, medidos desde el centro de la plaza de Rancagua, utilizando como eje la calle *Estado* (en la que se hallaba la trinchera norte), nos ubicaría en el cruce de las calles *Recreo* y *1 y 2 de Octubre* o hasta *Recreo* esquina calle *Nueva* si se mide por la misma arteria señalada (*Estado*) desde la medianía de cuadra entre las actuales *Cuevas* y *José Domingo Mujica*, que corren en sentido oriente poniente, donde se supone que se hallaba la trinchera.



Las ubicaciones establecidas en este plano son referenciales. Se han calculado en base a las distancias indicadas por José M. Carrera, tomando como eje la actual calle Estado. La fijación de los sitios obedece solamente al espacio disponible en la imagen, pudiendo las fuerzas haberse ubicado en un punto distinto en la misma línea horizontal.

Estos datos permiten afirmar que las acciones emprendidas por la tercera división, y referidas por Carrera en su *Diario* se habrían desarrollado dos cuadras más al norte de la actual Alameda rancagüina y no en las cercanías de la plaza sitiada, siendo perfectamente visibles desde las alturas sitas en esta última.

Ahora bien, ¿con cuántos efectivos se efectuó el ataque?

La tercera división ascendía (excluyendo solamente a los jefes superiores) a 962 hombres (84 artilleros, 194 infantes y 684 jinetes),

pero según los datos consignados, el grupo atacante estaría conformado por los 250 infantes reconvertidos, los 434 miembros restantes de la Guardia Nacional y un grupo cuyo número resulta indeterminado, pero que estaba conformado por artilleros e infantes que, como señala el general Carrera, combatían al mando de su hermano Luis, quien incluso usaba una pieza de artillería. A fin de cuentas, un número que debería superar, ignoramos en qué nivel, los 684 hombres.

Si bien Carrera no es muy preciso para referir la composición de las tropas que efectivamente estaban bajo su mando el 2 de octubre, lo es algo más al hacerlo respecto de las fuerzas realistas enfrentadas por su división. Así nos dice: “el enemigo colocó, atrincherados en las tapias, 200 fusileros para contener a la Guardia Nacional. Destacó igual fuerza sobre la infantería y otra igual por la izquierda de nuestra línea, que corrió sobre nuestra retaguardia, haciendo un fuego vivísimo”.³³ Esto implicaría, al menos teóricamente, que el mando realista habría destinado 600 hombres en total, es decir, una fuerza levemente inferior a la que probablemente lo atacaba por retaguardia, concediéndole al general Carrera que las cifras que entrega pueden ser aproximadas.

El grado de intensidad del combate entablado es difícil de precisar. Las opciones oscilan desde el más mínimo, según los detractores de Carrera, hasta uno bastante aceptable, tal como lo señala él mismo al referir que Benavente rechazó a la fuerza enemiga que lo atacó, que su hermano Luis hizo lo propio y que la Guardia Nacional “obligó a retirarse a las guerrillas enemigas”. Es decir, en los tres sectores en que se trabó el combate se rechazó al enemigo o, en otras palabras, se le obligó a retroceder. Sin embargo, no informa respecto de lo que ocurrió después de que se forzara ese repliegue del enemigo.

Lamentablemente, el mismo autor no entrega datos que permitan establecer una secuencia cronológica de estos hechos, lo que habría permitido contrastar sus dichos con otros antecedentes. En

33 José Miguel Carrera. *Diario militar*, p. 102.

consecuencia, sólo podemos agregar la opinión de los oficiales del ejército del rey.

Respecto de esta materia, Antonio de Quintanilla dice que en los mismos momentos en que se disputaba palmo a palmo la posesión de la plaza,

“aparece una fuerte división de caballería procedente de la capital, al mando del caudillo Carrera, que había sido general del ejército independiente, en socorro de los sitiados. Osorio creyó que podrían reunirse éstos con aquella y determinó levantar el sitio y ponerse en retirada. Me llamó para comunicarme su resolución y que estuviese listo para proteger ésta, pues iba a dar orden que se efectuase. Yo me admiré de esta resolución y no pude menos que decirle que si la ponía en ejecución contase con que se pasaban al enemigo la mayor parte de los soldados del país, incluso los de mi escuadrón”.

Agrega que convenció a Osorio no hacer tal y que le habría planteado que, siendo la fuerza de Carrera fundamentalmente miliciana, “era fácil batirla con nuestra caballería reunida”, ofreciéndose él mismo para ejecutar la acción, lo que finalmente fue aceptado por su general:

“Yo salí de la Cañada al frente de mi escuadrón y apenas me presenté al frente del enemigo, éste se puso en fuga desordenada, quedando, pues, libres del temor de que se reuniesen al ejército que estaba sitiado en la plaza”.³⁴

Otro de los oficiales del ejército real que redactó sus recuerdos sobre la guerra fue José Rodríguez Ballesteros, quien relató:

34 Antonio de Quintanilla. *Autobiografía...*, pp. 70-71.

“El general don José Miguel Carrera que se hallaba con su caballería fuera de la plaza, hizo una junta de jefes en la mencionada Quinta [de Olivos], y en la sesión que se tuvo prevaleció el dictamen de su hermano don Luis. “Mártir o libre; adentro a la plaza sin tardanza”. Animados con la fogosidad de este valiente comandante, empezaron un vivo ataque para forzar el paso por el callejón de Olivos, la mitad de la fuerza al mando del coronel Benavente, y el resto a las órdenes de su hermano don Diego, de don Ambrosio Rodríguez y de otros comandantes de caballería.

Este ataque fue sostenido cerca de la Cañada por la caballería del invencible Elorriaga desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde, y aunque Elorriaga pensó cortarles la retirada por el callejón que va a la Compañía, no pudo verificarlo, pero sí consiguió que se replegase a la Quinta”.³⁵

Como vemos, según estas fuentes, el ataque se realizó y, aunque no se señale específicamente su intensidad, fue fácilmente rechazado, según Quintanilla, y un tanto más difícilmente, según Rodríguez Ballesteros. Importante es indicar que según este último habría tenido lugar durante 6 horas,³⁶ aunque no se señala si se trataba de tiroteos aislados y después un ataque más formal que comprometiese a más tropas, o solamente esto último.

35 José Rodríguez Ballesteros. *Revista de la guerra...*, pp. 198–199.

36 Recuérdese que Carrera asigna cuatro horas a la duración del combate.

PALABRAS FINALES

Prácticamente a partir de 1814, es decir desde hace un poco más de doscientos ocho años, muchos autores han escrito sobre el sitio de Rancagua. Lo han hecho en libros, artículos de difusión o especializados, textos escolares y manuales de historia de Chile. En ellos han explicado, cada uno desde su particular perspectiva, lo ocurrido los dos primeros días de octubre de ese año en la plaza de esa ciudad. A esos escritos hay que agregar distintas obras histórico-literarias que, aunque más imaginativas por definición, siempre tienen una base en el pasado y, asimismo, una infinidad de columnas y artículos periodísticos, modernas creaciones audiovisuales y los tradicionales discursos conmemorativos que algún orador ha dirigido a su auditorio refiriéndose precisamente a ese hecho de armas o a alguno de sus principales protagonistas.

En ese gran cúmulo de obras no solo encontraremos referencias a los hechos históricos en sí y explicaciones respecto de los mismos, sino que también hallaremos posiciones que resultan ser absolutamente dicotómicas y dominadas, no por las preferencias de un autor por uno de los grandes bandos que se enfrentaron en esa gran contienda civil que fue la guerra de la independencia, es decir, realistas y revolucionarios, sino que por la admiración muchas veces desbordada por uno de los dos líderes de la división intrarrevolucionaria que, precisamente con el sitio de Rancagua, marcó el término de la primera etapa del proceso independentista: José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins.

Contrariamente a lo que se podría presumir, el movimiento revolucionario iniciado en 1810 no era monolítico. Desde sus primeros pasos ya había mostrado indicios más que evidentes de disensos internos, como por ejemplo ocurrió en el seno del primer congreso nacional cuando varios de sus diputados planearon acciones de fuerza contra la corporación, o cuando se produjeron los dos golpes de Estado de 1811. Esas fracturas reverdecieron en 1814

a raíz del cuarto golpe de Estado liderado por José Miguel Carrera, mismo que desató una guerra civil dentro de otra, cuestión que fue aprovechada por los realistas para avanzar sin oposición desde el río Biobío hasta el Cachapoal, al sur de Rancagua.

Esta situación urgió a los caudillos a poner fin al conflicto intestino y a adoptar las medidas correspondientes en el plano militar para contener al enemigo. El resultado ya es conocido: la férrea resistencia ofrecida finalmente fue sobrepasada por los realistas y solo quedó la alternativa de traspasar los Andes, marcándose el fin de lo que más tarde sería denominado como la Patria Vieja.

El trauma fue de dimensiones importantes y de ahí surgieron dos situaciones distintas. La primera, la calificación de *desastre* atribuida a los hechos y todo lo que ella implica. La segunda, la subsecuente necesidad no solo de lograr una explicación coherente de lo ocurrido, sino que también de encontrar un responsable de lo que había tenido lugar en Rancagua.

Habiéndose recién puesto un paréntesis en la guerra intrarrevolucionaria, obviamente asomaban como candidatos los dos caudillos; uno de ellos, según el bando en que nos encontrásemos, era el culpable. Era simple: O'Higgins desobedeció sus órdenes y para más cometió el grueso error de encerrarse en la plaza rancagüina en vez de partir a Angostura de Paine donde su general en jefe le había ordenado replegarse puesto que allí la victoria era algo seguro. Esa era una alternativa. La contraria: O'Higgins procedió a atrincherarse en la plaza para no abandonar a su suerte a las fuerzas comandadas por Juan José Carrera, que lo habían hecho con anterioridad, sabiendo que la tercera división, con su superior a la cabeza, podía atacar por la espalda al enemigo que los sitiaba porque, además, la Angostura no era un punto donde combatir al enemigo que fácilmente podía avanzar por rutas alternativas hacia Santiago, dejándolos burlados.

La disparidad y la fuerza con que se defendieron esas posiciones en los años inmediatos a los hechos resultan comprensibles en esos dos líderes —o sus seguidores más cercanos— que, mal que mal, estuvieron en el sitio de batalla y adoptando, cada uno, sus propias resoluciones tácticas, suponemos con la mejor de las

intenciones dado que lo que estaba en juego era el destino de un proceso político del que formaban parte del núcleo dirigente.

Lo que no resulta explicable es que transcurrido el tiempo, y ya desaparecidos físicamente los protagonistas, esa divergencia haya seguido manifestándose con el mismo ahínco y con notas de acritud y reproche por parte de autores que, erigiéndose en jueces absolutos poseedores de la verdad, reparten condenas al caudillo que centra sus críticas e indulgencias al que prodigan su preferencia. No se trata de la clásica diferencia de opinión o de interpretación entre dos o más autores. Se trata de la defensa y del ataque en un campo de batalla que está muy lejano de lo que debe ser la investigación historiográfica.

Si buscásemos los términos que mejor representen la actitud y los propósitos de muchos de esos autores, fácilmente se elaboraría un listado en el que figurarían palabras como crítica, alabanza, elegía, refutación, contrargumentación, objeción, revisión, replanteamiento, ironía, reproche, loa, controversia y mordacidad, entre otras. En otras palabras, la mayoría de aquellos que se utilizan para ensalzar o para detractar.

El tema resulta difícil de tratar. La disputa, proyectándose ardentamente en el tiempo, no solo ha contaminado las interpretaciones de los historiadores, sino que también se ha propagado a la interpretación de las fuentes primarias de información, a los relatos y documentos de los mismos protagonistas. Por ello es que se puede afirmar que, analizando el caso específico de algunos de esos autores, el sitio de Rancagua es, desde el punto de vista de la enseñanza de la investigación historiográfica, un excelente ejemplo de aquello que el historiador no debe hacer, de aquello en lo que no debe incurrir.

Cuesta llegar a formarse una convicción respecto de los hechos. Se leen los relatos de los historiadores e inmediatamente surgen las diferencias, muchas de ellas radicales. También se arguyen situaciones inexistentes como atribuir a Juan Mackenna la idea, supuestamente expresada en un plan de defensa en cuya redacción intervino en 1810, de resistir un avance realista en Rancagua, misma que no es expresada en ese texto que tampoco menciona a la

ciudad ni a la zona geográfica en cuestión. Entonces se recurre a la documentación y ahí varias veces surge la sorpresa, no solo por la debilidad y carencia de lógica en la interpretación que de ellas se ha hecho —siendo bastante nítido que los intérpretes hacen que el documento diga mucho más de lo que realmente dice—, sino que también debido a que algunas veces estos testimonios se presentan alterados en su orden interno, otras se les asignan fechas que no corresponden e incluso, su contenido ha sido manipulado.

Estos factores, indudablemente, han influido en las interpretaciones y en los relatos históricos, que se han seguido elaborando y así se ha elevado el nivel de complejidad al momento de trazar una explicación de los hechos, mismos que podrían ser aclarados fácilmente de no mediar esta circunstancia.

Tan profunda es la disparidad de opiniones y tan vehementes las exposiciones que las expresan, que es fácil imaginar y entender la sensación de zozobra que un lector común y corriente pudiese llegar a experimentar y sólo se le podría recomendar que formase una opinión propia basada en el análisis metódico y racional de los documentos disponibles para poder satisfacer las inquietudes intelectuales que lo llevan a indagar y así tratar de esclarecer el problema en cuestión.

En este sentido es que exponemos nuestras conclusiones en las siguientes preguntas. El lector podrá concordar o diferir de ellas libremente.

¿Cuál era, en general, la situación de los contendores?

Firmados los pactos de Lircay en abril de 1814, el bando revolucionario enfrentó una división interna que se tradujo en un enfrentamiento militar de resultados poco claros. Entre los realistas, en cambio, los mismos acuerdos suscitaron una discordia menor que pudo ser contenida por el brigadier Gabino Gáinza quien, hasta ser relevado por Mariano Osorio, y mientras sus contrarios se enfrentaban entre sí, puso a sus tropas en un pie de eficiencia y en un nivel de instrucción que notoriamente influyeron en el resultado final. En este sentido, el refuerzo de la expedición proveniente del

Perú vino a consolidar la fuerza militar existente y a hacer más auspiciosas las posibilidades de éxito.

En el bando revolucionario, una vez advertido el nuevo pie en que se hallaba el enemigo y, más que nada, confirmado su desplazamiento hacia la capital, se rindieron las banderías y se trabajó en un esfuerzo por contenerlo. Se reorganizaron las fuerzas, se distribuyeron armas y los implementos necesarios y se especuló respecto del lugar adecuado para resistir el avance del ejército del rey: el río Maipo y sus llanos, Angostura de Paine y la zona de Rancagua hasta el río Cachapoal. No existe evidencia de labores mayores y de envergadura en las cercanías del primer curso mencionado y tampoco en el segundo punto, respecto del que no consta que los días 1 y 2 de octubre estuviese guarnecido.

Ya a mediados de septiembre se decidió la ocupación de Rancagua por parte de la primera división, comandada por Bernardo O'Higgins, programándose el posterior despliegue en esa misma zona de las otras dos que formaban el ejército restaurador.

¿Cuál era el plan para enfrentar al ejército del rey?

Los autores coinciden en manifestar que inicialmente se definió la tarea de detener al enemigo en las orillas del Cachapoal; y desde este punto en adelante difieren en términos absolutos.

Para unos, de no lograrse aquel objetivo las fuerzas debían retrogradar hasta Angostura de Paine, sitio donde el triunfo sería más seguro si se aprovechase la topografía del terreno. Para otros no existía tal determinación y los hechos, es decir la sorpresiva aparición del ejército del rey en la ribera norte del río Cachapoal y sus movimientos subsecuentes obligaron a la segunda y luego a la primera división del ejército restaurador, sin acuerdo previo entre sí, a buscar refugio en la plaza de Rancagua, misma en la que se habían levantado básicas estructuras defensivas, esperanzados en que la tercera división, sita en Mostazal atacaría a los enemigos por retaguardia, cuestión que en definitiva no se habría producido.

En términos concretos, es difícil aseverar sin dudas que existió un plan propiamente tal, es decir, la exposición de una serie

de determinaciones que, imponiendo a unidades específicas del ejército la ejecución de acciones tendentes a lograr metas parciales y coordinadas entre sí en vista de la consecución de un objetivo general. Se ha señalado que el plan de O'Higgins consistía en encerrarse en Rancagua mientras que Carrera tenía otras opciones estratégicas. Sin embargo, y a nuestro entender, lo primero no es tan exacto y lo segundo no ha sido demostrado. En efecto, O'Higgins defendía la opción de sostener una resistencia en Rancagua, pero tal como se desprende de los documentos, especialmente de los diversos oficios que intercambió con Carrera, entendiendo a ésta como una zona más amplia que la ciudad, misma que fue menos que medianamente preparada para resistir un asedio.

Desde el punto de vista de las operaciones militares, ninguna de las propuestas mencionadas por los historiadores resulta convincente. Tratar de detener al enemigo en un río como el Cachapoal hubiese sido una excelente alternativa, siempre y cuando el curso en cuestión realmente hubiese implicado una detención de la marcha enemiga para poder cruzarlo, momento en que hubiese sido fácil presa de la artillería y la fusilería del ejército restaurador. Sin embargo, los testimonios son concordantes en señalar que el río Cachapoal mostraba un caudal bastante bajo, por lo que no se dificultaba su paso. Por lo mismo es que cobra vigencia la idea de que lo que en realidad se planteó fue intentar detener el avance enemigo en un área un poco más extensa, entre el río y la ciudad, estableciendo allí lo que el mismo general Carrera llamó "nuestra línea", cuestión que se relaciona con la consideración, por el mismo militar, de Rancagua como un "punto inexpugnable", asunto en el que concordaba con O'Higgins. Eso es lo que permiten inferir los documentos y también la ubicación que estaban adoptando las tropas.

Un factor que es escasamente mencionado en los análisis, y que debe haber contribuido sobremedida en el resultado final, fue la confianza en el triunfo. En la documentación cronológicamente más cercana a los días del choque armado no se visualiza la manifestación de lo azaroso del destino de las acciones que se emprenderían ni tampoco la expresión de preguntas que apuntaran

a tratar de establecer un claro curso de acción si es que acontecía esto o aquello. Los documentos trasuntan una seguridad que resulta casi exultante. Y ello se debe, nos parece, a un cálculo optimista y sin base real del verdadero volumen de la fuerza enemiga. Se pensó, sin sustento que pueda identificarse en los documentos más allá del mero capricho, que ella era inferior a la propia y se llegó a decir que no sobrepasaba los dos mil hombres cuando en realidad superaba a los cinco mil efectivos. Quizás por eso mismo no se pensó en alternativas, e incluso se proyectó la posibilidad de ganar un mes más y terminar de reorganizar al ejército, como lo expresó el general Carrera.

¿Era la ciudad de Rancagua un punto adecuado para resistir al enemigo?

En estricto rigor, la respuesta es negativa dado que ocupar la ciudad solo reduciría la capacidad de movimiento de quienes se recluyeran en ella, debiendo, además soportar los embates del asedio enemigo, tal como ocurrió.

En esas circunstancias, teóricamente al menos, habría cabido la posibilidad de que el general Osorio bien pudiera haber evadido un enfrentamiento directo en el que hubiese tenido que comprometer parte importante de su fuerza, y seguir camino hacia Santiago —su objetivo estratégico final—, realizando solo labores de desgaste respecto de los sitiados en Rancagua. La tercera división del ejército restaurador, que no se hallaba en la plaza en cuestión, no era una fuerza que le hubiese podido ofrecer —individualmente— una oposición efectiva, tal como lo demuestra lo sucedido en día 2 de octubre cuando se enfrentó con una facción de las tropas realistas.

¿Era la Angostura de Paine el lugar adecuado para resistir al enemigo?

En estricto rigor la respuesta también es negativa. Angostura era un punto que era obvia dentro del desplazamiento general del

ejército del rey. En efecto, un poco más al sur de ella se accede a la cuesta de Chada, por la cual se tenía una vía expedita hacia Santiago y ese camino, a juzgar por los documentos de la época, y no por las interpretaciones y los dichos de algunos autores, se hallaba transitable.

También debe considerarse que atacando con una fuerza menor por el camino de Angostura y transitando otra por Chada, las fuerzas realistas podrían haber efectuado un envolvimiento táctico simple. Eventualmente esta acción también podría haberse desarrollado a la inversa, es decir, un ataque principal envolviendo por Chada y uno alternativo, menor, por el camino principal. Incluso podría haberse efectuado un envolvimiento doble en caso de utilizarse simultáneamente el camino de Aculeo, situado al oeste.

Todo esto es algo especulativo, porque no sucedió. Sin embargo, la misma categorización puede atribuirse a la preparación de una defensa en ese mismo lugar. Documentalmente solo consta que se envió gente a realizar labores de fortificación, pero no se sabe si efectivamente se realizaron y concluyeron y en qué consistieron. Todo hace presumir que los días 1 y 2 de octubre la Angostura de Paine no estaba ocupada por ninguna unidad del ejército restaurador, por pequeña que fuese. Sostener que se podía efectuar allí una resistencia es algo real, en el sentido literal y potencial de la frase y como tal sería también aceptable señalar que lo mismo podría haberse hecho en el río Maipo o en Graneros u otro punto intermedio entre Rancagua y Santiago. Sostener que se había preparado una resistencia en aquel lugar es algo distinto.

¿Existió o no, entonces, la orden del general Carrera en el sentido de efectuar un repliegue?

En términos reales si existió, pero como indicación y doce días antes del choque definitivo con el enemigo y en circunstancias operativas muy específicas. En estricto rigor, los días 19 y 20 de septiembre, es decir cuando la fuerza comandada por O'Higgins era la única en la zona, Carrera le indicó si era atacado por los realistas antes de que todo el ejército restaurador pudiese reunirse en

las inmediaciones de Rancagua, y lo hiciese con una fuerza tal que permitiese suponer una derrota, sería prudente replegarse hacia el norte. En consecuencia, O'Higgins aseguró que de darse esos escenarios concretos lo haría hasta la Angostura, donde suponía a la fecha de su respuesta (21 de septiembre), se hallaría la segunda división. Sin embargo, desde el 27 del mismo mes la fuerza recién mencionada se encontraba al este de Rancagua y la tercera división en Mostazal. En otras palabras, el ejército ya se reunía y esa orden era caduca. De hecho, el mismo general Carrera afirma en su *Diario* que el 1 de octubre, ya habiéndose empeñado el combate en Rancagua, ordenó que las divisiones allí sitas se replegaran hacia Angostura, pero que esa orden no pudo ser comunicada. Al mismo tiempo, indica que la tercera división se formó en batalla en el sitio donde se hallaba, sin indicar que, en esos mismos momentos, alguna parte de ella hubiese iniciado un movimiento hacia el norte, sino que todo lo contrario, sus fuerzas se desplazaban hacia el sur.

¿La tercera división atacó o no a los realistas por retaguardia?

Según los relatos de José Miguel Carrera, comprobables a través de los de los oficiales del ejército realista, efectivamente la tercera división, la más pequeña en número, pero la mejor armada del ejército restaurador atacó a las fuerzas realistas situadas en la Cañada, es decir, la actual Alameda de Rancagua. Según el general en jefe, se trataba de una fuerza bisoña que enfrentó a un número muy superior de enemigos a los que hizo retroceder desde sus posiciones iniciales. Sin embargo, no aclara cual fue, más allá de la argumentada falta de acción por parte de los sitiados, la razón por la que no se capitalizó ese éxito parcial, y se inició un repliegue hacia la capital, quedando los sitiados a su propia suerte.

Podrán existir opiniones contrarias y encontradas a las que hemos expuesto. Es bueno que así sea porque eso es lo que hace avanzar al conocimiento historiográfico, siempre y cuando la divergencia no se base en admiraciones desbordadas o en interpretaciones antojadizas y arbitrarias de las fuentes de información.

DOCUMENTOS

Los documentos incluidos en esta selección se han obtenido de las siguientes fuentes:

- * Carrera, José Miguel. *Diario militar*.
- * *Archivo del general José Miguel Carrera*.
- * *Archivo de don Bernardo O'Higgins*.
- * *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*.
- * Benavente, Diego José. *Memoria sobre las primeras campañas de la guerra de la independencia de Chile*.
- * Quintanilla, Antonio de. *Apuntes sobre la guerra de Chile (1813–1817)*.
- * Quintanilla, Antonio de. *Biografía del mariscal de campo don Antonio de Quintanilla*.
- * Rodríguez Ballesteros, José. *Revista de la guerra de la independencia de Chile*.
- * *Revista Chilena de Historia y Geografía*

Se presentan en el siguiente orden:

1. Una selección del Diario militar de José M. Carrera, incluyéndose los documentos mencionados en él. (1 a 7).
2. Relatos relacionados con Bernardo O'Higgins (8 y 9).
3. Parte de Mariano Osorio (10).
4. Correspondencia intercambiada entre José M. Carrera y Bernardo O'Higgins (11 a 24).
5. Correspondencia de O'Higgins con otros (25 y 26).
6. Correspondencia de J. M. Carrera con otros (27 a 38).
7. Otros (39).

En ellos se ha modernizado la grafía, se han conservado las notas de pie de página originales (indicándose esa situación). Cuando ello no ocurre, lo aseverado en ellas es de nuestra responsabilidad. Cuando ha sido necesario se han agregado

palabras para la mejor comprensión de los textos, pero como es norma, siempre insertándolas en paréntesis de corchetes, mismos que, por otra parte, contienen la expresión latina “sic” cuando se han encontrado errores evidentes o cuando existen espacios en blanco.

En cada documento se ha identificado, cuando ha sido posible, a los personajes cuya mención en ellos es parcial y cuando no existe plena seguridad de la misma, se ha expresado como identificación tentativa.

José Miguel Carrera

1. *Diario militar.* (Selección)

SEPTIEMBRE 30 DE 1814

A las dos de la mañana salí de Santiago, después de haber tomado todas las medidas de precaución que dictaban las circunstancias y de haber puesto en campaña cuantos hombres fue posible.

Voy a hacer una sucinta relación de cuanto se trabajó desde la revolución sucedida el 23 de julio hasta este día. Olvido todos los esfuerzos hechos hasta el 4 de septiembre para oponernos a la bárbara, injusta y destructora guerra que nos hizo O'Higgins con las mejores fuerzas del Estado. Este fue el origen de nuestros males y de nuestra ruina, y aunque vivo satisfecho de la necesidad, justicia y prudencia con que emprendimos nuestra defensa, importa más sepultar aquellos aciagos días en tanto silencio cuanto no sea perjudicial a nuestra buena reputación.

La reconciliación con O'Higgins el 4 de septiembre, nos dio campo para obrar activamente en disponer la fuerza que debía oponerse a Osorio. Parece excusado manifestar el destrozo que sufrieron las tropas chilenas en la tarde del 26 de agosto. El movimiento de O'Higgins sobre la capital, sin haber dejado en Talca ni un soldado que observase los movimientos del enemigo, y entregando Prieto, al marchar con los nacionales, el mando de aquel pueblo en manos de los más descarados sarracenos, abrió las puertas al pirata Osorio, poniendo de un golpe a su disposición las fértiles provincias de Talca, Curicó y San Fernando, para que encontrase los auxilios de que carecía en Concepción, y sin los que no podía empezar activamente las hostilidades contra la capital. He dicho ya que, aunque el señor O'Higgins quedó reducido a una división, estaba tan en esqueleto que fue preciso mandarle de Santiago vestuario, fornituras y parte del armamento, con

cuanto se necesita para poner un cuerpo en campaña. Sabemos que la guarnición de Santiago era miserable, que no había repuestos, dinero, tren de artillería, armamento compuesto, ni nada útil a la defensa del país. Para enmendar estas faltas se creó todo de nuevo, y por un trabajo incesante, sostenido por nuestro amor a la libertad de Chile, se puso en Rancagua y en todos los demás puntos de defensa, la fuerza que aparece en el estado N° 123.¹ Toda ella se vistió completamente y se pagó conforme a reglamento, abonándoles gratificaciones y aún sueldos atrasados. En campaña no carecían de lo más mínimo; todo era abundancia y comodidad. La buena administración se dictó por reglamentos provisionales y órdenes repetidas, para lo que únicamente había tiempo.

Para atender a tan crecidos gastos, se impuso una contribución de 400.000 pesos sobre los europeos e hijos del país, cuya indiferencia por nuestra libertad era manifiesta. Se echó mano de la plata labrada de las iglesias y se dieron órdenes terminantes para que pagasen los que fuesen deudores del tesoro. Todo era necesario para el pago de más de 6.000 soldados, para la construcción de más de 7.000 vestuarios, de cureñaje de campaña, construcción de toda clase de municiones, monturas, carros, etc.

Para asegurar la tranquilidad interior y cortar de raíz la seducción con que los sarracenos procuraban desanimar nuestras tropas, fue indispensable aterrarlos, apresando, desterrando y expatriando 85 frailes y 70 de los principales godos. Para conducir con seguridad a los expatriados y desterrados, se estableció una posta de partidas militares hasta el pie de la cordillera, y si ésta hubiese estado abierta, habría quedado Chile limpio de esta clase de enemigos.

Llegué al Mostazal a las doce del día y como no hubiese novedad en Rancagua, determiné descansase la tercera división en esta hacienda. Yo debía haber ido en la tarde a la villa, pero un fuerte golpe [que] me había dado en el camino me obligó a no verificarlo hasta el día siguiente.

Cerca de la oración, ignorante O'Higgins de hallarme yo tan cerca, pasó al coronel Benavente el oficio N° 124.² La intimación de Osorio, de que habla en él, manifestaba claramente sus malas intenciones, se databa en San Fernando, constándonos que se hallaba en las orillas del Cachapoal. O'Higgins conoció en el momento la mala fe, y por consiguiente estaba advertido para precaverse. Luego

1 Véase documento 2.

2 Véase documento 3.

que leí la intimación de Osorio, escribí a O'Higgins para que doblase la vigilancia, sin confiar en los cuatro días que daba de término para la contestación. Mandé que en el instante saliese el sargento mayor don Pedro Vidal, con la infantería y artillería hasta llegar a los Graneros del Conde Toro ([situadas a] 3 leguas de Rancagua) para proteger las divisiones avanzadas en caso de ser atacadas; lo mismo se había hecho con la caballería, pero la noche era oscura y los caballos estaban sueltos en potreros. Se dio orden para que marchase al amanecer a alcanzar la infantería. Remité al Gobierno la intimación, advirtiéndole mis recelos.

OCTUBRE 1 DE 1814³

Al amanecer se puso sobre las armas la Guardia Nacional y emprendió su marcha. No había montado a caballo cuando me avisa Vidal que se oía fuego de artillería hacia el Cachapoal. Mandé apurar la marcha a la caballería y me adelanté. Dos o tres leguas antes de llegar a Rancagua, encontré a mi ayudante don José Samaniego, que la tarde antes fue a aquel pueblo por orden mía para observar el estado de disciplina en que se hallaba la primera división. Me sorprendió cuando me dijo: *“El general O'Higgins me encarga diga a usted que el enemigo ha pasado el río por el vado de abajo; que ha mandado salir [a] los dragones para contenerlo, y que se dispone a encontrarlo, para lo que ha avisado al comandante de la segunda división para que lo sostenga”*.

A poco andar recibí oficio de don Juan de Dios Garay, ayudante de O'Higgins, notificándome, a nombre de su jefe, que todo el ejército enemigo había pasado en la noche. Que la división de la columna era como para atacar [a] la tercera división, y que los dragones y la caballería de Aconcagua le picaban la retaguardia. Por este parte hizo alto la columna, se rompieron cercos, se formó la línea de batalla, se avanzaron guerrillas para reconocer al enemigo, y los húsares formaron la vanguardia para sostenerlos. Mi ayudante, el coronel don Rafael Sotta recibió orden, para comunicarla a los jefes de la primera y segunda división; era reducida a que, por el camino de la hacienda de la Compañía, verificasen inmediatamente la retirada sobre la Angostura de Paine, aunque fuese preciso abandonar la artillería. El teniente don José Tomás Urzúa, mi ayudante, salió con 120 cartuchos para entregar a las divisiones. Al llegar ambos a la Cañada

3 Los sucesos del 2 de octubre aparecen bajo esta fecha y no apartados.

de Rancagua, ya estaba posesionado de ella el enemigo. Con esta contestación volvieron y me encontraron con la división que estaba en marcha sobre la plaza, como a media legua. El enemigo comprometió una acción viva contra la plaza, donde se habían encerrado las dos divisiones. Avancé la Guardia Nacional para que incomodase al enemigo con guerrillas, y este cuerpo tomó posesión de todos los potreros y fincas inmediatas a la Cañada.

El coronel Benavente me dio parte de una columna enemiga que por el camino de Machalí, se dirigía como para la cuesta de Chada. Un escuadrón de caballería de los húsares se destinó al reconocimiento, y como confirmase el primer parte, me vi en la necesidad de mandar la infantería y la artillería a que se posesionasen de la Angostura, para impedir que el enemigo lo hiciese, logrando impedirnos la retirada, interceptarnos las municiones y tropas y sorprenderlas hasta tomar la capital. No tardó en saberse que la columna de caballería era de dragones y de la caballería de [José María] Portus que había sido dispersada por el enemigo. Hice avisarla [avisarle] para que se incorporase con la tercera división, oficié al Gobierno lo ocurrido, puse guardias en la Angostura y pedí que avanzasen las fuerzas de retaguardia, que consistían en 170 artilleros con 6 piezas de artillería, 116 infantes, a las órdenes del comandante Bustamante, y 150 lanceros, a las órdenes de don Fernando Gorioitía. Con este refuerzo era bastante para facilitarse la comunicación con las tropas encerradas y para obligar al enemigo a una retirada. La infantería y artillería volvió sobre Rancagua. Al anocheecer estábamos en las casas nuevas de Cuadra. Reforcé a los húsares con 2 piezas de artillería y 60 fusileros, y mandé que acampase el resto de la fuerza en aquellos potreros.

No cesaba el vivo fuego del enemigo sobre nuestras divisiones, y deseaba el día para protegerlas en cuanto nos fuese posible. A las nueve o diez de la noche llegó a mi campo un Dragón disfrazado, conduciendo un papelito a nombre de O'Higgins; su contenido era el siguiente: "*si vienen municiones, y carga la tercera división, todo es hecho*". El Dragón salió saltando tapias y era muy posible que a su vuelta lo tomase el enemigo, porque tenía circunvalada la plaza, por eso no quise contestar por escrito sino lo muy preciso. Premié al soldado con 20 onzas y le repetí muchas veces, dijese a O'Higgins y a Juan José [Carrera], que no quedaba otro arbitrio para salvarse y salvar al Estado que hacer una salida a viva fuerza para unirse a la tercera división, que los sostendría a toda costa. Por escrito le hablé así: "*municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento*

de resolución”. Después del recado dado al Dragón, que era bastante advertido, ¿podía decir más claro que saliesen y que los protegeríamos? El Dragón volvió y cumplió felizmente su arriesgada comisión, poniendo mi papel en manos de O’Higgins y dando mi recado con exactitud. ¿Restaba a los sitiados otra cosa que obedecer a mis órdenes? Toda la noche esperamos la ejecución, pero en vano. La ruina de Chile parece decretada por la Providencia; todo era ceguedad y error.

El coronel Portus se unió a la tercera división, con treinta hombres que pudo reunir de todo el regimiento. Me contó los motivos que ocasionaron esta dispersión. Dijo que O’Higgins, luego que supo que el enemigo había pasado el río, salió a recibirlo con su división, nada hizo en la salida y se volvió a la plaza. Portus que con su regimiento había ido en su auxilio, seguía de su orden la retaguardia de la columna. O’Higgins entró en la plaza y queriendo Portus hacer lo mismo, fue contenido por nuestros centinelas que llegaron a hacer fuego sobre su columna; retrocedió Portus y probó entrar por otras calles, pero le sucedió lo mismo. En estas marchas y contramarchas, llegó el enemigo, y con fuertes descargas puso en completo desorden al regimiento, hizo prisioneros, mató y destruyó. Huyeron los que pudieron acompañados de algunos dragones, entre los que salieron los capitanes don Gaspar Ruiz y don Agustín López. ¿En qué estaría pensando O’Higgins que no ordenó que la caballería se replegase a la tercera división, ya que tenía la locura de encerrarse en una plaza en que no podía admitirla? El empeño era de no errar disparate.

Al amanecer [del día 2 de octubre] se puso en marcha la tercera división y no paró hasta que tomó posesión de los puntos que ocupaba la Guardia Nacional, la que no perdonaba momentos para incomodar, con guerrillas, al enemigo. Antes del ataque escribí al Gobierno el oficio N° 125.⁴

Determiné hacer lo único que se podía con una fuerza de 368 fusileros. Desmontando parte de los fusileros nacionales, se formó una división de 250 infantes, que tomó posesión en una venta que está a tres cuerdas de la Cañada. La Guardia Nacional se formó en los potreros que están a la derecha de la venta. El enemigo colocó, atrincherados en las tapias, 200 fusileros para contener la Guardia Nacional. Destacó igual fuerza sobre la infantería y otra igual por la izquierda de nuestra línea, que corrió sobre nuestra retaguardia, haciendo un fuego vivísimo; el teniente coronel Benavente la contuvo. El coronel [Luis] Carrera rechazó a

4 Véase documento 4.

los que atacaban, y avanzó una pieza de artillería que batía la que el enemigo tenía puesta en la boca de la Cañada. La Guardia Nacional obligó a retirarse a las guerrillas enemigas. No podía hacer más nuestra débil división; rechazó por todas partes al enemigo, contra quien se mantuvo por cuatro horas a la defensiva. La Guardia Nacional no podía romper a lanza y pecho de caballo los tapiales que abrigaban al enemigo y yo no podía permitir que 250 fusileros tomasen, a viva fuerza, un puesto atrincherado y sostenido por fuerzas muy superiores. Lo que únicamente se podía hacer fue lo que se hizo; llamar la atención del enemigo para que los sitiados pudiesen cumplir mis órdenes, incorporándose a la tercera división que distaba de ellos seis cuadras.

Sabían muy bien los sitiados que mi división constaba de bastante caballería y de muy pocos fusileros. ¿Cómo podían presumir que yo atacase la Cañada, cuando todo el ejército enemigo estaba en posesión de ella? Si algún ignorante dice que debí hacerlo, es preciso confiese que la tercera división podía haber batido el ejército de Osorio en campaña por dos razones: la 1ª porque en campaña podía obrar mi caballería con ventaja, y 2ª, porque el enemigo, en el campo, no tendría casas, tapias, ni trincheras en que ponerse a cubierto. Para exigir que la tercera división atacase la Cañada es preciso confesar que debió haber seguido hasta la plaza, porque una vez vencido el punto fuerte ¿por qué no abrazar a nuestros hermanos que hacían la heroicidad de mantenerse encerrados, mientras nos dispensaban todas las glorias? Confesará también que teníamos algún objeto para encerrarnos en Rancagua, dejando al enemigo en libertad para irse a la capital, si le daba la gana. Últimamente confesará una de dos cosas: o la tercera división, olvidada de las fuerzas que tenían las dos primeras, debió haber entrado a sacrificarse, por ahorrar la sangre de los que tenían obligación y necesidad de salir, o la tercera división debía conocer que la cobardía, ignorancia y abandono de los de la plaza era tal, que veían la ruina de Chile con frialdad. ¡Cuál sería mi admiración, cuando en cuatro horas de fuego, no observábamos el menor movimiento de parte de los sitiados!

El enemigo hacía movimiento sobre nuestra retaguardia y nos presentaba fuerzas muy superiores; nada era esto, lo espantoso para nosotros era ver que mientras más nos empeñábamos los de la tercera división, menos fuego se hacía de la plaza llegando al extremo de callar enteramente. Me persuadí y todos creyeron que la plaza estaba capitulando o iba a capitular. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Estoy satisfecho de haber llenado mis deberes, ordenando la retirada a la Angostura [de Paine], para fortificarnos en aquella ventajosa posición,

llamando en nuestro auxilio [a los] 191 fusileros y artilleros, que había dicho al Gobierno, se llamasen de los diferentes puntos en que no eran ya necesarios. La retirada se verificó con orden y muy despacio; en el cerro Pan de Azúcar, hicimos alto y los centinelas de la altura, avisaron que volvía a hacer fuego la plaza. Mandé un propio para que apresurasen la marcha de 116 fusileros, que mandaba el capitán don José Antonio Bustamante, y mayor fuerza el teniente coronel Serrano, con el fin de volver en auxilio de la plaza. En estas circunstancias se me avisó que el enemigo estaba posesionado de la Angostura y marchamos a atacarlo; se falsificó la noticia y los fuegos de la plaza volvieron a cesar. Determiné pasar la noche en la Angostura, recibir allí el refuerzo y obrar al día siguiente en vista de las circunstancias. Poco duró este proyecto, porque el teniente don Gaspar Manterola, del batallón de granaderos, llegó a nosotros anunciando la rendición de la plaza, de la que se habían escapado muchos oficiales y soldados, de los que tenían caballos. Vi en aquel instante como infalible la pérdida de Chile, pero me propuse hacer los últimos esfuerzos, y seguir cuando menos una guerra de partido; avancé guerrillas para proteger a los que huían; el capitán don Patricio Castro, con una guerrilla de húsares, salió a recibirlos: tal era el terror de los que acababan de salir de la plaza, que con sus cuentos de muerte y de haber perecido toda la guarnición en la punta de las bayonetas, intimidaron a los de la tercera [división]. Castro se vio precisado a usar del sable para contener a los de su mando, que querían huir. Di orden al coronel [Luis] Carrera para que destacase varias partidas bien montadas hacia Rancagua, y que al amanecer se retirase a Maipo. Yo marché a Santiago a disponer se pusiesen en salvo los intereses del Estado y a poner en campaña cuanta fuerza pudiese. Les fue imposible a los jefes contener la tropa, y por consiguiente, necesario verificar la retirada a las siete de la noche, para evitar se desertase toda la división.

OCTUBRE 3 DE 1814

Al amanecer llegué a Santiago y encontré que el vocal Uribe, en vista de mis avisos y prevenciones, hechas por mi ayudante don José Samaniego, a quien mandé desde las inmediaciones de Rancagua el día 1º, había tomado las determinaciones siguientes: dio orden para coleccionar todas las armas, caballos y mulas del pueblo y sus inmediaciones. Don Gabriel Valdivieso y don Juan Herrera pasaron a la Casa de Moneda a tomar razón de sus caudales y hacerlos empaquetar. Se trasladaron todas las tropas, municiones y artillería que había en la capital, a la Casa

de Moneda. Oficio al comandante Las Heras, que estaba en Aconcagua con 180 auxiliares de Buenos Aires, para que pasase inmediatamente a Santiago; el Justicia Mayor, don José Miguel Villarroel, debía proporcionarles todo lo necesario para la marcha. Villarroel estaba advertido de mandar 1.000 mulas, 500 caballos y de poner en los pasos de la cordillera guardias para impedir el tránsito a todo el que no llevase pasaporte del gobierno. Al gobernador de Valparaíso se le ordenó tomase los buques mejores y embarcase en ellos todos los útiles de guerra que pudiese, esperando segunda orden; que reuniese caballos y tuviese pronta la fuerza de su mando para ocurrir⁵ al punto que conviniese; que tomase todas estas providencias con energía, desterrando y castigando vigorosamente a todos los que se opusiesen a unas medidas tan conducentes al bien del Estado. Al aumentarse los peligros, por la completa derrota de las dos divisiones de Rancagua, se dieron nuevas órdenes al gobernador de Valparaíso, mandándole terminantemente que todos los buques cargados con útiles de guerra, las lanchas cañoneras y demás embarcaciones capaces de darse a la vela, lo verificasen al primer viento, hasta anclar en el puerto de Coquimbo; que las que no estuviesen en estado se incendiasen; que se clavasen los cañones que no pudiesen llevarse, tirarlos al mar y quemando el cureñaie; que saliese con toda la guarnición a situarse en Quillota y esperase órdenes en aquel pueblo. Contestó el gobernador que ya se movían las tropas y que haría cuanto se le prevenía. Mandó Uribe al coronel Alcázar con 25 dragones, 150 fusileros, 200 milicianos de Portus y alguna artillería en auxilio de mi división, pero antes de andar dos leguas, se le dispersó toda la gente.

Al capitán Barnechea, acompañado del coronel Merino y de una escolta de 19 hombres, se les comisionó para que condujesen los caudales con dirección a Coquimbo; esta elección fue del gobierno cuando yo no había llegado aún de Rancagua, pero luego que llegué se me presentó Barnechea con orden del gobierno para recibir las mías: le ordené marchase inmediatamente a Aconcagua, advirtiéndole que la retirada de las tropas era a Coquimbo, pero que en el camino de Aconcagua recibiría nuevas órdenes. Conducía 300.000 pesos.

Se ofició a todos los coroneles de los regimientos del norte para que pusiesen sus cuerpos sobre las armas, en el número de plazas que les fuese posible. Al doctor don Bernardo Vera se le comisionó para que pasase a las Provincias

5 *Ocurrir*: concurrir.

Unidas, con oficios al gobierno para que se nos auxiliase. Se retiraron⁶ a las villas de Aconcagua y [Los] Andes, más de 1.200 cargas de pertrechos, armamentos y vestuarios. Todas las tropas que no estaban armadas, también se retiraron a estos puntos.

La división se situó en la chacra de Ochagavía. Las fuerzas, a las órdenes de Alcázar, se dispersaron enteramente. Bustamante y Serrano, en lugar de presentarse con 250 fusileros, lo hicieron solos, diciéndome que la gente se había dispersado sin serles posible contenerla.

Llegaron los brigadieres don Bernardo O'Higgins y don Juan José Carrera de vuelta de la brillante campaña. O'Higgins habló tanta falsedad y con tanta irracionalidad que hasta hoy no he podido comprender. Lo sucedido en Rancagua, desde que el enemigo pasó el Cachapoal por el vado de Cortés, consta de las relaciones que demuestra el [documento N° 126]; en ella se expresa el nombre de los autores; no tengo duda de su verdad, porque son en todo conformes con cuanto he oído generalmente. Tuvo valor O'Higgins de preguntarme por qué no había cargado más la tercera división. Le pregunté, yo, si él había sabido o visto cuando se acercó; me dijo que sí, y que se había repicado avisándolo a los soldados y todos sintieron el ataque. Le reconvine cómo era que no había salido, a pesar de mis órdenes y de la necesidad, teniendo en la plaza 1.617 hombres de fusil y cañón, y por qué no había mandado se replegasen a la tercera división los 1.300 famosos milicianos; nada satisfizo ni es capaz de satisfacer jamás. ¡Bárbaro! Con los 2.917 hombres que tenían las dos divisiones, podía y debía ser batido Osorio, por la excelencia de la caballería aconcagüina que no respetaba la metralla. ¿Qué dirá el señor O'Higgins de la sorpresa? El enemigo pasó el río por el vado de Cortés, vado por el que tenía repetidos avisos, intentaba pasar por ser el más a propósito, y que los emigrados de Rancagua le aconsejaban lo eligiese a Osorio. En oficio del 20 se ve que O'Higgins me pedía tomase posesión de la Angostura por temor [a] que el enemigo, pasando por el vado de Cortés, tomase aquel punto e interceptase la comunicación; en el del 24 del mismo septiembre dice que el río está vadeable por todas partes; en el del 25 teme que el enemigo trate de sorprenderlo; la noche del 30, después del recelo que le causó la intimación de Osorio, de mi prevención y de ver que yo hacía avanzar tropas en lugar de descuidarme, tuvo avisos de que el enemigo intentaba verificar el paso por el vado de Cortés. ¿Qué

6 *Retiraron*: remitieron.

precaución se cree que tomaría O'Higgins? La contestación la da la relación de los sucesos de las primeras divisiones en Rancagua, principalmente las de Samaniego. ¡Cuándo creería Osorio, sin tirar un tiro, pasar el Cachapoal! Se puede decir que al llegar a Santiago fue sentido. ¿Cómo sería la persecución que decía Garay hacia la caballería por la retaguardia al enemigo? El enemigo vio la retaguardia de los nuestros, pero no los nuestros la del enemigo. Pasó Osorio durante la noche con tanto cuidado que no interrumpió el tranquilo sueño del capitán don Rafael Anguita que, con... [sic] hombres, guardaba el interesante vado de Cortés. Ojalá que la vigilancia del 1º de marzo en Concepción la hubiese reservado para el 30 de setiembre.

Osorio, repuesto ya del destrozo que sufrió en Rancagua en las 36 horas de fuego, marchaba sobre la capital. Defenderla era imposible por el desorden de la tropa, que no podía evitarse, porque la mayor parte de los oficiales cumplían tan bien como Alcázar y Bustamante.

Todo el día se trabajó mucho en retirar cuanto debía sernos útil en Coquimbo.

2. Estado general de las divisiones que formaron el ejército en Rancagua y de las distribuidas en los diferentes puntos de defensa

Estado mayor de la primera división.

Comandante general: brigadier don Bernardo O'Higgins; mayor de órdenes: coronel Francisco Calderón; ayudantes: teniente coronel Venancio Escanilla; sargento mayor Pedro Nolasco Astorga; capitán José Miguel Lantaño; capitán José Ignacio Urrutia; comisario de guerra: Domingo Pérez.

Estado mayor de la segunda división.

Comandante general: brigadier Juan José Carrera; mayor de órdenes: sargento mayor José Bernardo Cáceres; ayudantes: teniente Manuel Serrano; alférez José Almanchi; alférez Salvador Villalobos; comisario: Ignacio Toledo; proveedor: Andrés Vera.

Estado mayor de la tercera división.

Comandante general: coronel Luis Carrera; mayor de órdenes: teniente coronel Ambrosio Rodríguez; ayudantes: sargento mayor Pedro Fuentes; capitán Manuel Zorrilla; teniente Pedro Aldunate; comisario: Marcelino Victoriano.

Batallón mayor del ejército.

General en jefe: brigadier José Miguel Carrera; mayor general: coronel Raimundo Sesé; ayudantes: coronel Rafael de la Sotta; coronel José Samaniego; capitán Manuel Cuevas; teniente José Tomás Urre; teniente Juan de Dios Martínez; vicario general: presbítero Julián Uribe; tesorero general: José Jiménez Tendillo; auditor de guerra: licenciado Manuel Novoa; proveedor general: José Vigil

Batallón N° 1.

Comandante el brigadier don Juan José de Carrera. Sargento mayor: Miguel Ureta. Capitanes: Antonio del Río, Francisco Barros, Juan Manuel Correa, Pedro Urriola, José Paciente Sotta, Pedro Bustamante. Tenientes: José Toribio Torres, Felipe Palacios, Gaspar Manterola, José Ibieta, Francisco Toledo, José Santos Palacios, Manuel González, Juan Castro. Subtenientes: Lorenzo Villegas, Manuel Nonato, Bartolomé Azagra, Lucas Yacotal, Francisco Pinto, Agustín Valderrama, Rafael Mujica, Antonio Reán, José Dolores González, José María Allende, Manuel Lavín, Luis Ovalle H., Juan Evangelista Sánchez, Bartolomé Barros. Ayudante mayor Narciso Cotapos. Portas: Manuel Villegas. Capellán: Laureano Díaz.

Batallón N° 2.

Comandante, coronel Francisco Calderón. Capitanes: Juan Calderón, Francisco Javier Molina, Antonio Sotta. Tenientes: Gregorio Sandoval, Pedro S. Martín, Hilarión Gaspar, José María Rebolledo, José María Manterola. Subtenientes: Nicolás Maruri, Juan José Quijada, Alejo Curriel, Judas Contreras, Nolasco Polloni, Francisco Melo.

Batallón N° 3.

Comandante: Francisco Elizalde. Sargento mayor: Manuel Calderón. Capitanes: Manuel José de Astorga, Juan de Dios Binimelis M., Juan Bautista Araya, Hilario

Vial M. Tenientes: Mariano Navarrete, José María S. Cristóbal, Diego Larenas, Pablo Millanicán, Ramón Allende, Florencio Palacios, Antonio Pasos. Subtenientes: José Esteban Fáez, Diego Valdovinos, Agustín Soto, José María Cotal, Santos S. Martín, Vicente Soto, Mateo del Campo, José María Briceño, José Antonio Hevia, José Vicenti, Gregorio Sanhueza, José Tomás Mujica, Francisco Barra. Ayudante mayor: José Santiago Sánchez

Batallón N° 4

Sub Inspector: Ambrosio Rodríguez. Subinspector interino: Pedro Vidal

Regimiento de Húsares Nacionales

Coronel: José María Benavente. Teniente coronel: Diego Benavente. Comandante de Escuadrón: Joaquín Prieto. Comandante de Escuadrón: Pedro Villar. Sargento mayor: Juan de Dios Rivera. Capitanes: Juan Felipe Cárdenas, Francisco Cuevas, Juan de Dios Ureta, Miguel Pinto, Ramón Novoa, Gregorio Allende, Patricio Castro, Bernardo Videla, Domingo Binimelis, Isaac Thompson, Juan José Benavente, José María Vargas. Tenientes: Manuel Joaquín Lastra, Alfonso Benítez, Rafael Freire, Tomás Martínez, Agustín Almanza, José María Cruz, Juan de Dios Martínez, José Antonio Piñeira, Camilo Benavente, Bartolomé Prado, Gregorio Serrano, Pedro María Manzano. Alféreces: José Villela, Manuel Jordán, Rudecindo Flores, Bruno Orella, José Manuel Saavedra, Juan Ibieta, Santiago Flores, Juan José Fontecilla, Isidro Mora, Manuel Quintana, Pedro Prado, Agustín Caro. Ayudante mayor: Manuel Benavente. Ayudante mayor: José Antonio Cruz. Porta estandartes: Silverio Guzmán, José María Quiroga, Juan Gutiérrez, Domingo Gómez.

Regimiento de caballería de Aconcagua

Coronel: José María Portus.

Escuadrones de dragones de Concepción

Comandantes. Coroneles: Andrés Alcázar, Rafael Anguita, Ramón Freire, Agustín López, Vicente Garretón, Gaspar Ruiz, José Miguel Lantaño. Ayudantes mayores:

Lorenzo Ruedas, José Antonio Lagos, Pedro Reyes, Isidoro Quinteros, Pedro López, Francisco Ibáñez, Gregorio Pradines, Gaspar Salamanca, Domingo Anguita, Miguel Duarte, ... [sic] Martínez; ... [sic] Vera, Juan Nepomuceno Venegas.

Cuerpo de Artillería

Coronel: Luis Carrera. Sargento mayor: Juan Nepomuceno Morla. Capitanes: Pedro Nolasco Vidal, José Domingo Mujica, Servando Jordán, Ignacio Cabrera, Ramón Rabé, Antonio Millán, José Borgoño. Tenientes: Vicente Romero, Francisco Javier Arellano, Felipe Henríquez, José María Vidal. Subtenientes: Bartolo Barros, Juan Uribe, José María Guerrero, Isidoro Vidal, José María Arenas, Antonio Lorca, Bartolo Icarte, José Águila. Subtenientes: José Duarte, José Guzmán, Agustín Arenas, Pedro Hurtado, Domingo Manríquez, Ángel Argüelles. Segundo ayudante: teniente Ramón Sepúlveda. Abanderados: Pedro Pérez, Antonio Vidal.

		Jefes	Oficiales	Artilleros y fusileros	Milicias de caballería
Divisiones	1ª DIVISIÓN				
	Artilleros		4	80	
	Infantería Nº 2		13	164	
	Infantería Nº 3	2	27	441	
	Dragones		16	264	
	Milicias Rancagua	1	8	35	100
	TOTAL	3	68	984	100
	2ª DIVISIÓN				
	Artilleros		4	80	
	Infantería Nº 1	1	28	625	
	Caballería Aconcagua	3	50		1.200
	TOTAL	4	82	705	1.200
	3ª DIVISIÓN				
	Artilleros		4	80	
	Infantería Nº 4	1	8	186	
	Húsares Nacionales	3	34	186	464
	TOTAL	4	46	452	464

		Jefes	Oficiales	Artilleros y fusileros	Milicias de caballería
Guarniciones	Santiago			576	500
	Melipilla	1	4	116	200
	Valparaíso	1	12	400	
	Auxiliares Aconcagua	1		180	100
	Total guarniciones	3	16	1.272	800
Totales	Total 1ª	3	68	984	100
	Total 2ª	4	82	705	1.200
	Total 3ª	4	46	452	464
	Total guarniciones	3	16	1.271	800
	Total fuerzas	14	212	3.412	2.564

	Cañones	Fusiles	Quintales de pólvora	Cartuchos de fusiles	Piedras de chispa
1ª División	6	2.000	20	30.000	4.000
2ª División	5	1.370	12	30.000	6.000
3ª División	4	2.000	30	60.000	9.000
Total	15	5.370	62	120.000	19.000

3. Oficio de Bernardo O'Higgins al coronel Benavente⁷. 30 de septiembre de 1814

Está bien que V.S. espere en este punto al general de esa división con respecto a que ya han variado las circunstancias, pues el enemigo no avanzará el Cachapoal

7 Insertamos este texto aquí y no en la sección dedicada a los documentos de O'Higgins por cuanto el general Carrera lo menciona en la parte del *Diario* que hemos transcrito anteriormente.

porque ya vio ayer el resultado que podía tener si tal cosa pensase. Hoy ha mandado un huaso conduciendo un pliego para el Gobierno el que he remitido sin perder momento, pues me pienso que todo lo hace de miedo.

Dios guarde a V.S., muchos años. Rancagua y septiembre 30 de 1814.

Bernardo O'Higgins

Al señor coronel don José María Benavente.

4. Oficio Reservado. José Miguel Carrera a la Junta Gubernativa, relativo a la situación del ejército. 2 de octubre de 1814.

(Reservado)

Excelentísimo señor:

Si los esfuerzos de esta 3ª división no facilitan la comunicación con las dos que el enemigo tiene encerradas en Rancagua hoy perece el ejército restaurador o se salva si nos protege la Providencia.

¡Qué males trae la ignorancia! Toda la noche ha habido fuego vivísimo y en este momento marchamos a atacar. La angostura debía guardarla Bustamante para proteger nuestra retirada, si es que podemos verificarla.

Dios guarde a V.E. muchos años. Campo de Rancagua, 2 de octubre de 1814, a las cinco y tres cuartos de la mañana. Excelentísimo Señor.

José Miguel de Carrera

Al Excelentísimo Superior Gobierno de Chile.

5. Relación de José Samaniego

El coronel don José Samaniego llegó a Rancagua la noche del 30 de septiembre, en circunstancias de recibirse el pliego de intimación de Osorio. Dice que O'Higgins penetró la mala fe del enemigo, y que se propuso tomar todas las precauciones posibles y prevenirse para el ataque que esperaba al día siguiente. El capitán don Rafael Anguita que con una gran guardia cubría el paso de..., avisó a su general que el de Cortés estaba sólo. O'Higgins contestó de palabra que pusiese en él 16 hombres. Samaniego le advirtió que sería mejor mandar la orden por escrito para evitar equivocaciones y disculpas, a lo que accedió O'Higgins. Habló O'Higgins con Samaniego de las noticias que tenía de intentar Osorio pasar por el vado de

Cortés a causa de las ventajas que ofrecía según los informes de los rancagüinos que le acompañaban. Se retiró Samaniego a descansar un poco, y quedó en volver a la media noche; no volvió hasta el amanecer del día primero y quedó admirado al ver que en casa de O'Higgins dormían todos tranquilos. Entró al cuarto de los ayudantes y reconviniendo por el sosiego que observaba cuando se esperaba que atacase el enemigo, respondió el teniente coronel don Venancio Escanilla, ayudante de O'Higgins, que su general no había dejado prevención alguna y que como no había novedad se iba él también a dormir porque estaba muy rendido a causa de haber pernoctado las tres noches anteriores. Samaniego que vio aquella confianza creyó sería fundada, y se retiró a su casa. Apenas se desmontó del caballo cuando oye tocar generala; corre a la plaza y encontró en ella a O'Higgins quien le dijo, fuese a avisarme que el enemigo había pasado, y que salía a recibirlo con su división, para lo que se había avisado al comandante de la 2ª división a fin de que lo sostuviese. La 2ª división estaba en la hacienda de Valenzuela a una legua de la plaza. Samaniego desaprobando la salida de O'Higgins marchó hasta que me encontró a dos leguas de Rancagua a cuya plaza me dirigía con la 3ª división que había ya andado 3 leguas.

Hasta aquí es culpable O'Higgins por haber mirado con abandono la seguridad del paso de Cortés, sabiendo que el enemigo intentaba pasar por él, por no haber tomado en la noche todas las precauciones debidas a los fundados recelos con que se esperaba la sorpresa de Osorio. ¿Qué militar por bárbaro que sea no pone sobre las armas las fuerzas de su mando en los momentos que espera ser atacado y sorprendido? O'Higgins cuando sabía que el general en jefe hacía pernoctar la infantería y artillería de la 3ª división para proteger las que estaban en Rancagua, tuvo paciencia para echarse a dormir tranquilamente la noche del 30 de septiembre, sin siquiera haber puesto retenes ni haber asegurado los vados del río con grandes guardias de alguna consideración. Cubrir el vado de Cortés con 6 hombres de lanza, y esto por la casualidad de haberlo advertido Anguita. Seguramente que parece cosa de venta ¿y el dormir la 1ª división el día 1º de octubre hasta las 6 y media de la mañana? A O'Higgins le constaba que Osorio estaba con todas sus fuerzas en las orillas del sur del Cachapoal, es decir, a 12 cuadras, las avanzadas enemigas de las de nuestro ejército. No sé qué disculpa pueda dar a estos cargos.

6. Relación de Eugenio Cabrera

El capitán don Eugenio Cabrera, comandante de la artillería de la 2ª división que se halló en Rancagua durante la acción del 1º y 2 de octubre, hace la relación siguiente: El 1º de octubre en la mañana me llamó mi comandante general don Juan José de Carrera, y me mandó preparar la artillería para marchar en auxilio del general O'Higgins porque el enemigo había pasado el río. Salió sin demora la 2ª división, marchó con todo orden, y no tardamos en llegar a la plaza, cuya posición cubrimos. Determinó después nuestro general salir a batir al enemigo y a proteger a O'Higgins. No habíamos marchado 5 cuadras cuando nos volvimos a la plaza. En estos conflictos le pregunté si sabía la posición que ocupaba O'Higgins, y me respondió mi general que no lo sabía. Me destinó con dos piezas de artillería y 50 granaderos a ocupar una boca calle a dos cuadras de la plaza. Cuando apenas llegaba al punto que se me había designado, me atacó el enemigo por aquella parte, rompiendo sus fuegos con un obús. Me atrincheré a unos líos de charqui y mantuve mi puesto durante el día con no pequeña pérdida de los valientes que tenía el honor de mandar. Tanto se minoró mi fuerza que me vi obligado a pedir auxilio para no perder mi artillería, pidiendo al mismo tiempo se me quitasen los muertos y heridos que me rodeaban para que no se consternasen los demás. El valiente oficial don José María San Cristóbal me reforzó con algunos soldados, con lo que pude alejar por aquella parte al enemigo que se me acercaba demasiado. Conociendo yo el ningún objeto con que se sostenía aquella posición y que el enemigo se disponía a tomarla con fuerzas muy superiores, solicité de mi general el retirarme: se me concedió, y lo ejecuté en la noche, rompiendo las trincheras de la plaza para pasar la artillería. A las 11 de la noche recibí orden para que sacase la artillería de batería y me dispusiese a marchar, así lo hice inmediatamente. El enemigo luego que sintió nuestro movimiento empuñó sus ataques, por lo que recibí contra orden para volver a ocupar las baterías. A la una o dos de la mañana del día 2 de octubre se me presentó el capitán don Antonio Millán, comandante de la artillería de la 1ª división, y el alférez Márquez, diciéndome que de orden de los jefes de las divisiones iban a consultar conmigo, si podríamos salirnos de la plaza, porque las municiones estaban escasas, y si se acababan nos perdíamos miserablemente; que ellos habían salido de sus baterías a manifestar esta necesidad a los generales y que su contestación fue de que se consultasen conmigo. Yo les contesté que creía que los generales no tendrían tales miras porque a la prima noche después de estar todo dispuesto no lo habían verificado, y que ya se habían dispersado los bueyes, peones y aún mucha tropa;

pero que estaba dispuesto a lo que se me ordenase. Conocí que mi respuesta no había agradado, y que la intención de aquellos oficiales era la de abandonar la artillería, haciendo la salida sin ella; por esto apenas se separaron de mí los oficiales cuando mandé al alférez don José Santos Palacios para que informase a mi general de la sesión que había tenido con los consultores para evitar suposiciones que fuesen perjudiciales a mi honor, añadiéndole que asegurase a mi nombre que me animaba a salvar mi artillería, y mi gente saliendo con arrogancia hasta donde se me ordenase. Me contestó Palacios a nombre del general, que se había determinado esperar el día; que me mantuviese con las pocas municiones, y que cuando nos viésemos muy afligidos saldríamos por la fuerza como yo proponía.

En la mañana del 2 se anunció la llegada de la 3ª división en nuestro auxilio con repiques y vivas, pero no por eso hizo el menor esfuerzo la guarnición, a pesar [de] que se observaba que las fuerzas enemigas se dirigían a atacar la división que nos auxiliaba. Se retiró la 3ª división y el enemigo redobló entonces sus ataques.

Viendo yo en ese tiempo la notable dispersión de la tropa, y que consistía en la falta de sus oficiales respectivos, me dirigí a mi general y le hice presente que estábamos expuestos, si no se comportaban mejor los oficiales, pues en mi batería sólo ocupaban sus puestos los de artillería, y uno que otro de infantería. El general me dijo: “Cabrera, nada se puede remediar si V. no hace de su parte lo posible”.

Llegué a mi batería, continué la defensa, y cuando ya bajaba el sol llegó un oficial con orden de mi general para que fuese en persona a recuperar una batería que había tomado el enemigo. Inmediatamente tomé un cañón de a 8, avancé con él sobre el enemigo, y cuando este jugaba se acercó mi asistente con el caballo diciéndome que montase porque ya habían escapado los generales; lo reprendí no dando ascenso a lo que decía, y tratándolo de cobarde, por lo que me dejó el caballo y se arrancó; un Granadero se montó en mi caballo, y me dejó mirando; tiré un cañonazo y escapé por el humo a refugiarme en un bajo. Allí fui prisionero de guerra. Me condujeron al hospital porque estaba herido. En la sala había como 500 heridos y muchos de ellos quemados. Don Juan de Dios González y don Manuel Martínez me visitaron y dijeron que la pólvora se les había incendiado cuando la cargaban para retirarse en la noche; que a instancias de Pinuer hicieron la última tentativa que les salió favorable. Martínez instaba porque le dijese el paradero de los caudales para que nos partiésemos de ellos. Felizmente pude escaparme y me dirigí a Santiago en donde fui auxiliado para continuar a estas provincias.

7. Relación de Nicolás Maruri

Don Nicolás Maruri, Alférez de infantería agregado al Batallón N° 2, dice lo siguiente:

En la noche del 30 de septiembre dio parte el capitán don Rafael Anguita, destacado con 50 hombres a guardar el paso de Cortés, por su subalterno don Gaspar Salamanca, de que el enemigo había acercado sus fuerzas y su artillería a la orilla del río. O'Higgins le contestó que si lo tenía por conveniente se reuniese con el capitán don Ramón Freire para contenerlo, y que diese parte de lo que ocurriese. Anguita se retiró a una altura inmediata, y dejó en el río 6 milicianos de guardia. El enemigo sorprendió la avanzada y pasó el río durante la noche, sin ser sentido de Anguita. A las 6 o 7 de la mañana del 1° de octubre se tocó generala y O'Higgins con los auxiliares, dragones, infantería de Concepción y el regimiento de Aconcagua, salió a oponerse al enemigo, llegó hasta los potreros de Sotomayor en donde se rompió el fuego contra el enemigo; y después de un corto tiroteo se retiró a la plaza; de los potreros a la plaza hay 12 cuadras. Cuando O'Higgins llegó a la plaza ya estaba en ella el brigadier Carrera con la 2ª división y no tardó el enemigo en atacarnos circunvalando la plaza. La caballería de Portus, o de Aconcagua, que cubría en la retirada la retaguardia de O'Higgins, no pudo entrar a la plaza porque los nuestros creyéndolos enemigos le hacían fuego. Recibía por el frente nuestros fuegos, y por la retaguardia los del enemigo, por cuya razón se dispersaron precipitadamente; la retirada de O'Higgins fue tan desordenada que en ella se puede decir destruyó la mayor parte de su división. Empezó el enemigo su ataque con toda viveza; pero se le contuvo con valor. En la tarde del 2 fui mandado por O'Higgins con 40 hombres y con los oficiales don Juan de Dios Larenas y don José Esteban Fález a tomar una trinchera que el enemigo había formado en la bocacalle de San Francisco. Con buen éxito la tomé, pero como el oficial Larenas y mucha parte de la tropa que llevaba a mis órdenes se había escondido en los cuartos de la calle, dejé a Fález con 12 hombres sosteniendo la trinchera, y me dirigí a sacar mis soldados. Al mismo Larenas le pegué sablazos para que saliese; cuando con ellos reunidos iba a proteger a Fález se retiraba éste porque el enemigo cargaba con fuerzas. Al entrarnos en la plaza nuestra artillería me mató cinco hombres. El enemigo volvió a ocupar su trinchera, y por el sitio de la derecha avanzaba con 60 hombres y un cañón de a 4. Doce hombres que había colocado en aquella parte se retiraban con precipitación y el enemigo ya tomaba la esquina de la plaza. Pude contenerlo colocando alguna gente en los tejados, y yo con 40 hombres lo ataqué a sable, acompañado del alférez de dragones don

Francisco Ibáñez. Tomamos el cañón y pasamos a cuchillo la mayor parte de los enemigos que lo sostenían. Entregué por resultado de este pequeño esfuerzo al general O'Higgins el cañón con sus municiones, una caja de guerra y 13 tercerolas.

Cuando en la mañana atacó la tercera división, se celebró con dianas y repiques. La guarnición no hizo el menor movimiento y el enemigo empezó a cargar sus fuerzas sobre la 3ª división. Cuando se retiró la división se dijo que O'Higgins había dicho que éramos perdidos los que estábamos dentro de la plaza. A las 4 de la tarde vi salir un grueso de caballería como de 150 hombres, creí que sería con el objeto de atacar al enemigo; pero muy luego supe que eran los jefes que huían acompañados de los dragones, dejando a la infantería entregada al sacrificio; al cuarto de hora tomó el enemigo la plaza, porque no había quién la defendiese, y cada uno escapó como pudo. Se aseguró que la tropa que se refugió a la Merced hizo una obstinada resistencia, y que al fin fue pasada a cuchillo, lo mismo que sucedió con muchos de los que ocupaban una plaza perdida únicamente por el desorden y la cobardía. Conozco los oficiales que se portaron con valor y los que no salían de las habitaciones donde se refugiaban para salvar sus miserables personas. *Nicolás Maruri*.

Bernardo O'Higgins

8. Puntos para el oficio al Gobierno de Buenos Aires

1°. Que, de resultas de la fatal revolución del 26 de julio, el Cabildo, corporaciones y mayor parte respetable del pueblo de Santiago y las provincias de Rancagua, San Fernando, Curicó y Talca, en actas solemnes, ordenaron al ejército del Estado pasase a la capital a deponer el Gobierno intruso y tirano, que a medianoche había instalado la intriga de los Carrera. Todas las provincias y Coquimbo se negaron a su reconocimiento, que se obligaban a efectuar cuando lo tuviese el ejército, conforme las instrucciones de los demás pueblos.

Que la escasez de numerario por parte del ejército del Estado y siendo necesario dejar en Rancagua una fuerza que impusiese al ejército invasor, como también para evitar la seducción y soborno que los Carrera con numerosas cantidades de oro habían introducido en el ejército y diariamente se aumentaba, se dispuso que a marchas forzadas avanzase la vanguardia, compuesta de 450 fusileros, la que después de diferentes sucesos felices, llena de entusiasmo patriótico, cuando se puso a la vista de los tiranos en la tarde del 26 de agosto, oficiales y soldados

gritaron a una voz: “¡hoy ha de quedar Chile libre de los monstruos que lo oprimen o seamos todos envueltos en su ruina!”. Se determinó el ataque. Jamás se han visto avanzar tropas con mayor valor y orden, a marcha redoblada, en un llano limpio y parejo, sufriendo todo el fuego de 8 piezas de cañón. Avanzó nuestra línea sin tirar un solo tiro de fusil, con el objeto de definir en aquel momento la lucha a la bayoneta; pero, a menos de medio tiro de fusil, cortó el avance una acequia, desde donde rompió el fuego nuestra línea, que sostuvo hasta oscurecer, y entonces se mezcló la línea contraria, compuesta de mil quinientos hombres de caballería y ochocientos fusileros, con la nuestra, no pudiendo distinguirse el compañero del enemigo. Se retiró nuestra fuerza al punto de reunión que era el río Maipo, con pérdida de cien hombres y dos piezas de artillería, de cinco que llevábamos, que clavadas se abandonaron.

En los momentos antes de concluirse la acción recibí un correo en que se me avisa que el enemigo invasor, habiendo pasado el Maule, había entrado en Talca y marchaba hacia Curicó, y en la mañana siguiente estuvo conmigo un oficial parlamentario, don Antonio Vites Pasquel, que me conducía un pliego del comandante general Osorio, reducido a hacerme saber que si movía mi fuerza de los puntos en que me encontrase aquel oficio, lo tendría por una declaración de guerra y daría principios a las hostilidades, hasta que el parlamentario regresase de comisión que llevaba a los que mandaban en Chile.

Desde este momento, en que se me hacía necesaria la unión con los Carrera, aunque tenía segura su deposición con mis fuerzas, lloré la ruina y disolución del Estado chileno. El odio universal del ejército y del país a las corrompidas costumbres de estos hombres, la memoria de la ruina general a que habían reducido a Chile en los momentos de su deposición en Concepción, intencionalmente dispersando el ejército e inutilizando el armamento, todo, todo, me dejaba ver la triste suerte que experimentamos.

La oficialidad se insinuó conmigo que, si después de la unión me retiraba del ejército, todos harían lo mismo. Esta consideración me obligó desesperadamente a envolverme en la ruina de mi patria.

Después de haber tratado con Carrera acerca de no mover ningún oficial por las opiniones pasadas, cuando se vio en quieta posesión, desterró y quitó los mejores, subrogando jóvenes revolucionarios sin el menor conocimiento militar y llenos de vicios, que hasta la fecha le acompañan.

Lejos el nuevo Gobierno de entretener al invasor, a fin de crear y reunir fuerzas para oponérsele, pone con grillos al parlamentario, declara la guerra y lo

precipita todo el abismo de males que hoy sufrimos y debe lamentar la América. Ellos ilusionaban a los incautos con miles de vestuarios que trabajaban, infinidad de cuerpos, y en la realidad de tres mil y más bayonetas, que contaba el ejército y la capital de Santiago antes de la revolución, se hallaban reducidas a poco más de mil cuatrocientas.

Así fue que me mandó salir de Maipo para Rancagua con una división de cuatrocientos fusileros para oponer a la rapidez de las marchas del invasor. Le hice ver la ruina en que debía envolverse el Estado con la destrucción de los mejores oficiales y soldados de que se componía la tropa de mi mando. (Estoy cierto, señor excelentísimo, que si yo con este corto número, que fue sacrificado en obsequio de la América, no opongo la rapidez a esos monstruos de la España, entran a Santiago sin tirar un solo tiro, riéndose de los ejércitos y aparatos del destructor de Chile).

Diariamente me fingía divisiones gruesas que debía poner a mi disposición para batir a más de tres mil bayonetas que se sabía con certeza traía Osorio, y muchas de ellas tropas bastantes regulares. Al cabo mandó una segunda división, compuesta de 500 fusileros al mando de don Juan José de Carrera, con la denominación de General del Centro. Esta se situó a la retaguardia de Rancagua. Obraba por sí y yo no contaba más fuerza que la de los 400 expresados. El día 1 de octubre en la noche⁸ supe que el enemigo intentaba al día siguiente forzar los pasos del río Cachapoal con todo su ejército. Avisé de ello al general en jefe y al del centro y yo me dispuse a disputarle el pasaje. Antes de amanecer me situé en las márgenes del río, con cinco piezas de artillería. A este tiempo el enemigo había ya pasado una guerrilla de cien hombres de caballería por el vado de Cortés, distante dos leguas del punto al frente de la villa de Rancagua, forzándose el paso contra una partida que de mi división en observación tenía allí, de 20 fusileros montados.

Dividió Osorio su ejército en tres divisiones. El río era pasable por todas partes. La primera me entretenía a mi frente, batiéndome con su artillería desde el otro lado; la segunda pasaba en el vado de los Robles, una legua más abajo, y la tercera, sin oposición, en el vado de Cortés. Dividí mi fuerza en dos divisiones: la una batía a la primera del enemigo, que no efectuó el pase, y la otra a la segunda en los Robles. En el entretanto pasó la tercera enemiga en el vado de Cortés y organizada, se disponía a atacarme por mi derecha.

8 Se refiere a la madrugada del 1 de octubre.

Repetidas veces había insinuado al general del centro la necesidad de obrar de acuerdo y hacer la defensa en el río, pero nunca lo efectuó y se encerró dentro de la plaza de Rancagua, que estaba parapetada, pero sin víveres ni municiones suficientes para sufrir un sitio. Habiendo perdido las esperanzas de refuerzo, mandé a mi segunda división que, en retirada ordenada, se incorporase a la primera, porque la tercera enemiga y en número de más de mil fusileros, cargaba con violencia, y la segunda del frente había colocado dos piezas de artillería en una pequeña isleta, por donde protegía el paso a la infantería.

Ya el enemigo se había hecho formidable, con ocho piezas de este lado del río. Mi pequeña fuerza estaba muy expuesta a una derrota y resolví tomar una posición ventajosa, en las tapias de unos potreros, desde donde me batí por una hora, y aún desde allí embarazaba el paso en el río de las tropas enemigas.

Organizado ya el ejército invasor de este lado del río, dejó una división como de mil fusileros y seis piezas de artillería, batiéndose por mi derecha, y el demás grueso del ejército dio vuelta por camino oculto, a cortarme la retirada a la villa. Luego se me avisó por mis partidas de observación la intención del enemigo y tuve lugar a efectuar mi retirada a Rancagua, con el mayor orden y sin pérdida alguna, no obstante que por mi derecha y retaguardia se esforzaba el enemigo en sus fuegos con viveza.

Pude muy bien haberme retirado con mi división a la cuesta de Chada, lugar seguro para efectuar mi reunión con la tercera división del mando del general en jefe, quien lentamente marchaba a auxiliarnos; pero en este caso era víctima la división del centro, que se había encerrado en la villa y ya la estaba atacando el ejército enemigo.

Bajo el concepto de que el general en jefe, como lo tenía prometido, en aquel día nos debía auxiliar, me incorporé en la plaza con la división de don Juan José de Carrera. Este señor que, antes de la acción, disponía de las divisiones, en este momento me dijo: "*O'Higgins, Ud. mande el todo de estas fuerzas, disponga a su arbitrio, etc.*". Inmediatamente distribuí las partidas necesarias a las trincheras, tejados y paredes y torres, dejando la reserva necesaria. Al instante presentó el enemigo una columna como de trescientos hombres por la calle recta del sur y otra de igual número por la del occidente, presentando en las opuestas del norte y oriente de la plaza, en cada boca calle, dos piezas de artillería y cantidad de fusileros.

Las dos primeras columnas intentaron asaltar las trincheras de su frente, avanzando en desfilada por derecha e izquierda, con mucha fiereza. Pagaron

muy bien su temeridad pues ni la mitad de las columnas alcanzaban a retirarse, dejando las calles cubiertas de cadáveres. Siete asaltos dieron en la misma forma durante las 35 horas y minutos que duró la acción, sin intermisión alguna, en los que perdieron las mejores tropas de Lima y España.

Con líos de charqui nos formaron trincheras, a una cuadra de distancia al frente de las nuestras, todo a costa de sangre. Nos incendiaron el pueblo todo alrededor de la plaza. En este estado se hizo un correo por medio de un espía al general en jefe, haciéndole ver nuestra situación y que ya nos iban a faltar las municiones; que no teníamos agua. Nos contestó que nos sostengamos, que dentro de pocas horas entrará en acción en auxilio nuestro con la gran tercera división de su mando, compuesta de mil trescientos hombres y seis piezas de artillería.

En efecto, a las 30 horas que llevábamos de acción, se presentó por nuestra retaguardia la tercera división. Destacó el enemigo dos guerrillas como de 50 hombres cada una con dos piezas de artillería para entretenerlos. Entonces ordené una salida con la poca tropa que había disponible, pues muy cerca de la mitad se hallaba ya entre muertos y heridos. Se hizo por la calle del sur, con tan buen efecto que se les tomó una pieza de artillería y se les pasaron por las armas 60 soldados europeos de los de Talavera de la Reina. Otra salida se hizo al mismo tiempo por la calle del poniente, también con feliz suceso, rechazando al enemigo y destrozándole la fuerza que tenían en aquel punto, haciéndoles algunos prisioneros que se quedaban en los sitios.

En aquel momento me lisonjié de la victoria, porque vi retirarse al enemigo de todos los puntos que ocupaba hacia el río Cachapoal. Cesaron los fuegos de la plaza, respiramos por un momento, disponía los restos de mi tropa para concluir con el enemigo en su retirada y pasos del río, donde me lisonjeaba de quitarles su artillería, cuando sin saber el motivo se me avisa que la tercera división, donde se hallaba el general en jefe, precipitadamente se retiraba al mismo tiempo que el enemigo fugaba.

Observado por el enemigo movimiento tan extraño, con velocidad volvió a ocupar los puntos anteriores, atacando por todos ellos con desesperación, gritándonos: *“no hay esperanza, patriotas. Sus cobardes compañeros os abandonan. ¡Rendirse!”*. Eran ya las doce del segundo día de acción. No nos quedaba más que un cajón de municiones de fusil. Todos los oficiales y sargentos de artillería se hallaban muertos y heridos; no alcanzaba a contar con 20 artilleros. Algunos soldados de infantería servían los cañones. Ya los soldados desmayaban con la fuga vergonzosa de la tercera división.

En este estado me propuso el general del centro se mandase un parlamentario pidiendo capitulación. Contesté prefería la muerte a tratar con tiranos tan infames y no accedí. Habiendo llegado ya el fuego de las casas a la misma trinchera, los tizones que caían de los techos nos incendiaron dos arzones. Se nos acercó un trompeta que gritó: “*rendirse, patriotas, o morir*”. Se les contestó por nuestros bravos soldados: “*morir primero, tiranos*” y se volteó de un balazo al trompeta. Volvieron segunda vez a repetir, se les contestó lo mismo.

Aconteció que en la trinchera del oriente mataron al valiente oficial don Hilario Vial, la asaltaron y se sostuvieron en ella. Serían ya las cuatro y media de la tarde, no quedaban municiones sino a pocos soldados, el armamento por sí viejo y maltratado apenas servía. Atacan la trinchera del sur que apenas tenía tres artilleros, entran por los sitios y la asaltan y la toman a fuerza de sangre. Cerca de 80 de caballería se replegaron a la plaza y no quedando otro arbitrio más que romper con ellos la línea enemiga, montaron a caballo y en columna a medio galope se hizo la salida por la calle del norte, cuya trinchera aún se sostenía porque la del poniente se había abandonado. En aquel instante fue tal la fiereza de nuestra pequeña columna, que en menos de cinco minutos se rompió y atropelló la línea enemiga, pisoteándoles los artilleros y fusileros y desmontándoles dos piezas de artillería que tenían en aquel punto. Seguían a nuestra caballería como 200 hombres de infantería entre soldados y oficiales. Fue tanta la carnicería de ambas partes a golpes de bayonetas y culatazos, que apenas se podía pasar por la multitud de cuerpos.

Salimos a la Cañada, donde nos esperaban dos guerrillas enemigas de caballería. Luego nos mezclamos con ellas y las destruimos completamente. Quedó el enemigo tan aturdido que absolutamente nos dejó retirarnos a nuestro salvo y pudiendo salvarse cerca ...

9. John Thomas. Relación basada en relatos de O'Higgins (original)

Cuando Pareja⁹ desembarcó y avanzó desde Concepción con el ostensible objeto de tomar posesión de la capital, el general Mackenna propuso un plan de

9 Antonio Pareja.

operaciones tanto defensivas como ofensivas;¹⁰ entre las primeras estaba la ocupación de la línea del Cachapoal, que presentaba una posición muy favorable para aventurar una batalla en defensa de la capital. Tuvo O'Higgins, en consecuencia, desde temprano una apreciación exacta de su importancia y durante la marcha de avance de Gáinza¹¹ desde Chillán, se le llamó especialmente la atención hacia este punto.

Según esto, cuando O'Higgins y don José Miguel Carrera se encontraron en Santiago el 4 de septiembre de 1814 (en cuyo tiempo era claro que las líneas del Maule y del Lontué no podían ser ocupadas con fuerzas suficientes antes de que el enemigo lo hiciera) O'Higgins representó a Carrera en la más enérgica de las formas que la línea del Cachapoal debía ser tomada sin demora y que la batalla que allí se peleara debía decidir la suerte de Chile. A esta proposición, Carrera asintió con su habitual candor aparente. Expresó que el comando en jefe del ejército, según el tratado, pertenecía a O'Higgins y que él consideraba su deber someterse a los planes militares de aquél y darle toda su ayuda para llevarlos a cabo.

Parecía tan sincero don José Miguel en esta ocasión, que O'Higgins, a pesar de haber sido engañado repetidas veces por él, estuvo dispuesto de nuevo a creer en su sinceridad, en esta ocasión en que el enemigo, puede decirse, golpeaba a las puertas de la capital. En consecuencia, O'Higgins no tuvo inconveniente para acceder a la proposición que Carrera le hizo después de firmarse el tratado de paz y conjunta proclama, a saber: que la Gran Guardia y los granaderos partieran a Santiago desde su campo de Maipo, para ser revistados y equipados por su antiguo coronel don Juan José (vuelto de su destierro a Mendoza), quien podría tomarlos bajo su comando. El motivo que para ello tuvo O'Higgins fue que el avance de Osorio¹² le aseguraba la buena fe de Carrera, cuyas traiciones no podía recelar mientras duraran las hostilidades.

Tan deseoso estaba O'Higgins de probar la sinceridad de sus miras, que en el momento mismo en que se firmaron el tratado y la proclama redactada por Vera,

10 El plan de defensa presentado por Juan Mackenna y otras personas data de diciembre de 1810. El mismo Mackenna señala haber entregado a José Miguel Carrera, en Talca y en la primera quincena de mayo de 1813, un plan para "la formación de nuestra línea de batalla con arreglo al número de las tropas, su calidad y el terreno que intermediaba a Chillán que había de ser teatro de guerra". *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo II, p. 242, pero este solo comprendería la zona Talca-Chillán.

11 Gabino Gáinza.

12 Mariano Osorio.

envió orden al general Calderón¹³ para anunciar la paz y para que se proclamase el nuevo Gobierno. Cuando se comunicaron estas órdenes al ejército, los oficiales rehusaron reconocer el gobierno de Carrera hasta que la vuelta de O'Higgins en persona les asegurara su legitimidad. Entre estos oficiales, se distinguió Bernardo Luco, capitán de voluntarios.

El 5 de septiembre O'Higgins volvió a su ejército (el Ejército Restaurador) y le costó mucho trabajo convencer a sus oficiales de que la salvación del país estaba basada sobre la unión y de que la discordia traería seguramente la ruina.

El 6 de septiembre se proclamó en el campamento el gobierno de Carrera y se anunció al mismo tiempo que el comando militar superior quedaría en manos de O'Higgins. El ejército recibió esta comunicación en silencio, sin dar siquiera un ¡Viva!

El 7 de septiembre O'Higgins consiguió con dificultad enviar a Santiago 500 hombres de granaderos al mando del coronel Bascuñán.¹⁴ Envío también 250 hombres de la gran guardia, bajo las órdenes del coronel Prieto,¹⁵ y 80 artilleros; quedándose él tan sólo con 200 voluntarios, 150 infantes, 150 dragones y 50 artilleros.

En este día se ordenó que los dragones, bajo las órdenes del capitán Freire,¹⁶ avanzaran en dirección a San Fernando hasta encontrar al enemigo y poder recoger informaciones respecto a sus fuerzas. El coronel Cuevas¹⁷ con 150 hombres de las milicias de Santiago procedió en seguida a ocupar y proteger a Rancagua.

En los días 8 a 12 de septiembre el Ejército estuvo ocupado de reparar las armas y vestuario, sin recibirse auxilio alguno de Carrera.

Entre tanto, Carrera había conseguido remover de sus puestos a Prieto y a Bascuñán y meter preso a Luco¹⁸ so pretexto de ser un hombre peligroso.

El 14 de septiembre se recibieron despachos de Freire en los cuales aseguraba que había avanzado hasta los suburbios de San Fernando, sin atreverse a entrar en la ciudad, por haber fuertes guerrillas enemigas en los alrededores.

El 13, O'Higgins escribió a Carrera diciendo que, en su ejército, la inactividad comenzaba a producir el descontento e insistiéndole urgentemente en la

13 Francisco Calderón.

14 Juan Rafael Bascuñán.

15 Joaquín Prieto Vial.

16 Ramón Freire.

17 Bernardo de Cuevas.

18 Bernardo de Luco.

necesidad de que todo su ejército tomara la posición del Cachapoal sin pérdida de un solo momento.

El 15 se recibieron despachos de Carrera que contenían las seguridades de su cooperación y grandes alabanzas de las medidas que iba a tomar para fortificar la Angostura de Paine que un eminente ingeniero, el padre Pineda, se había comprometido a colocar en tal estado de defensa que hiciera imposible el avance del enemigo hacia Santiago.

El 17 de septiembre, O'Higgins le hizo saber que era perfectamente inútil fortificar la Angostura de Paine, aún en el caso de que pudiera dejarse inexpugnable, porque tenía a su izquierda el camino de la cuesta de Chada y a su derecha el de Aculeo, pudiendo el enemigo seguir su marcha a Santiago por cualquiera de los dos. Añadía que era tal el descontento de su ejército, que al día siguiente se pondría en marcha para las orillas del Cachapoal y urgía a Carrera para que le enviase inmediatamente hasta el último hombre disponible.

El 18 de septiembre, O'Higgins con su división, compuesta sólo de 400 hombres, como ya se ha dicho, levantó su campo de Maipo y siguió a Hospital de Paine, con gran contentamiento de las tropas.

Encontró al padre Pineda muy ocupado en fortificar el paso de la Angostura y tan seguro del éxito de sus científicos trabajos como para asegurar que Osorio jamás podría avanzar hacia Santiago; que sería imposible forzar ese paso una vez fortificado por él y, finalmente, que no se atrevería jamás a dejar esas fortificaciones a su retaguardia.

El 19 continuó la marcha hacia Rancagua, en donde encontramos al capitán Freire y tuvimos el gusto de saber de su boca que el enemigo tenía su cuartel general en la hacienda de Mendoza, al sur de San Fernando, con dos avanzadas hacia la Angostura de Rengulemu. O'Higgins había temido al levantar su campo de Maipo que Osorio hubiera cruzado el Cachapoal antes de que él llegara y nada, fuera de la crasa ignorancia de la situación que existía en el general español podía haberlo retardado. El hecho era que el mal éxito de Gaínza había puesto muy prudente a Osorio y más lo inclinaba a negociar que a combatir. Sólo cuando estuvo bien seguro de la traición que Carrera meditaba contra O'Higgins, se aventuró a cruzar el Cachapoal.¹⁹

19 Esta afirmación implica, necesariamente, que Osorio contaba con información proveniente desde el seno del sector carrerino del Ejército Restaurador.

O'Higgins escribió de nuevo a Santiago urgiendo el envío de tropas.

El 20 de septiembre, O'Higgins, pasó el Cachapoal con algunos dragones y habiendo avanzado tres o cuatro leguas e interrogado a diferentes campesinos, pudo comprobar que las noticias que le habían dado en la mañana sus espías acerca de las posiciones del enemigo eran correctas.

El 21 de septiembre el general dedicó todo el día al examen del río hacia arriba hasta Cauquenes y a la colocación de las milicias de Rancagua en los puntos más necesarios.

Repitió sus instancias para el pronto avance de las tropas de la capital.

El 22 de septiembre el general inspeccionó cuidadosamente el río aguas abajo desde Rancagua. Encontró tres pasos por cualquiera de los cuales el enemigo podía cruzarlo y ordenó obras de defensa en aquel que le parecía de más probable elección por el enemigo, es decir, en aquel que queda frente a la ciudad de Rancagua y es el más usado por ser el mejor.

El segundo vado está una legua más abajo y es llamado vado de los Robles por dos grandes árboles de esta clase que hay junto a él; no es tan bueno como el otro pero, sin embargo, O'Higgins colocó allí una avanzada de 20 dragones. El tercer paso está otra legua más abajo todavía y se denomina vado de Cortés; es mejor que el de los Robles y aquí colocó O'Higgins una nueva avanzada de 20 dragones. Tenía el proyecto de hacer también obras de defensa en estos dos últimos vados tan pronto como le llegaran refuerzos, pues no deseaba descontentar con excesivos trabajos al puñado de hombres de que disponía.

En la tarde del 23 de septiembre se recibieron noticias de que el coronel Portus²⁰ con su regimiento de milicias de Aconcagua, compuesto de 800 hombres había abandonado la capital con el objeto de reunirse al ejército del Cachapoal y de que los regimientos de granaderos y gran guardia con los voluntarios e infantes de la patria seguirían en un día o dos más. Esta noticia levantó en gran manera los ánimos de nuestro pequeño ejército, especialmente por cuanto, siendo tan lentos los movimientos del enemigo, estaban todas las probabilidades porque los refuerzos llegaran a tiempo para impedir que fuera forzado el paso del Cachapoal.

24 de septiembre. Se prosiguen con actividad los trabajos de defensa del vado que queda frente a la ciudad. Don Manuel Baeza y algunos otros hacendados patriotas han venido a ofrecer al general abundantes cantidades de carne y otras

20 José María Portus.

provisiones. No hay señal alguna de movimientos del enemigo. Todos preguntan cuando llegarán los granaderos y la gran guardia; se envían comunicaciones al Gobierno para apresurar su marcha.

25 de septiembre. Se han comenzado a levantar barricadas en las cuatro grandes calles que conducen a la plaza a una cuadra de distancia de ella, con el objeto de proteger los hospitales y almacenes contra el posible ataque de las guerrillas mientras el ejército esté ocupado en operaciones de mayor importancia. El descontento de las tropas porque los granaderos y la gran guardia no aparecen ha disminuido con la noticia de que al día siguiente llegarán. Esta noticia ha sido tanto más satisfactoria cuanto que nuestros espías han avisado que el ejército enemigo se preparaba a levantar su campo, lo que se comunicó inmediatamente a la capital.

26 de septiembre de 1814. Hay gran actividad en los trabajos de las trincheras de la ciudad.

En la tarde llegaron los tan deseados granaderos a distancia de una legua de la ciudad, hasta la chacra de Valdés, acompañados por el coronel Portus y sus milicias de caballería, en lugar de la gran guardia, todos al mando del general don Juan José. Se reciben noticias de que la hacienda de Valdivieso, distante cinco leguas al sur, ha sido ocupada por la vanguardia enemiga, lo que se comunica por un propio a la capital.

Septiembre 27. Los trabajos de barricadas están ya casi terminados. Esta tarde el general O'Higgins fue a visitar al general Juan José y a su división. Al aproximarse, los granaderos se formaron y lo recibieron con grandes aplausos y gritos de ¡Viva la Patria! ¡Viva el general O'Higgins! ¡Mueran los godos!

Después de darles las gracias, O'Higgins expresó que creía llegada la hora en que nuevos laureles vendrían a unirse a los muchos que ya habían cosechado. Volviéndose entonces al general Juan José le dijo: *"El enemigo se aproxima rápidamente a las orillas del río y espero tener el placer de la compañía de Ud. en el reconocimiento que pienso intentar mañana"*. Juan José aceptó la invitación, pero sus maneras demostraban muy claramente que el pasado tiempo no era de su agrado.

Se despachó un propio a José Miguel anunciándole la aproximación del enemigo.

28 de septiembre. Esta mañana O'Higgins recibió una carta anónima, pero escrita en una forma que en tales circunstancias merecía atención. Aseguraba que el tratado concluido entre él y José Miguel había sido aceptado por el último, con el objeto de aprovechar los servicios de O'Higgins contra Osorio y al mismo

tiempo obligarlo a abandonar su guardia, dejándole así en situación de poder ser despachado fácilmente cuando ya no hubiera necesidad de su espada. Añadía que, en el caso de que O'Higgins derrotara a Osorio, se trataría de asesinarlo en el desorden producido por la victoria y que Juan José habría elegido persona para ese objeto.

Como a las tres de la tarde el general O'Higgins y Juan José cruzaron el Cachapoal por el vado frente a la ciudad (acompañados por 200 hombres de caballería, que era el total de que disponían)²¹ con el objeto de reconocer las posiciones del enemigo. Después de haber recorrido una media legua, observaron una nube de polvo a considerable distancia hacia el frente. Cuando Juan José observó que el enemigo se aproximaba y quizás con el objeto de dar una gran batalla, manifestó que era necesario que uno de ellos, a lo menos, permaneciera con el cuerpo principal de ejército para disponer lo necesario para la batalla, añadiendo que él estaba dispuesto a tomar esa tarea; explicó que O'Higgins podía avanzar en su exploración y que, si se veía obligado a retroceder, lo encontraría a él dispuesto para sostenerlo.

O'Higgins comprendió perfectamente lo que tal propuesta significaba y accedió a ella con perfecto buen humor, con gran satisfacción de su colega, quien no perdió tiempo para retirarse a su división.

O'Higgins continuó avanzando y vio que la nube de polvo era producida por ganados que se movían delante del enemigo.

Cuando hubo caminado tres leguas más o menos, se encontró con las avanzadas enemigas, las cuales se retiraron descargando sus pistolas. Inmediatamente se oyó el redoblar de los tambores y el sonido de las trompetas y un numeroso cuerpo de caballería e infantería ligera avanzó contra O'Higgins y abrió tan violento fuego que el general creyó prudente retirarse, pero no antes de asegurarse de que las informaciones de sus espías eran exactas y de que el cuerpo enemigo que había avanzado hasta la hacienda de Valdivieso estaba compuesto de dos mil hombres más o menos.

21 En la anotación correspondiente al día 26 de septiembre se ha señalado que habían llegado los granaderos y las milicias de Portus, las que eran de caballería, y se ha asignado, en la correspondiente al 23 de septiembre, un total de 800 hombres a esa unidad. Por lo tanto, estos 200 efectivos que se señalan ahora o son de tropas de línea de caballería o la afirmación en sí es completamente inexacta.

O'Higgins efectuó su retirada a Rancagua bajo un violento fuego del enemigo y sin experimentar daño apreciable, a no ser unos pocos hombres heridos.

Comunicó en seguida el resultado por propio enviado a don José Miguel con pliegos en que al mismo tiempo se encarecía la necesidad de hacer avanzar inmediatamente a la gran guardia, los voluntarios, infantes y artillería.

Septiembre 29. Las barricadas de la ciudad están ya concluidas.

O'Higgins propuso a Juan José que defendiera el vado de Cortés hasta que llegaran la gran guardia, voluntarios e infantes. O'Higgins tomaría con su división la defensa de los vados de la ciudad y de los Robles.

Juan José asintió a esta proposición y poco después tuvieron el agrado de oír que Luis Carrera, con la gran guardia y demás, llegaría esa noche a las Bodegas del Conde, situadas a poco más de dos leguas del vado de Cortés y a menos de tres de Rancagua.

Septiembre 30. Esta mañana uno de los granaderos de Juan José se apareció en la pieza de O'Higgins, diciéndole que, habiendo servido bajo sus órdenes en todas las batallas, quería también hacerlo en esta ocasión y estar como ordenanza cerca de su persona, con el objeto de manifestarle su celo. En consecuencia le pidió se dirigiera a Juan José a fin de que para ello le diese licencia. Esto trajo a la memoria de O'Higgins el contenido de la carta anónima y creyó conveniente no rehusar la petición del granadero. En consecuencia encargó a su fiel Pedro que se encargara del granadero mientras tenía tiempo de hablar a Juan José sobre el asunto. O'Higgins comunicó sus sospechas al 2° capitán Astorga²² y ambos opinaron que los Carreras tratarían de destruir a O'Higgins en caso de que la victoria lo favoreciese. Véase la historia del papel encontrado en la manga de un sargento hallado entre los muertos de Rancagua, publicada en la *Gaceta* por los españoles.

El enemigo se acercó con tales fuerzas hacia el río, que O'Higgins decidió retirar las patrullas que tenía en el lado sur. Todo indicaba que se aproximaba rápidamente la hora de un sangriento conflicto cuya solución decidiría de la suerte de Chile. Cuando O'Higgins supo la llegada de la división de Luis Carrera a las Bodegas del Conde, declaró que el ejército de la patria jamás se había hallado frente al enemigo en circunstancias más favorables y, por consiguiente, con tan hermosas expectativas de éxito.

22 Pedro Nolasco Astorga.

Como a las tres de la tarde se recibió de los espías una noticia según la cual Osorio estaba concentrando todas sus tropas en la hacienda de Valdivieso y se llegó a la conclusión de que esto significaba la proximidad de un rápido ataque, quizás para el día siguiente. Poco después se supo la llegada de José Miguel a las Bodegas. Antes de la puesta del sol el coronel Samaniego, edecán de José Miguel, llegó al campamento de O'Higgins con una comunicación, por la cual se comunicaba a éste que S. E. le haría el honor de cenar con él esa noche con el objeto de determinar algunos puntos relativos a las operaciones de guerra.

Cerca de las nueve de la noche llegó apresuradamente un espía confidencial con la noticia de que dos horas antes había oído al propio Osorio asegurar que la noche siguiente cenaría en Rancagua y de que, según los movimientos y preparativos observados en todo el campo español, no cabía duda alguna de que estaban determinados a cruzar el río en la mañana siguiente.

O'Higgins consideró de tal importancia esta noticia, que aun cuando esperaba por momentos que José Miguel llegara a la cena, despachó a su edecán Garay²³ con una carta en la cual le transmitía las noticias recibidas. Añadía que su hermano Luis²⁴ no debía perder un momento en marchar con su división hacia el vado de Cortés, para detener allí al enemigo mientras José Miguel defendía los vados de los Robles y de la ciudad.

A esta comunicación José Miguel contestó que las ideas sugeridas se llevarían instantáneamente a la práctica; que el vado de Cortés sería eficazmente defendido y que la adopción de esas medidas le impedirían acudir a la cena.

O'Higgins escribió también a José Miguel acerca de la necesidad de defender el vado de los Robles, obteniendo la respuesta de que Carrera estaría allí con ese objeto antes de que amaneciera.

O'Higgins envió orden entonces al capitán Anguita,²⁵ que se encontraba de facción en el vado, para que recogiera durante la noche el mayor número de noticias que pudiera, y les comunicara tanto a José Miguel como a Juan José y a él mismo todo movimiento que indicara que el enemigo intentaba cruzar el río. Envío iguales instrucciones al capitán Molina²⁶ que estaba en el vado de los

23 Juan de Dios Garay.

24 Luis Carrera.

25 Rafael Anguita.

26 Francisco Javier Molina.

Robles y la verdad es que no podía haberse elegido para este objeto dos oficiales mejores ni más valientes.

O'Higgins empleó toda la noche en visitar las avanzadas y en prepararse para la acción. ¡Estaba tan convencido de que la suerte de su país se encontraba a punto de decidirse, que no durmió en toda aquella noche!

El capitán Garay volvió cerca de las doce de la noche con la contestación satisfactoria de J. Miguel, lo que puso a Samaniego de tan excelente ánimo que cenó extraordinariamente y bebió buena cantidad de ponche helado. Tan grande fue su contentamiento, que solo hacía algunos momentos que se había retirado a descansar cuando un dragón enviado por el capitán Anguita trajo la noticia de que no había duda de que el enemigo se preparaba a cruzar el río por el vado de Cortés. O'Higgins (entonces, interrumpiendo el reposo de Samaniego) despachó al valiente coronel para que llevara esa noticia a José Miguel y le hiciera saber que no debía perder tiempo en dirigirse al vado, requiriendo, si lo consideraba oportuno, el auxilio de la división de Juan José. O'Higgins, entre tanto, se ocuparía de defender los vados de los Robles y de la ciudad.

Como una hora más tarde llegó un segundo dragón despachado por el capitán Anguita el cual avisaba que el enemigo estaba pasando con fuerzas tan numerosas el vado de Cortés que lo había obligado a retirarse, lo que continuaría haciendo gradualmente y en dirección al vado de los Robles.

O'Higgins comunicó inmediatamente esta noticia a José Miguel por medio del capitán Garay y envió otro mensajero a Juan José con el mismo fin.

Cerca de las nueve de la noche del viernes 30 de septiembre, un espía trajo noticias del cuartel general español en la hacienda de Valdivieso, y, según ellas, Osorio estaba determinado a emprender marcha esa misma noche, cruzar el Cachapoal al romper el alba del día sábado 1° de octubre y atacar en seguida a las fuerzas patriotas.

O'Higgins no perdió un momento en comunicarlo a José Miguel Carrera, que estaba entonces con su división compuesta de [blanco en original] hombres en la hacienda Bodegas o Graneros del Conde o la Compañía (distante cerca de tres leguas de Rancagua) y a la misma distancia del vado de Cortés. Se decía que era indispensable no perder un momento y avanzar con sus fuerzas a defender ese vado, que él (O'Higgins) defendería el vado de la ciudad, mientras Juan José hacía igual cosa en el de los Robles, que queda a medio camino entre el vado de la ciudad y el de Cortés, es decir a una legua de ambos.

Garay volvió en cuatro horas con la respuesta de José Miguel, quien decía que no debían temer por el vado de Cortés, porque el marcharía inmediatamente allí al enemigo cuando amaneciera. De aquí la excusa que dio más tarde José Miguel de no haber podido coger los caballos en los potreros.

Para asegurar tanto como fuera posible la cooperación de José Miguel, O'Higgins, poco después que había llegado Garay, despachó al coronel Samaniego para que le hiciera presente que Osorio atacaría a la mañana siguiente y que debía cuidar del vado.

Octubre 1°. Samaniego²⁷ (confiando en la respuesta traída por el capitán Garay) esperaba encontrar a la división de José Miguel en marcha hacia el vado de Cortés, pero nada supo de ella hasta que llegó a las Bodegas, y, al decir alarmado que se esperaba por momentos que el enemigo cruzara el río, José Miguel y sus compañeros se rieron estrepitosamente a la idea de que eso fuera posible y preguntaron si la división de Juan José se dirigía a las Bodegas, como se le había ordenado.

Su alegría no fue, sin embargo, de larga duración, porque poco después llegó un soldado del capitán Anguita, que se encontraba con veinte dragones en el vado de Cortés, anunciando que el enemigo había aparecido en el lado sur del río y con evidente propósito de pasarlo. Esto sucedía al amanecer y poco después llegó el capitán Garay con un segundo mensaje de O'Higgins a José Miguel, urgiéndolo para que avanzara a fin de que las tres divisiones pudieran unirse y pelear en batalla en caso de que el enemigo cruzara el río, tal como estaba dispuesto en el plan de campaña.

Entre tanto, José Miguel pedía excitadísimo noticias de Juan José y se informaba acerca de si estaba retirándose hacia las Bodegas, a lo cual el capitán Garay replicó que no sabía nada de la división de Juan José, pero que entendía que debía marchar a defender el paso de los Robles. Añadió que, dado el rápido avance del enemigo, no cabía duda de que si José Miguel no avanzaba al instante con su división, el enemigo se interpondría entre él y Juan José y aisladamente los derrotaría. Esto hizo convocar un consejo de guerra, al cual concurrieron Luis Carrera, José María y Diego Benavente, el coronel Sota²⁸ y Samaniego; mientras

27 José Samaniego.

28 Rafael de la Sota.

discutían el camino que debía tomarse, sus deliberaciones eran perturbadas por el estampido del cañón.

El Consejo resolvió, con el voto en contra de Sota, optar por la retirada en vez del avance. La ejecución de este plan tuvo que apresurarse, porque apareció un numeroso cuerpo de caballería que avanzaba por el camino de la cuesta de Chada, aparentemente con el objeto de cortar la división de José Miguel.

Carrera, a causa de esto, iba a enviar a su único oficial que estaba por el avance, es decir a Sota, con el objeto de hacer una exploración, cuando se dio cuenta de que la tropa que se veía era la caballería de Portus. Este descubrimiento detuvo a Carrera e hizo que poco después recobrara sus posiciones de las Bodegas.

O'Higgins había colocado al citado Anguita en el vado de Cortés con 20 dragones. Anguita, después de enviar noticias a O'Higgins, José Miguel y Juan José, acerca de las intenciones que tenía el enemigo de forzar el vado, hizo fuego con su pequeño destacamento cuando comenzaba a pasar el río, retirándose después hacia el vado de los Robles, en donde se juntó con las tropas de la división de O'Higgins que defendían ese punto desde que se supo que Juan José no había querido hacerlo. Juan José, en vez de avanzar, según lo prometido, y encontrarse en el vado de los Robles una hora antes del alba con el objeto de impedir el paso del enemigo, cuando supo que éste se aproximaba y quería vadear el río, se dirigió a juntarse con su hermano José Miguel en las Bodegas. Tenía evidentemente la intención, como después lo confesó, de retirarse con él a Santiago, dejando ir a O'Higgins al sacrificio, pues contaban con que ese sería el resultado, por su temerario carácter, si llegaban a abandonarlo. Es una fortuna para la humanidad que los proyectos bajos y malévolos sean más fáciles de concebir que de ejecutar y que los malvados caigan o sean llevados a las propias trampas que arman para los demás. Tal cosa le sucedió a Juan José. Levantó su campamento muy temprano, calculando poder juntarse sin dificultad con su hermano José Miguel y contando con que O'Higgins, privado de su apoyo y del de José Miguel, se vería obligado a encerrarse en la ciudad, en donde sería para él inevitable el cautiverio o la muerte.

Juan José no gozó, sin embargo, por largo tiempo de tan agradables expectativas, porque apenas había avanzado una legua hacia las Bodegas cuando, lleno de consternación y desaliento, se encontró con la vanguardia de Osorio que había forzado el paso de Cortés y que avanzaba rápidamente, al mando de Elorriaga, con el objeto de cortar la comunicación entre las divisiones de José Miguel, de Juan José y de O'Higgins, lo que había realizado tan eficazmente que Juan José se encontró en la alternativa de tener que batirse, lo que no deseaba, o de retirarse,

lo que efectuó tan torpemente que el general español cortó su movimiento desde el camino de la cuesta de Chada y lo obligó a asilarse en la ciudad de Rancagua.

La rapidez de movimientos del general español había desconcertado los planes de los dos hermanos y al mismo tiempo había obligado a O'Higgins a realizar los mayores esfuerzos para no ver cortada su línea de retirada. Su sistema de mirar siempre de frente al enemigo y de hallarse tan cerca de él como le fuera posible, salvó a O'Higgins esta vez, como en ocasiones anteriores lo había salvado. Al romper el día repartió sus pequeñas fuerzas en dos divisiones iguales. Consideraba que una de ellas era suficiente para defender el vado de la ciudad, dada las buenas posiciones que allí podía ocupar; envió la otra al vado de los Robles, para cooperar a la acción de las fuerzas de Juan José, que estaban especialmente encargadas de defenderlo. Cuando fue de día claro, inspeccionó con su anteojo las fuerzas del enemigo que amenazaban el vado de la ciudad, y por su número y aspecto no vaciló en decidir que el ataque a ese vado era una falsa amenaza.

Por lo tanto se dirigió al vado de los Robles a cooperar a la acción de Juan José, despachando al mismo tiempo un dragón a José Miguel con pliegos en que le comunicaba sus movimientos. Al llegar a los Robles, no sólo no encontró a Juan José y a su división sino que ni siquiera pudo procurarse noticias de ella, quedando en igual ignorancia respecto a los movimientos de José Miguel.

El enemigo, entre tanto, obraba más enérgicamente en el vado de los Robles que en el de la ciudad. Ocupó la isla del río haciendo desde allí vivo fuego con dos escuadrones de artillería. O'Higgins ordenó contestar con igual energía; pero las noticias que recibió lo hicieron cambiar de determinación, pues ese oficial le anunciaba que el grueso de las fuerzas enemigas pretendía forzar el vado de Cortés. En tales condiciones ordenó la marcha de las fuerzas que había dejado en el vado de la ciudad, a fin de asegurar en lo posible su acción en el vado de Cortés, al cual se dirigió inmediatamente para reconocer los movimientos del enemigo; operación que pudo ejecutar sólo con gran esfuerzo y peligros.

Pudo entonces convencerse de que todo el ejército español había pasado el vado de Cortés y que sus fuerzas eran demasiado numerosas para pensar siquiera en atacarlas con su reducido pelotón de soldados. Vio asimismo que existía gravísimo peligro en esperar el ataque y que fácilmente podría ser flanqueado por el enemigo.

Ordenó que la artillería y bagajes se retiraran por el camino de la cuesta de Chada, mientras él trataría de entretener al enemigo con la caballería y fuerzas ligeras. Empeñó con estas tropas una rápida y viva escaramuza con las avanzadas

enemigas y eran tan diestros sus movimientos que no cabía duda de que conseguiría retirarse sin perjuicios, ya por el camino de la cuesta de Chada, ya por el de los montes, que conocía admirablemente.

En tal estado de cosas y en medio del tiroteo, llegó a galope tendido el capitán Labbé,²⁹ uno de los edecanes de Juan José, quien anunció que su jefe era atacado por fuerzas superiores del enemigo, que lo obligaban a retirarse a la ciudad de Rancagua. Añadía que por amor de Dios fuera en su ayuda; de otro modo Juan José estaba perdido. O'Higgins no vaciló un momento en contestarle que iría en su auxilio.

O'Higgins fue censurado por sus mejores oficiales, quienes le reprochaban no haber cuidado de sí mismo y le decían que debía haber dejado que Juan José corriera su suerte. El capitán Astorga,³⁰ uno de los edecanes de O'Higgins, se expresaba con especial calor sobre este punto, pues decía que no cabía duda de que los Carreras tenían presupuestado deshacerse de O'Higgins, si Osorio era vencido. Añadía que en tales circunstancias era el colmo de la locura o de la más absurda generosidad correr tales riesgos por la salvación de tan ruin persona como Juan José.

“Es precisamente porque los Carreras son mis mejores enemigos y porque han tramado mi muerte, que no puedo ahora abandonarlos”. Merece recordarse esta contestación de O'Higgins al capitán Astorga.

Y O'Higgins añadió: *“El honor vale más que la vida. Yo podría retirarme ahora y el verdadero motivo por el cual lo haría, sería la seguridad de mis valientes soldados; pero esto no se interpretaría así y las mil lenguas de la calumnia convencerían pronto al mundo de que yo había vendido y abandonado a un compañero de armas porque lo consideraba enemigo mío. Por lo tanto sólo tengo que decir lo mismo que dije en los Robles: o vivir con honor o morir con gloria; el que sea valiente, sígame”.*

Esta observación puso término a todo debate sobre la materia, y la división de O'Higgins comenzó a marchar inmediatamente hacia Rancagua en tan buen orden que el enemigo se vio incapacitado para hacerle el menor daño.

Eran como las siete y media de la mañana cuando O'Higgins llegó a la plaza de Rancagua en la mañana del día 1º de octubre, después de haber pasado toda la noche en vela y las cuatro primeras horas del día en activo movimiento. Al llegar

29 Podría tratarse de José María Labbé.

30 Pedro Nolasco Astorga.

a la plaza, el general Juan José corrió a abrazarlo y declaró en presencia de los oficiales y soldados allí reunidos que, aunque él era el señor general, sin embargo se colocaba con toda su división bajo el mando y a las órdenes de O'Higgins. Ordenó en seguida a su edecán que diera cuenta de esto a los oficiales y soldados de su división, lo que fue recibido con grandes aclamaciones. O'Higgins contestó simplemente: *"Acepto el mando"*.

Juan José se retiró en seguida a la casa del Cabildo y no salió del agujero en que se escondió hasta la una del día siguiente, cuando oyó que el enemigo se retiraba, como él mismo lo confesó más tarde.

O'Higgins subió entonces al techo de la casa del Cabildo y pudo contemplar al través de su antejo un espectáculo capaz de estremecer cualquier corazón susceptible de sentir el miedo. Vio la ciudad rodeada por todos lados por una fuerza cuatro veces mayor que las suyas y que avanzaba en cuatro columnas de ataque con tanto orden y tranquilidad como jamás lo había visto en ejército alguno español. Vio que entonces tenía que habérselas con tropas y oficiales muy distintos de todos aquellos con que hasta entonces había luchado y sabido vencer y que no había un momento que perder para encontrarse pronto en tan horroroso conflicto. Bajó inmediatamente a la plaza y ordenó al capitán Anguita,³¹ comandante de la caballería, (que había demostrado gran valor y cordura en el encuentro del vado de Cortés y subsiguiente retirada) que recogiera inmediatamente la caballada de sus hombres para resguardarla en los corrales detrás de la plaza. O'Higgins entonces comenzó sus preparativos distribuyendo sus fuerzas de la siguiente manera:

Las barricadas de la calle del sur, o calle de San Francisco, fueron confiadas al valiente capitán Astorga³² (hermano del igualmente valiente edecán) con dos piezas de artillería y los hombres del caso, los que colocó en las casas que flanqueaban las barricadas, en donde quedaban protegidos mientras cargaban sus mosquetes y eran requeridos sus servicios, dejando sólo el número necesario de artilleros para manejar los cañones. La infantería debía hacer salidas alternativas desde las casas y retirarse después de hacer fuego. De otro modo habría durado sólo un día la resistencia.

31 Rafael Anguita.

32 Manuel Astorga.

El capitán Sánchez,³³ oficial valiente y tranquilo, tomó a su cargo la defensa de las trincheras del norte, o de la calle de la Merced.

El capitán Vial,³⁴ también un meritorio y valiente oficial, tomó la defensa de las trincheras del oriente con las fuerzas necesarias, y el capitán Molina³⁵ (distinguido desde largo tiempo por su valor y especialmente como guerrillero), se encargó de la calle occidental.

De las diez piezas de artillería, ocho quedaron distribuidas en la mencionada forma. Las otras dos se colocaron de reserva en la plaza junto con las demás tropas que no eran necesarias para sostener las trincheras o para colocarlas en las torres de las iglesias y en los techos de las casas desde las cuales pudiera hostilizarse al enemigo. En la plaza se izaron los colores nacionales por el teniente [blanco en original],³⁶ quien se mantuvo de pie sosteniendo la bandera durante más de una hora, mientras caía a su alrededor una lluvia de balas, hasta que una grave herida lo obligó a retirarse.

Hechas estas disposiciones, O'Higgins subió a la cumbre de la torre de la Merced para hacer un segundo y más minucioso reconocimiento del enemigo (el cual estaba entonces tan cerca que podían distinguirse perfectamente sus cuatro columnas avanzando en la dirección de las cuatro principales calles). La columna principal venía en dirección a las trincheras de la calle San Francisco y estaba tan próxima que se esperaba por momentos un encuentro sangriento.

O'Higgins se dirigió hacia esa trinchera y allí encontró al temerario capitán Astorga esperando con ansia la aproximación del enemigo, con sus cañones cargados y con sus artilleros mecha en mano.

Los soldados, animados por la conducta de su oficial, mostraban la mayor impaciencia por comenzar la lucha.

O'Higgins dio entonces la orden de que no se disparase un solo tiro hasta que el enemigo se aproximase a corta distancia de las trincheras, con el objeto de que el fuego resultara lo más mortífero posible y de que el avance fuera bastante para que no alcanzara a retirarse fuera de tiro antes de sufrir pérdidas considerables.

33 Santiago Sánchez.

34 Hilario Vial.

35 Francisco Molina.

36 Probablemente se trate de José Luis Ovalle.

Esta columna enemiga era compuesta de veteranos del regimiento de talaveras y se aproximaba al ataque con esa tranquilidad peculiar que caracteriza a los viejos guerreros.

Iban bajo el mando del mayor San Bruno,³⁷ a quien correspondía este cargo por hallarse el coronel Maroto³⁸ como jefe de estado mayor de Osorio.

Cuando se encontraron a la distancia de media cuadra, O'Higgins encargó que se apuntara bien y dio la orden de fuego; el resultado fue horroroso, porque no había medio de escapar de los tiros. Los asaltantes, al recibir esa mortífera descarga, se condujeron como correspondía a su calidad de veteranos, se precipitaron sobre las trincheras y las escaló un número considerable, lo que originó una lucha a la bayoneta que duró hasta que la mayor parte de los asaltantes quedaron muertos o heridos.

Por el gran número de enemigos y el valor que desplegaron, el ataque habría tenido éxito a no ser por el fuego que se les hacía desde los techos de las casas, que los obligó al fin a retirarse de las trincheras hacia las calles laterales, en donde volvieron a formarse. Desde allí dieron dos nuevos ataques en rápida sucesión, pero con menos empuje cada uno de ellos y por lo tanto, igualmente estériles.

Apenas se habían rechazado estos ataques de la calle de San Francisco, cuando O'Higgins se vio obligado a dirigirse a la calle de la Merced, cuyas trincheras eran atacadas por otra numerosa columna enemiga. El capitán Sánchez se condujo con la mayor tranquilidad y valor, alentado por la presencia de su jefe, quien tuvo la satisfacción de ver también rechazado este ataque después de un sangriento encuentro. Las cabezas de las columnas enemigas, en ambos asaltos, eran compuestas por soldados de talaveras.

La tercera columna enemiga había llegado a la calle del oriente y comenzó a atacar las trincheras allí defendidas por el capitán Vial. Este asalto no fue tan violento como los de las trincheras del norte y del sur, pero no terminó, sin embargo, sin que se derramara mucha sangre.

La columna que avanzaba hacia la calle del poniente fue la última en atacar y fue rechazada con menor dificultad que las otras tres, pues los asaltantes habían perdido mucha de la evidente confianza que en un principio manifestaban.

37 Vicente San Bruno.

38 Rafael Maroto.

El capitán Molina había dado el más magnífico ejemplo a sus soldados y O'Higgins inspiraba confianza a todos con su presencia y acción.

Este fue el primero y más sangriento de los siete ataques sucesivos hechos por el enemigo en el espacio de 33½ horas.

O'Higgins se dirigía constantemente al galope de unas trincheras a otras, exponiéndose así a mayor peligro que cualquiera de los soldados. Pocos hombres que se han arriesgado tanto como él han tenido la suerte de salir ilesos.

Rechazado el enemigo en todos los puntos, comenzó a darse cuenta de que las trincheras no serían forzadas con simples cargas a la bayoneta, sin la asistencia de fortificaciones iguales (que protegieran a su artillería) y no pudiendo hacer trincheras de análogo material, se vio obligado a recoger arena en sacos para ese objeto y aún a emplear para ese fin una gran cantidad de lios de charqui.

Colocaron en la cima de estas trincheras gran número de estacas afiladas para proteger a los tiradores.

Mientras el enemigo estaba ocupado en estos trabajos, tomaba también disposiciones que demostraban claramente la impresión que los sucesivos rechazos les había producido: dirigieron parte de sus operaciones a cortar la provisión de agua de la ciudad, pensando en rendir por sed a los que no podían vencer con la fuerza de sus bayonetas. En este trabajo fueron auxiliados poderosamente por un mal chileno, llamado [blanco en el original] y cerca de las doce del día se dio a O'Higgins la noticia de que el agua estaba cortada.

Conociendo O'Higgins que por la condición humana siempre se desea más aquello de que se está privado, vio que si llegaba a saberse la carencia de agua, los soldados se creerían inmediatamente muertos de sed. Encargó entonces a su íntimo amigo el edecán Astorga³⁹ (que, como O'Higgins, merecía el nombre de Corazón de León) que llevara algunos trabajadores a un corral apartado y cavara allí un pozo, colocando centinelas para evitar la indiscreción de los operarios. De este modo, si llegaba a saberse la falta de agua, podía disiparse inmediatamente la mala impresión de las tropas, anunciándoles que se había descubierto y se estaba despejando, un pozo que daría bebida en abundancia.

Después del rechazo del asalto general de que ya se ha hablado, se mantuvo la pelea principalmente con el fuego de fusilería que se hacía desde los techos de las casas y por descargas de la artillería de largo alcance.

39 Pedro Nolasco Astorga.

Sin embargo, tan pronto como los españoles pudieron disponer de la cantidad necesaria de sacos de arena y líos de charqui, comenzaron a colocar sus baterías detrás de esas trincheras a una cuadra (150 yardas) de las baterías patriotas, en cada una de las cuatro calles principales.

En esta tarea perdieron muchos hombres, por el vivo fuego con que se les recibía cada vez que aparecían en las calles.

En cada una de estas cuatro baterías emplazaron dos cañones, algunos de los cuales eran de a cuatro y otros de a ocho libras, con los cuales abrieron violento fuego, fuertemente apoyado por descargas de fusilería. Las baterías patriotas respondían con igual energía, y dada la corta distancia, los desastres eran enormes.

Eran en ese momento las dos de la tarde. El principal cuidado de O'Higgins en todo tiempo era la protección de los heridos.

No había, sin embargo, más que un número muy pequeño de cirujanos, y uno de ellos, llamado Morán,⁴⁰ olvidó hasta tal punto sus deberes, que se escondió tan cuidadosamente como para que transcurrieran varias horas sin encontrarlo.

O'Higgins, que sentía las heridas de sus valientes soldados como si fueran propias, se indignó tanto con la conducta de Morán, que ordenó se le buscara y llevase a su presencia, para juzgarlo y castigarlo. Cuando se le encontró fue enviado a una casa de la plaza que O'Higgins estaba examinando para dedicarla a hospital. Morán y O'Higgins se hallaban uno a cada lado de la puerta, a distancia de menos de una vara y mientras el primero trataba de excusarse, una bala de cañón pasó entre ambos, con tan aterrador silbido que el pobre médico quedó paralizado de temor. O'Higgins no pudo reprimir una carcajada y le dijo que fuera inmediatamente a cumplir con su deber, que así podría escapar de las balas de los enemigos, pero que en caso contrario, no escaparía de las balas de sus compañeros, pues lo condenaría inmediatamente a muerte.

Durante más de dos horas se mantuvo un tremendo fuego de artillería y fusilería, después de lo cual Osorio creyó que podría verificar ventajosamente un asalto general y simultáneo sobre las trincheras patriotas. De acuerdo con este plan, sus columnas avanzaron rápidamente para cruzar las 150 yardas que separaban las baterías españolas de las patriotas, llevando desplegadas banderas rojas y negras para mostrar su determinación de no dar cuartel.

40 Pedro Morán.

O'Higgins vio desde la torre de la Merced los preparativos para este ataque y ordenó reforzar todas las baterías y que toda la reserva se mantuviese lista para acudir al socorro de cualquier punto que peligrara.

Los españoles seguían rápidamente las banderas negras y rojas que los precedían, gritando: “¡Traidores, rendirse! ¡Rendirse insurgentes, o morir!”, a lo cual los patriotas replicaban: “¡Viva la Patria, mueran los Sarracenos!”.

Este ataque general fue, si cabe, más sangriento que el primero e igualmente rechazado.

Puede decirse que O'Higgins se hallaba en todas partes a la vez, valientemente secundado por los capitanes Astorga, Sánchez, Vial y Molina, y también por sus edecanes Astorga, Flores y Urrutia.⁴¹

Hacia la caída de la tarde, Osorio ordenó un tercer asalto general, el cual terminó, después de derramarse mucha sangre, con tan poco éxito como los anteriores.

Contrariado con estos descalabros, Osorio determinó incendiar la ciudad (o al menos las manzanas que forman el cuadrado de la plaza) para obligar a O'Higgins a que abandonara las trincheras, ya que no lo había podido conseguir ni con las bayonetas, ni con los disparos de cañón, ni con la sed.

O'Higgins no tardó en darse cuenta de este plan, y tomó tales disposiciones que el enemigo se vio obligado a mantener un sangriento combate por cada casa que ocupaba, el tiempo necesario para que los patriotas no pudieran extinguir el fuego prendido por los españoles.

En muchos casos, en efecto, los soldados patriotas habían conseguido dominar la iniciada conflagración.

Toda la noche transcurrió en esta sangrienta lucha, cuyo fragor dominaban las descargas de artillería. Los edificios incendiados daban luz más que suficiente para que continuara esta obra de horror.

Entre tanto, un fuego tan continuado comenzó a agotar las municiones y a hacer temer a O'Higgins que todo el valor de sus soldados resultara estéril por falta de cartuchos. Al mismo tiempo estaba ansioso por saber con certeza si José Miguel Carrera permanecía aún en las Bodegas y si lo había traicionado definitivamente o no.

Eran entonces como las dos de la mañana.

41 José Ignacio Urrutia.

Un dragón, en quien O'Higgins tenía gran confianza trató entonces de forzar las líneas enemigas llevando una comunicación para J. Miguel Carrera a las Bodegas.

O'Higgins escribió la siguiente lacónica esquela, que llevó a Juan José para que la firmara: *"Si carga con su división, todo está hecho"*.

Esto sucedía cerca de las diez de la noche, Juan José pidió entonces con ansiedad noticias de la batalla y al saber que el enemigo se preparaba a quemar la ciudad y que en parte lo estaba consiguiendo, demostró la mayor agitación y exclamó: *"Firmaré todo lo que Ud. quiera, pero es inútil; José Miguel nos dejará perecer a ambos; lo conozco bien: él había determinado hacerlo perecer a Ud. y para conseguir su objeto, me destruirá a mí también, destruirá a su propio hermano"*.

Juan José estaba tan atormentado por tales reflexiones que no pudo evitar echarse a llorar mesándose el pelo.

En ese momento, el edecán Astorga, que estaba presente, aprovechó la oportunidad para decir a Juan José: *"Creo que es verdad lo que Ud. dice de su hermano, porque estoy convencido de que todo hombre que lleva el nombre de Carrera, es capaz de cualquier crimen, por más atroz que sea. ¿No recuerda Ud. como trató a mi venerable padre, a mis hermanos y a mí mismo después de la revolución del 15 de noviembre de 1811? ¿Y qué diría Ud. si yo ahora lo hiciera pedazos? Estoy tanto más dispuesto a hacerlo cuanto que estoy convencido que usted envió a uno de sus granaderos, nuestro prisionero en este momento, con el objeto de matar al general"*. Esta nueva observación del capitán Astorga contribuyó a aumentar la agitación y temor que dominaban al general Juan José, pues ella contenía demasiada verdad para que le fuera posible una réplica. Permaneció en silencio, dirigiendo a O'Higgins miradas suplicantes, que elocuentemente decían *"¡Sálvame Ud.!"* O'Higgins intervino entonces para apaciguar a su irritado edecán, lo que pudo conseguir al fin. En el intervalo, Juan José había recobrado la tranquilidad necesaria para poder poner su firma en la nota dirigida a su hermano.

A todo esto, O'Higgins confió el mensaje a su fiel dragón, el cual, por los techos de las casas y por los corrales, consiguió burlar la vigilancia del enemigo, no sólo a la ida sino también a la vuelta. Pudo llegar fácilmente a las Bodegas, en donde encontró a José Miguel, quien le dio la siguiente respuesta: *"Al amanecer hará sacrificios esta división"*.

Poco después de medianoche, el capitán Freire⁴² solicitó una entrevista privada con O'Higgins y, concedida ésta, le manifestó que Juan José le acababa de proponer que, como capitán de los dragones, tomara una cincuentena de sus mejores jinetes y lo ayudara a escaparse durante la noche, de una plaza en donde consideraba inevitable su muerte si esperaba hasta el amanecer. Añadía Freire que él no había aceptado ni declinado la proposición, deseoso de conocer a fondo las intenciones de Juan José y de saber lo que O'Higgins dispondría. Este le contestó: *"Ni un ratón puede moverse ahora sin que yo lo sepa. Juan José se encuentra bajo mis órdenes, tanto como Ud. mismo, en las presentes circunstancias; y si toma alguna determinación sin mi expreso consentimiento, será tratado como la ley marcial lo ordena en tales casos"*. Esta respuesta puso fin a todo plan de evasión de Juan José, quien tuvo que resignarse a escuchar las descargas de artillería y fusilería que se sucedieron sin interrupción durante toda la noche.

Al romper el alba del día domingo 2 de octubre, O'Higgins, desde lo alto de la torre de la Merced, volvió ansiosamente sus ojos hacia el camino de las Bodegas, con la esperanza de divisar las fuerzas de José Miguel, que debían venir en marcha, según las promesas de éste.

En vano miraba, porque nada capaz de darle esperanza veían sus ojos. En cambio, dirigiendo la vista hacia abajo, pudo contemplar que las columnas enemigas se preparaban para otro asalto, el que se verificó poco después, teniendo el general la satisfacción de que fuera igualmente rechazado. O'Higgins se encontraba siempre en el punto de mayor peligro y sus tres valientes edecanes ocupaban los restantes. Las palabras no pueden hacer justicia a la energía y valor desplegados por el edecán Astorga, quien parecía querer sobrepasar las hazañas de su valiente hermano, que tan denodadamente defendía el principal punto de ataque.

Después de este último rechazo, el enemigo envió a un trompeta con bandera de tregua, pero se disparó contra él, como se había hecho con otro en la tarde anterior; O'Higgins había ordenado que así se procediera mientras el enemigo tuviera desplegadas sus banderas rojas y negras, de guerra sin cuartel. Cuando éstas aparecieron, O'Higgins había mandado izar iguales trapos negros y rojos en las trincheras, en las torres de las iglesias y en la casa del Cabildo.

42 Ramón Freire.

Habiéndose rechazado el cuarto ataque general, se procedió a retirar a los heridos y muertos y a repartir aguardiente a los soldados, pues éstos no manifestaban deseo alguno de comer.

O'Higgins volvió entonces a la torre de la Merced para ver si divisaba en el camino de las Bodegas alguna nube de polvo u otra señal de movimiento.

Así pasaron cuatro horas más, durante las cuales sólo se oía el fuego de los cañones y de la fusilería; sólo se veían los incendios de las casas y los esfuerzos de los moradores por extinguirlos. Nada había que pudiera dar esperanza; al contrario, juzgando por los movimientos del enemigo, O'Higgins consideró que debía bajar de la torre para prepararse a rechazar el quinto ataque general.

Este se verificó entre nueve y diez de la mañana y fue rechazado con una resolución que sólo podría comprenderse en hombres dispuestos a morir o vencer.

O'Higgins dispuso sus habituales cuidados a los heridos y volvió de nuevo a la torre, y estaba allí desde pocos momentos cuando descubrió, por fin, lo que desde tanto tiempo esperaba, es decir, una gran nube de polvo en la dirección de las Bodegas, que no le dejó duda alguna del avance de la división de José Miguel.

O'Higgins ordenó a su edecán que anunciara inmediatamente a las tropas tan buenas noticias y que les ordenara gritar: “*¡Viva la patria, muera el rey!*”, lo que hicieron con tan buenos pulmones que los gritos bastaron para ahogar hasta los estampidos de la artillería.

Poco después, O'Higgins observó que cerca de 200 dragones [realistas], llevando una bandera, se movían por el camino que va hacia el vado de la ciudad. Inmediatamente se le ocurrió que la bandera roja indicaba el cuartel general y que Osorio había comenzado su retirada al darse cuenta del avance de la división de José Miguel. Para comprobar hasta que punto eran fundadas sus suposiciones, mandó llamar al huaso que había traído el último despacho de Osorio y señalándole la bandera roja y la caballería, éste contestó inmediatamente: “*Ese es el general Osorio*”, indicando a una persona de poncho blanco que iba al frente de las tropas.

Corto tiempo bastó para disipar toda eluda, porque el ejército español en masa comenzó a retirarse hacia el vado de la ciudad, destacando primero dos guerrillas con una pequeña pieza de artillería cada una, contra la división de José Miguel, que apareció entonces a media legua de distancia, y con el objeto de detener su avance. Las guerrillas eran sostenidas por dos destacamentos de cerca de 200 hombres, con dos piezas de artillería.

O'Higgins creyó posible atacar y destruir estos dos destacamentos antes de que pudieran huirse o ser socorridos. Con tal objeto reunió todas sus fuerzas disponibles (que ya no consistían sino en un puñado de hombres por las bajas sufridas) y las dividió en dos columnas, una al mando del capitán Ibáñez⁴³ y la otra al mando del capitán Molina.⁴⁴ La primera debía salir por la calle del sur y la segunda por la calle del oeste.

El capitán Ibáñez condujo su pequeña partida con un ánimo y celeridad dignos de su causa y fue valientemente secundado por el teniente Maruri.⁴⁵ Avanzaron con tal rapidez que se interpusieron entre los dos destacamentos del enemigo, a los cuales atacaron inmediatamente con tal vigor que en corto tiempo mataron más de cien soldados de talaveras, se apoderaron de sus piezas de artillería y pusieron a los demás en fuga.

El capitán Molina tuvo igual suerte en su ataque, secundado por el joven y valiente edecán Flores.

La sorpresa había sido grande para los enemigos. La mitad de ellos había huido arrojando sus armas; la otra mitad se emborrachaba con vino y aguardiente que había encontrado en dos casas cercanas, entrando en ellas por la fuerza y asesinando a todos sus habitantes, aun a los ancianos y a los niños.

El capitán Molina y sus soldados se horrorizaron de tal manera a la vista de esta cruel carnicería, que hicieron terribles represalias, matando a bayonetazos a los asesinos y haciendo prisioneros sólo a los que estaban fuera de la casa y no se habían mezclado en los robos y violencias.

Tan pronto como los capitanes Ibáñez y Molina llegaron a la plaza con sus prisioneros y piezas de artillería capturadas, O'Higgins consideró que la sangrienta lucha había, por fin, terminado.

Ordenó echar a vuelo las campanas y que todo hombre capaz de marchar se preparara a perseguir al enemigo.

En este momento de general alegría, Juan José salió de la casa del Cabildo y corriendo a los brazos de O'Higgins exclamó: *"Mi heroico amigo, usted ha salvado a Chile. No sé de qué manera podremos recompensarlo"*.

O'Higgins replicó intencionadamente, pero con buen humor: *"Quizás con una copa envenenada o con una sangrienta daga"*. Juan José quedó anonadado,

43 Francisco Ibáñez.

44 Francisco Javier Molina.

45 Nicolás Maruri.

pero recobrándose replicó: *“No lo permita Dios: Chile no es desagradecido y jamás podrá mirar a usted sino como su salvador”*.

En ese momento las personas que estaban en el techo de la casa del Cabildo comenzaron a gritar: *“¡Se arrancan, se arrancan!”* O'Higgins preguntó quienes eran los que huían y se le respondió que la tercera división.

O'Higgins replicó que eso era imposible y subió al techo del Cabildo, descubriendo desde allí, a la tercera división que huía en desorden ante las guerrillas.

Aun dudando de la posibilidad de tal hecho, subió a la torre de la Merced desde donde podía dominar todo el horizonte.

Vio entonces desde allí que las dos pequeñas guerrillas españolas, que en conjunto sumarían 100 hombres y disponían tan sólo de una pieza de artillería, perseguían bastante fácilmente a la división de José Miguel, que se retiraba en completa confusión y con una rapidez que más hacía creer en la fuga que en la retirada.

Esta guerrilla era mandada por el capitán Lantaño,⁴⁶ quien más tarde declaró que su único objeto al ocupar la Cañada y hacer un movimiento contra la división de José Miguel, había sido proteger la retirada del ejército español, y que nada podría pintar el asombro que tuvo al verla volver grupas ante un solo disparo del único cañón de que disponía.

Después de tan descorazonadora escena, O'Higgins volvió sus miradas hacia el vado, temeroso de lo que pudiera ver en esa dirección y se convenció de que lo que temía, se había realizado completamente: vio la bandera roja y su escolta de dragones, que poco antes se retiraba tan rápidamente, volver con igual celeridad hacia la ciudad, y que todo el ejército español se movía con la mayor prisa a fin de volver a ocupar sus antiguas posiciones, lo que pudo hacer en cortísimo tiempo porque su retaguardia se había convertido en vanguardia.

Aunque O'Higgins consideraba ahora que su destrucción era casi inevitable, no manifestó síntoma alguno de abatimiento. Ordenó que las tropas reunidas en la plaza marcharan a defender las trincheras y, si era posible, a destruir las del enemigo, pues la certidumbre de que la batalla había terminado en la ciudad era causa de que los capitanes Ibáñez y Molina no hubieran tomado las medidas necesarias para inhabilitarlas.

46 Clemente Lantaño.

Tan pronto como Juan José supo el cambio que había ocurrido y la consiguiente fuga de José Miguel, se entregó a la desesperación, maldiciendo a su hermano que lo sacrificaba por perder a O'Higgins. En su indignación declaró que José Miguel le había ordenado juntársele en la mañana del 1º de octubre en las Bodegas con el objeto de retirarse a Santiago, dando al mismo tiempo seguridades a O'Higgins de que permanecería en los Robles para defender el paso.

No se oyó, entretanto, un murmullo entre los soldados, quienes siguieron a sus valientes jefes Astorga, Sánchez, Vial y Molina, para volver a las antiguas posiciones, y se preparaban para destruir las trincheras del enemigo, cuando una descarga general de artillería y fusilería les anunció que habían llegado demasiado tarde.

Por otra parte, los asaltantes suponían que la fuga de la división de José Miguel habría desalentado en absoluto a los sitiados y avanzaban, por lo tanto, con mayor furia que en los primeros ataques.

Toda la actividad de O'Higgins, de sus edecanes y de los valientes oficiales que mandaban los puestos de las trincheras se requirió entonces para mantener el ánimo de la gente en circunstancias tan terribles, y pudo verse al propio general O'Higgins que con un fusil defendía la ciudad como pudiera haberlo hecho un soldado raso.

Los españoles mantenían todavía sus banderas rojas y negras, pero en vez de gritar motes despreciativos, como antes, decían: "*No hay esperanza, patriotas; sus cobardes compañeros los abandonan; ¡rendirse!*". O'Higgins y sus valientes oficiales respondían: "*¡Morir primero, tiranos!*", y en este grito los acompañaban todos los soldados.

O'Higgins dijo entonces a los soldados que la retirada de José Miguel era tan sólo una astucia para evitar que los españoles pasaran al otro lado del río y poder así asegurar su destrucción.

Era entonces cerca de la una del día.

Era este el sexto ataque general verificado durante treinta horas de incesante lucha y aun los bandos obraban como si en realidad no hubiera más que la alternativa de la victoria o de la muerte. Los soldados patriotas se envalentonaban pensando que ya habían rechazado cinco veces a los españoles; por su parte, éstos confiaban en que los defensores de Rancagua adoptarían luego la línea de conducta tomada por la división de José Miguel. Engañados en esta esperanza, tuvieron luego que retirarse después de experimentar grandes pérdidas.

Durante este ataque, algunas balas penetraron en la casa del Cabildo lo que alarmó de tal manera a Juan José, que se trasladó inmediatamente a la casa del cura, situada al otro lado de la plaza.

Encontrando los españoles que era muy difícil forzar el paso a través de las trincheras, volvieron al plan adoptado la noche anterior, es decir a tratar de incendiar casas, en la esperanza de que el fuego se extendiese hasta la plaza misma y no dejara a los patriotas otra alternativa que rendirse o perecer.

Volvió entonces a empezar la lucha desde los techos y desde las torres de las iglesias. Todas las manzanas que quedaban vecinas a las fuerzas enemigas fueron consumidas por el fuego, con escasísimas excepciones; y los españoles consiguieron luego pegar fuego a la casa que quedaba al lado derecho de las trincheras de la calle de San Francisco.

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando los soldados que estaban en las torres de las iglesias y en los techos de las casas pudieron observar que la división de José Miguel continuaba su retirada y se hallaba entonces a tres leguas de distancia. Comenzaron entonces a gritar que estaban traicionados por Carrera y que toda resistencia era ya inútil.

Parece que Juan José oyó estas exclamaciones, considerándolas tan justas que envió un recado por el cual pedía una entrevista a O'Higgins. Este fue a verlo a casa del cura y Juan José le manifestó que consideraba que la resistencia sería ya estéril y que los llevaría sólo al sacrificio.

Le dijo a O'Higgins que él conocía mucho a Osorio, al coronel Elorriaga⁴⁷ y a varios otros oficiales importantes del ejército español y que O'Higgins podría enviarlo a él (Juan José) con una bandera de tregua, comprometiéndose a negociar la capitulación en forma de obtener sus vidas salvas y otras ventajas.

O'Higgins manifestó la indignación que tales proposiciones le causaban y lo habría hecho con mucho mayor energía a no ver el estado de abyección en que se encontraba ese miserable. O'Higgins le dijo entonces: *"cuando por vez primera saqué mi espada para pelear en contra de los españoles, determiné o morir con ella en la mano o realizar el fin para el cual la había desenvainado. Por otra parte, el rendirme a hombres cuya mayor parte capitularon ante mí en Talca, me cubriría de oprobio. He resuelto firmemente vivir con honor o morir con gloria"*. Al oír estas palabras, Juan José, se echó a llorar amargamente.

47 Ildelfonso Elorriaga.

Eran entonces como las cuatro y media de la tarde. El enemigo había conseguido de nuevo incendiar la casa que quedaba al lado derecho de las trincheras de la calle de San Francisco. El fuego había prendido con tanta furia que era imposible dominarlo. Algunas chispas alcanzaron hasta la casa vecina, en donde se habían amontonado las pocas municiones que quedaban, las que hicieron explosión. Inmediatamente después el enemigo envió a un trompeta, quien gritó: “*¡Rendirse, patriotas, o morir!*”, a lo que el valiente capitán Astorga y sus soldados replicaron: “*¡Morir, primero, tiranos!*”, disparando sus fusiles en seguida y haciendo huir al trompeta.

Antes de media hora volvió otro trompeta con la misma proposición y recibió igual respuesta.

Los fuegos de las baterías patriotas comenzaron entonces a flaquear a vista de ojos por falta de municiones y por el mal estado de los fusiles que eran muy viejos y estaban casi inútiles por el excesivo uso que habían tenido.

Osorio pensó entonces en un nuevo ataque. El capitán Marquelli,⁴⁸ de los talaveras, debía dirigir el asalto de la tan disputada trinchera de San Francisco; el coronel Elorriaga se haría cargo de la columna del oeste; el teniente coronel Barañao,⁴⁹ aunque mal herido, y otro oficial,⁵⁰ iban al mando de las dos columnas restantes.

O’Higgins velaba, entre tanto, desde lo alto de la torre de la Merced y vio venir la tempestad que había considerado inevitable desde el momento en que oyó la explosión de las municiones; no se disimulaba[n] las pésimas condiciones en que el nuevo combate iba a encontrarlo.

Horriblemente cansado por tres días de esfuerzos, sin una hora de sueño; decepcionado y lleno de amargura por la cobarde huida de José Miguel, habría buscado la muerte ante el enemigo como una gloriosa terminación de sus sufrimientos; pero O’Higgins pensó que todavía le quedaba un pequeño grupo de soldados y que debía poner todos los medios para salvar a esos infelices.

Bajando de la torre, ordenó entonces a los capitanes Anguita, Ibáñez, Freire y Molina (que estaban ocupados en la calle del este) que tuvieran pronta toda la caballería para hacer una salida y que prepararan también el número suficiente de caballos para ser montados por el resto de las tropas sobrevivientes. No debía

48 Miguel Marquelli.

49 Manuel Barañao.

50 Se refiere a José Rodríguez Ballesteros.

olvidarse a los heridos que estuvieran en condiciones de ser transportados, pero la verdad es que estos eran pocos, porque casi todos los heridos, después de ser curados, volvían a la defensa de las trincheras; aun algunos hacían esto después de dos heridas, que en cualquier otra circunstancia habrían justificado separadamente la permanencia en el hospital.

O'Higgins hizo avisar a Juan José que estuviera dispuesto, con su mejor caballo, para hacer una salida.

O'Higgins se dirigió entonces a la batería de la calle de San Francisco, porque pensaba que este punto continuaría siendo el principal sitio de ataque. Nada puede sobrepasar la determinación con que el enemigo avanzaba entonces a las órdenes de su nuevo jefe Marquelli, quien se había colocado ostensiblemente a su cabeza. A pesar de esto, no pudieron tener éxito alguno durante cierto tiempo, hasta que uno de los edecanes vino con la triste noticia de que el valiente capitán Vial había caído herido defendiendo sus posiciones y había tenido la satisfacción de rechazar al enemigo antes de su muerte.

Sin embargo, añadía el edecán, que era evidente que el enemigo se había retirado tan sólo con el objeto de organizarse y renovar en seguida el ataque.

Al recibir estas informaciones, O'Higgins se dirigió inmediatamente a la batería del oeste y llegó a ella precisamente para ayudar al rechazo del ataque previsto; los asaltos de las trincheras del norte y del este, tuvieron igual falta de buen éxito. La pelea en las trincheras de San Francisco había sido tan sangrienta que habían muerto todos los artilleros, excepto tres y la mayor parte de la infantería había corrido igual suerte, de manera que el valiente Astorga tenía que seguir batiéndose casi solo.

Por fin el enemigo consiguió forzar la trinchera; los dragones, que constituían la única reserva y que fueron enviados a socorrerla, tuvieron que retirarse a la plaza, hacia la cual el enemigo avanzaba desde el sur en masas tan formidables que hacían toda resistencia imposible a los 200 hombres válidos, único y triste remanente del ejército. O'Higgins ordenó entonces al capitán Astorga que defendiera la entrada a la plaza por la calle de San Francisco con 30 voluntarios durante tan largo tiempo como le fuera posible y que fuera retirándose gradualmente. El capitán Sánchez debía hacer igual cosa en la calle de la Merced y las fuerzas defensoras del oriente y del poniente debían concentrarse rápidamente en la plaza y montar a caballo.

Hecho esto se comisionó al capitán Molina para dirigir la vanguardia, como oficial de dragones de probado valor; venía en seguida O'Higgins con su Estado

Mayor; después el capitán Sánchez y su compañía, y, por fin, el valiente Astorga, que no cesó de hacer fuego al enemigo mientras se retiraba de la plaza.

O'Higgins dio orden al capitán Molina para cargar a galope tendido sobre las trincheras enemigas, persuadido de que sólo la mayor celeridad podría salvar a su columna de la destrucción. El capitán Molina ejecutó estas órdenes con la mayor energía, salvando así muchas vidas; pero al llegar a las trincheras del enemigo, se vio que eran demasiado altas y macizas para poder salvarlas. Toda la columna se encontró entonces detenida y, si ello hubiera durado mucho tiempo, el fuego que desde todos lados recibía, la habría aniquilado. O'Higgins gritó a la infantería montada que estaba detrás de los dragones, que echaran pie a tierra y que destruyeran la parte superior de las trincheras a fin de dejar paso a los caballos, añadiendo que no podía darse ni recibir cuartel.

En ese momento Juan José y el coronel Calderón⁵¹ se alejaron por las calles del lado opuesto. Juan José escapó sólo merced a su espléndido caballo, pero Calderón fue tomado y encerrado en un patio interior en donde fue flagelado por San Bruno y otros.

Sin embargo tal era el cansancio de la guardia que lo custodiaba que durante la noche pudo salir de la prisión y escaparse por intermedio de un famoso bandido chileno que por casualidad encontró en la calle.

En cuanto a Juan José, no se sabe a punto fijo como consiguió escaparse, pues nadie le habló después de la entrevista en el curato en la cual había solicitado de O'Higgins que capitulara.

Entre tanto el capitán Molina había terminado su trabajo de rebajar la trinchera y gritando "*¡A la carga, no dar cuartel!*", fue el primero en saltarlas, seguido del resto de la columna. Sin embargo, el caballo de O'Higgins estaba tan rendido que fue necesaria la ayuda de varios hombres para pasarlo al otro lado. Vencido este obstáculo, pudieron retirarse a todo galope hacia la Cañada, sin experimentar grandes pérdidas.

Allí encontraron una división del enemigo compuesta de cerca de 600 hombres de todas armas, la cual abrió inmediatamente el fuego. Hallándose el enemigo en posesión del camino de la izquierda, que conducía a las Bodegas, O'Higgins ordenó a la columna que se dirigiera hacia la cuesta de Chada y tomó entonces el mando de la retaguardia.

51 Francisco Calderón.

En ese momento cayó muerta una mula que iba inmediatamente detrás de O'Higgins y que llevaba sus ropas y papeles en dos petacas, que fue necesario abandonar al enemigo aunque con harto sentimiento, pues O'Higgins consideraba una gran desgracia la pérdida de sus papeles. Sin embargo, esta desgracia iba a ser olvidada inmediatamente por otra mayor, que O'Higgins jamás cesaría de lamentar: su amado edecán Astorga fue muerto a su lado en el momento en que se preparaban a pasar sobre una gran acequia o canal al norte de la Cañada, último obstáculo de alguna importancia que a la retirada se oponía.

Habiendo pasado el referido canal, O'Higgins quiso darse cuenta del estado de su pequeña columna y encontró que había perdido cerca de treinta hombres en la retirada, cantidad mucho menor de la que esperaba. Quedó maravillado al ver a una mujer que sostenía entre sus brazos a su marido gravemente herido, al cual había sacado del hospital y colocado sobre el caballo, determinada a escapar con él o perecer en la demanda. Observó otra mujer a caballo con una criatura a la espalda y una niña de pocos años por delante.

Este espectáculo conmovió más a O'Higgins que toda la escena de horror y de sangre que había presenciado durante las treinta y cuatro horas de la batalla, con excepción de la muerte del valiente Astorga.

Ordenó entonces a la columna que se retirara por la cuesta de Chada, diciéndole al mismo tiempo a sus hombres que toda causa de temor había cesado, pues él evitaría todo ataque ulterior del enemigo. El hecho es que los españoles estaban casi más agotados que los propios soldados de O'Higgins y muy poco dispuestos a continuar por más tiempo la lucha.

Los españoles consideraban la muerte de O'Higgins como de grandísima importancia para su causa y casi lo habían conseguido.

Así terminó la más porfiada y sangrienta batalla que se haya peleado en Sudamérica y que decidió a lo menos por algún tiempo la suerte del país. Los patriotas tuvieron 700 muertos y 350 hombres tan gravemente heridos que no pudieron ser trasladados. De 1.220 hombres, sólo escaparon 170 y muchos de estos también heridos.

Las pérdidas de los españoles han sido estimadas en el doble de esa cantidad y ello es probable, porque, en los siete asaltos generales que hicieron, estuvieron expuestos en cada avance que hacían desde sus trincheras y mientras volvían a ellas, a un fuego mortífero, no sólo de la artillería y fusilería de abajo sino también de los disparos que se les hacía desde las torres y techos, todos ellos en calles estrechas que no les dejaban libertad de movimientos, mostrando así más

valor que en las batallas a campo abierto, como había sucedido en la defensa de Zaragoza y otras ciudades.

En la presente ocasión se distinguieron por su valor tres oficiales superiores: el coronel Elorriaga, el capitán Marquelli y el teniente coronel Barañao, de dragones. Todos ellos resultaron heridos y el último gravemente.⁵²

Después de pasar la gran acequia o canal al norte de la Cañada, la columna de O'Higgins se retiró fácilmente por el camino de la cuesta de Chada.

O'Higgins iba con sus edecanes Flores y Urrutia, y con dos ordenanzas, algo retirados: Jiménez y Soto.

Habiendo recorrido como un tercio de legua, se encontraron con una guerrilla enemiga de treinta hombres de caballería, que pasó a medio tiro de fusil hacia la izquierda. Ambas partidas se miraron pensando que ya había habido demasiada pelea y pasaron a corta distancia una de otra sin cambiar ni una palabra ni un tiro.

Un poco más lejos y mientras atravesaban un terreno boscoso, salió de repente de entre la espesura un dragón español de extraordinaria estatura y muy bien armado y vestido. Pasando rápidamente entre los dos ordenanzas se colocó a la espalda de O'Higgins y tenía ya la espada levantada sobre su cabeza para dar un golpe que de tal brazo habría resultado seguramente mortal. El ordenanza Jiménez, observando el riesgo en que O'Higgins se encontraba, le dio tal golpe en la cabeza al dragón con su espada, que lo obligó a volverse contra él; el otro ordenanza, Soto, descargó entonces su carabina, metiendo toda la carga en el pecho del dragón español, quien cayó sin vida. Varios otros dragones españoles aparecieron en el bosque, pero, al ver la suerte que había corrido su arriesgado compañero, se retiraron rápidamente.

Al examinar las facciones de este atrevido soldado, O'Higgins lo reconoció como uno de los que con más empeño habían tratado de cerrarle el paso en la Cañada. No cabiéndole duda por esto de que el dragón lo conocía personalmente. Tan bien montado y equipado estaba el dragón en referencia, que O'Higgins se consideró feliz en trocar su propio caballo por el del muerto.

52 En el texto original se indica que a continuación debería insertarse un párrafo narrando la historia personal de Barañao y también el parte de batalla suscrito por Osorio, anotación que refuerza la idea de que estos textos de Thomas tenían un carácter de borradores.

Octubre 3. En la mañana temprano llegó el coronel Venancio Escanilla con su mujer y niños para acompañar a la madre y hermana del general basta Los Andes, con 150 dragones bajo el mando del coronel Alcázar⁵³ que llevaba como oficiales a Anguita, Ibáñez y Freire.

Paso de los Andes

Octubre 4. Salida de Santiago a las 12 del día. Esa noche, llegada a Chacabuco.

5 de octubre. Llegada a Los Andes. Encuentro con el general Las Heras,⁵⁴ que dos días antes se había retirado a La Guardia con 200 cordobeses que estaban bajo sus órdenes.

6 de octubre. Se escribe al coronel Las Heras rogándole que recoja todo el ganado y provisiones que pueda para la manutención de los desgraciados fugitivos durante el paso de los Andes y que mande un hombre experimentado que reconozca el estado de los pasos.

Octubre 7. Se recibe contestación del coronel Las Heras, en la cual dice que hará todo lo posible por satisfacer los pedidos que se le han hecho. Expresa, sin embargo, su sentimiento de que el Gobierno⁵⁵ no le haya notificado por conducto regular que hiciera estas cosas tan pronto como pudieran ser hechas. Se reciben noticias de la cordillera, según las cuales hay mucha nieve entre Juncal y Las Cuevas, la que es necesario remover antes de poder pasar la cordillera. El enemigo no aparece; por el contrario, se cree que hasta anoche no ha entrado a Santiago; se le espera hoy allí.

Octubre 8. Se avanza cordillera adentro hasta la ladera de las Quillas, llevando todos los hombres y bestias. Allí se acampa.

Octubre 9. Llegada a La Guardia, donde acamparon O'Higgins, su madre y su hermana, dejando la casa para los enfermos y heridos. El coronel Las Heras había podido conseguir sólo una pequeña cantidad de provisiones.

Octubre 10. Llegada a Ojos de Agua. Allí O'Higgins llamó a consejo a los oficiales más inteligentes y determinados con el objeto de discurrir los medios para

53 Andrés del Alcázar.

54 A esa fecha, Juan Gregorio de Las Heras detentaba el grado de coronel, tal como se anota en el párrafo siguiente.

55 Se refiere al Gobierno de Chile.

abrirse camino a través de la nieve. El capitán López⁵⁶ propuso reunir todas las bestias de carga y empujarlas por fuerza hacia la nieve para aprovechar después la huella que dejaran. Se adoptó este plan, encargándose de su realización el citado capitán López, quien lo ejecutó con gran celo y habilidad y no pocos peligros.

11 de octubre. Todavía en Ojos de Agua, mientras el capitán López y sus ayudantes, entre los cuales se encontraba el propio O'Higgins, seguían en su ardua tarea de abrirse paso a través de la nieve, no sin pérdida de algunos animales, que perecieron asfixiados.

Se escribe al general Mackenna⁵⁷ a Mendoza, dándole cuenta de la angustiosa situación, y pidiéndole que, si puede, envíe provisiones a Uspallata.

11 de octubre.⁵⁸ Llegada a Juncal, donde se tiene la satisfacción de saber que, gracias a los esfuerzos de López, Escanilla⁵⁹ y otros, el paso está libre. Algunos emigrantes han emprendido ya el camino.

12 de octubre. Se pasa la Cumbre, pernoctando en Las Cuevas. La última jornada de 4 ½ horas fue hecha a pie; las señoras son auxiliadas por los baqueanos de la Cordillera. Al llegar a Las Cuevas no había un bocado que comer. Los dragones se vieron obligados a matar sus caballos y otros emigrantes sus mulas; sólo O'Higgins y su familia no estaban lo bastante hambrientos para compartir estos alimentos, aun cuando apenas habían tenido que comer. La casucha de Las Cuevas se dejó para los viejos y enfermos.

13 de octubre. Se avanza desde las Cuevas hasta Puente del Inca, en donde el capitán Anguita, dándose cuenta de que O'Higgins y su familia no habían comido casi desde hacía 48 horas, les regaló una gallina que llevaba cocida desde Santa Rosa.⁶⁰

14 de octubre. Se avanza desde Puente del Inca hasta cerca de cuatro leguas de Punta de Vacas. Allí se pernoctó: haciéndose un festín con los restos de la gallina fría y confiándose en la Providencia para los siguientes días.

15 de octubre. Salida de este campamento con el estómago vacío y bastante hambre. Felizmente, encuentro entre Tambillo y Los Manantiales de un huaso mandado por el general Mackenna con pan, vino, pasas y una carta de Mackenna

56 Agustín López.

57 Juan Mackenna.

58 En nota al pie en el original se aclara que esta anotación corresponde al 12 de octubre, y que las siguientes también se encuentran adelantadas en un día.

59 Venancio Escanilla.

60 Santa Rosa es la actual ciudad de Los Andes.

con noticias de que San Martín⁶¹ había ordenado se tuvieran listos suficientes provisiones para enviarlas a Uspallata o más arriba, si fuera necesario. Se acampa en la cordillera a medio camino entre Puente del Inca y Uspallata.

El general O'Higgins avanzó hasta Uspallata para preparar el envío de provisiones a los pobres emigrantes.

16 de octubre. Llegada a Villavicencio, después de sufrir una gran tempestad en el Paramillo. Cariñosísima recepción de San Martín, quién hizo todos los esfuerzos posibles para aliviar la situación.

17 de octubre. De Villavicencio a Mendoza. Avance con el objeto de apresurar el envío de las provisiones para los pobres emigrantes, la mayor parte de los cuales hicieron alto este día en Uspallata a fin de esperar allí alimentos. Durante este día José M. Carrera dijo al capitán Freire que esperaba que él y los demás oficiales se pondrían bajo sus órdenes.

18 de octubre. El grueso de los emigrantes avanza hasta Villavicencio, siendo encontrado varias veces por envíos de provisiones mientras avanzaba.

19 de octubre. Llegada de los emigrantes a Mendoza, su lugar de descanso, en donde fueron recibidos con la mayor hospitalidad.

John Thomas.

Mariano Osorio

10. Parte del triunfo en Rancagua.

Santiago, 12 de octubre de 1814.

Excelentísimo señor:

El 30 de septiembre pasado, reuní el ejército en la hacienda de don Francisco Valdivieso distante de la villa de Rancagua tres leguas; teniendo de antemano puestos a la orilla izquierda del Cachapoal los escuadrones de carabineros de Abascal, húsares de la concordia (cuerpo levantado nuevamente), lanceros de Los Ángeles, y dos partidas de caballería sueltas, cuyo total era 650 caballos; emprendí la marcha a las 9 de la noche, y en la formación de columna por divisiones en esta forma: a la cabeza 50 granaderos al mando del capitán don Joaquín Magallar;

61 José de San Martín.

200 pasos a retaguardia, el subteniente de talaveras don domingo Miranda con 250 zapadores; a iguales intervalos seguían los húsares, cuatro piezas de artillería, vanguardia, sus municiones, cuatro piezas; 1ª división con las suyas; 4 piezas; 2ª división y sus municiones 4 piezas; 3ª división y las suyas, escuadrón de carabineros, y partida de dragones; a los flancos de la cabeza de la columna y a distancia de un cuarto de legua las partidas de caballería. Caminé hacia los vados de Las Quiscas o de Cortés distante de la citada hacienda dos leguas, y otras tantas de la villa. Se pasó el río, y al amanecer ya todo el ejército estaba al otro lado. Inmediatamente se formó en batalla en dos líneas apoyando la derecha al río; la partida del teniente coronel don Pedro Asenjo y del capitán don Leandro Castilla, cada una de 100 caballos, empezaron a tirotearse con el enemigo por nuestra izquierda, en el ínterin di un pequeño descanso a la tropa, y luego se dirigió en batalla hacia la villa; como una legua distante de ella, corriéndome hacia la izquierda, en donde hice alto; viendo que el enemigo cargaba sobre ella, mandé reforzar las indicadas partidas, e incontinenti hice desfilar a vanguardia al mando del coronel don Ildefonso Elorriaga, compuesta de los batallones de Valdivia y Chillán al cargo de sus comandantes los coroneles don Juan Carvallo y don Clemente Lantaño; 1ª división mandada por el coronel don José Ballestero, compuesta de los batallones voluntarios de Castro y Concepción a las órdenes del mismo y el teniente don José Vildósola, y la 2ª división a cargo del coronel don Manuel Montoya, con los dos batallones de su mando veteranos y auxiliares de Chiloé, con 4 piezas cada división al cargo del subteniente don Lorenzo Sánchez, el capitán graduado de teniente coronel don Bruno Bazán y el capitán don José María Flores, y además el escuadrón de carabineros mandado interinamente por el teniente coronel don Antonio Quintanilla, hacia los callejones de los Cuadras, previniendo a la vanguardia pasase al callejón de Chada, con el fin de cortar los caminos que de la villa salen para Santiago; en seguida mandé a la compañía de cazadores de Talavera con su capitán don José Casariego, los dragones con su jefe don Diego Padilla, y dos obuses al cargo del teniente coronel don Alejandro Herrera tomasen la salida de la calle que mira al oeste de la villa, cuya artillería como todas las demás se inutilizó a poco tiempo excepto dos cañones de montaña, unas por el fuego del enemigo y otras por el repetido que hacían. La compañía de granaderos mandada por su capitán don Miguel Marquelli atacó por el punto que media entre la anterior calle y la que va al sur, a la cual se dirigió el regimiento de Talavera y partida del Real de Lima, división mandada por el coronel de aquel cuerpo don Rafael Maroto, y comandante de ella el sargento mayor del mismo

don Antonio Morgado, y el teniente don Pedro Barrón, y el escuadrón de húsares mandado por su comandante el teniente coronel don Manuel Barañao; el de Lanceros al cargo del teniente coronel don Antonio Pando que había dejado a la orilla izquierda del río, pasó éste luego que se circunvaló la villa, en la cual mandaban a más de los 1.400 hombres de todas armas, y de sus decantadas tropas los cabezas Bernardo O'Higgins y Juan José Carrera; antes de acercarse el ejército a la villa había ya batido y dispersado más de 1.000 hombres de milicias con fusil y lanza; durante su sitio sucedió lo mismo con más de 700 y cuatro piezas por el camino de Santiago y a su cabeza José Miguel (presidente de la Junta) y Luis Carrera su hermano, venían en socorro de los sitiados, treinta y dos horas de fuego sin intermisión en donde el enemigo tenía doce piezas de artillería de todos calibres puestas y colocadas en diez trincheras que había en otras tantas calles alrededor de la plaza principal y plazuela de la Merced, teniendo las tres cuartas partes de su tropa colocadas en los tejados, y campanarios de San Francisco, parroquia y mercado. Toda su artillería con muchas municiones, doce cajas de guerra, cinco banderas (cuyas cintas negras así como la faja del mismo color, era la señal que llegaban para no darnos cuartel) más de 1.500 fusiles, cerca de 900 prisioneros incluso 282 heridos, y entre aquellos el mayor con divisa de coronel don Francisco Calderón, 31 oficiales y 6 sacerdotes entre curas y frailes, más de 400 muertos, contándose en este número muchos oficiales, la dispersión total de esta reunión de insensatos, la entrada en la capital el 5 del actual, ser ya dueñas las armas del rey de Valparaíso y otros puntos con todos sus efectos que tenían, ella son el fruto por ahora de esa victoria. O'Higgins y Carrera huyeron con muy pocos a favor del pelotón que salió de la plaza confundidos con las muchas caballerías que echaron por delante y denso polvo.

Las cuatro banderas pequeñas cogidas en Rancagua que pudieron salvarse del justo enojo de los bravos soldados, y la grande, tomada en esta ciudad, he dispuesto las presenten a Vuestra Excelencia dos valientes de cada división del ejército para que acompañados por Vuestra Excelencia (si gusta) y de las tropas de esa guarnición, tribunales y demás cuerpos de ella, las conduzcan con la mayor pompa posible al convento de Santo Domingo y se coloquen a los pies de Nuestra Señora del Rosario, patrona del ejército, como justo y debido homenaje que rendidamente le hace por el singular favor que le he merecido en la víspera y día de su advocación, en la cual y a las tres y media de la tarde tuve el gozo de pisar la plaza de la Villa.

Los muchos asuntos que me rodean consiguientes al desarreglo en que he hallado esta capital, el perseguir sin detenerme, después de poner el orden posible en ella, a los cabezas O'Higgins, Uribe, Muñoz y los tres hermanos Carrera, que con un puñado de locos como ellos se han refugiado a Los Andes, camino de Mendoza, después de haber saqueado a estos vecinos, iglesias, y hecho un sin cuenta de atrocidades, y el deseo de no retardar un momento dar a Vuestra Excelencia tan agradable noticia, no me permiten extenderme como quisiera para informarle de la conducta y valor de todos los oficiales y soldados de este ejército, que aunque corto en el número es muy grande por aquellas circunstancias, entusiasmo y subordinación.

Una marcha de siete y media leguas por terrenos llenos de agua y fangosos; un silencio tan profundo que no se oía otro ruido más que el del carruaje de la artillería, la que traían desde Concepción a pie, atravesando más de veinte ríos, sin fumar en toda la noche, desde el jefe hasta el último tambor. La alegría al formarse en batalla, los deseos de batirse, su desnudez y falta de calzado y los vivas al rey repetidísimos aún en medio del horroroso cuadro que presentaba Rancagua, ardiendo por todas partes por las llamas, el hierro y el plomo, le hacen acreedor a las gracias de nuestro rey don Fernando VII habiéndoselas yo dado ya en su real nombre. Luego que el tiempo lo permita daré a Vuestra Excelencia la noticia correspondiente, ciñéndome por ahora a recomendar a Vuestra Excelencia a los jefes de las divisiones, al valiente Baraño que a la cabeza del escuadrón, con el fusil a la espalda y sable en mano entró a escape por la calle que mira al sur, en donde fue herido gravemente por una bala de metralla en el muslo izquierdo, habiéndolo sido antes su caballo por una de fusil; al subteniente de artillería Sánchez que fue herido en la mano derecha; a los tenientes de Talavera, don Juan Vásquez Novoa, don Francisco Reguera y don Juan Álvarez Mijares, el primero herido en la misma mano, el segundo en el brazo izquierdo, y el tercero en un muslo, todos de bala de fusil; al sargento mayor de dicho cuerpo don Antonio Morgado que al frente de su regimiento y al toque de ataque entró por la referida calle del sur; al capitán don Vicente San Bruno que a fuerza de mucho trabajo construyó una trinchera en ella para contrarrestar la del enemigo; al coronel Lantaño que rechazó por tres veces a los de afuera, y luego cargó sobre los que huían; así como los tenientes coroneles Quintanilla, Asenjo, Pando y el capitán Castilla que, con su caballería completaron la derrota. El mayor general coronel [sic] don Julián Pinuer, el coronel don Luis Urrejola, mis ayudantes, los capitanes, teniente de navío don Joaquín Villalba y don Manuel Matta, los tenientes don

José Butrón, don Vicente de Nava y los subtenientes don Manuel Quesada y don José Rueda, desempeñaron cuantas comisiones y órdenes les di y los recomiendo así mismo a Vuestra Excelencia. Nuestras pérdidas son 1 oficial y 3 muertos, y 113 heridos incluso 7 oficiales.

Testigo ocular de todo, espero imponga Vuestra Excelencia su poderoso influjo para el correspondiente premio de estos fieles vasallos, que es la única recompensa que deseo si merecen algo mis servicios desde que tengo la satisfacción de mandarlos.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.- Cuartel general en Quinta de Sánchez (en Santiago), 12 de octubre de 1814.- Excelentísimo Señor.

Mariano Osorio.

JOSÉ MIGUEL CARRERA-BERNARDO O'HIGGINS. COMUNICACIONES

11. Bernardo O'Higgins a Junta de Gobierno

MAIPO, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 350-351

Excmo. señor:

Incluyo a V. E. original el parte que me da el subalterno de San Fernando⁶² relativo a los movimientos del enemigo. Por él, la esquila adjunta, y avisos ciertos que tengo, estoy persuadido que todo su ejército marcha por tierra, y de consiguiente que la expedición marítima es figurada. Esté V. E. en la inteligencia que el auxilio que les ha llegado es de quinientos gallegos, y no pasa de dos mil bayonetas toda su fuerza. En Concepción sólo han dejado trescientos hombres de los más útiles y enfermos, o para custodiar aquella guarnición, o quizá para hacer algún amago por mar sobre las costas. Se dice también que están juntando las milicias de Linares y Cauquenes para engrosar su ejército. Por todo esto y por lo rápido de sus marchas parece muy conveniente que salgan a la mayor brevedad

62 Véase el documento 25.

de esa capital las tropas que han de caminar para arriba con las que están aquí, para proteger en tiempo (cuando no se pueda otra cosa) las provincias de Rancagua y San Fernando. Son éstas muy útiles al enemigo, y es necesario hacer el esfuerzo posible para que no sean por él subyugadas.

Dios guarde a V. E. muchos años. Maipo, septiembre 8 de 1814. Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excmo. Junta Gubernativa del Reino.

Al margen se lee lo que sigue:

Quedamos enterados de las noticias que V. S. nos comunica sobre los movimientos del enemigo. Conviene muchísimo talar los campos para detenerlo, y darnos tiempo en la organización de nuestro ejército. Barnachea, Mardones y otros patriotas deben hacer esfuerzos para el logro de un paso tan útil como indispensable.

Ha llegado un comerciante inglés de Concepción, quien vio desembarcar el refuerzo; dice son 460 gallegos, quienes observan un método bárbaro y manifiestan un carácter despótico, que tiene descontentos y desesperados a aquellos habitantes, y a las tropas de la pasada campaña con quienes se aseguraba se habían batido. Que en Concepción quedaban sólo 300 soldados del desecho, quizá con el ánimo de amagar por la costa. Por todo lo que expone es de presumir que la fuerza enemiga no pasará de los 2.000 fusileros que V. S. nos anuncia.

No descansaremos hasta poner en movimiento la división que ha de proteger a V. S., si llega el caso de necesitarla; ella es respetable, y estará pronto en marcha para defender las provincias de San Fernando y Rancagua, que pueden de otro modo auxiliar con ventaja a los piratas; mientras pongamos nuestro esmero en quitarles los caballos, yeguas, mulas y bueyes, aun cuando queden las vacas.

Dios guarde a V. S. Septiembre 9 de 1814.

Esquela adjunta:

Curicó, 6 de septiembre de 1814.

Señor don José Antonio de Mardones:

Mi muy estimado señor: Me alegraré [de] que se halle V. y demás familia sin novedad, yo quedo bueno para que me manden. A la Rafaelita se le va conociendo un poco de alivio.

El ejército chilote llega hoy a las tres de la tarde a las Quechereguas; el comandante de ellos le ha pasado oficio a don Diego Donoso para que le tenga víveres prontos para mañana, y prorratas de todas clases para su transporte para la capital, porque ellos vienen caminando de ligero.

Su más amante hijo, que desea servirle. Su afto. S. S. Q. S. M. B.

Joaquín Mardones

12. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera

MAIPO, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 366-367

Excmo. Señor:

Las reflexiones que hace el teniente coronel don Bernardo Cuevas en carta que a V. E. adjunto, sobre el interés que debe tomar el enemigo en posesionarse de la villa de Rancagua, son muy conformes a razón y a lo mismo que otra vez tenía insinuado a V. E. en este particular. El punto de Rancagua es de suma importancia para aquél, y para nosotros no hay otro igual en todo el reino. Se puede hacer en él una vigorosa defensa sin exponer mucha tropa ni aventurar la acción, aun cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor. Estamos todavía en tiempo de poderlo salvar, pero para ello se han de activar tanto las cosas, que antes de dos días pueda marchar el ejército hacia aquel destino.

Si llega este caso, advierto a V. E. que aquí no tenemos mulas ni bueyes para poder emprender la marcha. Las que habían, como también los bueyes, condujeron las municiones y pertrechos de artillería para esa ciudad y no se han regresado.

Se están desertando de este campamento para ésa muchos artilleros; si V. E. no pone remedio a tan escandaloso desdén, dictando para evitarlo las providencias más serias, nos exponemos a una total ruina. En fin, esfuércese V. E. en cortar de raíz estos males, y haga sobre este particular cuanto dicte su prudencia y sea conforme al interés general.

Dios guarde a V. E. muchos años. Maipo, y septiembre 14 de 1814. Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

13. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins**SANTIAGO, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 381-382

Reservado

Cuando V. S. ha tocado tan de cerca la deplorable situación de nuestras fuerzas,⁶³ abandonadas a la buena fe de un error de cálculo sobre los tratados de paz (por no decir al letargo estúpido y criminal); cuando V. S. sabe muy bien el destrozo que sufrieron las tropas en el sensible choque del 26 de agosto, y cuando, en fin, la recomposición de tanto armamento descompuesto, y la creación de todos los recursos, nos empeñaban a empresas tan urgentes como incapaces de llenarse en el momento, debe serle igualmente indudable que cualquier grado de poder a que en el día se vea elevado el ramo militar, es obra (sin lisonjearnos) de una actividad infatigable en el trabajo, aunque por otra parte, obligatoria en el conflicto en que se ve la patria.

Ni nuestro sacrificio ni puede ser mayor, ni es tan pequeño que haya que recelarse una desgracia, cuya imprudente previsión disminuía el valor de los hombres libres.

En el de V. S. confía la patria sus triunfos. Hoy marchan los vestuarios para los auxiliares. Mañana saldrá con 20 hombres, el comandante general de artillería. Antes de cuatro días caminarán otros tantos, y yo estaré muy pronto con V. S. conduciendo cuanto puede dar Chile. No parece posible que antes que se reúnan a V. S. estos auxilios pueda el enemigo llegar a Rancagua con fuerza capaz de atacar la suya en posición. Pero, si sucediera (lo que deberá evitarse con el mayor empeño acelerando las marchas), V. S. deberá replegarse según dicte la prudencia y las circunstancias, hasta encontrar las fuerzas auxiliares. Esta campaña es necesario hacerla a todo trance, apurando la energía, la vigilancia y los arbitrios a proporción del atrevimiento y sagacidad con que un invasor emprende una nueva agresión facilitada por nuestros infelices contrastes. Sea el comprometimiento la resolución de morir o vencer, o el deseo de la libertad. Yo me complazco de

63 Véase documento 11.

presentir la victoria apoyada en la unión y en la justicia que nos conduce a esa horrible lucha con los tiranos.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago, 19 de septiembre de 1814.

José Miguel de Carrera

Señor comandante general, brigadier don Bernardo O'Higgins.

14. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins

SANTIAGO, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 304

Hoy mismo salen los 2.000 hombres de que hablé a V. S. en oficio de ayer y pasado mañana caminará con igual fuerza la 3ª división en que se comprende la Guardia Nacional que asciende a 850 plazas y el regimiento de Portus capaz de emprender sobre el fusil y el cañón.

No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha, se ponen en movimiento todos los resortes. V. S. no debe exponer una acción decisiva si no está bien asegurado del triunfo que ciertamente nos dará la reunión total de las fuerzas. Si son iguales las enemigas y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de reunirnos, éste será el mejor punto para sostenernos. Si las fuerzas enemigas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, aunque sea doloroso perder una posición tan favorable, para no perderlo todo.

15. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera

RANCAGUA, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 383-384

Excmo. señor:

La columna enemiga que se presentó al río como en disposición de pasar, se ha retirado. El capitán Freire con cien dragones pasó al otro lado a hacer el reconocimiento, cuyo resultado espero por momentos me avise.

Es de suma necesidad que V. E. haga poner cien hombres con una pieza de artillería en las Angosturas de Paine, sin pérdidas de instantes. Esta medida es muy oportuna para el caso que el enemigo intentare pasar por el vado de Cortés: puede conseguirlo, y en este caso nos cortará la comunicación tomando aquel punto.

El comandante Millán se halla aquí con un sólo oficial de su cuerpo. Conviene que V. E. remita dos más para que esté bien servida la artillería.

Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 20 de septiembre de 1814.

Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excmo. señor presidente y general en jefe de los ejércitos del Estado chileno.

16. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera

RANCAGUA, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 387-388

Excmo. señor:⁶⁴

Hecho el reconocimiento por el capitán Freire de la fuerza enemiga que ayer se nos presentó al frente, resultó ser sólo una guerrilla, que se retiró

64 Véase documento 19.

precipitadamente luego que entendió la intrepidez con que el referido Freire y sus soldados avanzaron sobre ella. El atolondramiento con que un cobarde me dio el aviso diciendo que el enemigo estaba ya sobre nosotros, me hizo poner con precipitación el parte que ayer dirigí a V. E.⁶⁵ Si llega el caso que toda la fuerza de éste avance sobre esta villa y yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V. E. me indica en carta de hoy, aunque el verificarla con orden es lo más difícil para nuestras tropas, por su impericia militar. Estoy cierto de la actividad infatigable de V. E. y que sólo su celo podrá salvar a la patria en las críticas circunstancias.

Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 21 de septiembre de 1814.
Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excmo. señor presidente y general en jefe de los ejércitos del Estado chileno.

17. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera

RANCAGUA, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 390

Excmo. señor:

Quedo impuesto en que ayer salían de esa ciudad los dos mil hombres que V. E. me tenía anunciado. Si llegan aquí estas fuerzas antes que el enemigo avance con todo el grueso de las suyas, parece defenderemos el punto con toda seguridad. Es ciertamente éste el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventajas, y sería muy sensible perderlo, pero si las circunstancias así lo exigen y la prudencia lo dicta, me veré en la precisión de retirarme hasta encontrar el refuerzo.

65 Véase documento 15.

Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 21 de septiembre de 1814.
Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excmo. señor presidente y general en jefe de los ejércitos del Estado chileno.

18. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins

SANTIAGO, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 317

Al mismo:

Cuando el mismo enemigo dentro de nuestro territorio proclama una fuerza de 3.000 hombres, cuando menos debemos rebajarle el tercio; mientras sin perder momentos se reúne nuestro ejército con 2.500 bayonetas que se aumentarán progresivamente con una caballería intrépida de que carecen los piratas y con todo el valor y energía que inspira el amor de la libertad.

Ya V. S. se desengaña por otra parte de que el temor es un microscopio que engrandece los objetos pequeños; y casi podría señalar con el dedo al cobarde que engrosó la guerrilla hasta el grado de una fuerte división. También se manifiesta la arrogancia de nuestros invasores en la fuga a que los precipitó la bravura de Freire. El espíritu de nuestra oficialidad y de sus dignos jefes y el laudable empeño que los fatiga en la defensa de la patria van a darle un día glorioso que ha de fijar su prosperidad. No creo llegará el caso de la retirada de ese buen punto: y la proclama del infame Vega ningún influjo logrará entre los que se deshonran de haber nacido en un mismo suelo con ese monstruo. Ella será contestada como merece en el *Monitor*, ya que se preservó del fuego (que debía consumir a su autor) el ejemplar que V. S. acompaña a su oficio N.º 25.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 22 de septiembre de 1814.

J. M. de C.

Señor brigadier don Bernardo O'Higgins.

19. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera**RANCAGUA, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 318

Si llega el caso de que toda la fuerza del enemigo avance sobre esta villa y yo presuma con fundamento que no pueda resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura en los mismos términos que V. E. me manda en carta de hoy, aunque el verificarlo con orden es lo más difícil para nuestras tropas por su impericia militar.

Estoy cierto de la actividad infatigable de V. E. y que solo su celo podrá salvar a la patria en las críticas circunstancias. Es ciertamente este punto el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventajas y sería muy sensible perderlo; pero si las circunstancias así lo exigen y la prudencia lo dicta, me veré en la precisión de retirarme hasta encontrar el refuerzo.⁶⁶

20. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera**RANCAGUA, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 397-398

Excmo. señor:

Luego que se me dio parte que el enemigo avanzaba sobre el Cachapoal, como avisé a V. E. esta tarde, hice salir un cañón con sesenta auxiliares para el vado principal. Verificado esto pasé el río con toda la caballería de fusil y alguna milicia, con el fin de observar donde pasaba toda su fuerza. Anduvo mi columna más de legua y media, y nada pudimos advertir; pero las partidas que avancé hicieron prisioneros dos soldados, un Dragón con fusil y otro miliciano, quienes dan la noticia que contiene la declaración que acompaño.⁶⁷

66 Véase documento 16.

67 Véase documento 39.

Ahora que son las doce de la noche se ha acercado una guerrilla enemiga a las inmediaciones del mismo vado principal. Rompió el fuego primeramente, y se le contestó por nuestra parte con el de cañón y fusil. Creo que esto no lo hacen con otro objeto que para incomodarnos: póngolo en noticia de V. E. para su gobierno.

Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 23 de septiembre de 1814.
Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excelentísimo señor presidente y general en jefe de los ejércitos del estado chileno.

Al margen se lee lo que sigue:

Queda en mi poder la declaración del prisionero chilote y ella demuestra bien claramente que el enemigo no trae ni dos mil hombres, en el hecho de contar la división de Elorriaga de 600 cuando reúne los chilotes, valdivianos y chillanejos; no es menos satisfactorio el estado de su disciplina y la falta de numerario. Dios, etc.

21. Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera

RANCAGUA, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 400-401

Excmo. señor:

Ya parece que el enemigo intenta forzar el paso del río; en este momento se ha presentado al frente un trozo respetable como amagando pasar por el vado de Baeza; no puede ser guerrilla, porque ya se ven desplegadas sus banderas de infantería.

Quedo tomando las providencias más serias para contenerlo cuanto sea posible, y si no lo fuere, me retiraré a la Angostura de Paine, en donde pienso estará ya el batallón de granaderos.

Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 24 de septiembre de 1814, a las ocho y media de la mañana. Excmo. señor.

Bernardo O'Higgins

Excmo. señor presidente y general en jefe de los ejércitos del Estado chileno.

Al margen se lee lo que sigue:

Si V. S. no se ha retirado a esta hora, puede alcanzar a unirse la 2ª división, y en tal caso parece inexpugnable ese punto aunque el traidor Osorio avance con toda su gente. La 3ª división no pierde momentos.

Dios, etc.⁶⁸

22. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins

SANTIAGO, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 335

Al general O'Higgins.

Desde que llegó a Rancagua la brillante división del Sud, miro impenetrable aquel punto.⁶⁹ Ya está saliendo la 3ª y esta noche duerme en los Linderos la 2ª. Esta debe ser una satisfacción consolante al oficio de V. S. Nº 29.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago y septiembre 24 de 1814.

J. M. de Carrera

Señor general brigadier don Bernardo O'Higgins.

68 Véase documento 22.

69 Véase documento 21.

23. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins

SANTIAGO, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 353

Al señor general.

Ya me parece imposible que el pirata Osorio penetre nuestra línea y creo que el ataque a que V. S. se prepara en su oficio Nº 48 nos dará un día de triunfo.

Esta tarde salen volando los nacionales y yo estaré allá mañana o pasado, a participar de la victoria y a abrazar a nuestros compañeros.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 27 de septiembre de 1814.

J. M. de C.

Señor general brigadier don Bernardo O'Higgins

24. José Miguel Carrera a Bernardo O'Higgins

SANTIAGO, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 417

Creo indudable que la seguridad de nuestras glorias consiste en agarrarnos un mes para la organización del ejército que, aumentado en el número, disciplina y armamento, podrá entonces emprender decisivamente la expulsión de los piratas.

Me aseguraban ser muy fácil duplicar el agua del Cachapoal, cegando porción de tomas que lo sangran. No se pierda ni un instante en plantificar esta obra si es posible. Ella nos dará el tiempo que apetecemos, estacionando las marchas del enemigo.⁷⁰

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago, septiembre 28 de 1814.

José Miguel de Carrera

Al señor brigadier don Bernardo O'Higgins.

⁷⁰ Véase documento 31.

BERNARDO O'HIGGINS. CORRESPONDENCIA ENVIADA Y RECIBIDA**25. Juan Manuel de Echaurren y Herrera a Bernardo O'Higgins****SAN FERNANDO, 31 DE AGOSTO DE 1814***Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 194*

Excelentísimo Señor:

Sin desperdiciar un momento, dirijo a V. E., el parte que el Justicia Mayor de Curicó me comunica para que, instruido de su tenor, disponga de la seguridad de nuestras personas previniéndome el punto donde debe dirigirse la familia de V. E. en caso de ser preciso se retiren de este pueblo.

Hoy mismo haré caminen para Rancagua los soldados enfermos y dos cañones que habían quedado en éste, pues todo lo demás que ha llegado perteneciente al ejército no ha permitido se demore un solo instante.

Dios Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. San Fernando y agosto a las 8 de la mañana del día 31 de 1814. Excelentísimo Señor.

Juan Manuel de Echaurren y Herrera

Excelentísimo señor general en jefe del ejército de Chile, brigadier don Bernardo O'Higgins.

El parte adjunto es el siguiente:

En este momento se me acaba de avisar por don Bonifacio Correa, yerno de don Juan Albrino que éste le noticia que hoy a cosa de las 10 del día, ha entrado el enemigo a la ciudad de Talca en el número de 600 hombres. Así lo noticio a V. para que lo participe al Excmo. Señor general en jefe para que se tomen las medidas de seguridad más oportunas.

Dios guarde a V. muchos años. Curicó y agosto 30 de 1814 a las 4 de la tarde.

José Antonio de Mardones

Señor Justicia Mayor de la Villa de San Fernando.

26. Bernardo de las Cuevas a Bernardo O'Higgins**RANCAGUA, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo II, 363-364

Excmo. señor:

Acabo de tener noticia que el día de hoy han entrado a la villa de San Fernando dos partidas de la tropa enemiga, compuestas ambas de 800 a 900 fusileros.

El pueblo todo clama por el auxilio de tropa para la defensa de esta provincia. En verdad que este es el principal punto que se debe resguardar.⁷¹ El enemigo se aproxima momentáneamente, y no hay remedio, porque precisamente nos ha de asaltar, por la falta de defensa. Ya verá V. E. que la poca fuerza que resguarda los puntos de esta cabecera hasta la fecha, no será capaz de resistir la entrada del enemigo con la mayor fuerza que se anuncia trae aquel ejército. Apoderado de la provincia, sería muy difícil botarlo, y soy de sentir que, tomado este punto, no aspirará a pasar a la capital, por haberse hecho dueño absoluto de lo más florido del reino. Así, es preciso que V. E., como tan amante al Estado, tome desde luego las más puntuales determinaciones para que las tropas de su mando caminen sin pérdida de un instante a fijar su residencia en esta dicha villa. De otro modo todo se perderá y la poca fuerza que aquí hay se verá en la indispensable necesidad de retirarse a buscar su reunión con el centro. Espero que V. E. me comunique sus órdenes sobre el particular para obrar por ellas cuanto se sirva prevenirme.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel de Rancagua, y septiembre 13, a las 7 de la noche, de 1814.

Bernardo de las Cuevas

P. D.- Por un sargento que acaba de llegar, estando firmada ésta, se sabe que el enemigo viene avanzando; las guerrillas de nuestra parte se hallan bien montadas, lo que servirá a V. E. de gobierno. Vale.

Excmo. señor general en jefe del ejército restaurador don Bernardo O'Higgins.

71 Véase documento 11.

JOSÉ MIGUEL CARRERA. CORRESPONDENCIA ENVIADA Y RECIBIDA**27. José Miguel Carrera a Javiera Carrera****SANTIAGO, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 219

Mi Javiera:

Actualmente repican las campanas y saluda la artillería por la unión. Se acabó la guerra civil y vamos a seguir la más justa del universo.

O'Higgins sale para Rancagua con una división y Lucho para Melipilla con otra; la 3ª irá a las órdenes de Toribio Larraín; la victoria es segura.

Ánimo mi Xaiva, paciencia y dispón de tu amante

J. Miguel

28. Bernardo de las Cuevas a José Miguel Carrera**RANCAGUA, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 256

Mi mejor amigo de todo mi aprecio:

Al tiempo de escribir esta, que son las 12 ½ del día, acabo de interceptar y venir a mis manos, el adjunto paquete que le incluyo. Para instruirme de su contenido le abrí. He leído las cartas de Vega y he visto en ella cosas dignas de la mayor admiración; maldades nunca esperadas. Este pícaro según se comprueba, es el mayor enemigo que se nos presenta contra nuestro sistema. El paquete fue entregado según razón del mismo conductor, por don Francisco Villota en esta hacienda; así, es preciso la mayor cautela en las cartas que incluyen si los halla por conveniente el mandarles pasar por sus rótulos.

El general O'Higgins es un hombre de bien y adicto a nuestro sistema, pero muy fácil, por su bondad a reducirlo a las felonías con que se le quiere alucinar.

Así, es preciso que usted tome, con su prudencia, las mayores providencias que convengan en beneficio del Estado que tan justamente defendemos. Usted viva seguro que en este destino yo he de practicar cuanto en su obsequio conduzca, bajo de cuyo seguro mande a su afectísimo amigo y primo Q. S. M. B.

Bernardo de las Cuevas

29. Francisco Calderón a José Miguel Carrera

MAIPO, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 281

Mi muy amado jefe y señor:

Llegué ayer al campamento justamente a tiempo que acababan de comer y estaban con una conversación poco decorosa al gobierno. Ya a V. E. instruirá Samaniego lo que era y a quienes hice yo la proposición que el hablase del gobierno era un criminal y debía ser castigado, porque el capitán don Manuel Astorga se producía con la mordacidad que le es característica y los señores luquitos, Astorga siguió y procuré contenerlo pero era peor, tal que me decía lo castigaré; lo que hubiera hecho si el general no hubiese estado presente. Este hombre, le aseguro, de lo peor que teníamos en el día y sus producciones son análogas al luciferino que tiene; y soy de sentir, que es un mueble de que se debe salir de él porque efectivamente, es muy odioso. A Molina se lo mandé esta mañana y le dije que creí le iba a emplear en guerrilla, de lo que se fue muy contento: y aunque no es bueno, es mejor que los otros, que no sirven más que para enredar; y así es que el que venga V. E. hace tanta falta que es imprescindible, a bien que Samaniego le instruirá y se hará cargo de todo.

Al general le di la orden que avanzara sobre Rancagua;⁷² pero ya ve los motivos que hay para que no se verifique hoy, no obstante que ayer se dio la orden de marchar y se ha diferido; lo cierto es de que el enemigo avanza y que aquella

72 Véase carta de Bernardo O'Higgins a José Miguel Carrera, Maipo, 17 de septiembre de 1814. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, 375-376.

situación es la mejor; así, pues, sería muy del caso que la fuerza venga para contenerlo, porque si es decir verdad franca, el enemigo tiene fuerza y si fuese derrotada la vanguardia, estábamos muy mal en el todo.

Freire escribe de Rancagua y dice que va a ver si puede pillarles alguna guerrilla de las que andan pillando caballos. Celebraré que se haya restablecido y que lo vea pronto. Por acá lo paso bien y mande a su afectísimo amigo y súbdito que muy atento besa su mano.

Francisco Calderón

30. Padre García a José Miguel Carrera

18 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 292

Mi Señor:

Sigo trabajando sobre la unión vuestra; creo lograr mi trabajo y para cantar victoria en esta materia, solo espero los vestuarios. Señor, están desnudos los infelices y es necesario quitar a nuestros enemigos interiores la ocasión de que se valen para exhortarlos a la deserción. Con don Antonio Muñoz avisé por carta lo que había observado sobre los Lucos y don Juan Manuel Astorga. El hermano de éste es tan distinto como la noche del día. También pido órdenes sobre Larenas (Juan de Dios): es lástima que tan valeroso como honrado oficial no siga empleado, yo casi seguro hacerlo todo nuestro.

Señor: los enemigos están muy cerca, en más número que nosotros y mejor armados. Si no nos viene refuerzo y lo demás que dije ya para la gente, estoy por decir que saldremos mal, que será una lástima. Mucho convendría que se dejara V. E. ver para que meditara de cerca lo que mi corazón.

Soy de V. E. con la mayor afectuosidad y respeto, su más atento servidor capellán, etc. Que su mano besa

El padre García

P. D. He encontrado empleado en la infantería de Concepción a Hilarión Gaspar.

De este tengo ciencia que es un infiel, venal y desagradecido, lo que comunico para lo que convenga. La artillería está sola; solo tiene a Brunel por oficial y comandante de mi cuerpo y el de infantería faltan oficiales.

Si algún descalabro sucede, no será de admirar V. E. remédielo todo, por Dios.

31. José María Portus a José Miguel Carrera

MOSTAZAL, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 309-310

Excelentísimo Señor presidente y vocal de la Suprema Junta del Estado don José Miguel Carrera.

Excelentísimo señor: Hoy, 11 de la noche de este día, he llegado a este lugar del Mostazal, donde me he encontrado con el contesto⁷³ del general de la primera división, cuyo tenor es como sigue:

Continúe V. S. sus marchas hasta llegar a este punto como le ha ordenado el señor general don José Miguel Carrera.

Ya ha cesado el caso que las motivaba violentas, y por lo mismo podrá V. S. verificarlas con comodidad y sin pensionar demasiado a la tropa de su cargo, y cabalgadura.

Dios guarde a V. S. muchos años. Rancagua, 21 de septiembre de 1814.

Bernardo O'Higgins

Señor coronel don José María Portus.

En virtud de lo dicho, he hecho mansión en este punto y pienso avanzarme a la tarde a las casas de la hacienda de la Compañía, donde esperaré, o bien, la orden de Vuestra Excelencia, o la del general.

Dios guarde a V. E. muchos años. Mostazal septiembre 21 de 1814.

José María Portus

⁷³ *Contesto*: respuesta.

32. Juan José Carrera a José Miguel Carrera**ANGOSTURA, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 328

Excelentísimo Señor:

Acabo de llegar a esta hacienda, donde he mandado hacer alto a la división para que coma y descanse la tropa hasta las 12 o 1 de la noche, en cuya hora romperá de nuevo mi marcha a Rancagua; pues el general de la primera división me dice que el enemigo reúne sus fuerzas al sur del Cachapoal.

V. E. descanse seguro en el entusiasmo y valor de esta división y en los débiles esfuerzos del que tiene el honor de mandarla.

Dios guarde a V. E. muchos años. Angostura a las 6 $\frac{1}{4}$ de la tarde del 24 de septiembre de 1814. Excelentísimo señor.

Juan José de Carrera

Excelentísimo señor general en jefe del ejército restaurador.

33. José Miguel Carrera a José María Portus**SANTIAGO, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1814**

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 336

Al coronel don José María Portus:

Quedo enterado de los amagos del enemigo que V. S. me noticia por su oficio de ayer a las 7 de la noche.

Hace V. S. bien de avanzarse a proteger la 1ª división. Luego que llegue a esa la 2ª recibirá órdenes del comandante general de ella, brigadier don Juan José Carrera. Duerme esta noche en lo de Lúes y mañana se incorporará con las fuerzas avanzadas.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago y septiembre 24 de 1814.

J. M. de C

Señor coronel don José María Portus.

34. José Miguel Carrera a Juan José Carrera

SANTIAGO, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 336

Al comandante general don Juan José Carrera

El enemigo avanza con sus fuerzas sin duda para aprovecharse del momento en que no están reunidas las divisiones. Por eso conviene que V. S. se sitúe en la hacienda del conde Toro o donde dicten las circunstancias.

La división de caballería de Aconcagua pertenece a la del mando de V. S. y queda a sus órdenes, como prevengo con esta fecha al coronel Portus.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago y septiembre 24 de 1814.

J. M. de C

Señor comandante general de la 2ª división del sud.

35. Juan José Carrera a José Miguel Carrera

GRANEROS, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 342

Excmo. Señor.

La precipitación con que se vistió y armó el batallón de mi mando al tiempo de su salida; la incomodidad que precisamente trae consigo una marcha para formar en ella noticias prolijas y la poca instrucción de los nuevos oficiales, no han permitido hasta hoy a pesar de mis deseos, la formación de los estados y noticias que se sirve V. E. pedirme en oficio del 23 del presente pero estar al concluirse y las remitiré muy pronto.

Ahora acompaño a V. E. el estado general para que supla mientras van los estados.

Dios guarde a V. E. muchos años, en Graneros de la Conquista⁷⁴ a 25 de septiembre de 1814. Excmo. Señor.

Juan José de Carrera

Excelentísimo señor general en jefe del ejército restaurador.

36. Juan José Carrera a José Miguel Carrera

GRANEROS, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 344-345

Excmo. Señor.

Por los avisos del general de la primera división he tenido la propia noticia de la situación del enemigo, que V. E. me previene en su oficio de 24 del presente. Cuando aún estaba distante la artillería e infantería de la división de mi mando, temía que el enemigo atacase con ventajas a dicho O'Higgins, pero ya debe V. E. contar con la reunión de las divisiones; pues ahora mismo marcha la segunda a situarse en la hacienda de don Diego Valenzuela, dejando la posición de la Compañía, por parecerme ésta muy distante del pueblo de Rancagua y difícil por lo propio de auxiliar con prontitud a la primera.

Quedo enterado de las prevenciones que hace V. E. al coronel Portus para que quede a mis órdenes con la caballería de su mando.

Dios guarde a V. E. muchos años. Graneros de la Conquista a 26 de septiembre de 1814. Excmo. Señor.

Juan José de Carrera

Excmo. Señor general en jefe del Ejército restaurador.

⁷⁴ No deja de ser curiosa la forma en que el nombre de la localidad se altera en este documento, designándose como *Graneros de la Conquista* y no *Graneros del conde la de conquista*.

37. José Miguel Carrera a Juan José Carrera

SANTIAGO, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 370

Al comandante general.

He recibido las comunicaciones de V. S. Nº 4 y 7 y dado orden para que sigan las herramientas a su destino. Me parece muy bien la posición que V. S. ha tomado y que la reunión de nuestras fuerzas, pronto nos dará un día glorioso. Hoy salen los nacionales y yo muy breve me lisonjearé de correr nuestra fuerte línea.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 27 de septiembre de 1814.

J. M. de C

Señor comandante general de la 2ª división.

38. José Miguel Carrera a Juan José Carrera

SANTIAGO, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 371

Al mismo.

Creo indudable que la seguridad de nuestras glorias consiste en ganarnos un mes más para la organización del ejército que, aumentado en el número, disciplina y armamento, podrá entonces emprender decisivamente la expulsión de los piratas.⁷⁵

Me aseguran ser muy fácil duplicar las aguas del Cachapoal cegando porción de tomas que lo sangran. No se pierda un instante en planificar esta obra si es factible. Ella nos dará el tiempo que apetece estacionando las marchas del enemigo.

Dios, etc. Septiembre 28 de 1814.

J. M. de C

Señor comandante general brigadier don Juan José Carrera

⁷⁵ Véase documento 24.

OTROS

39. Francisco Calderón. Declaración tomada al prisionero realista Tomás Barros y González

RANCAGUA, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1814

Archivo del general José Miguel Carrera, tomo XII, 319–320

Consecuente a orden verbal del señor general don Bernardo O'Higgins, hice comparecer ante mí a un hombre que me presentó el cabo de dragones José María Muñoz quien me dijo le había tomado prisionero en los callejones de Valdivieso y que le había quitado el juez, de quien le tomé juramento y que lo hizo por Dios y una señal de cruz, prometiendo decir verdad en lo que le fuere interrogado; y siéndolo que dijese su nombre, empleo y que era lo que hacía, donde fue tomado.

Dijo: Que se llama Tomás Barros y González, que era soldado del ejército de Osorio y de la 1ª compañía que la mandaba el teniente Lorca y que ahora venía a vanguardia en la guerrilla del alférez don Casimiro González que se componía de treinta dragones, que también viene otro comandante de guerrilla el cura (Gregorio) Valle y don Castilla (Leandro) que todo se componía de setenta hombres y que don Elorriaga (Ildefonso) llegó a las casas de don Manuel Valdivieso esta tarde y que traía de fuerza seiscientos hombres y que traía como cosa de cien hombres montados y el resto a pie que oyó decir que traían dos (cañones) de a 4 de montaña.

Preguntado: ¿Qué tiempo ha que salió de y de dónde, qué objeto es el que traen, qué fuerza y que cuál era su destino?

Dijo: Que hará cosa de veinte días ha que salió de Chillán a vanguardia del Ejército con el objeto de prorratar caballos y que solo han encontrado caballos a orillas en Lontué y a la costa de San Fernando y por esto están muy escasos de ellos, que ha oído decir a los comandantes de guerrillas que su destino es llegar a Santiago, robar, matar y saquear, que también ha oído que la fuerza toda se compondrá de cuatro mil hombres pero que no los ha visto y que vienen en esta forma:

Elorriaga manda la fuerza dicha compuesta de chilotos, valdivianos y de chilanejos y que todo el ejército con Osorio trae toda la fuerza con bastante artillería de calibre de a 18, de a 12 y de a 4, que también ha oído decir que traen tres morteros, pero que no los ha visto y que allí vienen muchos barbones (talaveras) y que aunque oyó decir eran setecientos, no lo puede afirmar porque el vio la gente de Chillán y después no se ha juntado con ellos.

Preguntado: ¿Qué si sabe habrá otra expedición, o si piensan pasar por otro punto y que a dónde se hacía el todo?

Dijo: que ha oído decir que hacían expedición por mar a Valparaíso en tres barcos pero que no los ha visto y preguntado cierto es que aquí viene toda la tropa, pues en Concepción ni en Chillán ha quedado gente que y que dicen se han de ir derecho, que a la costa no ha ido guerrilla y que todos están en los puntos que tiene expresados. Que también ha oído que si no pueden romper por este paso se irán a la costa.

Preguntado: Que si hay orden y si están contentos y si se les paga, o tienen algunas fallas.

Dijo: Que hay mucha subordinación, que hay alguna deserción, pero que están muy descontentos y que si no se les paga sino a dos pesos al mes y están desnudos o casi en cueros.

Preguntado: El estado del armamento si las municiones son buenas y si hay disciplina.

Dijo: Que al armamento se destroza mucho y que la pólvora no es fina y muy terronuda, que la tropa apenas sabe disparar y que no han tenido ejercicios sino unos pocos días en Chillán y que con la mayor parte son reclutas y huasos con fusil que a los que van agarrando por el camino les van dando fusil y que le oyó decir a Elorriaga y a don Julián Pinuer que si había fuego una hora se pasase cuchillo a todos y que no había perdón.

Preguntado: ¿Qué si desde que se ha movido el ejército han tenido deserciones las tropas unos con otros? Y que diga ¿Si los soldados barbones son amigos y se llevan bien?

Dijo: Que no se juntan con los soldados del país y que al principio vieron varias averías, mataron a varios soldados y a dos mujeres, de este resultado separaron por las armas a cinco de los barbudos y que están muy contenidos habiéndose impuesto pena de muerte al que perturbase el orden.

Preguntado: ¿Qué de dónde se juntó con el hombre que se formaron y que si es compañero mío?

Dijo: Que se juntó con él en los callejones de Ralcabrero y cree que andaría juntando animales para la parte del Romerillar y que no tiene más que decir que lo dicho es la verdad en que se afirma y ratifica, bajo el juramento que hecho tiene que es de edad de veinte años y por no saber firmar hizo la señal de la cruz. En Rancagua a 23 de septiembre de 1814.⁷⁶

Francisco Calderón
(Una cruz)

76 Véase documento 20.

